MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

Tipografía
y Encuadernación
de
Senén Martín
Tomás Pérez, 14
AVILA

AURELIO BÁIG BAÑOS

QUIÉN FUÉ EL LICENCIADO ALONSO FERNANDEZ DE AVELLANEDA

Ensayo sobre la estructura espiritual

del

FALSO QUIJOTE

RELIGIOSIDAD DE CERVANTES

Carta del Excelentísimo Señor Director
de la Biblioteca Nacional
D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

VÉNDESE EN LA LIBRERÍA GABRIEL MOLINA SUCESOR DE VIUDA DE RICO
TRAVESÍA DEL ARENAL, NÚM. 1. MADRID

Al Sr. D. Francisco Acebal,
en testimonio de admiración y respeto su
devotísimo amigo
Aurelio Báig Baños

"EL FALSO QUIJOTE"

RELIGIOSIDAD DE CERVANTES

Es propiedad del autor. — Queda hecho el depósito que marca la ley. — El autor se reserva el derecho de traducción.

EST. TIPOGRÁFICO DE JUAN PÉREZ TORRES, PASAJE DE VALDECILLA, 2.

AURELIO BAIG BAÑOS

QUIÉN FUÉ EL LICENCIADO ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA

ENSAYO SOBRE LA ESTRUCTURA ESPIRITUAL

DEL

FALSO QUIJOTE

RELIGIOSIDAD DE CERVANTES

CARTA DEL EXCMO. SR. DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

VÉNDESE EN LA LIBRERÍA GABRIEL MOLINA SUCESOR DE VIUDA DE RICO

* * TRAVESÍA DEL ARENAL, NÚM. 1. MADRID * *

Obras cervantinas del mismo autor.

El Índice del Quijote.—(Discurso humorístico). Madrid, 1912.

Un Folleto raro Cervantófobo.—(Artículo de crítica literaria, publicado separadamente en la revista agustiniana «España y América», el 15 de Mayo de 1913.) Madrid, igual año. (A punto de agotarse.)

Miscelánea Cervantina.—(Crítica esbozada desde la «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes», hasta el año 1910). Berlín, 1913. (Agotada).

EN PREPARACIÓN

Varios folletos y conferencias cervantinas.
Cervantineología.
Qué debe ser el cervantista. Selección de lecturas.

Al Excelentísimo Señor

Don Francisco Rodríguez Marín

Director de la Biblioteca Nacional
Académico de Número de la Española, correspondiente de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y Consejero de Instrucción Pública,

Maestro de Maestros en Filología, Erudición y Cervantismo, que rebosante de ternura, poesía y gracejo estampado será en letras de oro, cuyo laborar perpetuará el bronce de la Posteridad, rindele con gratitud eterna este insignificante «Ensayo» el último de los cervantistas españoles,

AURELIO BÁIG BAÑOS,

□ XXIX de Septiembre de MCMXV. □

INDICE

Páginas

Dedicatoria 5
Carta del Sr Rodríguez Marín 9
Prólogo del autor 13

Ensayo sobre la contextura espiritual del Quijote de Avellaneda, y sobre quién pudo ser el émulo de Cervantes.

Capítulo I. —Los seudónimos de los escritores 33
— II. —Acarreo de lecturas y trabajo de compulsa 39
— III. —Historial sobre el autor del falso «Quijote» 49
— IV. —El Descubrimiento 61
— V. —Espíritu religioso del falso «Quijote» 71
— VI. —Manifestación del carácter dominico de Avellaneda ... 79
— VII. —Acábase de comprobar el «dominicanismo» de Avellaneda 91
— VIII. —Avellaneda, historiador 105
— IX. —Avellaneda no era aragonés 113
— X. —Don Quijote y Sancho Panza 123
— XI. —Miguel de Cervantes y Lope de Vega 137
— XII. —Alfonso Lamberto, personaje imaginario 151
— XIII. —Los Argensolas 165
— XIV. —Figuras principales de la Orden dominicana 177
— XV. —Bibliografía dominica 183
— XVI. —Cotejo interesante 191
— XVII. —Triunfo en toda la línea 205
Portada de la RELIGIOSIDAD DE CERVANTES 215
Capítulo I. —Espíritu cristiano del Quijote 217
— II. —Asimilación cervantina 229
— III. —Cervantes en plumas liberales 241
— IV. —El Quijote y la Biblia con igual estilo 251
— V. —Don Quijote antes de enloquecer 261
— VI. —El Quijote mal y bien interpretado 277
SUPLEMENTOS (portada) 291
Primer suplemento.—Imitaciones del Quijote 293
Segundo suplemento.—Remachando el clavo 321
Tercer Suplemento.—«Nuevo Catálogo de obras cervantinas», de D. Gabriel Molina 333

ERRATAS

Páginas	Líneas.	Dice.	Léase.
17	2.ª	confirmo	confirmamos
27	16 á 21 y 26	«Azorín» entre los modernos.., hasta de «Azorín» entre los críticos.	Después de la línea 25 y de Gómez de Baquero (1), como llamada: (1) «Azorín» entre los modernos, etc.
78	5	refertorio	refectorio
98	2.ª	a cachetes,	o cachetes,
106	6	dectractor	detractor
106	24	conñaissait	connaissait
121	19	hacer	hace
123	2	Paredo	Peredo
124	5	Paredo	Peredo
138	7	ias	las
149	20	Lomitose	Limitose
154	26	*Saneho*	*Sancho*
154	35	seudónimo	sea seudónimo
171	3	a quel	a aquel
180	16	1539 1540;	1539 a 1540;
184	17	*Parthenopra*	*Parthenopea*
193	11	trabado	trabajado
193	11	sedución	reducción
197	8	Keligion	Religión
200	34	Maluend,	Maluenda,
206	10	MDLXII	MDLXXII
210	26	internacional	intencional
217	17	antigüos	antiguos
220	37 á 39	No quiere decir esto que, etc.	Ha de anteceder No quiere decir esto que, etc., al párrafo anterior.
223	21	lleya	lleva
233	33	fa	ta
237	6	conculcar	inculcar
238	15	Gainart,	Guinart
263	36	"Biografía	"Bibliografía
265	38	"Biografía	"Bibliografía
272	12	as	las
286	26	asaetadora	asaeteadora
299	19	de	los
203	7	pensaban	pesaban
303	36	á un	aun
314	3	invertar	inventar

CARTA-PRÓLOGO

Sr. D. Aurelio Báig Baños:

Mi distinguido y estimado amigo: A medida que iban saliendo de los moldes de la imprenta, he leído las 336 páginas de su libro, y con mucho gusto, apenas tirado el último pliego, cumplo a usted mi palabra de escribirle acerca de su trabajo. Mi carta no será larga, porque ando tan atareado como usted sabe; ni será crítica, porque yo siempre fuí de los criticados, y no de los criticadores, ni menos de los critiquizantes; ni será tampoco interesante ni profunda, porque no sé dar interés a lo que escribo ni ahondo filosóficamente hasta los antípodas, como otros ahondan; pero diré a usted a la buena de Dios y con llana franqueza de amigo lo que su libro me parece, y otros, colmando a usted la amplia medida del deseo, harán lo que yo no hubiere acertado a hacer.

Usted se ha propuesto demostrar que el placentino fray Alonso Fernández, dominico de muchas campanillas, fué, en realidad de verdad, el autor del «Quijote» comúnmente llamado de Avellaneda, y para lograr tal propósito ha apurado la investigación y los razonamientos hasta donde nadie pensara. Con los elementos que usted ha tenido a mano no podía hacerse más. Para sa-

car adelante su aserto ha ejecutado usted maravillas. Pero... aquí asoma el adverso y adversativo fruto; pero, así y todo, ¿habrá de darse por probado desde hoy que tal sujeto, y no algún otro, es el autor del citado libro? ¿Está fenecido el pleito? ¿Tendrá la sentencia de usted autoridad de cosa juzgada?... Creo que no, y que la debatidísima cuestión seguirá entregada, como el mundo, a las disputas de los hombres, hasta que una dichosa casualidad, o el perseverante trabajo de algún investigador, saquen de las tinieblas de tal o cual polvoriento archivo a la clara luz del día un documento fehaciente que declare con sencillez y laconismo cómo se llamaba el autor de ese libro malhadado que desveló a Cervantes y trae sin sueño, tres siglos después de dado a la estampa, a los cervantistas de ambos mundos.

Convencido como estoy de que es andarse por las ramas cuanto no sea buscar y hallar ese documento, en tres o cuatro ocasiones he querido ir a buscarlo a Tarragona y al Archivo de la Corona de Aragón; pero, por malos de mis pecados, siempre se me frustró el proyectado viaje, y tuve que consolarme de estos contratiempos pensando que no era, ni mucho menos, artículo de fe que yo hubiese de hallar ese documento, que duerme sueño de siglos y que tan necesario es para salir de dudas y echar a un lado todas las pruebas o semipruebas conjeturales y meramente indiciarias, que hoy no pueden satisfacer del todo al espíritu rigurosamente crítico de los amantes y cultivadores de la Historia.

Aun así, la labor de usted es muy digna de aplauso. En su libro, vamos al decir, vale más la salsa que los caracoles, y la salsa, la sabrosa salsa, es el millar, los millares de noticias bibliográficas cervantinas que usted ha juntado ¡Cuántas curiosidades, cuántos datos recónditos, cuántos puntillos tan deleitosos como oscuros saca usted a la clara luz del sol! Yo tenía y estimaba a usted por un cervantista fervoroso y discretamente orientado fuera del campo de las fantasías esotéricas; pero no sabía, ni sospechaba siquiera, que fuese usted un lector tan formidable

¡Lo ha leído usted todo! Quien lograra reunir en su librería la mitad de los libros referentes a Cervantes y a sus obras que usted cita y demuestra haber leído y estudiado, hubiera podido hombrearse con el mismo señor Bonsoms, antes que este insigne cervantista donase su estupenda colección bibliográfica a una sabia sociedad barcelonesa.

No importe a usted, pues. un ardite que yo le diga, que le digan otros, que, a pesar de sus loables esfuerzos, no está enteramente probada en su obra la tan discutida paternidad de la de Avellaneda. Además de que su intento principal, logrado o no, es de todo punto plausible, usted, arracimando tantas y tantas noticias dispersas, ha hecho un libro tan útil, que, de seguro, no faltará en los estantes de ningún cervantista, y los doctos, que siempre son curiosos, y los curiosos que aspiren a ser doctos, acudirán a él a menudo, como a riquísima cantera histórica y bibliográfica.

Así, pues, reciba usted mi cordial enhorabuena por su estimable obra y cuente con la buena amistad de su affmo. y s. s.,

q. e. s. m.,

Francisco Rodríguez Marín.

Madrid, septiembre de 1915.

PRÓLOGO

Defraudado quedará el empeño de quienes procuren averiguar con toda certeza, con grandes amplitudes, las nebulosas que se contienen de modo inexplicable o extraordinario en la obra del imitador de Cervantes. El Quijote de Avellaneda, como vulgarmente se conoce a dicha obra, no es tan fácil de presentarle públicamente por calles y plazuelas, y mucho menos por los grandes centros de cultura, desprovisto de toda comparación con la obra genial del Príncipe de los Ingenios, con el Quijote de Cervantes. Todo aquel que se proponga hacer una crítica, más o menos diluída, sobre la obra del licenciado tordesillesco Fernández de Avellaneda, se plañirá por largo tiempo de su fracaso. Tan irrealizable podemos considerarlo, que rechazamos de antemano cualquier esfuerzo, cualesquiera síntesis en tal sentido.

Por consiguiente, y como resultante de lo que precede, habremos de afirmar que habiendo de relacionar un Quijote con el otro Quijote, o mejor dicho, al de Cervantes el de Fernández de Avellaneda, nuestros lectores no hallarán en las subsiguientes páginas nada interesante que sea desconocido para «el vulgo ignaro», algo que no esté muy manoseado por lo traído y llevado. Parece ser que después de varios lustros de lecturas cervantinas, de textos lingüísticos, de artículos, folletos y gacetillas, de gramáticas y retóricas, de conferencias y discursos, de releer y engolfarse con la obra inmortal no hubiéramos de cantar la palinodia, ni declararnos impotentes para una empresa, que, aunque árdua, con bue-

na voluntad y prodigiosa retentiva, como teníamos, con buen método en la selección y un estudio constante, como nos proponíamos realizar, en gran parte hubiéramos conseguido. ¡Hermoso propósito, capaz de lisonjear y estimular el amor propio del menos amante de nuestras glorias nacionales del espíritu, si varias dolencias, agudas y penosas, no hubiesen marchitado en flor nuestras idealidades!

Porque renazcan, prosperen y vivifiquen raíces tan arraigadas, una pequeña parte de la savia encerrada en ellas, a la manera de como el espíritu se introduce dentro del arca santa de la Poesía, reanudaremos nuestra labor sin pretensiones de ultimar o promediar nuestro ensayo sobre el Quijote de Avellaneda. Lástima grande que por imprevisión y por jactancia de nuestra memoria, no tomáramos copiosas notas que de tantos atolladeros nos habrían de sacar. ¡Quién dispusiera de las facultades de un Bartolomé José Gallardo, el mejor de nuestros bibliófilos después de Nicolás Antonio, como aseguraba el númen del saber hispano, don Marcelino Menéndez y Pelayo! ¡Quién pudiera rehacer el trabajo perdido! ¡Quién pudiera recordar! ¡Quién pudiera recuperar lo arrebatado!

Contentémonos, a falta de mayores cervantinismos, con nuestra modesta impedimenta; consolémonos de acopiar trabajosamente algunos de los bagajes acarreados por otros hombres más doctos y entendidos. Consuelo y satisfacción que no colmará la medida del Buen Gusto, ni desbordará el ánfora griega del Clasicismo con las mieles áticas del Retoricismo; pero que resaltará, con luces ajenas, el estímulo literario que nos guía. Literario en en el fondo, como una apuntación somera, como un rápido esbozo, como una trayectoria cortada; iliterario en la forma, desmayada, imprecisa, vaga, incoherente, incolora, inarmónica, inexpresiva, inconsustancial, e inconmovible, sin la «púrpura de la Belleza», como bien poco ha nos decía D. Ricardo de León en la Real Academia Española, en su disertación sobre «La lengua clásica y el espíritu modernos», refiriéndose a lo que era y es el «arte de la forma».

En resumen: nuestra disertación adolece de falta de «materia prima», por lo que concierne a estudio, reflexión, análisis, erudición, estilo y lexicografía; mas por cuanto hayan de observar la

curiosidad benévola de nuestros lectores y la impaciencia mal reprimida de los críticos que nos juzguen, es menester que nos anticipemos a todo discurso y descartemos de futuras objeciones nuestros yerros y culpas, que procuraríamos enmendar y corregir si no lo impidieran el tiempo y el espacio de que disponemos. Y para que no se nos tilde de premiosos en la exposición de dichas culpas y yerros, ni se nos tache de farfulladores de distingos y excusas, una vez más nos confesamos autores de los delitos a este tenor.

Primero: Hemos perpetrado el de no haber catalogado alfabéticamente, ni de ninguna manera, los escritores que han tratado, con más o menos fortuna, con mayor o menor imparcialidad, la obra del primer cervantófobo encubierto, anónimo, como hubimos de mencionar y calificar en la página 3 de «Un folleto raro cervantófobo».

Segundo (1): Hemos perpetrado el de no haber leído cuánto sobre Fernández de Avellaneda, escribieron hispanistas tan documentados como Alfredo Morel Fatio, Fitzmaurice-Kelly, Víctor Hugo, Ch. M Saint-Denys de Saint-Evremond, Le Pére René Rapin, Louis Moreri, Nicolás Boileau, Despréaux, J. Locke, Peter Ant. Motteux, Justvan Effe, Eduard Ward, L'abbé du Bos, Daniel Defoe, Wiliam Temple, Ch. de Second, barón de la Bréde de Montesquieu, Francisco Manuel de Melo, Troublet, Alexander Pope, Bodmer, Charles Jarvis, B. Warburton, Gayot de Pitaval, Doctor Samuel Johnson, Gothold, Ephraim, Lessing, Gottlieb Wilhelm Rabener, Cristobal Martín Wieland, Juan Jacobo Rousseau, Gottfried von Herder, Jul. Bertuch, Saverio Bettinell, doctor John Bowle, B. von Soden, Salomón Gressner, Butenschoen, J. P. Claris de Florian, el abate Carlos Jacobo Denina, Philippe Pinel, Johann Wolfang von Goethe.

Tercero: Hemos perpetrado el de no haber estudiado á los

(1) El Sr. Rodríguez Marín, asociando el saber a su bondad extremada, sobre este *delito* y los dos posteriores nos ha indicado la conveniencia de suprimir la casi totalidad de los escritores que citamos, puesto que sus juicios o apreciaciones cervantistas no pueden incluirse en el catálogo de las obras inspiradas por el genio de Cervantes. Aunque por imperiosa exigencia del ajuste y cierre de este pliego no retiramos los nombres de dichos escritores, nos complacemos en hacer pública la observaación de nuestro amable comunicante, pues por algo es venerado maestro.

cervantistas extranjeros Dietrich, Wilhelm Soltau, Laharpe, Richter, Friedrich, Wilhelm Jos. von Schelling, Federico Hegel, Abraham Gotthelf Kastner, Schlegel, L'abbé de Feletz, Bouterweck, Bouchon Dubournial, Sismonde de Sismondi, Dunlop, Lady Harriet Kierwan, Wordsworth, Charles Lamb, A. Anaya, Walter Scott, Val Schmidt, Miss Smirke, Samuel Taylor Coleridge, Barón de la Motte, Fouqué, Humboldt, Percy, B. Shelley, Lord Byron, John G. Lockart, Klinger, Gabriel Peignot, Le colonel Bory de Saint-Vicent, L. Simón Auger, Prosper Mérimée, G. Keil, Ludwig Tieck, Godwin, Michaud, Thomas Roscoe, Mademoiselle Louise Ozenne, Jules Janin (Byron y otros fueron a la vez detractores de Cervantes)

Cuarto: Hemos perpetrado el de no copiar lo que dijeron los grandes o pequeños literatos Vischer, Arthur, Schopenhauer, Prescott, Biedermann, E. Littré, Heirich Heine, Hagberg, César Cantú, Esquirol, Menneschet, Deutinger, Puibusque, Giovacchino Mugnoz, Teófilo Gautier, Schack, Smidt, Charles Magnin, Mazade, Ticknor, Eichendorff, Décembre, Alonnier, Hohenzechberg, Rodolfo Renier, Maurice Barrés, Demogeot, Oliphant, James New, A. J. Duffield, Angelo de Gubernatis, Ratisbonne, Gibson, Gebhart, Wolzogen, Storm, Schmidt & Sternaur, Doctor Ludwig Braunfelds, Henry Edward Watts, Dowden, Jaccari y Webster.

Quinto: Hemos perpetrado el de leer sin circunspección y aturdidos por la balumba de ciencia cervantista encerrada en ellos el libro de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», de Miguel de Cervantes Saavedra, comentado por el murciano D. Diego Clemencín; el del mismo título y autor, comentado por el complutense D. Clemente Cortejón, y a la muerte de éste por D. Juan Givanel Mas y D. Juan Suñé Benajes, y el del mismo título y autor, comentado por el sevillano D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española y Director de la Biblioteca Nacional. Del primero dijo Varela, mucho antes de quedarse ciego, que era un tesoro de filología; del segundo, aseguró el P. Graciano Martínez, director de la gran revista agustiniana «España y América», que superaba en mucho al anterior, y del tercero, prescindiendo de varias y contradictorias opiniones, que más adelante veremos y examinaremos, dijo el mejor de los críticos actuales José Martínez Ruiz, *Azorín*, en la «Vanguardia»

de Barcelona, que sin duda era el mejor de todos. Aserto que confirmo con el mayor entusiasmo, deplorando no poderlo estudiar con todo el detenimiento que se merece.

Sexto: Hemos perpetrado el de no parar mientes en otras ediciones del «Quijote», salvo la de 1780, de la Real Academia Española, que fué encomendada a D. Vicente de los Ríos; la de 1751, con la «Vida de Cervantes», de D. Gregorio Mayáns y Siscar; la de 1797-98, con «Noticias y Obras de Miguel de Cervantes»; la de iguales años, con la «Vida de Cervantes», comentario y notas por D. Juan Antonio Pellicer; la de 1819, con la «Vida de Cervantes», de D. Martín Fernández de Navarrete; la de 1826, de París, edición clásica corregida e ilustrada con notas por D. Agustín García de Arrieta; la de 1832-34, con el «Elogio de Cervantes», de D. José Mor de Fuentes, y con «Nuevas anotaciones», por D. Joaquín Bastús; la de 1833-39, del ya citado D. Diego Clemencín; la de 1839-40, con la «Noticia sobre la vida y escritos de Cervantes», de Viardot; la de 1844, de París, con la «Biografía de Cervantes», de D. Eugenio de Ochoa; la de 1846, con la «Vida de Cervantes», de D. Buenaventura Carlos Aribau; la de 1850, con el «Buscapié», de D. Adolfo de Castro; la de ¿1851?, con la «Noticia de la vida y de las obras de Cervantes», de don Manuel José Quintana; la de 1856, edición abreviada por «un entusiasta del autor», seudónimo de D. Fernando de Castro; la de 1862-63, con la «Vida de Cervantes» de D. Jerónimo Morán, y un copioso «Catálogo de las ediciones más notables del Quijote»; la de de 1863-64, con las notas de D. Juan Eugenio Hartzenbusch; la de 1871-73, reproducción fototipográfica de las ediciones príncipes de ambas partes, publicada por D. Francisco López Fabra; la de 1876, con la «Vida de Cervantes, de D. Ramón León Maínez; la de 1880 83, edición anotada por Nicolás Díaz de Benjumea; la de 1884, con «Pruebas de la restauración del Quijote, de 1605, por Feliciano Ortego; la de 1890, como «Romancero del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, sacado de la obra de Cervantes..., por Maximino Carrillo de Albornoz; la de 1898, con un «Proemio», de D. José María Asensio; la de 1904, de la Argentina, con la «Vida de Cervantes», de D. Luis Ricardo Fors; la de 1905-1913, comentada por el ya referido D. Clemente Cortejón, y la de 1911-13, con los magistrales comentarios del

también dicho D. Francisco Rodríguez Marín. De más de setecientas ediciones del «Quijote», no conocemos más que las enumeradas, imperfectamente por cierto, y algunas siete u ocho que no recordamos bien, como la del Centenario, de gran lujo, con un estudio de D. Ramón María Mélida, y la del Ejército y la Armada, con notas biográficas.

Séptimo: Hemos perpetrado el de no aprender, ni regularmente siquiera, la lengua de Shakespeare y no podernos informar *ad pedem literae* del «Ensayo histórico sobre la vida y escritos de Cervantes», por el Doctor Jorge Ticknor, que acompañaba a la edición del «Quijote» de 1867, de Nueva-York; ocurriéndonos otro tanto con las notas e introducción de Mister Jaime Fitzmaurice-Kelly y Mister Juan Ormsbg, puestos en la de 1898-99, de Edimburgo. Nos es algo más conocida la de 1781, de Salisbury, con las «anotaciones, índices y varias lecciones del Reverendo D. Juan Bowle», por haberse traducido a varios idiomas y haber servido de piedra de toque para los comentarios de todos los mejores cervantistas.

Octavo: Hemos perpetrado el de no haber procurado la compra de dos joyas cervantinas, en opinión de los doctos: «La lengua de Cervantes. Gramática y Diccionario de la lengua castellana en El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha». Obra premiada en el certamen público abierto en el Ateneo de Madrid con ocasión del tercer centenario de la publicación del Quijote (parte primera), de la cual es autor el sabio polígrafo D. Julio Cejador y Frauca, quien con motivo del dicho centenario pronunció un hermoso discurso-conferencia sobre «El Quijote y la lengua castellana»: «El Diccionario del Quijote», de D. Clemente Cortejón, que aguarda con impaciencia el Sr. Rodríguez Marín, impugnador belicoso y satírico de Clemencín y Cortejón y de los continuadores de éste, para convencerse de la persistencia, o no persistencia, en varios lapsus gramaticales.

Noveno: Hemos perpetrado el de no informarnos, como era nuestra obligación, exactamente, de todas las ediciones del «Quijote» apócrifo. Conocemos la original, cuya portada reza así: «Alonso Fernandez de Auellaneda.—Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras.—Año 1614.—En

Tarragona, en casa de Felipe Robert». En la Biblioteca Nacional figura catalogado en la Sección de «Libros Raros y Curiosos» con el número 9 563. Por la «Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, escrita é ilustrada con varias noticias y documentos inéditos pertenecientes a la Historia y Literatura de su tiempo», de D. Martín Fernández de Navarrete, publicada el año 1819, en Madrid, aparte de la edición del Quijote del mismo año, tenemos noticia de las traducciones o ediciones que siguen: París, año 1704.—Traducción del «Quijote» de Avellaneda, por M. Le Sage, alterado el original, purificado de muchos pasajes torpes e indecentes, embellecido y mejorado con apacible y elegante estilo.—Madrid, año 1732.—Reimpresión del original, precedido de un arsenal abundante de panegíricos de D. Blas de Nasarre, que se ocultaba con el nombre de D. Isidro Perales y Torres, que era un clérigo familiar suyo.

Por noticias particulares conocemos: Fernández de Avellaneda (Alonso). «Nouvelles aventures de l'admirable Don Quichotte de la Manche», Paris, Cie. des Libraires, 1738. dos tomos en 8.°, holandesa, con láminas.—«Vida y hechos del ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha», contiene su cuarta salida y la quinta parte de sus aventuras, Madrid, Villalpando, 1805, dos tomos en 8.°, pasta.—«El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha», Barcelona, «Biblioteca Clásica Española», 1884, en 8.°, tela, con planchas. (Un ejemplar de esta edición, expurgada de ciertas obscenidades, figura en mi modesta biblioteca.)—«El Quijote apócrifo», edición cuidadosamente cotejada con la original, Barcelona, Toledano López y Compañía, 1905, en 4.°, con las reproducciones de 1614 y 1732.

En el tomo sexto del «Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», compuesta por Miguel de Cervantes Saavedra, primera edición crítica, con variantes, notas y el Diccionario de todas las palabras usadas en la inmortal novela por D. Clemente Cortejón, director del Instituto de Barcelona, Catedrático de «Historia de la Literatura» y correspondiente de la Real Academia Española, continuada por Juan Givanel Mas y Juan Suñé Benajes, obra de la cual hemos hecho ya mención y que se publicó en Madrid el año 1913, sácanse a colación, en la página 312, citándose las ediciones del «Quijote» falso, las siguientes:

Cuarta edición española.—La incluyó D. Cayetano Rosell en el tomo XVIII de la «Biblioteca de Autores Españoles» de M. Rivadeneyra, que es el tomo I de «Novelistas posteriores a Cervantes». Madrid, 1851.

Sexta edición española.—Barcelona, 1902.—«Biblioteca Pluma y Lápiz», Casa editorial de Miguel Seguí (un tomo, en 4.°, con varios grabados).

Traducción inglesa, por Stevens-London, 1705, Wale, 8.°

Idem holandesa.—Utrecht, 1706.—Brodelet, 8.°

Idem francesa, por Lesage.—Londres, 1707.—Mortier, 2 t., 12.°

Idem alemana.—Copenhagen, 1707, 8.°

Idem francesa, de A. Germond de Lavigne.—París, 1853.—Didier, editeur, un tomo, en 8.°

Todas las ediciones precedentes nos son desconocidas en absoluto; si nos es posible procuraremos informarnos de ellas en la Biblioteca Nacional ó en el Ateneo de Madrid.

Décimo y último de los delitos: Hemos perpetrado el de no tener paciencia para desempolvar y revolver códices y manuscritos, pergaminos e infolios, que tanto contribuyen a formar opinión propia, porque no se nos ha querido facilitar en varias Bibliotecas documentos interesantes que demandamos, y en la de Palacio lo propio nos ha ocurrido.

Y para que toda España sepa cómo se atiende al noble interés de quienes pretenden trabajar para salir del anónimo, para vencer la general indiferencia o para deleitarse con los misterios de la erudición, transcribimos la carta que, en contestación a la nuestra, calmó nuestros entusiasmos como si hubiéramos recibido una ducha de agua fría: «Palacio, 1 de Diciembre de 1913. Hay un membrete debajo del escudo Real, que dice: Intendencia General de la Real Casa y Patrimonio.—Sr. D. Aurelio Baig Baños. Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: En la Biblioteca particular de Su Majestad no existen los impresos a que usted se refiere. Los manuscritos del siglo XVII no pueden facilitarse en estos momentos, por inconvenientes bibliográficos que se subsanarán tan pronto como posible sea.—Lamento muy de veras que no haya modo de complacer a usted. Celebraré se presente oportunidad que me permita ser más afortunado, y quedo suyo affmo. s. s. q. l. b. l. m., *El Marqués de Borja*.

Gracias a un bonísimo amigo (1), de varios excelentes que tenemos en la Biblioteca Nacional, después de muchas idas y venidas, de no menos conferencias y cabildeos, que interrumpieron monografías y trabajos particulares y oficiales de los dignos miembros de aquel Areópago matritense, conseguimos tener en nuestras manos pecadoras, guardando las precauciones necesarias para su conservación, un ejemplar de la edición príncipe de la primera parte del Quijote (1605), desconocido durante más de dos siglos, que por aquél entonces vendíase a poco más de una peseta y que actualmente costaría su adquisición unos miles de pesetas, o de duros tal vez.

No hay modo, sin poderoso valimiento, de alcanzar, ¡no digo lauros eternos! NI UNA RAMITA DE LAUREL PARA UN MEZQUINO ESTOFADO DE CURIOSIDADES LITERARIAS. Aunque seamos los primeros y más entusiastas admiradores de los preclaros ingenios que se han ocupado de Cervantes, no hemos de ocultar que disponiendo de grandes prebendas oficiales, como dispusieron Mayans, Ríos, Pellicer, Navarrete, Clemencín, Arrieta, Hartzenbusch, Quintana, Benjumea, Ochoa y cuantos citamos más arriba, no es tan penosa, improba o estéril tarea como la del que, con sus propias fuerzas, arrolla todos los obstáculos y aniquila todas las cuquerías de los que pregonan sus excelencias, desde lo más alto del campanario, repicando en gordo.

No lo decimos por nosotros, que carecemos de facultades; lo decimos por D. Leopoldo Rius Llosellas. Este señor, malogrado por su temprana muerte, autor de la obra monumental «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes» (Madrid y Barcelona, tres tomos en 4.°, 1895-1905), es quien debe monopolizar por su gigantesca talla cervantina todos los encomios y todos los ditirambos. Encerrado en su tienda de sedas en Barcelona, midiendo con el magín más que con el metro, tuvo la virtud de estudiar sin ayuda de nadie, aunando lo práctico con lo idealista. Y digamos también, un tanto ruborizados, que casi íntegra nos hemos copiado su obra por carecer de las setenta pesetas, que necesitábamos

(1) El amigo a que aludimos, don Gabriel M. del Río, nos presentó, mucho tiempo después, al señor Rodríguez Marín, *gran dispensador de mercedes* hacia nuestra humilde persona, y desde dicha época solamente alabanzas hemos de distribuir á diestro y siniestro en la Biblioteca Nacional.

para fines más prosaicos. ¡Bondadosos lectores, críticos cejijuntos, mucho de lo que lean al hojear las páginas de este modesto ensayo!, y que verán entrecomado, es una pequeña parte, omitiendo lo mucho e importantísimo que nos ha suministrado don Martín Fernández Navarrete, de lo que abarca la referida «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes».

No es que nos hayamos limitado a esta única fuente de información. En prueba de lo contrario, sépase que hemos tratado, valiéndonos de las citas que proporcionaba, de rebuscar en lo ya buscado, y creyendo encontrar alguna mies por segar no hemos visto ni rastrojos. Rodríguez Marín, más afortunado y de incomparablemente mayo fortuna intelectual, en el tomo V, pág. 77, llamada de la línea octava, sostiene, como ya dijimos en un articulito con el mote de «Cervantineología», que no reúne todos los detalles, á pesar de los que acumulara en el tomo III aquel insigne cervantista, y en la sección titulada «Popularidad de Cervantes en España en los siglos XVI y XVII».

Con algo hemos tropezado, algo que no se relaciona directamente con el fin *avellanedesco* que perseguimos; hemos tropezado con el «Dictionnaire général curieux», de César de Rochefort; con el «Dictionnaire philosophique portatif», París, 1764, de Voltaire, catalogado en la Biblioteca Nacional con la signatura piso segundo, números 63.647 a 54; con el «Idem bibliographique» (de los Santos Padres), de Cailleau, catalogado en la misma biblioteca, con la signatura piso quinto, núm. 1 294; con el «Idem Biographique Universel et Pittoresque», publicado en París el año 1834, de Aimé André, Libraire-Editeur; con el «Idem Encyclopédique», París, 1886, de Pierre Larousse, con la signatura F, números 1 a 17; con el «Diccionario General Etimológico de la Lengua Española», cinco tomos en folio, como los anteriores, Madrid, Roque Barcia, artículos de Cervantes y Fernández de Avellaneda; con el «Diccionario Enciclopédico», de Montaner y Simón, Barcelona, 1896, 14 tomos in folio, signatura F, números 186 a 199; con la «Biblioteca vetus y nova, de Nicolás Antonio, Madrid, 1672 (la *vetus* y la «censura de historias fabulosas», el cardenal Aguirre las publicó en Roma el año 1696; el erudito valenciano D. Gregorio Mayans y Siscar en Valencia, el año 1742, y el 1772, D. Francisco Pérez Bayer, con adiciones y notas muy

sabias, en Madrid); con el «Catálogo de la Biblioteca Salvá», de Pedro Salvá y Mallén, Valencia, 1872, dos tomos, en folio; en la sección de Catálogos, números 1.010 y 1.011; con la «Bibliothéque portative des Ecrivains français» ou Choix des meilleurs morceaux extraits de leurs ouvrages, de Moysant, Londres, 1800; con la «Excerpta Colombiniana», de M. Henry Harrise; con el «Catalogue of Spanish Collection», de Jorge Ticknor, Londres, con la signatura 321 a 324, sección F.; con la «Historia de la Literatura Española», del mismo autor, al castellano traducida, por Pascual de Gayangos y Enrique de Vedía. Madrid, 1851-56, números 321 al 324, sección F.; con la «Bibliografía hispano-latina clásica», de D. Marcelino Menéndez Pelayo, Madrid, 1902; con el «Ensayo para una biblioteca de traductores españoles», de don Juan Antonio Pellicer. Madrid, 1778; con el «Diccionario de tropos y figuras con ejemplos de Cervantes», de D. Luis de Igartuburu, Madrid, 1842; con el «Catálogo de Libros Escogidos», reunidos por el librero anticuario Pedro Vindel, Madrid, 1913, y con el «Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín», por el P. Gregorio de Santiago Vela, obra basada en el «Catálogo Bio-Bibliográfico Agustiniano», del P. Bonifacio Moral, volumen primero in folio, Madrid, 1913 (1).

Con objeto de satisfacer en mayor grado nuestra curiosidad, hemos leído a la carrera «Juguemens des savans sur les principaux ouvrages des auteurs», de Adrien Baillet (de las tres ediciones de París, la última 1722) signatura: piso 3.º, números 23.605 a 23.612; «Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III», de D. Juan Sempere y Guarinos (Madrid, 1785-89, 6 tomos) signatura: piso 1.º, números 4.564 a 4.569; «Dictionnaire des Ouvrages Anonymes et Pseudonymes», de A. A. Barbier, 2.ª edición (París, 1822) signatura: piso 1.º, números 31.815 a 31.818; «Dictionnaire des ouvrages anonymes et pseudonymes publiés par des religieux de la Compagnie de Jesus», de Carlos Sommevogel (Rennes, 1884) signatura: piso 1.º, números 34.236-7; «Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos», de Bartolomé José Gallardo (4 tomos; Madrid, 1861-69) signatura: sección F, números 1.617 a 1.620; «Catálogo

(1) Recientemente se ha publicado el segundo volumen.

de ilustres periodistas desde el siglo XVII»; Almanaque de «La Ilustración» para 1876, de D. Juan Pérez de Guzmán, signatura: piso 4.º, número 759; «Escritores Castellanos», de Antonio Cánovas del Castillo, 90 tomos (el 56, 57, 58, 59 y 60 son los que hemos consultado) signatura: sección L-i, números 150-4; «Unos cuantos seudónimos de escritores españoles», de *Maxiriath*, seudónimo de D. Eugenio Hartzenbusch; Madrid, 1904 (la 1.ª en 1892), signatura: piso 1.º, número 38.872. Encierran la mayoría de estas obras curiosas noticias, que saldrán a luz en las primeras páginas de este ensayo.

Debido al singular afecto que nos profesa el Padre Fray Maximiliano Estébanez, anterior director de la revista «España y América», ya nombrada, hemos tenido en nuestro poder, tan sólo una parte de cuanto era preciso, una verdadera joya de curiosidades literarias, dedicada y autografiada por el autor al poderdante, antes de que éste fuera hecho prisionero de los tagalos en Filipinas y fechada en Manila. «Handy Book of Literary Curiosities», de William S. Walsh, Philadelphia, J. B. Lippincott Company, 1900; tal es la titular de su portada. Bien merecen autor y poderdante que con letras de molde se publique nuestro eterno agradecimiento, que no sólo de pan vive el hombre. También es preciso que aparezca con los mismos caracteres el que los Padres Agustinos, no sólo nos han permitido en su revista la crítica de varios libros, sino que los que poseen en su residencia de la calle de Columela, 12, de Madrid, los han puesto a nuestro servicio.

Y lo innegable sería que viéndonos en poder de tales tesoros, ¡oh, manes de la Universidad escurialense!, acabáramos de alcoholizarnos con la bibliografía. Limitémonos, pues, como líricamente dijo Alfredo Musset, a beber en nuestro vaso, ya que no pueda ser el ánfora griega de que hablamos en un principio. Con todo y con eso, muchos materiales nos han sido proporcionados por tan doctos como excelentes amigos.

Reanudemos nuestra exposición de ideas madres; madres porque pretenden dar a luz nuestros entusiasmos, uno de éstos el que se refiere al patrimonio que heredamos del siglo de oro de nuestras letras, y, en especial, de Cervantes. A través de la filología, tamizando las perlas del enjoyado lenguaje castellano, des-

lumbra el sol cervantino y se obscurece el del licenciado tordesillesco en la noche del olvido, comparando uno con otro. El curioso lector ya será informado de que uno de los motivos causantes de la envidia del licenciado fué, sin duda alguna, esa maestría maravillosa con que cincelaba Cervantes a la vibrante habla española. Son pocos, muy contados, los lexicógrafos profundos que no rinden homenaje y pleitesía al regio artífice del Retoricismo.

A este respecto habremos de dolernos amargamente de no ser lingüistas, aunque nos recreen y deleiten los libros que, más o menos abstrusamente, tratan del idioma nuestro, que en tantos pueblos y en tantas bocas se percibe. Así, pues, leemos y consultamos el «Prontuario de Hispanismos y Barbarismos», Madrid, 1892, del Padre jesuíta Juan Mir y Noguera; el «Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana», de don Pedro Felipe Monlau, Madrid, 1856; el «Diccionario de Galicismos», o sea de las voces, locuciones y frases de la Lengua Francesa que se han introducido en el habla castellana moderna, con el juicio crítico de las que deben adoptarse, y la equivalencia castiza de las que no se hallan en este caso, de don Rafael María Baralt, con un prólogo de don Juan Eugenio Hartzenbusch, Madrid, 1855; «Arquitectura de las lenguas», de don Eduardo Benot, Madrid, 1885; el «Diccionario de Construcción y Régimen, de don Rufino José Cuervo; las «Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano», del mismo autor; y «Rufino José Cuervo y la lengua castellana», obra premiada y editada por la Academia Colombiana, de fray Pedro Fabo, Agustino Recoleto, Arboleda y Valencia; Bogotá, 1912. En esta obra maravillosa, según apreciación de nuestras escasas luces, el más exigente podrá regodearse a sus anchas: el cuerpo de doctrina y la faz bibliográfica y los ojos perspicaces de erudición que sus páginas revelan, acreditan en su autor un cervantinismo exquisito. Y cervantinismo en este caso es también el fuego sagrado del patriotismo; del que honra y enaltece a los genios, a los artistas, a los eruditos, aunque don Baldomero Villegas aprecie que estos últimos no sirvieron, ni sirven, ni servirán para nada, según aseveró en su conferencia en «El Ateneo» disertando sobre «Cervantes, luz del mundo».

Hacer mención del patriotismo sin exalzar nuestro cautivador y hechicero lenguaje, que ciertos Villegas interpretan, para erigir-

se como mantenedores de una razón social y universal exclusivista, sería monstruosidad de nuestro reblandecimiento en la médula, que no alcanza tamañas proporciones. Y como lo habremos de ensalzar dignamente, de la manera más hermosa que hemos oído ensalzar, será copiando lo que dijo en su obra el P. Fabo, en la página 37 del tomo primero.

«En la junta pública y solemne que la Academia colombiana celebró como tributo de homenaje al difunto Cuervo, el 2 de Octubre de 1911, pronunció un discurso el atildado Gómez Restrepo, y en la página final estampó, á modo de corona, este elogio de la lengua castellana:»

> «Pidió plaza para ella en el palenque medioeval el rapsoda desconocido que embocó la broncínea trompa épica en honor del Cid; la sentó Alfonso X en el tribunal de la justicia y en el solio de la sabiduría, para que dictara leyes y sentencias que aun viven, no grabadas en bronce, sino defendidas contra el tiempo por el grave hechizo de una lengua patriarcal; construyó con ella el arcipreste de Hita su humorístico laberinto de aventuras, cuentos y amoríos, por donde asoman, como en las cornisas de las catedrales góticas, monstruos risueños, emblema de las fuerzas primarias de la naturaleza; la hizo subir Jorge Manrique, como mansa espiral de incienso, desde los abismos del dolor humano hasta las serenas regiones de la esperanza en la inmortalidad; dióle toques de blandura italiana Garcilaso; y Fray Luis de León le hizo sentir la dulzura de la contemplación campestre y la música de las esferas; la bañaron los novelistas en las fuentes turbias, pero vigorizantes, de la vida popular, baño que la enriqueció de sales y agudezas y le dió cierto desgarro picaresco, que contrasta con la cortesana elegancia de los políticos y moralistas, de un Guevara o un Saavedra; la pusieron los místicos en la fragua del amor divino y corrió en ríos de oro, que derritieron las piedras y consumieron los corazo-

nes; la envolvieron Hurtado de Mendoza, Melo y Mariana en los *paños reales y curiales* de que habló Maquiavelo; la llevó al teatro Calderón, y expresó en ella los sutiles conceptos teológicos de sus *Autos sacramentales*, «todos de oro y estrellas», según la expresión de Shelley; y Cervantes dilató sus dominios imperiales hasta hacerla capaz de representar el drama completo de la vida.»

Aun hay quien aventaja, no este elogio de la lengua castellana que es insuperable, sino al derroche de ciencia del autor de «Rufino José Cuervo y la lengua castellana». Es el aventajador don Julio Cejador y Frauca, con su «Historia de la Lengua y de la Literatura castellanas» (desde los orígenes a Carlos V), volumen en 4.°, de más de 500 páginas, publicado el año 1915 en Madrid. *Azorín* entre los modernos, entre los antiguos actuales don Eduardo Gómez de Baquero, son los críticos de más enjundia que conocemos, siendo indiscutibles los prestigios del último: *Azorín* es el primero entre aquéllos; entre los otros lo es don Eduardo. Hacemos esta salvedad, por no haberla hecho antes cuando hablamos de la supremacía de *Azorín* entre los críticos.

Aunque seamos tildados de *fusiladores* y se nos arguya que somos mixtificadores o involucradores del ensayo que pensamos realizar sobre Fernández de Avellaneda, permítasenos a la ligera, copiar algunos párrafos del trabajo crítico del Sr. Gómez de Baquero, inserto en *El Imparcial* de 22 de Febrero de 1915, que se relaciona con nuestra labor por asociarse la obra del encubierto enemigo de Cervantes a la lengua y a la literatura castellanas. Dichos párrafos dicen lo que nosotros no podríamos decir ni diremos nunca con esta competencia:

«Hasta ahora las mejores historias abreviadas de la literatura española, o si se quiere Manuales o Compendios de cierta extensión, se han debido a hispanistas extranjeros, siendo de lamentar que no tomaran por su cuenta esta empresa los eruditos españoles. Verdad es que éstos han ido escribiendo fragmentariamente la historia de las letras castella-

nas. Menéndez Pelayo, en primer lugar; Menéndez Pidal; antes, el marqués de Valmar; Rodríguez Marín, Cotarelo, Bonilla y otros cultivadores de este género histórico han estudiado épocas, géneros, autores en gran número de valiosos trabajos parciales o monográficos, que hoy tiene que ser un resumen y una coordinación de lo que han puesto en claro los especialistas en sus monografías y tratados particulares. Pero además de ser un resumen de lo que la investigación ha descubierto hasta el día, una historia general de la Literatura, tiene una misión crítica y constructiva importante.»

. . . . . .

. . . . . .

«De las «Historias» de autor extranjero antes citadas, la más leída hoy y la que está más al corriente es la del hispanista inglés Fitzmaurice Kelly, que, aunque bastante defectuosa en la parte moderna y discutible en puntos de la antigua, encierra copia abundante de noticias y revela extensa erudición. Es desigual el valor de sus ediciones, sin que la preferencia dependa del orden cronológico, como suele suceder en estas obras, que se corrigen y aumentan con las rectificaciones que traen los trabajos de investigación o la mayor meditación del historiador. Prefiero la primera edición española, con prólogo de Menéndez Pelayo y notas de Adolfo Bonilla y San Martín y la última castellana del autor. La francesa es manifiestamente inferior.»

«Autoridad mayor que la de la «Historia» de Fitzmaurice Kelly tuvo por mucho tiempo la de Ticknor, sobre todo en su edición española, ilustrada con notas de Gayangos y Vedia; pero hoy está anticuada, aunque no haya perdido del todo su valor.»

«Cejador, como declara en su prólogo, donde prodiga la modestia, se ha propuesto escribir una «Historia» del tamaño de la del norteamericano

Ticknor, «más moderna y más española». La principal novedad, feliz por cierto, que hallamos en el plan de este libro es enlazar la historia de la lengua con la de la literatura, empresa sólo asequible a un lingüista como Cejador, y que ilumina y aclara muchas cuestiones literarias, además de poner a la Literatura en su verdadero marco.»

«Como he dicho en otra ocasión, la Literatura no es más que la lengua en acción. Es el idioma viviente, moviéndose, actuando y circulando en el comercio humano, no como un inventario y archivo de voces, que es como lo vemos en los Diccionarios, ni tampoco como una anatomía y una fisiología, que es como nos le muestra la Gramática. Ahora, que la historia literaria, no recoge naturalmente todas las manifestaciones de la lengua, como ninguna especie de historia recoge todos los hechos que a su jurisdicción pertenecen, sino las obras más significativas y excelentes, donde el idioma ha adquirido mayor eficiencia artística que era dable en su tiempo.»

Y quién, proseguimos nosotros, no se hará cargo de lo que concierne al «manco sano» por referirnos a un *sano manco* para eclipsar el estro del Genio, como acontecióle a Fernández de Avellaneda. Si es más; han llegado algunos al colmo de la desfachatez preguntándose e interrogándonos cómo escribiría Cervantes en la actualidad. Lo cual ha dado margen a que Ricardo León dijera en la disertación que antes hemos ponderado, no tanto como mereciera:

«Es muy frecuente decir: ¿cómo escribiría Cervantes si viviese ahora? Y se me ocurre contestar: pues escribiría como escribió en su tiempo, como los propios ángeles. Hay en la factura del «Quijote», según es notorio, dos aspectos inconfundibles: el que refleja la observación potente de la vida, los tipos y costumbres, el habla común y saladísima

del vulgo, y otro de erudita elegancia, con el dejo sutil de la docta antigüedad. Pues ¿acaso podía quien era tan cabal artífice desmentir la ley del arte y crear algo cuyas formas no tuviesen raíz ni antecedente? Si en la profunda concepción del «Quijote» el libre genio cervantino voló a las cumbres de la inmortalidad sin otras alas que las suyas aguileñas, fué en la expresión artística de la obra, como todos los grandes poetas de su tiempo, un cultivador dichosísimo de la lengua heredada, el que supo traerla con más garbo, elocuencia y hermosura.»

«Pues a escribir ahora seguiría el mismo procedimiento que usó entonces: fundiría en el crisol de su arte el habla vulgar, el habla de los campesinos castellanos y andaluces (que es hoy con pocas diferencias la misma del siglo de oro) y el idioma culto, el idioma literario recibido de los maestros. Lo que no haría Cervantes si volviese á nacer es tomar los gigantes por molinos, las bacías por yelmos, por escuadrones los rebaños y confundir la ciencia con la pedantería, la realidad con la ficción, el espíritu con la letra, como suelen muchos ahora, creyendo a cierra ojos que tiene color y sabor de romance castellano el que priva en los mentideros de la ciudad y en las mesas de los cafés, el mestizo idioma que corre por libros y papeles bajo la pluma de algunos escritores, tan distantes del pueblo español como la Selva Negra del río Guadalquivir. Aborrecer de esta suerte la pulcritud de la forma y escribir a cien leguas de la realidad y la tradición, es volver la espalda a las dos realidades, a las dos tradiciones en que se apoya la literatura de todos los tiempos: el arte clásico y el buen sentido popular.»

«La decadencia y laxitud creciente de la lengua culta nos exige a todos (pues todos sómos algo pecadores) la obligación de tornar a las fuentes de su pureza nativa: el habla común y los modelos de antaño. Sacar a luz los libros del siglo de oro no es

galvanizar difuntos ni remover escombros y cenizas; porque el idioma purísimo y rozagante del «Lazarillo», del «Guzmán» y del «Quijote» vive no sólo en esas obras perennes, sino también, con ruda lozanía, en la boca del vulgo español, en las riberas del Tajo y del Guadiana, del Ebro y del Tormes, del Betis y del Genil. Lo que sucede es que, así como en estos pícaros lustros de vocinglera demagogia se van perdiendo todos los caudales, todas las ricas herencias del pueblo español, sus vínculos de raza, su orgullo viril, sus costumbres y fueros democráticos (los cuales en otro tiempo juntaban familiarmente al vulgo y a los doctos en la vida y en los libros, en las acciones y en el habla), vemos ahora cada vez más en pugna y en divorcio a los letrados y al pueblo, hasta el punto de vivir como dos castas incompatibles sobre el mismo solar. Y esta profunda separación entre el vulgo y los elementos intelectuales y directores (que dió origen a todos los desastres del siglo XIX) inflige no pocos daños a la vida civil y a la república de las letras: uno de ellos es que ambos, los cultos y la plebe, no sólo se desprecian, porque mutuamente se ignoran, sino que tienden a usar dos idiomas distintos.»

Es cierto; es evidente. Pero nosotros no extremamos tanto; nos mantenemos en un equilibrado término medio: creemos que todas las épocas aportan a todos los órdenes de la vida diferencias de clase bien marcadas y definidas. Unas veces el «gongorismo» se presentó ante la plebe como valladar infranqueable, con el mismo menosprecio y con igual arrogancia que el señor de horca y cuchilla trataba al siervo de la gleba; otras veces, y esta es la que nosotros no perderemos de vista de aquí en adelante, vemos agitarse sordamente o rugidores y encrespados, según el apoyo que dispusiera el desvalido, los dos bandos de la literatura de fines del siglo XVI y principios del XVII: el de la avasallante lira de Lope de Vega y el de la prosa sin rival de Cer-

vantes, y no es que nosotros nos hagamos eco de quienes los juzgan enemigos irreconciliables, ni que se nos representen enfrascados en los resquemores de mutuas envidias, que los espíritus elevados no sufren hasta el grado inconcebible que ha forjado la leyenda. Que dichos bandos existieron, a instigación de los parciales y de los aduladores que ambos ingenios tuvieran, es evidentísimo, como suponemos que se demostrará estudiando la aparición del Anti-Quijote.

Aurelio Báig Baños.

ENSAYO

SOBRE LA CONTEXTURA ESPIRITUAL DEL QUIJOTE DE AVELLANEDA, Y SOBRE QUIÉN PUDO SER EL ÉMULO DE CERVANTES

I

Ensayo deficiente.—Lo que debemos considerar antes en nuestra disertación.—Cómo la hemos clasificado.—Copia de un Prólogo de Fernández Bremón.—Breves apuntaciones.

Los seudónimos de los escritores.

Para estudiar con algún detenimiento el tema que nos proponemos abordar acerca de un «Ensayo sobre la contextura espiritual del «Quijote» de Avellaneda y sobre quién pudo ser el émulo de Cervantes, apreciamos y reconocemos cortísimo el vagar de que disponemos y muy limitadas nuestras facultades intelectuales. Hemos de circunscribirnos, pues, a una sucesión de artículos en que, sin método, sin profundidad, sin hilación, sin grande acarreo de lecturas selectas, asociemos a nuestra labor de copia deficiente varias ideas propias, una de éstas afirmar categórica, rotundamente, quién fué Alonso Fernández de Avellaneda. Bajo este aspecto, aunque ofrezca grandes lagunas en referencias y notas bio-bibliográficas, que salvarán varones doctísimos a quienes requerimos, nuestro incompleto trabajo, nuestra humilde y modesta disertación ha de ser interesante por demás; interesante por sí misma, no porque hiera de muerte la balumba de comentarios y conjeturas que, a fuerza de ingenio derrochado, húbose adueñado y enseñoreado

de la opinión de muchos cervantistas, aún divididos en sectas y banderías.

Este interés que forzosamente habrá de despertar nos obliga a subordinar cualquier otra referencia, la entraña misma de nuestra tesis, al enunciado de cuanto se relacione con el encubierto licenciado tordesillesco, sin abandonar, como es evidente, la ruta espiritual de Alonso Quijano, el *Malo* y la de Alonso Quijano el *Bueno*. Y si en el curso de nuestras reflexiones, annque otra cosa hayamos estampado en el Prólogo, no se excita en alto grado la curiosidad, acháquese a nuestra inhabilidad literaria, qué quizá nos aparte repetidas veces del rumbo que tenemos marcado de antemano como itinerario.

Queremos ocuparnos en este «Ensayo»:

Primero: Del seudónimo que usó el autor del falso Quijote, para lo cual emprenderemos una larga excursión a través de varios libros, copiando lo que nos parezca útil a nuestro propósito;

Segundo: De cuantas conjeturas hayan pretendido descifrar el enigma del nombre del encubierto autor;

Tercero: De los capítulos de cargo y de agravios del prólogo avelladenesco;

Cuarto: De los distintos pasajes del texto tarraconense;

Quinto: De la conexión íntima que guardan el texto cervantino con el anterior;

Sexto: Del caudal de citas latinas del licenciado tordesillesco y lo que revelan;

Séptimo: Del resultado que obtuvo con su «Quijote» dicho envidioso autor.

Octavo: De los cuentos intercalados en ambos Quijotes;

Noveno: De la religiosidad de Cervantes;

Décimo y último: De la eterna gloria que proporcionó al «Manco de Lepanto» la obra del falso Avellaneda.

Después de esta clasificación, y para dar principio a nuestra empresa, transcribamos el prólogo que puso el siempre llorado y nunca bien alabado José Fernández Bremón a «Unos cuantos seudónimos de escritores españoles», edición segunda, año 1904 (la primera fué el 1892), Madrid, y cuyo autor, don Juan Eugenio Hartzenbusch, encubrió su nombre con el seudónimo de Maxiriath. Dice así:

«De seudónimos o falsos nombres podrían calificarse la mayoría de los apellidos españoles que hoy se usan, por la libertad caprichosa con que los adoptaron en otros tiempos individuos y familias. Miguel Cervantes Saavedra se hubiera llamado hoy Miguel Cervantes y Cortinas; D. Francisco de Quevedo y Villegas, D. Francisco Gómez Santibañez; D. Pedro Calderón de la Barca, D. Pedro Sánchez Henao y D. Leandro Fernández Moratín, Fernández Cabo, uniendo á la moderna los primeros apellidos del padre y la madre. Hermanos carnales, no solo usaban apellidos diferentes, como hicieron los hijos de D. Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz, sino que una misma persona firmaba con apellido distinto en diversas escrituras; como prueba el erudito señor Pérez Pastor en las hembras de la familia de Cervantes. El académico señor Fernández de Bethencourt, que es una autoridad en eso de los linajes, cuida de advertir que no basta el uso de apellidos ilustres para pertenecer a las grandes familias. Y si había tal facilidad en la manera natural de nombrarse, que muchos nombres ciertos, autorizados por partidas de bautismo, resultan problemáticos, ¿cómo habían de ocuparse nuestros antepasados en el estudio de los seudónimos literarios cuando era tan arbitraria la elección de los otros, que no distinguían al hermano del hermano?»

«Hoy, diríase que la sociedad civilizada, en cambio de otras pérdidas, ha adquirido un sentido nuevo, el de la estadística, que todo lo reglamenta, puntualiza y empadrona. Seguramente no daban nuestros antecesores la importancia que nosotros á los apellidos para la identificación de las personas, y no es extraño que no se hicieran en España investigaciones de carácter general, que sepamos, como la del autor de este libro, para traducir el seudónimo al nombre verdadero, cuando este era tan alterable, y además variaba con frecuencia y causaba nuevo estado al entrar en religión, según la práctica de algunas Órdenes monásticas; pues si en unas se podía, como entre los franciscanos, conservar el apellido secular, ejemplo Fray Francisco Jiménez de Cisneros, era costumbre en muchas, como la del Carmen, trocarle por nombres devotos, y así lo hicieron Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y tantos otros, en cuyo caso el nombre de familia, cambiado oficialmente en el registro de profesiones, se convertía en seudónimo.»

«Simbólicos son, aunque no pertenezcan á este libro, los nombres que adoptan los masones desde que el Duque de Wharton introdujo esa asociación en España reinando Felipe V. Entre los que se conocen, por figurar en obras impresas que se venden, podemos citar a los famosos Conde de Montijo, el del motín de Aranjuez *(El tío Pedro)*, Marqués viudo de Pontejos *(Aranda)*, don Ramón María Calatrava (*España*), primer Marqués de Seoane (*Antonino Pío)*, López Pinto) *Numa*), don Juan José Jiménez Delgado (*Idea*) y don Práxedes Mateo Sagasta (*Paz*)» (1).

«El disfraz del nombre, tan indiferente para los antiguos, irrita ahora la curiosidad pública, por ser el único que oculta lícitamente el estado civil del escritor. Desvanecer ese incógnito es aclarar la historia literaria, y hoy más que nunca útil, por ser tan usual el seudónimo en el periodismo, cada vez más extenso, hasta el punto de haber empezado el siglo XIX publicándose en Madrid siete periódicos, según el cuadro gráfico de los «Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños,» de don Juan Eugenio Hartzenbusch, y existir a fin de siglo registrados en el Gobierno Civil 420, según datos auténticos. Sin estas claves, grande será la confusión el día de mañana para distinguir a los autores y su reglamentada propiedad.»

«Hay quien duda del derecho para destruir el incógnito del que a su amparo escribe, y se ha dado el caso de querellarse un célebre escritor contra un articulista que reveló su nombre, y aún se añade que el quejoso probó en juicio, con cédula y padrón, la personalidad de su seudónimo. Ello es que ninguna ley concede el derecho de alterar el nombre propio, y, por consiguiente, no están esas ocultaciones al amparo de la ley; lícitas cuando son inofensivas, y menos inocentes si tienen otro objeto, lo racional es dejarlas al capricho del autor, y quedarnos con el derecho de resolver el jeroglífico.»

«Del libro de Maxiriath debo manifestar que he examinado muchas papeletas de las que sirven de matriz a cada caso, y en todas hallo la justificación de las noticias: todo resulta matemático, porque no se aventura nada sin la prueba posible, o sea el ori-

---

(1) Deben incluirse á don Miguel Morayta (*El Gran Oriente*), Lerroux, Moret, Conde de Romanones, y varios más.

gen de los datos: si algo es dudoso, no se da por cierto, como al tratarse del continuador del «Quijote», Alonso Fernández de Avellaneda, de quien no afirma el autor, sino pregunta si pudo ser Fray Luis de Aliaga, como creyeron muchos eruditos; opinión ya casi abandonada, aunque no hayan tenido mejor suerte la inspirada poetisa doña Blanca de los Rios al atribuir el falso «Quijote» a Tirso de Molina, el insigne Menéndez Pelayo a Alfonso Lamberto, Benjumea a Fray Juan Blanco de Paz, don Adolfo de Castro a don Juan Ruiz de Alarcón, ni el entusiasta biógrafo de Cervantes don Ramón León Máinez, al gran Lope de Vega; el seudónimo, si lo es, resulta sin aclarar, y cerca de tres siglos han amontonado ruinas de códices y archivos para que nos hagamos grandes ilusiones de penetrar en el secreto.» (1)

«En el catálogo van confundidos altos y bajos, con la imparcial rectitud de un registro y la buena intención de ahorrar trabajo á los eruditos futuros, acumulando noticias de difícil reunión el día de mañana; la crítica de entonces hará la clasificación, y no por orden alfabético, y el tiempo, crítico infalible, decidirá quienes hayan de flotar y los que deban irse a fondo: los unos brillarán con sus nombres verdaderos; los otros conservarán eternamente su seudónimo.»

Esta profecía se cumplirá en todas sus partes; mas no en el caso de que nos ocupamos. El Diccionario de Autoridades ha incluido la obra de Avellaneda en el grupo de las selectas, declarándola digna de figurar entre las que produjo el siglo de oro de nuestra literatura; pero con seudónimo, y hasta sin seudónimo, bien se le puede imputar lo que Richelet decía refiriéndose a las cartas anónimas:

«Les lettres anonymes marquent toujours, de part de celui qui les écrit, un grand fonds de lâcheté et de bassese.»

Porque en el caso de Avellaneda, como veremos más adelante, la bajeza y cobardía se precisó con extraordinario relieve por las grandes y poderosas influencias que manejaba aquél individuo con entero desembarazo. Avellaneda invirtió los papeles con su casi contemporáneo Cardenal Richelieu: éste no logró descubrir nunca

(1) No tiene nada de tal; es un secreto a voces, incomprensible que nadie lo haya sorprendido.

quién fuera el autor de una sangrienta sátira, «Eloge de son Eminence», publicada el año 1633; aquél, que se vió satirizado por la punzante ironía de Cervantes, quiso desagraviarse apelando al mismo procedimiento y continuó las aventuras del cuerdo loco y del loco cuerdo. Pero en esta continuación hubo de volcar sobre sus páginas las hieles más amargas de su bilis, persuadido de su omnipotencia, contando que permanecería cubierto por los velos del misterio, aun cuando no usara disfraz alguno.

Ya rasgaremos estos velos; permítasenos dar fin á este capítulo, que el siguiente habrá de ofrecer mayor interés.

II

Varios libros y diccionarios.—Ediciones del «Quijote» de Cervantes, que tratan del de Avellaneda.—«Vida de Cervantes», de Navarrete.

Acarreo de lecturas y trabajo de compulsa.

Antes de comenzar este capítulo segundo hemos estado un buen espacio de tiempo en la misma actitud que dijo Cervantes en el Prólogo de la Primera parte del «Quijote» hubo de estar hasta tanto que llegó a sacarle del atolladero un su amigo. Nosotros tenemos uno excelente, don Gabriel M. del Río y Rico (1), abogado, archivero-bibliotecario-anticuario y jefe de la «Sección de Libros Raros» de la Biblioteca Nacional de Madrid, autoridad indiscutible en cervantigrafía y cervantibibliografía, que nos facilita y simplifica en lo posible nuestro trabajo; pero hemos desistido de molestarle nuevamente porque perdimos ya la noción y la cuenta del sin número de veces que asaltamos su extremada bondad. A él, no obstante, debemos bastantes antecedentes y consiguientes y la ordenación de muchas pesquisas nuestras.

Cumplido este requisito, demandado por nuestro agradecimiento, merecen ser citados por nosotros unos cuantos libros y diccionarios que no están contenidos en la «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes», de Leopoldo Rius y Llosellas, inapreciable tesoro de la literatura cervantina y verdadero monumento del cervantismo mundial; aquéllos porque su publicación ha sido en el mismo año y posterior á la del 1905, fecha de la del tercero y último

(1) A este mismo señor le citamos al tratar de la «Religiosidad de Cervantes».

tomo de las obras citadas antes, los otros porque no se relacionan más que de modo muy remoto con el «Quijote» de Avellaneda.

Hemos de citar, pues, el «Catalogue général des livres imprimés de la Bibliothèque Nationale, impreso en París y en la «Imprenta Nationale», 1905, que consta de muchos volúmenes (cuyo catálogo viene publicándose sin interrupción desde el año 1758); hemos de citar la «Crónica del Centenario del Quijote», publicada bajo la dirección de Miguel Sawa y Pablo Becerra, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Antonio Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado, 1905, que, siendo incompleta como es, contiene una cita importantísima para nuestro objeto en la página 400; «El Centenario Quijotesco», del gran lexicógrafo Padre Juan Mir y Noguera (1). Madrid, Tipografía Moderna á cargo de M. Gimeno, 1905; «El Clero en el «Quijote», de Juan Moneva y Puyol, Zaragoza, Mariano Salas, 1905; «Monjas sevillanas parientas de Cervantes», de Norberto González Aurioles, Madrid, 1915; «Historia de la Literatura Española y Antología de la misma», de Guillermo Jünemann, B. Herder en Friburgo de Brisgovia (Alemania), que analiza las obras inmortales y los críticos que las comentaron; «Dichos y sentencias de sabios y antiguos filósofos», catalogado en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la sección de manuscritos con la signatura S. - 84; «Dichos y sentencias: de algún español del siglo XVII», en la misma Biblioteca y en la misma sección con la signatura T. - 44; «Dichos y sentencias de los filósofos», en la misma sección con signatura T. - 17; «El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. «Sucesos de su vida», de don Francisco Navarro Ledesma, Madrid, Imprenta Alemana, 1905; «Vida de Don Quijote y Sancho», según Miguel de Cervantes Saavedra», de Miguel de Unamuno, Salamanca, Almarai y Compañía, 1905; «Criptografía Quijotesca», de Luis Ricardo Fors, La Plata (República Argentina), 1905; «Efemérides Cervantinas o sea Resumen Cronológico de la Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, de don

(1) En otra obra, «Prontuario de Hipanismo y Barbarismo», en la pág. XI de la Introducción decía: Los sermones del Padre Alonso de Cabrera, los diálogos del Padre Juan de Pineda, los Salmos penitenciales del Padre Pedro de la Vega, son tres obras clásicas de tal calidad, que cada una de por sí es poderosa para sepultar en oscuridad el ingenio, el estilo, el lenguaje del autor del Quijote.... Son tres magníficos aparadores donde la majestad del idioma resplandece en toda su grandeza.

Emilio Cotarelo y Mori, de la Real Academia Española, Madrid, Revista de Archivos, 1905, y «Tresor De livres Rares Et Precieux Ou Nouveau Dictionnaire Bibliógraphique Contenant Plus De Cent Mille Articles de livres Rares, Churieux Et Recherchés, D'Oubrages De Luxe, etc. Avec Les Signes Connus Pour Distinguer Les Editions Originales Des Contrefaçons Qui En Ont Eté Faites, Des Notes Sur La Rareté Et Le Mérite Des Livres Cités Et Les Prix Que Ces Livres Ont Atteints Dans Les Ventes Les Plus Fameuses, Et Qu'ils Conservent Encore Dans Les Magasins Des Bouquinistes Le Plus Renommés de L'Europe», par Jean George Théodore Graesse, publicado en Dresde, Londres y París el año 1861 (1).

Nos permitimos recomendar á nuestros lectores el «Dictionnaire universel d'histoire et de geographie», de Bouillet, París, 1864, que contiene la biografía de Cervantes; el «Dictionnaire général de biographie (et d'histoire, de mytologie, de geographie) ancienne et moderne, comparée des antiquités et des institutions grecques romaines, françaises et étrangeres», de Dezobry et Bachelet, París, 1857, y el «Dictionnaire (Nouveau) Historique portati ou histoire abregée de tous les hommes qui se sont fait un nom par des talents, des vertus, des forfaits, des erreurs, etc, etc, Amsterdam, 1774.

Remitimos a nuestros lectores a las páginas 16 a 20 de nuestro Prólogo, si desean cotejar cuanto se ha escrito sobre los dos «Quijotes». Nosotros, muy someramente por cierto, hemos de ocuparnos más adelante de las distintas ediciones del «Quijote» de Cervantes, pues quisiéramos hacerlo con algún detenimiento de las del de Avellaneda y por carecer de espacio suficiente nos vemos, á pesar nuestro, constreñidos á unos brevísimos esbozos críticos.

Aunque á la «Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, escrita é ilustrada con varias noticias y documentos inéditos pertenecientes á la historia y literatura de su tiempo», por don Martín Fernández de Navarrete, Secretario de S. M., Ministro Jubilado del Consejo de la Guerra, Individuo de número de las Reales Academias

(1) Omitimos la referencia de otros libros, que en este mismo capítulo saldrán a luz, por no pecar de redundancia; ni tampoco queremos sacar a colación otros autores y otras obras que consultaremos más adelante, y otros autores y otras obras, que se relacionan directamente con *nuestro* Avellaneda por no ser este su lugar adecuado.

Española y de la Historia, Académico de Honor, y Secretario de la de San Fernando, publicada por la Real Academia Española en Madrid en la Imprenta Real el año 1819, aparte de la edición del «Quijote» del mismo año, ciertos críticos exigentes (1) la hayan regateado su innegable importancia por haberse asentado sobre los materiales de las «Vidas de Cervantes», de don Gregorio Mayans y Siscar y de don Juan Antonio Pellicer, debemos colocarla en primer término sobre cuantos trabajos se hayan dado á la estampa sobre la biografía de aquel esclarecido hijo de las Gracias. En atención á este orden de ideas, y juzgando á dicha obra como base y sustentación de todo buen estudio cervantista, damos principio a nuestra disertación copiando de la página 606 de dicha obra lo siguiente:

«*Fernández de Avellaneda (Alonso)*, nombre con que se disfrazó el autor de la titulada *segunda parte* del «Quijote»: era compositor de comedias, y comprendido por Cervantes en su censura del teatro, 144 y 149: cuando publicó aquella obra, 144. Infama a Cervantes en el prólogo: cómo trata éste de ella y de su autor, 145. El paralelo entre ambos ventajoso á Cervantes, 145 y sig. Qué pudo mover a averiguar quién era Avellaneda, 146 y sig. Le Sage tradujo al francés su «Quijote», purgándole de indecencias, añadiéndole y mejorándole, 146. Por esta traducción, juzgándola fiel, alabaron algunos a su autor y ultrajaron a Cervantes: Nasarre incurrió en este error reimprimiendo aquel libro y procurándole elogios, 147 Celebridad superficial y pasajera que logró: mándanse suprimir en otra edición los pasajes indecentes: liviandad de los que han elogiado a Avellaneda: D. N. Antonio hizo poco aprecio de su «Quijote», 148. Mayans esforzó más su censura: qué clase de sujeto juzgó fuese Avellaneda: el P. Murillo opinó que era eclesiástico: Pellicer añadió que era dominico: su «Quijote» da indicio de ello:

---

(1) Uno de éstos críticos es don Juan Givanel y Más. En su «Examen de Ingenios», publicado en Madrid el año 1912, en las páginas 87 y 88 dice: «Conozco la labor de los antecesores y sucesores de Clemencin, y soy de los que afirman que, gracias á Mayans y Bowle ni Navarrete y sus secuaces, ni Pellicer y sus continuadores hubieran hecho ni una regular biografía del escritor alcalaíno, los unos, ni un comentario, aunque chapado a la antigua, los otros». Diciendo más adelante: «Es la historia de mucha parte del intelectualismo español: copiarse unos a otros sin decir la procedencia».

concurrió á un certamen celebrado en Zaragoza, 149. Si tenía apoyo en la corte: respetos por qué Cervantes pudo rehusar descubrirle: era aragonés, lo prueba su lenguaje, y Cervantes lo dice, 150. Qué dijo éste con alusión a él, 473».

Séanos lícito, para ir entrando en materia, referir que Cervantes publicó la «Primera parte» del «Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha el año 1605 y que se hizo muy popular (1), mucho más que con las comedias, particularmente «La Confusa» (2), que estrenara con anterioridad a la aparición de Lope de Vega en la escena; séanos lícito manifestar que el genial humorista, siguiendo la costumbre de su época, criticó en su obra cuanto se puso al alcance de su observación, y una de las cosas criticadas fueron las comedias de su tiempo. Hecho este ligero preámbulo pasemos a ampliar lo anteriormente copiado, transcribiendo las páginas a que se hace referencia.

«De esta clase (de los que quiere medir la elevación, la nobleza y la dignidad de las almas grandes por la ruindad y pequeñez de su corazón) fué entonces cierto compositor de comedias, que picado y quejoso de haberse visto comprendido en la censura general que hizo Cervantes del teatro, lleno de pesar y enojo por el buen nombre y crédito que a éste le habían granjeado sus obras, y usando del ardid de mancomunar su causa con la de Lope, se presentó en la palestra, aunque ocultando su verdadero nombre, patria y condición, y se atrevió a continuar el «Quijote», cuando no sólo vivía su primero y legítimo autor, que había ofrecido la segunda parte, sino que acababa de repetir el anuncio de su próxima publicación en el prólogo de las novelas. Tal fué la audacia de aquel escritor, que bajo el nombre del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, suponiéndose natural de Tordesillas, imprimió en Tarragona a mediados de 1614 una continuación ó segunda parte del «Quijote», en cuyo prólogo empieza a propasar los límites de la prudencia y de la urbanidad, derramando la ponzoña que abrigaba su corazón, injuriando las venerables canas y mérito de Cervantes, a quien apellidó manco, viejo, envidioso, mal contentadizo,

(1) Al hablar más adelante de la «Religiosidad de Cervantes» citaremos lo que dice Rius sobre este particular en su «Bibliografía crítica».

(2) Esta comedia no ha podido encontrarse impresa ó manuscrita.

murmurador, y delincuente ó encarcelado, y procurando también desacreditar su ingenio, ya introduciendo su hoz en mies ajena, ya amenazándole con privarle de la ganancia que esperaba de la segunda parte, que sabía iba a publicar inmediatamente; sin hacerse cargo este maligno continuador que, según decía atinadamente Cervantes, «para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento»; y que «decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios». De modo que por cualquier parte que se mire, no puede dejar de calificarse el prólogo de Avellaneda como un libelo infamatorio, digno de toda la severidad de las leyes.»

«Cuando llegó a manos de Cervantes tal conjunto de improperios al frente de una obra insípida, vulgar y obscena, tenía muy adelantada la segunda parte de su «Quijote»; y así es que comenzó á hablar de ella desde el capítulo LIX; pero con admirable delicadeza en lo relativo a sus injurias personales, y con suma gracia y donaire en lo tocante a los defectos literarios de su rival; despreciando con generosidad las inicuas imputaciones que le hacía, ó demostrando su perversidad, ó ridiculizando su ignorancia é ineptitud. Pudo Cervantes arrancarle la máscara, y sacarlo á la vergüenza con su cara descubierta; pero su moderación ú otras consideraciones no se lo permitieron, al mismo tiempo que le daba el ejemplo de presentarse en la lid sin embozos ni arterías, con franqueza y generosidad. El paralelo de semejantes procedimientos entre Cervantes y Avellaneda descubre palpablemente la nobleza y decoro del uno, y la mezquindad y grosería del otro, así como la comparación de ambas obras revela ó manifiesta el ingenio, la erudición y gracia del primero, en contraste con la pedantería, insipidez y torpeza del segundo.»

«Solo la universal celebridad y el sublime mérito de Cervantes han podido excitar algún interés para averiguar el verdadero autor que se oculta bajo el nombre de Avellaneda; quien, juntamente con su obra, hubiera desaparecido para siempre, si desentendiéndose Cervantes de sus injurias, y no haciendo mención de tan ruín adversario, omitiere el contestarle; pero el deseo de vindicarse y de burlar a su enemigo, fué causa de perpetuar la memoria de éste en la misma obra que había de conservar sus más sólida reputación en las venideras generaciones; y de que a proporción de que se di-

fundiese y propagase el aprecio de sus obras, creciese también la curiosidad de saber quién el fué pigmeo que osó medirse con el atlante de nuestra gloria literaria.»

«No fué otra la razón, si bien se examina, que este amor á la novedad la que movió á Mr. Le Sage á publicar en París en 1704 el «Quijote» de Avellaneda, traducido al francés con apacible y elegante estilo; y para quitar las náuseas que había de causar su insípida y desagradable lectura, se tomó la libertad de alterar el original, purificándole de muchos pasajes torpes é indecentes, y añadiendo de suyo varios cuentos y episodios más estimables; pues según los escritores franceses, aunque tenía poca invención, estaba dotado de singular talento para embellecer y mejorar las ideas de otros, haciéndolas propias por este medio, como lo ejecutó también con el «Diablo Cojuelo», de Luis Vélez de Guevara, y con otras obras españolas, eludiendo así la dificultad que hallaba en ajustarse al original, ya por el estilo entremesado y burlesco, ya por la penuria de diminutivos que padece la lengua francesa. Estas voluntarias alteraciones y reformas califican cuanto las necesitaba la obra de Avellaneda para granjearse alguna estimación del público; pero los que ignorando esta licencia que se tomó el traductor, creyeron fiel y ajustada la versión, alabaron a Avellaneda ciega y ligeramente, hasta suponerle exento de los defectos en que incurrió Cervantes, y asegurando que éste había imitado y casi copiado la segunda parte de aquél, acriminándole al mismo tiempo la injusticia con que impelido de su enojo y resentimiento suponían haber tratado a su competidor. Así juzgaron entre otros los autores del «Diario de los sabios», y así también el Dr. Don Diego de Torres, hablando todos de Avellaneda sin haber visto sino su traducción, censurando el último la incuria de los españoles, que habían dejado perder la mayor parte de los ejemplares de aquella novela, como si el estar menos castigado su estilo pudiera quitarle las bellezas de la invención que en ella suponía, y la correspondencia entre los miembros de su historia.»

«El dictamen de personas tan bien reputadas atrajo sin embargo a su partido el de otras no menos distinguidas en la república literaria, y señaladamente a Don Blas de Nasarre, que ocultándose con el nombre de Don Isidro Perales y Torres, que era un clérigo familiar suyo, reimprimió en Madrid en 1732 el «Quijote»

de Avellaneda, con una aprobación que también escribió, prohijándola a un amigo suyo, beneficiado de la iglesia parroquial de Aliaga, y exigiendo de la amistad de Don Agustín de Montiano iguales sufragios a favor de aquel escritor. Con tal aparato de encomios y panegíricos se presentó Avellaneda en el siglo XVIII, como para vindicarse del menosprecio con que fué tratado en el anterior, en que había existido; pero con todo no logró alucinar a las gentes juiciosas y perspicaces, y sólo consiguió una celebridad superficial y pasajera; porque su libro, que era apetecido por raro, perdió este título estéril luego que se hizo común, y la crítica y el buen gusto lograron sepultarlo en la oscuridad en que yacía, inutilizando los ejemplares de esta edición en los almacenes de los libreros y comerciantes. Todavía ha podido el crédito y el buen nombre de Cervantes dar lugar a nuevas especulaciones de interés en nuestros días para repetir la edición de Avellaneda, aunque omitiendo por orden superior los cuentos o novelas indecentes que contiene, sin conseguir por esto acrecentar su estimación, ni disminuir la que con tanta gloria se ha difundido por todo el orbe a favor del discreto «Quijote» de su noble competidor.»

«El silencio de los escritores contemporáneos, o la circunspección con que hablaron de Avellaneda los pocos que le mencionaron en su siglo, es en realidad una acriminación y cargo muy severo contra la presunción y liviandad de los que cien años después comenzaron á prodigarle los elogios que no merecía. La distancia de los tiempos, y la dificultad que trae consigo para investigar la verdad, han estimulado la curiosidad y diligencia de algunos literatos para saber quién fué el disfrazado Avellaneda; y aunque estamos muy lejos de dar importancia a esta cuestión, creemos preciso sin embargo exponer lo que otros han llegado a inquirir o conjeturar con algún fundamento. Cuando don Nicolás Antonio hizo mención de aquel torpe novelista en su «Biblioteca» manifestó bien a las claras el poco aprecio que le merecía, y la disparidad de su ingenio con el de Cervantes. El Sr. Mayans esforzó más esta censura; pero inclinado a hallar misterios en las expresiones de este escritor, juzgó por algunas del prólogo de la segunda parte del «Quijote», que su enemigo era hombre poderoso y calificado, y que por esto no se atrevió a nombrarle; bien que vacilante en su concepto hallaba también que pudo ocultar cuidadosamente

su nombre para no dilatar su fama por ser persona baja y despreciable. Con mayor firmeza y verosimilitud opinó el P. Murillo en su «Geografía histórica» que era eclesiástico; y don Juan Antonio Pellicer, que trabajó con más empeño en adelantar esta investigación, no solo apoya este juicio, sino que añade era religioso de la orden de predicadores. Indícanlo en efecto con mucha probabilidad varios sucesos o accidentes de la fábula de su «Quijote», la afición que se advierte a las cosas peculiares de aquella orden, el celo de promover sus devociones, la noticia exacta que da de las ceremonias y prácticas religiosas, y la clase de erudición escolástica y teológica, que a veces rebosa con textos y autoridades de los santos padres. Vislúmbrase igualmente que aquel enmascarado Zoilo era compositor de comedias, y comprendido en la censura general que de ellas hizo Cervantes en el «Quijote» y en el «Viaje al Parnaso», cuando buscaba el arrimo de Lope de Vega para sostener su mala causa; y consta por otra parte, que concurrió a dos certámenes que se publicaron en Zaragoza hacia el año de 1614 sobre la interpretación de dos enigmas que se esparcieron en aquella ciudad; y aunque por las alusiones que hacen los jueces en las sentencias a varios pasajes de su «Quijote» se viene en conocimiento de ello, todavía no dan suficiente luz para discernir cuál de los muchos poetas que allí se nombran fuese determinadamente el fingido Avellaneda.»

«Con estos antecedentes, y el más seguro que tenemos de su verdadera patria, pudiéramos presumir que la circunspección y templanza de Cervantes hacia su rival procedió del apoyo y protección que éste, como dominico y aragonés, hallaría en el valimiento y autoridad del confesor del Rey Fr. Luis de Aliaga, religioso de la misma orden, y natural de Zaragoza, que gozaba de gran privanza e influjo en la corte y en los negocios públicos; pero con tan señalada ingratitud hasta con su bienhechor el Duque de Lerma, y con modales tan groseros y desabridos, que excitó las quejas de muchas gentes, la censura de algunos escritores coétaneos, y el destierro y privación de sus dignidades cuando entró á a reinar Felipe IV. No era extraño pues que Cervantes en aquellas circunstancias, hallándose ausente de su favorecedor el Conde de Lemos, y éste rodeado de los Argensolas, que también eran aragoneses y podían influir mucho en mejorar su situación, prefiriese

reservar el nombre y calidad de su adversario, por el decoro que merecían su estado, profesión y conexiones, a descubrirle y correrle en público, conforme a los impulsos de su enojo, y propia satisfacción: conociendo, como lo dijo en sus novelas, que «hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan a ofender a los que valen más que ellos.» Más segura es la noticia que tenemos de que era aragonés, y no de Tordesillas, como quiso suponerlo, no solo porque lo declara así Cervantes repetidas veces, sino porque lo acredita y hace manifiesto de un modo indudable su lenguaje y estilo, y el uso de ciertas voces y modismos propios de aquel reino, y que no pudo o no supo evitar, como los evitaron otros buenos y cultos escritores aragoneses de aquella edad, especialmente los dos hermanos Argensolas, de quienes decía Lope de Vega que «parece vinieron de Aragón a reformar en nuestros poetas la lengua castellana.» «Bien manifiesta es la persecución que intentó Avellaneda contra Cervantes, quien con alusión a esto decía en boca de Mercurio (Viaje al Parnaso,» cap. 1.°):

«Tus obras los rincones de la tierra
(Llevándolas en grupa Rocinante)
Descubren, y a la envidia mueven guerra.»

«El mismo Cervantes habló del soneto malo, desmayado y sin garbo que le dirigieron en Valladolid contra el «Quijote»; y el que se atribuye a Lope, y es sin duda de algún apasionado suyo, acredita en sus indecorosas expresiones cuánto les picaba el universal aplauso con que había sido recibida esta obra. Pero cuando más se exaltó la envidia fué al verle protegido y amparado por el cardenal de Toledo y el conde de Lemos, como lo manifiesta Alonso de Salas Barbadillo en la dedicatoria de la «Estafeta del Dios Momo.»

Damos fin a este capítulo, para proseguir en el siguiente nuestro acarreo de lecturas, reservándonos los juicios que nos merecen y las conclusiones y reticencias que hemos de formular.

III

Multitud de esfuerzos para desenmascarar al autor del falso «Quijote».—Volumen in folio para darlos a conocer.—Selección oportuna.—Una nota interesante de «Comentarios al Cap. LXI de la segunda parte del Don Quijote», de Givanel Mas.

Historial sobre el autor del falso «Quijote»

Nada más útil y conveniente nos parece para bosquejar la figura literaria del autor tordesillesco que compenetrarnos bien de los esfuerzos con que se ha intentado averiguar quién era; y estos esfuerzos, que no son grano de anís sino de gran monta y consideración, como Navarrete y otros muchos cervantistas han reconocido, se revelan ostensiblemente dando a la estampa cuanto ha aparecido en letras de molde. Formaríamos un abultado volúmen en folio y no conseguiríamos trasladar todo lo que desde Mayans y Bowle hasta Moret-Fatio y Serrano Morales se ha escrito y publicado, unas veces caminando á la ventura, otras alardeando de copiosa erudición, muchas por intransigencia y las más para deslumbrar á los lectores con vivos destellos de originalidad.

En la imposibilidad de presentar ante la consideración de nuestros lectores tan voluminoso acarreo de lecturas, nos concretamos a excogitar lo más selecto, lo más depurado, sin perjuicio de ampliar con los textos originales las referencias u omisiones que presenten cultivo abonado para el esclarecimiento e ilustración de nuestro tema.

No hará un lustro que en el «Ateneo Barcelonés» (23 de Abril de 1910) y en el «Ateneo Científico y Literario de Madrid» (15 de

Diciembre del mismo año) se dieron a conocer parte de unos «Comentarios al Cap. LXI de la Segunda Parte del «Don Quijote», de don Juan Givanel Mas, que acabáronse de imprimir en la ciudad de los Condes, capital del Principado Catalán, en el establecimiento tipográfico de Bayer hermanos y C.ª, el 21 de Enero de 1911. De estos «Comentarios» trasladamos a estas columnas una nota muy interesante que comprende diez páginas de las de aquel folleto, (39 a 49), por referirse en un todo a nuestro propósito de historiar en bosquejo cuantos esfuerzos se han evidenciado para arrancar la máscara del émulo de Cervantes.

Dicha nota dice así:

«Materia para ser tratada con más espacio y detenimiento que el que se destina a una simple y volandera nota, es la cuestión de quién pudo ser el encubierto Avenaneda.»

«A mediados de 1614 y mientras Cervantes trabajaba en la Segunda parte de su obra maestra, salía de las prensas de Fellpe Roberto, de Tarragona, un «Segundo tomo del Ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras.—Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas.»

«Ya en el *prólogo* demuestra el encubierto escritor ser enemigo irreconciliable de Cervantes; en el de la primera parte del «Quijote» todas cuantas alusiones hay están escritas de modo tal que no ofenden; el tordesillesco autor es brutal en el decir, echa en cara al estropeado en Lepanto su manquedad y sus años, le tilda de envidioso y encarcelado, a lo que replicó el ingenio alcalaino: «lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros»; y después añade: «He sentido también que me llame envidioso y que como a ignorante me describa qué cosa sea la envidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino a la santa, a la noble, y bien intencionada, «llamándole mentiroso historiador, que escribe con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada.»

«El héroe de Avellaneda no es el de Cervantes. La nobleza de

sentimiento, y la alteza de miras que tiene en el de éste, desaparece en el de aquél, pues en muchos pasajes resulta D. Quijote falso, inconveniente, soberbio, bravucón, desenamorado, loco.... y «aquel hombre de bien, pero de poca sal en la mollera», está desconocido en el libro tordesillesco, pues nos describe un Sancho fanfarrón, estúpido, avaricioso y glotón.»

«El Quijote de Avellaneda pierde mucho si se le compara con el de Cervantes, pero analizado aisladamente es deber del crítico confesar que resplandece en la espúrea obra un lenguaje castizo y admirable naturalidad.»

«El primero de nuestros críticos, don Marcelino Menéndez y Pelayo, halla en la fábula del licenciado Avellaneda condiciones tan estimables, que la colocan en buen lugar entre las novelas de segundo orden del siglo XVII; pero después nos hace saber que, el decir es terso y fácil, «el chiste grosero, pero abundantísimo y espontáneo; la fuerza cómica brutal, pero innegable; el diálogo, aunque atestado de necedades que levantan el estómago en cada página, es propio y adecuado a los figurones rabelesianos que el novelista pone en escena; lo que decididamente rebaja tal libro a una categoría inferior, no sólo respecto a la obra de genio que Avellaneda toscamente profanaba, sino respecto de otras muchas de aquel tiempo que no pasan de ingeniosas y amenas, es el bajo y miserable concepto que su autor muestra de la vida; la vulgaridad de su pensamiento, la ausencia de todo ideal y de toda elevación estética, el feo y hediondo naturalismo en que con delectación se revuelca, la atención predominante que concede a los aspectos más torpes, a las funciones más ínfimas y repugnantes del organismo animal. No es un escritor pornográfico, porqne no lo toleraban ni su tiempo, ni el temple de su raza, pero es escritor escatológico y de los peor olientes que pueden encontrarse.»

«Y ahora cabe preguntar ¿quién fué el licenciado Avellaneda? Nadie hasta el día ha podido dar cumplida respuesta a la anterior pregunta.»

«El mismo Cervantes, a quien se le conoce la calentura del enojo en cuanto habla del tordesillesco autor, no lo supo; aquellas frases: «si la buena suerte le trujere a conocer el autor», «si acaso llegas a conocerle», «pues no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si

hubiese hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura le conocieres», demuestran, que acabó el «Don Quijote» sin saber quién era el encubierto Avellaneda, sin poder decir de una manera ostensible el nombre de tan solapado escritor.»

Nos dice Mayans, en su «Vida de Cervantes» (a), que la fábula impresa en Tarragona «es indigna de cualquier lector que se tenga por honesto...; su doctrina es pedantesca y su estilo lleno de impropiedades, solecismos y barbarismos». «Opina que el autor de tal aborto literario debió de ser una persona muy poderosa e influyente y por eso no se atrevió Cervantes a nombrarle.»

«El autor de la «Geografía histórica», libro que sirvió a Moreri para publicar aquel disparatado «Diccionario», el P. Pedro Murillo Velarde, en el volumen X de su citada obra, escribe que debió ser eclesiástico; idea que siguió Rios (b), apuntando además que también fué autor de comedias.»

«Uno de los más reputados cervantistas españoles, D. Juan Antonio Pellicer (c), conjetura que el tordesillesco autor era aragonés, cosa que «se descubre y hace manifiesto por ciertas voces y modismos de Aragón»; pero que también podría ser uno de los poetas que concurrieron en dos certámenes celebrados en Zaragoza, habiéndosele apellidado en las sentencias: *Sancho Panza*. Dice así el primer vejamen:

«A Sancho Panza, estudiante,
oficial o paseante,
cosa justa a su talento
le dará el verdugo ciento
caballero en rocinante.»

«Y el otro:

Al blanco de la ganancia
dice con poca elegancia
que la ignorancia se encubre,
Sancho Panza y él descubre
la fuerza de su ignorancia;

(a) Londres, 1738.
(b) «Vida de Miguel de Cervantes». — Madrid, 1780.
(c) «Vida de Miguel de Cervantes». — Madrid, 1797.

y pues afirma de veras
sus inventadas quimeras,
en galeras tome puerto,
que tras azotes, es cierto
se siguen siempre galeras.»

«La opinión de Rios fué seguida por el académico D. Martín Fernández de Navarrete (a), y, añadió además, que debía ser dominico, aragonés y protegido por Fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III.»

«El erudito murciano D. Diego Clemencín (b), conjetura que el autor del pseudo «Quijote» fué dominico, y se funda para tal aserto en que a esta Orden pertenecen los protagonistas de los cuentos del «Rico desesperado» y del «Pecador arrepentido»; que hace mención de la «Guía de pecadores» y en algunas partes cita el «Rosario»; que vivio algunos años en Toledo, pues detalla de manera minuciosa esta población, y que se fingió aragonés, siendo natural de Tordesillas; insinuó también que pudo influir Juan Blanco de Paz a algún otro fraile dominico para que publicase la continuación del «Don Quijote» de Cervantes. Pero esta última idea tal y como la expresa Clemencín, ya se la había dado a conocer Cean Bermúdez.»

«Para el erudito historiador del «Combate naval de Lepanto» (c), nadie como el confesor del Rey, Fray Luis de Aliaga, pudo producir el falso «Quijote.»

«El distinguido escritor francés, Germond de Lavigne, publicaba en 1853 «Le Don Quixotte de Fernández Avellaneda» (d), y con un desconocimiento grande del estilo entre ambos ingenios, afirmaba que Alonso Fernández de Avellaneda, no era otro que el Rector de Villahermosa, el elegante y pulcro escritor, Bartolomé Leonardo de Argensola.»

«Así estaba la crítica cuando el erudito cervantista, D. Adolfo

---

(a) «Vida de Miguel de Cervantes Saavedra». — Madrid, Imprenta Real, 1816.

(b) «Don Quijote». — Madrid, 1834 — VI.

(c) Rossell — «Notas al «Quijote» de Avellaneda». — Bibliotecas de Autores Españoles. — Vol. XXIII, Madrid, 1851.

(d) París. — Didier 1853.

de Castro, manifestaba (a) que el *Quijote malo*, fué labor, no de un protegido del confesor del rey, sino del mismo confesor, del aragonés Fray Luis de Aliaga, opinión sustentada ya por D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, en la «Noticia sobre un precioso códice de la Biblioteca Colombina» (b); algunos años después, el señor Castro, abandonaba esta conjetura y en un libro que publicó tan atildado escritor (c) opinaba que era cosa clara y evidente la demostración de ser el autor del «Quijote» impreso en Tarragona, «aquel genio en figura de hombre, corcovado imprudente y contrahecho ridículo», esto es el mejicano Juan Ruiz de Alarcón (d). Pero aún antes de ver en el P. Aliaga y en Alarcón al encubierto Avellaneda, había manifestado (e) podía ser obra del historiador de la ciudad de Plasencia, Fray Alonso Fernández, escritor que floreció a principios del siglo XVII.»

«Muchos cervantistas acogieron la idea de que:

Sancho Panza, el confesor
del ya difunto monarca,

como apellidó el conde de Villamediana a Fray Luis de Aliaga; muchos cervantistas, repito, tomaron al tal por autor del «Quijote» apócrifo, hasta que D. Francisco M. Tubino, en una obra intitulada «Cervantes y el Quijote» (f), se cuidó de deshacer tal error con un estudio serio, lleno de eruditas notas y atinadas observaciones.»

«El atildado escritor, D. Nicolás Díaz de Benjumea, en sus primitivos estudios cervánticos (g), siguió la conjetura dada por

---

(a) «El Conde-Duque de Olivares y el Rey Felipe IV». — Cádiz, 1864.

(b) «Ensayo de una Biblioteca Eepañola de libros raros y curiosos». — Madrid, 1863.

(c) «Varias obras inéditas de Cervantes». — Madrid, 1874.

(d) En Abril de 1889, publicó un artículo en «La España Moderna»: «Un enigma literario y el Quijote de Avellaneda», en el que se seguía opinando que el mejicano Juan Ruiz de Alarcón era el supuesto Avellaneda.

(e) «Don Quijote». — Madrid, 1850. — «Notas al Buscapié».

(f) Madrid, 1872.

(g) «La estafeta de Urganda o aviso de Cid Asam-Ouzad Benengili sobre el desencanto del Quijote». — Londres 1861.

«El correo de Alquife o segundo aviso de Cid Asam-Ouzad Benengili sobre el desencanto del Quijote». — Barcelona... 1866.

Cean Bermúdez; pero en 1875, al publicar en Londres su filosófico comentario, «El Mensaje de Merlín» (a), cambió de parecer, y aquellos dos tercetos del «Viaje del Parnaso»:

> Haldeando venía y trasudando
> el autor de la «Pícara Justina»,
> capellán lego del contrario bando,
> Y cual si fuera una culebrina
> disparó de sus manos el librazo
> que fué de nuestro campo la ruina (b)

le sugieren la idea de que el autor que tanta mortificación dió a Cervantes, no pudo ser otro que Fray Andrés Pérez; idea que sostuvo al publicar «La Verdad sobre el Quijote» (c).

«Mas no acaban aquí las conjeturas. El distinguido Director de la «Crónica de los Cervantistas», D. Ramón León Máinez, en artículos primero, y en su «Vida de Cervantes» (d) después, opina que, dada la rivalidad entre el «Manco sano» y el «Mónstruo de naturaleza», al verse tan maltrecho éste, así en el prólogo, como en las páginas del libro, principalmente en las que tratan de la dramática española, quiso zaherir al ingenio alcalaíno dando a luz el Quijote impreso en Tarragona.»

«El inglés Raudon Brown (e), pretende demostrar que el solapado Avellaneda fué el polígrafo alemán Gaspar Schöppe. Nada debe añadirse a los contundentes argumentos del hispanófilo James Fitzmaurice-Kelly rebatiendo tal absurdo, sólo sin mencionar que poco aprecio ha de tener esta conjetura al decir que su autor opina que Dulcinea fué una amiga íntima del Duque de Lerma, que éste se halla representado en el tipo de D. Quijote, que el secretario de Felipe III, encarna la figura del escudero Sancho Panza, y que la obra está saturada de alusiones al reinado de Isabel de Inglaterra.»

«En un trabajo publicado por el distinguido publicista D. César

(a) Londres, 1875.
(b) Cap. VII.
(c) Madrid, 1878.
(d) Cádiz, 1876.
(e) «The Atheneum». — Londres, 12 y 19 Abril, 1873.

Moreno García en la «Revista Contemporánea» (a), se afirmaba que también Fray Luis de Granada había pasado como autor del pseudo «Quijote.»

«En Febrero de 1897 publicaba un diario madrileño, «El Imparcial», un artículo intitulado: «Una nueva conjetura sobre el autor del Quijote de Avellaneda», firmado por el polígrafo, Director de la Biblioteca Nacional, Sr. Menéndez y Pelayo. El citado escrito es digno de su pluma; va desvirtuando una a una cuantas conjeturas se han publicado referentes al encubierto autor; a los que pretenden que Aliaga fué el autor del «Quijote» impreso en Tarragona en casa de Felipe Roberto, les dice: «¿no tendría a mano el iracundo y poderoso fraile medios más rápidos y eficaces de venganza que el continuar o parodiar con tanta flema la obra de su enemigo, empezando por cubrirse el rostro con triple máscara?»

«A los que creen que pudo ser Fray Andrés Pérez, autor de «La Pícara Justina», les sale al paso el primero de nuestros historiadores literarios con las siguientes palabras: «Cotéjese una sola página suya con otra cualquiera del «Quijote» de Tordesillas y el pleito quedará fallado sin apelación. Los defectos de Avellaneda son, precisamente, defectos contrarios a los de «La «Picara Justina.»

«A Ceán Bermúdez por un lado y a Benjumea en parte, les pregunta el eminente crítico: «¿Y por dónde sabemos que Blanco de Paz viviera todavía en 1614? ¿Y por dónde podemos inferir que fuera capaz de componer ningún libro ni bueno ni malo? ¿No tendría Cervantes en toda su vida más émulos que aquel indigno clerizonte a quien se hace demasiado favor con suponerle capaz de otra cosa que de viles delaciones?»

«A D. Ramón León Máinez, le contesta el eximio Maestro diciendo que tampoco puede ser el Fénix de los Ingenios el autor del falso «Quijote», pues el estilo tan característico de esta novela, nada tiene que ver con ninguna de las varias maneras que como prosista tuvo Lope. No se parece ni a la prosa poética y latinizada de «La Arcadia» y de «El peregrino en su patria», ni a la gallarda y elegante prosa histórica del «Triunfo de la fe en los reinos del

(a) Abril, 15 de 1896.

Japón», ni a la sabrosa, natural, expresiva y agraciada dicción de muchas escenas de «La Dorotea.»

«Al prodigioso y sutil alarde de imaginación que hizo D. Adolfo de Castro, opinando ser el apócrifo «Quijote», labor del elegante poeta mejicano, opone el Director de la R. A. de la Historia el siguiente razonamiento: «No puede haber antítesis más completa que la del soez y desvengozado Avellaneda y el delicadísimo poeta terenciano... El sentido de belleza moral que se difunde como escondido aroma por todas las venas del teatro alarconiano; el alto y generoso concepto de la vida que en él resplandece; el sello de distinción aristocrática que sin esfuerzo la realza; la contínua pulcritud de pensamiento y de expresión que solo en alguna comedia de su juventud puede echarse de menos, son dotes y condiciones tales que hacen ética y estéticamente imposible que Alarcón pudiera escribir ni una sola página de las que llevan el nombre del licenciado tordesillesco.»

«Pues si no fué ni Fray Luis de Aliaga, ni Blanco de Paz, ni Fray Andrés Pérez, ni Lope de Vega, ni Fray Alonso Fernández, ni Juan Ruiz de Alarcón, ¿quién podía ser el autor del falso «Quijote»? El candidato de D. Marcelino Menéndez y Pelayo se llama Alfonso Lamberto, es aragonés, poeta de último orden. Apoyado en la conjetura de Pellicer, no demuestra satisfactoriamente sea el citado poeta el designado con el nombre de *Sancho Panza* en los vejámenes antes citados, pero presume podría serlo, y se apoya más en su escrito al formar el nombre del citado vate en las palabras con que principia Avellaneda el primer capítulo:

«El sabio ALISOLAN HISTORIADOR no... sin más diferencia que cambiar una n en m.»

«Al poco tiempo de haber aparecido el artículo del venerado Maestro, uno de los trabajos más completos que se han publicado referente a tan intrincada cuestión, D.ª Blanca de los Ríos de Lamperez, daba a luz en «La España Moderna», un estudio intitulado: «Algunas observaciones sobre el Quijote de Avellaneda» (a), en el que pretende demostrar que el encubierto escritor fué el mercenario Fray Gabriel Téllez, que el tipo de Sancho cuadra a Tirso de Molina, y que éste, entusiasta defensor del teatro

(a) Mayo y Noviembre de 1897. — Abril de 1898.

de Lope, al verle criticado de manera tan despiadada en el capípítulo XLVIII de la primera parte, salió a la defensa del Fénix de los Ingenios zahiriendo al noble hijo de Alcalá. Ni en el estilo, ni en la concepción de la fábula, ni en el estudio de caracteres puede compararse una producción desmazalada, grosera y repugnante con la lozanía, ternura y plan que vemos en las obras del autor de «Don Gil de las calzas verdes» y «El Burlador de Sevilla.»

«Así estaba la crítica a fines del pasado siglo, cuando a principios de éste, el Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires daba a las prensas un libro intitulado: «Une enigme litteraire», en el que se refuta la idea sustentada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y «después de 150 páginas de plomiza y soporífera prosa», como dice D. Luis Ricardo Fors, refiriéndose al trabajo del Sr. Groussac, presenta a su candidato, que no es otro que Juan Martí, aquel que, bajo el nombre de Mateo Lujan Sayavedra, publicó una continuación al «Guzmán de Alfarache.»

«El primero de nuestros críticos, tuvo que defenderse de los groseros ataques que le dirigió el descontentadizo Groussac; la defensa fué hábil, pero el argumento que dió para desvirtuar la conjetura del «Director de La Biblioteca Nacional bonaerense», fué aplastante (a). «Como el Sr. Groussac es, dice D. Marcelino Menéndez y Pelayo, ante todo, un espíritu científico, «habituado a no rendirse más que a la evidencia experimental», porque ha visto que las «inducciones más especiosas se derrumban ante el contacto de los hechos» no deja de sentir algún recelo ante «este conjunto

(a) Quien desee conocer a fondo la cuestión *Groussac-Menéndez y Pelayo-Morel Fatio*, tuerza será remitirle a la obra del Director de la Bib. Nac. de Buenos Aires:

«Une enigme litteraire—Le «Don Quichotte d'Avellaneda» par Paul Groussac. Directeur de la Bibliothéque Nationale de Buenos Aires — París. — Alphonse Picard et fils, éditeurs... 1903.

A la magistral «Introducción, escrita por el Director de la Real Academia de la Historia y que figura al frente de

«El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha compuesto por «l licenciado Alonso Fernáudez de Avellaneda, natural de Tordesillas» — Nueva edición cotejada con la original, publicada en Tarragona en 1614, anotada y precedida de una Introducción, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de la Academia Española. — Barcelona — Librería Científico Literaria. — MCMV.

Y á los razonamientos expuestos por el polemista Mr. Alfredo Morel-Fatio, en la revista «Bulletin Hispanique» en Octubre y Noviembre de 1903.

de pruebas parciales que no tienen carácter de certidumbre...»

«Resulta, en efecto, por los documentos del Archivo Municipal y del Archivo de la Catedral de Valencia, descubiertos por D. Francisco Martí Grajales, y dados a luz por mi cariñoso y docto amigo D. José Enrique Serrano y Morales en la «Revista de Archivos», que Micer Juan José Martí, natural de Orihuela, graduado ee Bachiller en Sagrados Cánones en 3 de Julio de 1591 y de Licenciado y Doctor en 13 de Octubre de 1598, desempeñó el cargo de Examinador de aquella Facultad desde 27 de Octubre del mismo año hasta los últimos días de Diciembre de 1604, en que falleció... En resumen, el supuesto continuador y émulo de Cervantes no pudo ni siquiera leer impresa la primera parte del «Quijote». ¡Gran lástima para él, y sobre todo, para el Sr. Groussac, que ha gastado tanta prosa en balde, justificando el proverbio que le recuerda Morel-Fatio: «Mucho ruido y pocas nueces!»

«Pero no han terminado aún todas las conjeturas, ya que el profundo conocedor de nuestra literatura caballeresca y hábil rebuscador de nuestras fuentes filosóficas, mi distinguido amigo don Adolfo Bonilla y San Martín, opina que, el autor del libro impreso en Tarragona, fué D. Pedro Liñán de Rieza, secretario del Marqués de Camarasa (a); y últimamente, el distinguido cervantista, D. Luis Ricardo Fors, en su «Criptografía Quijotesca» (b), cree que Avellaneda fué Fray Andrés Pérez.»

«Y después de tantas conjeturas, absurdas las más, admisibles algunas, cabe preguntar: ¿Quién fué el supuesto Avellaneda?»

«A nuestro entender, toda conjetura sobre el autor del falso «Quijote», debe partir de los datos expuestos por el elegante traductor de la «Historia de la Literatura Española», escrita por Fitzmaurice-Kelly:

1.° Avellaneda fué un sujeto a quien Cervantes *ofendió* de algún modo en la Primera Parte de «Don Quijote».

2.° Avellaneda era amigo y admirador ferviente de Lope de Vega.

3.° En la Primera Parte del «Quijote» de Cervantes, hay «si-

(a) Fitzmaurice-Kelly. — «Historia de la Literatura Española». — Madrid, 1901? página 371.

(b) La Plata (República Argentina), 1901.

nónimos voluntarios» que alcanzaban a Avellaneda o que hubieron de molestar a éste.

4.° Avellaneda debió de ser, cuando no religioso, hombre basado en Teología.

5.° Avellaneda fué hombre de buen ingenio, aunque de gran libertad de lenguaje; sus gracias son siempre algo brutales y sus chistes demasiados crudos.

6.° Avellaneda conocía muy bien Alcalá y probablemente estudió en esta Universidad.

7.° Avellaneda conocía también Zagaroza y era probablemente aragonés.

8.° La ofensa de que se lamenta Avellaneda, pudo, aunque no es seguro, haber sido inferida en el famoso escrutinio del cap. VI de la Primera Parte.

9.° Es muy probable que se refieran a Avellaneda las palabras del cap. I, lib. IV, del «Persiles», donde se habla de aquel firmante en el libro del peregrino: Diego de Ratos, corcobado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar de Castilla la Vieja. junto a Valladolid.

10.° Es muy posible que medie relación estrecha entre el autor del «Quijote» de Avellaneda y el de la «Tía fingida», y quien imitó a Cervantes en las *Novelas*, «mas satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas», le imitase también en el «Quijote». Obsérvase que la libertad de expresión en el «Quijote» de Avellaneda, corre parejas con la desenvoltura de la «Tía fingida.»

«Y después de todo cuanto se ha escrito, que, en verdad, no es poco, aún podemos seguir preguntando: ¿Quién fué el supuesto Avellaneda?»

IV

¡Albricias!—D. Adolfo de Castro uno de los que publicaron el nombre verdadero del autor del «Quijote» tarraconense.—Un hallazgo inesperado —Fray Alonso Fernández.—Suspensión de pesquisas.—Informe al Sr. Rodríguez Marín.—Rebatiendo a Menéndez y Pelayo.—¿Era dominico?—¿Era escritor obscuro?—Alfonso Lamberto, ¿es pseudónimo?

El Descubrimiento.

¡Válganos el cielo y cuán ufanos son los goces de los hombres cuando se dedican a pesquisas e investigaciones que rinden el resultado apetecido! No es grano de anís encontrarse de manos a boca poseedores de la clave del misterio que nos revela tras de muchas vigilias e incertidumbres, (aunque las pruebas fehacientes y materiales no sean tan documentadas como quisiéramos ofrecer a nuestros lectores), el verdadero nombre del autor del «Quijote» de Avellaneda.

Tiempo ha que, preocupados y atareados por otro modesto trabajo cervantista, habíamos leido sin parar mientes, y mucho menos recordarlo, los «Quijotes» de Cervantes de Madrid, Gaspar y Roig, 1850 y Madrid, Agustín Jubera, 1890, en los cuales, y en el «Discurso preliminar al Buscapié», de D. Adolfo de Castro, fechado en Cádiz a 13 de Noviembre de 1850, al conjeturar quienes fueran los individuos en que se encarnara la personalidad real del émulo de Cervantes, deslizábase un nombre que era el verdadero. ¿Quiénes iban a decirnos que una de aquellas dos opiniones, la menos firme y sustentada por cierto, era la incontrovertible, la innegable a todas luces?

El día 17 de Mayo de 1913 asistíamos como entusiastas de las joyas literarias a una subasta de libros escogidos por Pedro Vindel, librero anticuario, en la Carrera de San Jerónimo, núm. 33, piso entresuelo, que fué organizada en la misma forma como se organizan las de New-York, Londres y París, y precedida, como deci-

mos los técnicos, «de mucho bombo y platillos» en la prensa diaria de Madrid y provincias. Adquirimos el «Catálogo», y, al hojearlo, leimos, no sin gran sorpresa y estupefacción, al buscar Fernández de Avellaneda, en la misma página 118:

«955.—Fernández (Fray Alonso). «Historia de los insignes milagros que la Magestad divina ha obrado por el Rosario de la Virgen Soberana su Madre». Madrid, Alonso Martín de Balboa, 1613. En 4.°; piel antigua, cortes rojos.»

«Primera edición. Libro *rarísimo*. Tiene muchos pasajes referentes a las Indias.»

¡Tate, nos dijimos! ¿Será quien buscábamos, sin proponernos descubrirle? Y proseguimos leyendo:

«956.—«Historia de los milagros y devoción del Rosario de Nuestra Señora, añadida esta tercera impresión». Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1620. En 4.°; pergamino.»

«957.—«Historia y anales de la devoción y milagros del Rosario, desde su origen hasta el año 1626, revista y añadida esta quinta impresión. En el colegio de Santo Thomas de Alcalá, por Fray Diego García, 1653. En 4.°; pergamino.»

En esta página no había más, pero el final de la anterior nos reservaba otra agradable sorpresa:

«954.—Fernández (Fray Alonso). «Historia eclesiástica de nuestros tiempos, que es compendio de los excelentes frutos que en ellos el estado eclesiástico y sagradas religiones han hecho. Toledo, Pedro Rodríguez, 1611. En folio; pergamino.»

He aquí que acto seguido nos aventuramos a forjarnos mil cábalas y suposiciones, emprendiendo inmediatamente una verdadera Cruzada en la Biblioteca Nacional, en la de los PP. Agustinos de la calle de Columela, etc., etc., para robustecer nuestras sospechas y alentar nuestras esperanzas de descubridores. El único amargor de boca que experimentábamos, y de no poca monta, era el de suponer que no sólo se nos habrían anticipado en el hallazgo, si no que no podía ni podría ser cierto, siendo así que los más diligentes y sagaces bibliógrafos cervantistas habían rebuscado hasta lo infinito, amontonando verdaderas montañas de códices, infolios, legajos y manuscritos. En esta última probabilidad nos engañábamos; los eruditos y los científicos del cervantismo habían perdido su tiempo lastimosamente.

Una grave y pertinaz dolencia nos ha imposibilitado mucho tiempo para el trabajo, que aún sin este contratiempo sería muy deficiente por habernos hecho cargo de una empresa tan superior a nuestras fuerzas; ahora, que no contamos ni disponemos de espacio suficiente para nuestras lecturas e indagaciones, nos vemos agobiados por el estímulo que nos anima a reconquistar un algo del tiempo perdido, y, sin estar el fruto en sazón, recogerlo del árbol cervantino, sufriendo las admoniciones y censuras de los que lo encuentren extremadamente agrio y repulsivo. Y realizamos este desmán incalificable siguiendo las indicaciones del Pontífice máximo del cervantismo, Sr. Rodríguez Marín, que no obstante su incredulidad a prestarnos fé en nuestra creencia, nos propuso, dado caso que impongamos en su ánimo nuestra firme convicción, a profundizar en la materia, con el donoso ingenio y con las galas de una dicción verdaderamente cervantina que viene derrochando en sus numerosas obras. No es que pretendamos descargar en otro nuestra responsabidad; los que procuramos es atenuarla en lo posible,

Ya conjeturábamos que Fray Alonso Fernández era dominico por la primera de sus obras más arriba mencionada y por el falso «Quijote», pues nuestro parecer es diametralmente opuesto al del primero de nuestros críticos, el erudito D. Marcelino Menéndez y Pelayo,que aseguraba en la página XIX de «El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha», Compuefto por el Licenciado Alonfo Fernández de Avellaneda, Natural de Tordefillas, Barcelona, Toledano, López y C.ª, 1905: «Lo que no tiene fundamento sólido es el capricho de Pellicer, Clemencín y otros muchos, empeñados en que el autor del falso «Quijote» no pudo ser otro que un fraile dominico. Los motivos que se han alegado para tal conjetura no pueden ser más fútiles, y lo que verdaderamente pasma es la docilidad con que casi todos los cervantistas han pasado por ellos. Que el encubierto autor cita con elogio a Santo Tomás y la «Guía de pscadores» de Fr. Luis de Granada: que recomienda en varios pasajes la devoción del Santo Rosario: que en el cuento de «Los felices amantes» (cuyo asunto es el mismo que el de «Margarita la tornera») se manifiesta muy enterado de la vida interior de los conventos de monjas, lo cual hace presumir que fué confesor de ellas. Las obras de Santo Tomás constituían en el siglo XVII el

fondo de la enseñanza teológica y filosófica, y todo el mundo las citaba continuamente, como hoy mismo las citan y estudian muchos que no son dominicos, ni eclesiásticos siquiera (1). Las obras ascéticas de Fray Luis de Granada corrían en manos de todas las gentes piadosas, y hoy mismo, afortunadamente, corren en muchas, de lo mejor y más sano de nuestro pueblo, a despecho de los devotos y devotas traducidos del francés, que no encuentran elegante el hacer sus lecturas espirituales en lengua castellana. Finalmente, lo que Avellaneda dice de los conventos de monjas, nada tiene de misterioso ni de recóndito, nada que no pudiera saber el escritor más lego de aquellos tiempos en que el siglo y el claustro no formaban dos mundos aparte, sino que vivían en una relación íntima y de todos los días (2).»

---

(1) Es un error de tanto bulto, que, por nuestra parte, sostenemos que el número de los que las citan y estudian es tan redudido y exiguo que por los dedos de las manos pueden contarse cuantos consagran sus desvelos a esta especialidad, a excepción de las Ordenes religiosas cuya misión es difundir y vulgarizar las obras de sus preclaros antecesores. Y si son pocos y muy contados los seglares que profundizan en las disciplinas religiosas como Fernández de Avellaneda, son menos aún, más escasos en número, los que amazacoten la literatura, que por algo se la denomina «vaga y amena», con textos sagrados y con enrevesadas máximas. En tiempo de Cervantes sí estaba muy generalizada esa enseñanza fervorosamente cristiana entre los hijosdalgo, ¿pero cuantas obras, aún tratando asuntos religiosos y escritas por seglares que después abrazaron el sacerdocio, tienen por tutela ese enorme fárrago de citas y costumbres conventuales o monacales de que hizo gala el émulo de Cervantes? ¿Éste mismo hizo tan acabado y prolijo estudio de la vida del claustro y del espíritu interno religioso de su época?

(2) Bien podría suceder, como pintorescamente dice el pueblo bajo de Madrid, que todo lo dicho fuera cierto... y nunca hubiera pasado de puertas afuera de la Inquisición. ¿Es que los inquisidores eran tan asequibles y tan fáciles de convencer para que autorizaran y pasaran en silencio descripciones que dichas por un profano no sabemos con que intención se dirían? Cervantes ya supo lo que se hizo cuando buscó el apoyo e influencia de D. Pedro Fernández de Castro, séptimo conde de Lemos, y del pariente de éste D. Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal Arzobispo de Toledo e Inquisidor general; y, en corroboración de las dificultades dimanadas y entrañadas al obtener el autor de una obra la aprobación correspondiente, recordaremos que «las últimas palabras de la Duquesa, desde *y advierta Sancho*, fueron mandadas suprimir en el «Indice expurgatorio» inmediatamente posterior (1619) a la publicación de esta parte del «Quijote» (Edición y notas al de Cervantes por D. Francisco Rodríguez Marín, t. 7.º, cap 36, lín. 4) (Hartzenbusch señala la fecha) (D. Nicolás Díaz de Benjumea cita la procedencia de «La Revista Contemporánea», Madrid, 1878.)

Aseguramos que la indulgencia que tuvo la Inquisición con el autor del falso «Quijote», no la habría dispensado a nadie que no vistiera hábito religioso; y éste hábito no podía ser por menos que el de la Orden dominicana, en atención a la preponderancia y supremacía que sobre todas las demás Ordenes religiosas tenía: eran los jesuitas de nuestro tiempo. Alonso Fernández de Avellaneda acreditó con el contexto de su obra, no sólo saber al detalle las costumbres religiosas, en especialidad las de su Orden, sino que era un maestro, y no un licenciado, en humanidades; y así fué considerado y estimado entre sus colegas, haciendo abstracción del segundo apellido, del que nos ocuparemos más adelante. Natural y evidente sobre toda evidencia que un seglar pueda ponderar, elogiar y alabar las excelencias de un Instituto religioso; natural y evidente sobre toda evidencia que un fraile no hermano en hábito pueda ensalzar y enaltecer a otra Comunidad, a otra Advocación distinta de la suya; pero ¿es que ya no es natural y evidente sobre toda evidencia que los propios interesados exalten su fervor religioso y desplieguen santas energías en más alto grado que quienes no se hayan obligados para ello? En resumen: ¿por qué regla de tres no era un dominico el émulo de Cervantes? Para demostrarlo hay que presentar pruebas materiales y no limitarse, como aquel coro de doctores sapientísimos del «Rey que rabió», á decir parafraseándoles:

«bien puede ser dominico,
o bien no lo puede ser.»

La única razón que alegara el numen del saber hispano es que no le era posible y lógico el aceptar como enemigo encarnizado de Cervantes a «persona conspicua en la sociedad o en las letras» (1). Y hablando de la ineficacia de este método exclamaba»: ¿Por qué no había de ser el supueste Avellaneda un escritor oscuro, el cual, enemistado con Cervantes por motivos que probablemente ignoraremos siempre, y movido además por la esperanza de lucro en vista del éxito prodigioso que había alcanzado la primera parte del «Quijote», impresa seis veces en un año. se arrojó a continuarla con tanta osadía como intención dañada, llevando el justo castigo de la una y de la otra en el olvido o desestimación en que muy

(1) Obra citada, Introducción, pág. XV.

pronto cayó su obra, y en la oscuridad que continuó envolviendo su persona?» (1)

Desacertado estuvo D. Marcelino Menéndez y Pelayo en exculpar de la paternidad del «Quijote» de Avellaneda a los frailes dominicos «*que a su entender estuvieron libres de toda participación en él*, lo cual no deja de importar para el decoro literario de su orden, que poco ganaría con añadir al catálogo de sus glorias (2) el nombre de tan sucio aunque ingenioso escritor» (3). Pero para echarse tierra a los ojos probando uno de los varios precedentes (4) que hubo, declara seguidamente: «Siquera el gran novelista Mateo Bandello, que fué dominico y además obispo, compensa ámpliamente las licencias de su pluma con la fertilidad prodigiosa de su invención, en cuyo raudal bebieron Lope y Shakespeare, y con el

---

(1) Obra citada, pág. XV. Afirma que su contrincante sobre quién fué el autor del falso «Quijote», el Director de la B. N. de Buenos Aires, Sr. Groussac, coincide en este particular.

Don Francisco Rodríguez Marín en su edición con notas al «Quijote», t. 5.°, página 13, lín. 8, dice: Refiérese aquí Cervantes a la segunda parte del «Quijote» compuesta y dada a luz por el supositicio Avellaneda. Quien fuese este no se sabe a punto fijo. A mi ver, de cuantas conjeturas se han hecho sobre esta materia, la mejor encaminada es la de mi amadísimo maestro y amigo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, arrebatado por la muerte cuando tantas maravillas podían esperarse aún de su portentosa pluma. Alfonso Lamberto debió de ser el autor del falso «Quijote»; y si él no fué, algún estudiantón famélico, ya que de su propio dicho se colige que en lo que preferentemeente pensaba era en «la ganancia que le quitó de su «Segunda parte». Como hoy vemos tan prócer a Cervantes, nos cuesta trabajo atribuirle por rival o adversario, en su tiempo, a quien tuviese talla menor que de coloso. Es disculpable error de óptica intelectual, en que han solido incurrir aún los más dicretos y perspicaces». (Palabras que vienen a demostrar su falta de fe en nosotros; nosotros que somos menos ilusos que toda su sabiduría, pues nunca creímos que al atrevimiento de la ignorancia se agregara el íntimo convencimiento de superar al hombre que se le juzga superior. Un pobre diablo no aspira a causar tanto daño.)

(2) El P. Ramón Martínez Vigil, dominicano, Obispo de Oviedo, dice en su hermosa obra «La Orden de Predicadores, sus Glorias en Santidad, Apostolado, Ciencias, Artes y Gobierno de los Pueblos, seguidas del Ensayo de una Biblioteca de Dominicos Españoles», Madrid, Manila y París, 1884, (Signatura de la B. N., Sección de Catálogos n.° 842), en la pág. 49, que la orden había publicado o escrito más de 40 000 volúmenes. ¿Es que no podría separarse de ellos algunos menos sabios, otros más deficientes aún, tal vez uno o varios adocenados? Es posible.

(3) «Quijote» de Avellaneda, 1905.—Introducción, pág XX.

(4) Estamos haciendo indagaciones.

interés y fuerza patética de sus narraciones. Pero ciertamente que a Avellaneda no le alcanzaban tales disculpas» (1). Y porque no le alcancen ¿ha de quedar exceptuado de ser dominico? De modo, que si Avellaneda hubiera concebido una obra genial superior a la de Cervantes, el que fué Director de nuestra Biblioteca Nacional habría admitido sin escrúpulos la posibilidad de que fuera dominico, pues en el caso contrario, la orden de PP. predicadores *qué poco ganaría con añadir al catálogo de sus glorias el nombre de tan sucio como ingenioso escritor.*

Habiendo lógica en el mundo podemos argüirle al autor de «La Ciencia española», que si existió un precedente, pudieron existir más; que si era *un escritor oscuro* Alfonso Lamberto, como supone, cómo habría de ser ingenioso; que si encuentra «en la ingeniosa fábula de Avellaneda condiciones muy estimables, que la dan un buen lugar entre las novelas de segundo orden que en tan gran copia produjo el siglo XVII», qué razón se opone para que no se la aprohijemos a un dominico (2); que careciendo de datos biográficos (3) de Alfonso Lamberto, como se atreve a opinar que era *un escritor oscuro,* estrechándose en el círculo vicioso de negarles a los partidarios del fraile aragonés y dominico Fray Luis de Aliaga que tal nombre fuera un seudónimo, y que porque haya existido un poeta de Aragón, llamado Martín Lamberto Iñiguez a quien supone pariente de Alfonso Lamberto, hasta ahora persona imaginaria, debemos creerle autorizado para sustentar hipótesis que sin él podrían sustentarse asimismo. Esa misma lógica que invocamos le conduce al ardiente defensor de la Inquisición en su magistral obra «Heteredoxos Españoles» a rebatirse a si propio exclamando con ingenuidad en la página XLVII de la Introducción varias veces citada: No me lisonjeo de haber acertado con la solución del enigma. Digo sólo que mi hipótesis me parece más verosímil que las anteriores, pero no tengo esperanza de que prevalezca. Para muchos lectores sería más convincente este artículo, si por conclusión de él sacase yo que el continuador del «Quijote» había sido el arzobispo de Toledo, o el Preste Juan de las Indias, o cualquie-

(1) «Quijote» de Avellaneda, 1905.—Introducción, pág. XX.

(2) Dominico por la religiosidad que encierra su obra, por no elogiar más que a su Orden, y por ostentar nombre y apellido de un escritor dominico.

(3) «Quijote» de Avellaneda, 1905, pág. XLI.

ra otro sujeto retumbante y de muchas campanillas. El encontrarse, en vez de esto, con un tal Alfonso Lamberto, ignorado poetastro, cuya fama no traspasó probablemente las tapias de la parroquia de San Pablo, o de San Gil, tiene algo de desencanto. Pero otros mayores suele dar la historia, y todos ellos están bien compensados con el inefable deleite que produce la averiguación de la verdad, cualquiera que ella sea; y aun el mismo trabajo de buscarla». Muy bien; así dimos comienzo a nuestro capítulo, al en que estamos, despreocupados en absoluto de la calidad e importancia, grandes como veremos más adelante, del verdadero autor del «Quijote apócrifo»; ávidos de desentrañar el misterio que le rodeaba nunca nos hemos inclinado ni dejado resbalar por la pendiente sinuosa de los prejuicios, y hemos salvado siempre cualquier suposición gratuita.¿Con qué objeto íbamos a aferranos a una hipótesis temeraria, si al fin y al cabo la lógica se encarga de destruir las más brillantes elucubraciones y las más eruditas aseveraciones que no se mantengan sobre base firme? Bien poco ha ¿no hemos convenido, aun siendo, al parecer, especie distinta a la nuestra, que los partidarios de Fray Luis de Aliaga quizá estuvieran en lo firme alegando ser un seudónimo el nombre de Alfonso Lamberto?

No nos detendríamos tanto en refutar la tesis *alfonsolambertiana*, en lo que conciene a su ignorada condición de escritor y a su estado de hombre seglar, si no tuviéramos casi la certidumbre de que, sin saberlo y sin quererse rectificar, el mismo D. Marcelino Menéndez y Pelayo ha sido quien nos ha facilitado, con su confirmación en tal hipótesis y al impugnar a cuantos han insinuado o presentado otros candidatos, el medio más excelente para robustecer nuestras apuntaciones. A él le agradeceremos la ilustración profusa y documentada aunque sostenga: «Tampoco juraré que mi solución sea enteramente nueva. Pellicer, Fernández-Guerra, Tubino y otros muchos han pasado al lado de ella; pero distraidos con otros intentos, la han dejado donde estaba o han procurado tergiversarla, no por mala fe, que en ninguno de ellos cabía, sino por espíritu de sistema. No sé que nadie la haya sostenido de proposito.» (1)

Es menester, antes de englobar conjeturas, acabar de presen-

(1) Obra citada, Introducción, pág. XLVII.

tar al envidioso y suplantador Avellaneda como dominico que era, sin que nadie nos objete que nuestro propósito, noble y leal, obedezca a un espíritu de sectarismo, del que no hallamos muy alejados. Además, esa lógica en que nos hemos escudado con anterioridad ha de ser la misma que nos trace la pauta de nuestras frases. Y con éstas damos fin a este capítulo.

V

No estamos contentos.—Las frases del Sr. Menéndez Pelayo.—Hojeando las páginas del encubierto Avellaneda.—Los doce capítulos de la "Quinta Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha„.—Nuestro convencimiento y el de los incrédulos.

Espíritu religioso del falso Quijote.

No hemos quedado satisfechos, ni hemos de quedarlo después del estudio que desenvolvemos en el presente capítulo, de las afirmaciones que formulamos de modo escueto e impreciso sobre ser dominico el émulo de Cervantes y aunque fatiguemos la atención de nuestros lectores y prescindamos de la claridad, cohesión, enlace, amenidad y rapidez que estos trabajos reclaman nos permitimos insistir acerca del mismo tema. Nos amargan mucho las frases del Sr. Menendez Pelayo, cuya memoria veneramos, con que fustigó cruelmente y sin razón a todos cuantos atribuímos la paternidad del «Quijote» de Avellaneda a uno de los PP. Predicadores que en aquella época tanto influían en los destinos públicos; nos duelen más aún dichas frases porque vemos agitarse en el fondo de ellas a la razón poderosa de un pensador que anatematiza de todo lo que, directa o indirectamente, zahiera a algún individuo religioso.

Abramos el volúmen del encubierto autor tordesillesco (1) y hojeemos a la ligera sus páginas. El autor del falso «Quijote» revela ser persona encumbrada, de alta jerarquía, cosa que debió traslucir y no quiso estamparlo en letras de molde el autor de la «Historia de la poesía hispano-americana.»

---

(1) El de la edición de Barcelona, 1905.

Nos referimos a las que finalizan la dedicatoria:

Al Alcalde,
Regidores Y Hidalgos De La Noble Villa
Del Argamesilla De La Mancha,
Patria Feliz Del Hidalgo. Caballero Don
Quixote, Lustre De Los Profeso-
Res De La Caballería An-
Dantesca.

Las palabras a que aludimos son estas: «Reciban pues vs. ms. baxo de su manchega protección el libro y el celo de quien, contra mil detracciones le ha trabajado, pues lo merece por él y por el peligro a que su autor se ha puesto, poniéndole en la plaça del vulgo, que es dezir en los cuernos de un toro indómito, etc». No es la falsa modestia quien declama; es la suficiencia de quien proclama sus aptitudes un tanto satisfecho de su obra. En aquella época como en ésta la gente de iglesia, que es algo dada a la susceptibilidad, temía más que a una espada desnuda, como vulgarmente se dice, al *populum barbarum*, a ese monstruo de mil cabezas que se llama opinión pública. Y convengamos que dicho temor es ajeno a las gentes audaces que nada son ni nada representan en el campo bien cultivado de las letras, pues todo lo que hubieren de perder lo tienen perdido *de natura*.

Puede argüirse que un seglar puede ser persona importante en extremo; pero no hasta el punto de absorber como las órdenes religiosas absorbían los dominios intelectuales, bien con sus publicaciones, bien con el ascendiente de la Casa Real y de la Inquisición. De aquí se deriva que un dominico, un fraile de los de más influjo en aquel tiempo, dijera las frases copiadas más arriba y hubiera de confirmarlas en el prólogo de su obra con estas otras, tan desprovistas de unción caritativa como encubridoras de una grande intelectualidad y de una influencia decisiva: «pero quexese (Cervantes) de mi trabajo por la ganancia que le quito de su segunda parte». Solamente Lope de Vega que ya pertenecía a la Inquisición es quien por ser el «Monstruo de naturaleza» pudiera haber proferido tales expresiones; mas Lope de Vega en esa época no dió descanso a la pluma y anduvo atareado con otros menesteres que no son

del caso referir. Además, queda descartado que lo fuera por las consideraciones que hemos de ir apuntando.

En el ya dicho prólogo es inculpado Cervantes de murmurador y manifestando «ahora que se ha acogido a la Iglesia y sagrado» parece ser que se le quiere recriminar de su pasada vida o de algunos pecadillos a los cuales la posteridad no ha concedido importancia. Esta censura es evidente que fué formulada por un religioso; y por un religioso tan sobrado de conocimientos teológicos como se comprueba en el mismo prólogo, citando con encomio a Santo Tomás, San Juan Damaceno, San Gregorio, el Santo Job y San Pablo; describiendo en latín lo que es la envidia y la caridad, sin duda para confundir y aplastar a Cervantes con el peso de sus humanidades. En el capítulo primero saca a relucir el «Flos Santorum», de Villegas, los «Evangelios y Epístolas de todo el año en vulgar» y la «Guía de pecadores», de Fray Luis de Granada; conduce a Don Quijote a la iglesia, donde oye misa con el rosario en las manos y con las «Horas de nuestra Señora», sin perder un sermón; háblase de varios santos y en especial de San Bernardo aficionado a Nuestra Señora; una devota vieja se encarga de dar cuenta al cura del lugar de las monomanías del caballero andante; saca a colación el libro 4.° de Aristóteles, Éticas. En el capítulo segundo citando las arengas de Catilina (1), las heróicas poesías de Homero y Virgilio, las ternezas de Petrarca, los agradables episodios de Lucano y Ariosto, las excelencias de Lope de Vega, barajadas entre libros de caballería y entre Cides y Scévolas, Amadises y Perineos de Persia, Ulises y Eneas, invócase a Dios y se narra un sucedido del Evangelio, lanzando como imprecaciones «¡Mirá que cuerpo de San Belorge!» «¡por Dios, dixo don Quixote, que estás muy bien en el cuento!», «dexeme dormir con Barrabás.»

En el capítulo tercero después de un *gloria tibi, Domine*, de Sancho, pone en boca de éste la referencia que su tío fué mayordomo del Rosario y él repartidor del pan y queso de la caridad que da la cofradía; por las barbas de Pilatos pondera las armas de don Alvaro Tarfe y enumera el cortejo de la procesión del Rosario; impreca con «Espera, dragón maldito, sierpe de Libia, basilisco

(1) En la edición de Tarragona, Catalina.

infernal: verás por expiriencia el valor de don Quixote, segundo san Jorge en fortaleza» y termina con un «*Parcere prostratis docuit nobis ira leonis*. En el capítulo cuarto, bien para soslayar sus encubiertas burlas sobre la falta de valedores y la sobra de penalidades de Cervantes; bien para demostrar la coartada expresando que alcazaba con sus tiros epigramáticos a la propia gente de iglesia, pone en labios de su don Quixote las palabras siguientes: «juro por el orden de caballería que recebi, que solo por eso que has dicho, y por que entiendas que no puede caber temor alguno en mi coraçon, estoy por volver al lugar y desafiar a singular batalla, no solamente al Cura, sino a cuantos curas, vicarios, sacristanes, canonigos, arcedianos, deanes, chantres, racioneros beneficiados tiene toda la Iglesia romana, griega y latina, y a todos cuantos barberos, medicos, cirujanos y albeitares militan debaxo de la bandera de Esculapio, Galeno, Hipocrates y Avicena». En éste como en otros capítulos hay frases imperativas como «Díme por Dios, Sancho», y frases creyentes «¡Ay de mi, huérfana y sola, y sin remedio alguno sino del cielo!», y frases del *nihil sum* como «Por los huesos de mis padres, y aun de mis agüelos; los puedo yo dar como dar una testarada en el cielo», y frases jocosomísticas como «Por las armas del gigante Golias.»

En el capítulo quinto, después de «¡Oh santo Dios!», exclama el licenciado tordesillesco por boca de Sancho Panza: ¿Es posible, señor, que por una moça de soldada, peor que la de Pilatos, Anas y Caifas, etc?, diciendo más adelante «y pues nuestra Señora de los Dolores nos ha librado de los que nos podían causar los palos que tan bien merecidos teníamos en esta venta, huyamos de ella como de la ballena de Jonás», finalizando el capítulo con «borrachos seamos delante de Dios; que para lo de este mundo, ello hemos hecho lo que toca nuestras fuerças». En el capítulo sexto no bien sigue la pauta de Cervantes sobre la tesis de la obra inmortal en referencias de *pasajes andantescos*, poniendo a contribución las empresas heróicas de Anglante, Orlando el Furioso, Roldán, Medoro, la bella Angélica y los «Doze Pares de Francia», cita «la Santa Hermandad», ahorcando, asaetando y echando a galeras, el arca de Noé, a San Pedro de Cerdeña, a «las benditas ánimas», a San Antón, a Santa Apolonia, a San Martín, al «asno de Balan»; moviendo a Sancho a que doliéndose de los desatinos de su amo

dijera encolerizado: «¡Oh señor caballero andante (andando se vea él con todos cuantos diablos hay en los infiernos)!», «¡Mal haya el anima del Anticristo!»

En el capítulo séptimo aparece un caritativo clérigo, llamado mosen Valentín, quien, informado en persona de la locura de Don Quijote, y no obstante su natural bondad, advierte al hidalgo manchego de que está «en pecado mortal» y que la Santa Hermandad «no consiente burlas.»

En este capítulo se retratan las rusticidades del escudero andante con un humorismo saturado de incienso de sacristía, como compruébase con «¡Ay asno de mi alma! tu seas tan bien venido como las buenas pascuas, y detelas Dios a ti y a todas las cosas en que pusieres manos, tan buenas como me las has dado a mí con tu vuelta; mas díme, ¿como te ha ido a ti en el cerro de Zamora con aquel Rodamonte, a quien rodado vea yo por el monte abaxo, en que Satanás tentó a nuestro Señor Jesucristo?» y con «Yo se lo prometo a v. m.; y quedese con Dios; y plegue a la señora santa Agueda, abogada de las tetas, que viva v. m. tan largos años como vivió nuestro padre Abraham.»

En el capítulo octavo, citado por todos los que sustentaron la opinión de que fué un dominico el émulo de Cervantes, a más de manifestar «tenemos también una iglesia, que aunque es chica, tiene muy lindo altar mayor, y otro de nuestra señora del Rosario, con una Madre de Dios que tiene dos varas en alto, con un gran rosario alrededor, con los padres nuestros de oro, tan gordos como este puño: ello es verdad que no tenemos relox; pero a fé que ha jurado el Cura que el primer año santo que venga, tenemos de her unos riquísimos organos, «describe el autor del falso Quijote como se verificaba en aquella época la pena de los azotes, que nadie mejor (ni la misma justicia), que la gente de iglesia sabía justipreciar. En el capítulo noveno se sacan a colación los evangelios de San Lucas; se lanzan exclamaciones como las de «¡pecador de mí!»; se comparan a los que prendieron a Don Quijote con los fariseos, y se replica con «¡Oh pesia a los viejos de Santa Susana!» cuando el error y enojo de Don Quijote incitan a su escudero a la interjección copiada.

En el capítulo décimo salen a relucir textos religiosos: «*que nondum sunt completa peccata Amorreorum*»: quiero dezir, que no debe

de ser cumplido aún el número de sus pecados» que se completa con decir al final del mismo capítulo «llegado es el tiempo en que Dios está cansado de tus malas obras». En el capítulo undécimo, que requiere detenido estudio, el cual omitimos en gracia de la brevedad, aunque más adelante habremos de mencionarle como una de las claves del misterio que rodea al suplantador y plagiador de Cervantes, aparecen estos dos versos latinos:

«Fraena quod imperii longo moderaris ab aevo
Autria, non hominis, numinis exstat opus.»

como mención excelsa del invicto emperador Carlos V. y este otro verso:

«Qui oves amat, in lupus saevit»

en representación del glorioso triunfo alcanzado sobre los turcos a quienes humilla con tal sentencia mientras que la trompeta de la fama, encarnada en «el famoso Duque de Alba», D. Fernando Alvarez de Toledo, lleva impresa la extensión de sus irradiaciones con este tema:

«A solís ortu usque ad occasum,»

reproduciendo por último, después de citar á D. Antonio Leiva, y llegándole su turno al «prudentísimo Rey Don Felipe II, el famoso epigrama del excelente poeta Lope de Vega Carpio, familiar del santo ofizio»:

«Philippo Regi, Caesari invictissimo,
Omnium maximo Regum triumphatori,
Orbis utriusque et maris felicissimo,
Catholici Caroli successori,
Totius Hispaniae principi dignissimo,
Ecclesiae Christi et fidei defensori,
Fama, praecingens tempora alma, lauro,
Hoc simulacrum dedicat ex auro,»

y las alabanzas al «cristianísimo y único fénix Don Felipe III, nuestro Rey y señor», que se detallan en los versos que siguen:

«Nulla est virtutis species quae, maxime Princeps,
Non colat ingenium nobilitaten tuum,»

y los elogios, en castellano y sin tanta faramalla o ampulosidad, al «invictísimo Príncipe Don Juan de Austria, armado de todas pieças» (1). En este capítulo, que tanta enjundia tiene, se llama beata a la pobreza; se le coloca á Don Quijote un pergamino en la diestra en donde se lee «el Ave Maria», escrita «con letras goticas»; se le hace prorrumpir en las siguientes frases, que, á mi juicio, son dirigidas a Cervantes: «aunque bien se echará de ver mi valor, pues ya esta mañana al asomar por los balcones (2) de nuestro horizonte el ardiente enamorado de la esquiva Dafnes, me coroné con el Ave de la fortaleza de Dios, que es dezir de la que traxo a la Virgen el angel San Gabriel, habiéndola quitado, como muestra la letra de mi adarga, a un desaforado turco que la traía colgando de la cola de un soberbio frisón, con quien pasó delante de mi balcon, irritando mi cristiana paciencia». También en este capítulo, que es una verdadera caja de Pandora, mejor dicho, un verdadero cajón de sastre, compenetrándose con el monomaníaco espíritu caballeresco del protagonista de la obra, se destacan un «mala pascua le dé Dios», un «¡cuerpo non de Dios!», un «¡Miren, cuerpo de Barrabas, lo que no quiso la muy hechicera!», un «por amor de Dios» y un «quédate con Cristo, Don Quixote de la Mancha».

En el capítulo duodécimo, último de la quinta parte de la Historia de Don Quixote, con el que terminamos nuestro capítulo, remeda el émulo de Cervantes otra vez más el lenguaje antiguo caballeresco; entremezcla personajes heróicos; apela a nuevas sentencias latinas para pintarnos el ocio con las convincentes frases «ab assuetis non fit passio»; confirma que puede cumplirse la pa-

---

(1) En todas estas alegorías y emblemas queremos fijar la atención de nuestros lectores, a quienes remitimos al capítulo de que hacemos mención, para prevenirles el que se percaten cómo el licenciado tordesillesco, prosiguiendo la norma de conducta que su comunidad se tenía trazada e impuesta, con gran entusiasmo y delectación volcara y prodigara todos los calificativos más rimbombantes sobre los ascendientes e individuos de la familia reinante a la sazón. Esta particularidad, en momento oportuno, quedará bien esclarecida por nuestra parte.

(2) Avellaneda quiso superar en poesía, quedando muy rezagado por cierto, a aquella retórica descripción que hizo Cervantes en el capítulo II de la parte primera de su obra inmortal. (Véase la edición crítica de Rodríguez Marín, tomo I, página 71, líneas 5 á 18.)

labra empeñada «si Dios alumbra con bien»; expresa su donaire manifestando «que Dios guarde» la vida del cocinero que agasajó a Sancho; paga los favores invocando a «la Santa Trinidad»; recurre a bromas y chascarrillos de refertorio al decir «Buenas noches dé Dios a vs. ms., y los tenga en su santa gloria»; pinta la glotonería de Sancho con «y aun Dios y ayuda que bastase» y «siendo Dios servido y su bendita Madre»; pondera la belleza ridícula de la mujer de Sancho con un «¡cuerpo de San Ciruelo!»; pone en escena a «uno de los gigantes que sacan en Çaragoza el día de Corpus en la procesión»; compara la celada de dicho gigante, y la «iguala en grandeza al chapitel del campanario del gran templo de Santa Sofía de Constantinopla»; suplica por los quinze auxiliadores, de quien es Miguel Aguileldo, secristán de la Argamesilla, que es muy devoto»; presenta «la ancha plaça que en esta ciudad (Zaragoza) llaman del Pilar, por estar en ella el sacro templo y dichoso santuario que es felicísimo depósito del pilar divino sobre quien la Virgen benditísima habló y consoló en vida a su sobrino y gran Patrón de nuestra España el apóstol Santiago»; pretende que Sancho atemorizado ruegue «por la pasión que Dios pasó», y colma el espanto de éste con el guante del gigante que le obliga a «santiguarse» de susto y a exclamar horrorizado: «¡Válgate el diablo por Balandrán de Tragayunques ó como es tu gracia, y qué terribles manos que tienes!»

Estamos en la persuasión, y eso que todavía nos resta dos partes más de nuestro trabajo de *compulsa y estereotipación dominicana*, de que nuestros lectores apreciarán que estamos en lo firme sosteniendo con energía nuestra sólida convicción, de la cual haremos participar hasta a los más incrédulos, como no sea que a éstos no les convenga declararse convencidos.

VI

El mayor relieve.—Los dos aspectos.—Nuestra preferencia.—La animosidad relegada a segundo término.—Los capítulos de la sexta parte del «Quijote» de Avellaneda.

Manifestación del carácter dominico de Avellaneda.

En esta sexta parte que vamos a estudiar del «Quijote» de Avellaneda es donde con mayor relieve se marca y manifiesta el carácter dominico de su autor, y, tal vez tal vez, la inquina y ojeriza que, haciéndole blanco de sus disimuladas alusiones, guardaba contra Cervantes. Nuestro propósito se reduce por ahora, dentro del espíritu de transigencia que informa nuestro difícil cometido, a exteriorizar cuanto se refiera al primero de los aspectos que presenta la sexta parte de que nos hacemos intérpretes, relegando a muy secundario término el segundo aspecto que para otros individuos ganosos de triste popularidad, que nosotros prejuzgamos populachería, tendría especialísima y primordial atención. A pesar de esto, prometemos a nuestros lectores dedicar el espacio suficiente, como quien trata de cubiletear con ascuas encendidas, a los enojos que pudiesen existir entre Cervantes y Avellaneda.

Abriendo nuevamente el libro de que nos ocupamos por el capítulo trece o décimo tercero, vemos que se reproducen dichos y exclamaciones propias de gentes religiosas, como «cuanto Sancho lo estaba en invocar santos en su ayuda»; como cuando «Levantaba Sancho las voces al cielo»; como cuando «Tal se la dé Dios a v. m. y a sus huesos»; como cuando «Iba en esto a segondar los palos en los pajes con una furia infernal»; como cuando Sancho «se daba a treinta mil diablos»; como cuando haciendo juego de equívocos

sobre la lanza de su amo agregaba «que mala se la dé Dios»; como cuando achaca a «ilusión del demonio» los palos recibidos; como cuando compara el criado negro de Tajayunque con el «rey negro de los que pintan en los retablos de la Adoración»; como cuando fulmina «¡así tales pascuas le dé Dios como él tiene la cara!»; como cuando le despiden «Pues andad con Dios», y él replica «es mi muger, como saben Dios y todo el mundo»; como cuando «cada mañana se levantaba con esta oración»: la de ir prontamente a Chipre; como cuando oye decir a Don Quijote que castigaría las injurias aun siendo de «los mesmos gigantes que fundaron la torre de Babilonia, si de nuevo volviesen a resucitar solo para ello»; como cuando el propio Sancho habla de «cuantas imágenes hay en las boticas y tiendas de todos los pintores del nuevo mundo», y como cuando agradecido al cocinero cojo asegura «y a fe que por ello le he ya ofrecido llevar a Chipre, y helle allá rey de los cocineros y adelantado de las cazuelas, pues es más sabio en cosas de de platos, que lo fué Platon o Pluton, o como diablos le llaman los boticarios».

El *fondo* religioso se intensifica en el capítulo décimo cuarto al «depararles Dios» con «un pobre soldado y venerable ermitaño», cuyo «nombre era Fray Esteban, y que era natural de Cuenca». Las hermosas pinceladas con que retrata a éste el falso Avellaneda no son bastantes, aun con las que terminan la prudente semblanza de mosen Valentín, el que ya conocimos en el capítulo séptimo, y con las que destacan entre «frescos sauces», a «dos canónigos del Sepulcro de Calatayud», sentados a la sombra de aquellos árboles, para prestar colorido cervantino al cuadro de la monamanía caballeresca del manchego hidalgo. No concierta bien en tal cuadro las rotundas afirmaciones de Sancho: «Yo apostaré que eran fantasmas del otro mundo, si ya no eran ánimas del purgatorio, pues que dezís que echaban fuego por la boca» y «¿por qué, siendo así, no me dexa a mí también con las que Dios me depara?»; no conciertan las exhortaciones, muy en su lugar y bien atendidas, del ermitaño: «no haga más, por amor de Dios»; no conciertan tampoco las frases humorísticas, aunque se hallen muy bien traídas: «¡pluguiera a Dios hubiera yo tenido encima la albarda cuando me dió los palos el gigante, v. m., o la.... (cuatro letras que los escritores antiguos empleaban pintorescamente) que los parió a ambos».

Este capítulo, que tantas reminiscencias tiene con los subsiguientes a la penitencia de D. Quijote en Sierra Morena y llegada de éste a la venta donde servía Maritornes, está falto, como toda la obra del imitador de Cervantes, del fuego sagrado de la inspiración, aunque el soldado declare: Yo soy, señor mío, de la ciudad de Avila, conocida y famosa en España por los graves sujetos con que la ha honrado y honra en letras, virtud, nobleza y armas, pues en todo ha tenido ilustres hijos»; declaración que revela la mano de un religioso cuando su pluma dice: «el cual lo hizo así con mucha gracia; porque la tenía en el hablar, así latín como romance». También el religioso platica cuando, concertados el ermitaño, el soldado y el sacerdote, pretenden disuadirle a Don Quijote «con razones eficaces y cristianas».

Los capítulos décimoquinto y décimosexto tratan del cuento de «El Rico desesperado» y, prescindiendo de que, como Cervantes en la primera parte de su obra intercala dos cuentos: «El curioso impertinente» y «La historia del Cautivo», siguiendo las huellas de aquel ingenio, procure imitarle con este cuento y con el que aparece, bajo el título de «Los Felices Amantes», en los cuatro capítulos posteriores, nosotros haremos caso omiso de esta *calcocervantigrafía* y nos supeditaremos en un todo al espíritu y a la letra del carácter domínico del autor. La narración de «El Rico Desesperado», salvando ciertas *jeremiadas* que detienen ó prolongan el curso de la historia y disminuyen, aunque poco, su creciente interés, refleja la maestría de un escritor de humanidades, conocedor de los impulsos brutales de la naturaleza. (Muy pronto veremos y observaremos que se puede ser conocedor sin que la nrracion fuera propia.) El sucedido, verdaderamente pasional, como hoy decimos, a grandes rasgos explicado, se refiere a que un joven libertino, atraído á la senda del bien por el sermón de un dominico, toma el hábito de Padre Predicador, e imbuído por sus amigos lo obandona, no obstante las advertencias del Prior; reanuda su antigua vida de disolución, a la que al fin pone término casándose con una bellísima joven, parienta suya, cuyo tío se opuso a cumplimentar los deseos de los padres, difuntos, de que fuera monja. Transcurridos tres años de completa felicidad, el esposo tiene que abandonar por breve tiempo a su mujer encinta, para hacerse cargo del gobierno de una ciudad que, por muerte de un tío suyo, hubo de soli-

citar y conseguir. Se avecinaba el parto. Al cabo de tres meses, no bien recibiera carta de su esposa se puso en camino, invitando a un soldado mozo, que llevaba su misma dirección, a pernoctar en su casa, holgándose con el trato discreto de éste. Aquella misma noche había nacido el deseado primer vástago. Procurando el marido no apartarse de su mujer, en la misma cámara nupcial mandó habilitar una mesa para disponerse a cenar en compañía de su huésped. Así se realizó, y ojalá que nunca se hubiera llevado a efecto, porque ardiendo el mozo soldado en impetuoso volcán de amores, no bien cada cual se retirara a sus respectivas alcobas, cuando, sigilosamente, retornó a la referida cámara de la parturienta y, aprovechándose de la obscuridad... ¡detente pluma! Salió sin pronunciar palabra, como realizara su criminal desmán, sin ser reconocido por la ultrajada señora. Inmediatamente huyó. No mucho después el marido, al sufrir la conyugal reconvención y pretextando cómo marchaba provisto de un venablo, disimulando su cruel tortura, bajó a la caballeriza, y mientras le ensillaban un corredor alazán, amárgamente y a vóz en grito, aunque incomprensiblemente para los que le oyesen, quejábase del traidor.

Sabedora del suceso la cuitada, por indiscretas palabras de los criados, arrojóse a un profundo pozo. Congregáronse alrededor del lugar de la catástrofe muchos caballeros y nobles de la ciudad, los cuales no pudieron estorbar que, retornado e informado el vengador (pues cumplido escarmiento recibió el mozo soldado), y enloquecido de aflictivo espanto, machacara la cabeza de su propio e inocente hijo contra la piedra del brocal del pozo, lanzándose, a su vez, al fondo del mismo.

Este cuento espeluznante, que crispa los nervios y eriza el cabello, está sembrado de pormenores curiosos sobre las costumbres religiosas flamencas y plagado de exhortaciones, prevenciones y admoniciones acerca del grande infortunio que se causan los que abandonan el estado religioso, condensado en lo que el autor hace decir al Prior de los Dominicos, parafraseando al Profeta: «Vocavi, et renuistis, ego quoque in interitu vestro ridebo». De mano maestra se pinta en este capítulo las grandes dificultades que es menester desembarazar de la vida mundana: «Los hijos de Israel después de haber pasado a pie enjuto el mar Bermejo enviaron ciertas espías a reconocer la tierra de promisión, para la cual ca-

minaban; y volviendo ellas con grandísimo racimo de uvas, tan grande, que menos que un palo traído en hombros de dos valerosos soldados, no le podían traer, dixeron: «Amigos, esta fruta lleva la tierra que vamos a conquistar; pero sabed que los hombres que la defienden son tan grandes como unos pinos:—con que dixeron que el principio de la conquista de aquella fertilísima tierra era dificultoso, siendo sus habitadores gigantes». Empero de esta religiosidad, prodigada sin usura, el émulo de Cervantes revuelca su pluma con gran placer y delectación en las bajas pasiones del apetito carnal, que nadie mejor que los que tantas inmundicias espirituales contemplan á las plantas del confesonario logran conocer con toda exactitud y en toda su hediondez nauseabunda.

Mas *sacrílegamente*, con horror más inaudito y sorprendente, se representa el demonio del desenfreno carnal en la historia de «Los Felices Amantes», comprendida en los cuatro capítulos posteriores. Una madre priora de un convento de «Nuestra señora del Rosario», de una ciudad de las buenas de España, llamada doña Luisa, joven y hermosa, cobra afición desmedida por don Gregorio, gallardo mancebo, amigo de la infancia e hijo de ilustre familia, que se presenta a visitar a una monja parienta suya. Repite sus visitas don Gregorio, también herido por las saetas amorosas del pecado, y, de acuerdo con su amada, proyecta raptarla del Monasterio. El uno pide grandes cantidades prestadas á sus amigos en nombre de sus padres; la otra se agencia una buena parte de los ducados y alhajas entregados a su custodia. Un instante más, y llegada la hora del secuestro, hubiera marchado la adúltera del Señor con rápido paso; mas la devoción que siempre tuvo a la Virgen del Rosario la postra a los pies de su santa imagen acongojada y suplicante. No pudiendo arrancar de su pecho la llama que la abrasa ruega e invoca la gracia divina para sus santas compañeras. Huyó lejos, muy lejos: a Portugal. Prodigó con su amante, que bien pronto se diera al vicio del juego, el dinero en vida de ostentación y boato.

Llamaron la atención por sus espléndidas fiestas. Llegó un momento que forzoso era restringirse mucho y se trasladaron a Badajoz, después de dejar don Gregorio sobre el tapete verde los últimos restos de su pasada grandeza.

En Badajoz apuró ella el cáliz de la amargura, llegando a des-

preocuparse en absoluto del pudor, con cuya despreocupación sostenía don Gregorio, a sabiendas, una vida de depravación y garito, hasta que resolvió abandonarla. Llegado que fué a Madrid, sin acordarse más de ella, vivió abyectamente. Por su parte doña Luisa, en Badajoz, avenida con su suerte, haciendo gala de impudicia, provocaba continuos escándalos y frecuentes disensiones entre sus amantes. Mas la Virgen del Rosario se aposentó de nuevo en su corazón, y vendió sus joyas y galas; y peregrinó con los pies descalzos, pasando hambres y fríos e inclemencias de los hombres; y se propuso arrojarse a las plantas del Sumo Pontífice reclamando indulgencia... Al pasar por el Monasterio, de donde huyera, cayó desvanecida, y al incorporarse, observó con gran extrañeza que la puerta estaba abierta. Con la natural congoja fué a postrarse de hinojos ante su adorada imagen, quien, habiendo tomado su figura y cuidado del convento en su ausencia, la entregó sus hábitos de Priora y las llaves de sus distintas dependencias. Al cabo de algún tiempo un peregrino fué alojado en casa de los padres de don Gregorio, que lloraban la incomprensible separación del hijo. Cuando supo que la Priora era tenida en concepto de santa, sin que hubiese faltado un solo día del Monasterio, como herido por el rayo cayó sin sentido. Al ser atendido y despojado de su encasquetado sombrero, reconociéronle: era don Gregorio. Tenía el propósito de profesar en la Orden de PP. Predicadores; pero antes de cumplimentarlo, quiso cerciorarse de si doña Luisa era, en efecto, quien, como él, tanto agraviara al Señor. Y por última vez se vieron ambos, edificantes de unción religiosa, la cual observaron hasta su muerte, ocurrida en el mismo año, siendo él prelado domínico y ella Priora del Monasterio. (Por vía de de paréntesis debemos consignar, según refiere don Marcelino Menéndez Pelayo en la página X de la Introducción a su Quijote de Avellaneda, que «Le Sage» (traducción francesa de 1704) suprime todo el cuento del «Rico Desesperado» (1), sustituyéndole con el entierro de la mujer penitente, que vivía en hábito de ermitaño, y que resulta ser la Priora doña Lui-

(1) En la página 90, en una llamada de su obra «Une énigme litteraire.—Le Don Quichotte d'Avellaneda», dice Paul Groussac, aludiendo al cuento de «El Rico Desesperado»: «Il est fondé sur une méprise nocturne qui rapelle curieusement celle de Patriel, le drame de Sardou, qui se passe dans le même temps et à la même époque.

sa del cuento de «Los Felices Amantes», así como fray Esteban el don Gregorio (libro III, cap, 2.°). Con esto intercala mejor el segundo cuento y da más viveza dramática a la narrración (1).

Salvando el naturalismo brutal de Avellaneda, en ninguna parte de su obra se transparenta mejor el carácter dominico del autor, no obstante que hay pasajes, textos y citas más adelante que como tal lo revelan. Para confirmar nuestra opinión, léase: «En efeto, señores, que aquella habia profesado y prometido castidad á Dios, y la había guardado hasta entonzes con notables muestras de virtud, permitiéndolo asi su divina Magestad por su secreto juizio y por dar muestras de su omnipotencia (la cual manifiesta, como canta la Iglesia, en perdonar a grandes pecadores gravísimos pecados), y por mostrar también lo que con él vale la intercesión de la Virgen gloriosísima, madre suya, y con cuantas veras la interpone ella en favor de los devotos de su santísimo rosario, la perdió por un deleite sensual y momentaneo, yendo á rienda suelta por el camino fragoso de sus torpezas, olvidada de Dios, de su profesión y de todos los buenos respetos que á quien era debía. Mas no hay que maravillase hiziese esto, dexada de la mano de Dios, pues, como dize San Agustín, más hay que espantarse de los pecados que dexa de hazer el alma a quien desampara su divina misericordia, que de los que comete; que eso, dize David, vozean los

---

(1) Nada hay que advertir respecto del cuento de «Los Felices Amantes», que es una de las más célebres leyendas de milagros de la Virgen; la misma que Zorrilla trató en «Margarita la Tornera». Las vicisitudes de este piadoso cuento en España, han sido estudiadas recientemente por el joven erudito D. Armando Cotarelo y Valledor. («Una Cantiga del Rey Sabio», Madrid, 1904) Avellaneda la tomó, según él mismo declara, del «*milagro* veinticinco de los noventa y nueve que de la Virgen Sacratísima recogió en su tomo de sermones el grave autor y maestro, que por humildad quiso llamarse el «Discípulo», es decir, el dominico Juan Herolt. Por cierto que esta versión difiere profundamente de la que siguió Lope de Vega en su preciosa comedia «La Buena Guarda ó La Encomienda bien guardada»; lo cual es un indicio más para no atribuirle el «Quijote» de Avellaneda.

El cuento feroz y repugnante de «El Rico Desesperado» procede, sino me equivoco, de la novela 24.ª (parte 2.ª) de las de Mateo Bandello, aunque en los pormenores y sobre todo en el final, hay gran divergencia. Bandello, a su vez, la había tomado de la novela 23.ª de la Reina de Navarra, a quien cita. El episodio de D. Jaime e Ismenia en «El Español Gerardo de Céspedes» tiene analogía con el de Avellaneda, acaso por la comunidad de origen italiano.

demonios, enemigos de nuestra salvacion, al hombre que llega a tal miseria tomando animo por ello de perseguirle, y prometiéndose vencerle en todo género de vicios: *Deus dereliquit eum; persequimini et comprehendite eum, quia nom est qui eripiat.*»

Léase asimismo cómo se vá operando la conversión de la pecadora: «Començó a cavar en la consideración de su mal estado tras esto, y Dios a obrar secretamente en su conocimiento, como aquel que la quería dexar por exemplo de penitentes y de lo que con su divina misericordia puede la intercesión de su electísima Madre, y finalmente, de lo que á ella la obligan los devotos de su santísimo rosario con la frecuentación de tan eficaz y facil devo cion; que se encendió de suerte su espíritu en amor y temor de Dios, que empeçó a deshazerse en lagrimas, apesarada de las ofensas cometidas contra su Magestad, confusa por no saber cómo ni en quien hallar remedio ni consejo; que tan cargada estaba de desatinos.»

Digno es de transcribirse la escena de contrición y arrepeti miento:» ¡Válgame Dios! ¿qué descuido ha sido este de las monjas o del sacristán que tiene cargo de cerrar la iglesia? ¿Es posible que se hayan dexado abierto el postigo de su puerta? Mas ¿si acaso han robado algunos ladrones los frontales y manteles de los altares o la corona de la Virgen, que ha de ser de plata si no me engaño? Por mi vida, que tengo de llegar pasito (aunque aventure en ello la vida, pues en dichosa parte la perderé cuando aqui la pierda), y mirar si hay alguna persona dentro avisar, por si ha sido descuido de quien tiene cargo de cerrarle. Metió en esto la cabeça hazia dentro con gran tiento, y estuvo un rato escuchando; pero no sintiendo ruido, ni viendo más que dos lamparas encendidas, una delante del Santísimo Sacramento, y otra delante del altar de la Virgen benditísima, estuvo suspensa una gran pieça, sin que osase determinase a entrar, temiendo no estuviese alguna monja rezando acaso en el coro, y viéndola allí hiziese algun rumor por do se viese en peligro de ser conocida, y por consiguiente rigurosamente castigada; pero no obstante este miedo, se resolvió a seguir la primera deliberación, aunque fuese con el riesgo de la vida. Entró tras esto osadamente, y pasando por delante del altar de la Virgen, tropeçó en un gran manojo de llaves que delandél estaban en el suelo, del cual suceso maravillada, se abaxó para

verlas y levantarlas con notable turbación; y apenas lo hubo començado a poner por obra, cuando la devotísima imagen de la Virgen la nombró por su nombre con una voz como de reprehensión, de la cual quedó tan atemorizada doña Luisa, que cayó media muerta en tierra; y prosiguiendo la Virgen sacratísima, le dixo: ¡Oh perversa y una de las mas malas mugeres que han nacido en este mundo! ¿cómo has tenido atrevimiento para osar parecer delante de mi limpieza, habiendo tu perdido desenfrenadamente la tuya a vueltas de tantos y de tan sacrilegos pecados como son los que has cometido? ¿De qué suerte, dí ingrata, soldarás la irreparable quiebra de tan preciosa joya? ¿Y con qué penitencia, insolentísima profesa, satisfarás a mi amado Hijo, a quien tan ofendido tienes? ¿Qué enmienda piensas emprender ¡oh atrevida apostata! para volver por medio de ella á recuperar algo de lo mucho que tenías merecido, y has perdido tan sin consideración, volviendo las espaldas á las infinitas misericordias que habías recibido de mi divinísimo Hijo? Estaba en esto la afligidísima religiosa acobardada de suerte que ni osaba ni podía levantar el rostro, ni hazer otra cosa sino llorar acerbísimamente; pero la piadosa Virgen, consolándola después de la reprehension, no ignorando la amargura y el dolor de su ánimo, incitándola a verdadera penitencia, le dixo: Con todo, para que eches de ver que es infinitamente mi Hijo más misericordioso que tu mala, y que sabe más perdonar que ofenderle todo el mundo, y que no quiere la muerte de los pecadores, sino que se conviertan y vivan, le he yo rogado por tu reparo (obligada de las fiestas, solemnidades y rosarios que en honra mia celebraste, festejaste y me rezastes cuando eras la que debías), sin que tu lo merezcas; y él, como piadosísimo que es, ha puesto tu causa en mis manos; y yo, por imitarle èn cuanto es hazer misericordias, deseando verificar en ti el título que de madre de ellas me dá la Iglesia, como á él se la dá de padre de tan grande atributo, he hecho por tí lo que no piensas ni podrás pagarme aunque vivas dos mil años y los emplees todos en hazerme los servicios que me solías hazer en los primeros años de tu profesion. Acuerdate que cuando desta casa saliste, ahora haze cuatro años, pasando delante deste mi altar, me digiste que te ibas ciega del amor de aquel don Gregorio con quien te fuiste, y que me encomendabas las religiosas desta casa, tus hijas, para que

mirase por ellas como verdadera madre, cuando tu les eras madrastra; y que las rigiese y gobernase, pues eran mías; tras lo cual arrojaste en mi presencia esas mismas llaves del convento que en la mano tienes. Entiende pues que yo, como piadosa madre, he querido hazer para confusión tuya lo que me encomendaste; y así has de saber que desde entonzes hasta ahora he sido yo la priora deste monasterio en tu lugar, tomando tu propia figura, envejeciéndome al parecer al compás que tu lo has ido haziendo, tomando juntamente tu habla, nombre y vestido; con que he estado entre ellas todo este tiempo, así de día como de noche, en el claustro, coro, iglesia y refitorio, tratando con todas como si fuera tu propia; por tanto, lo que ahora has de hazer, es que tomes esas llaves, y cerrando la puerta de la iglesia con ellas, te vayas por la sacristía y demas pasos por donde te saliste, a tu celda, la cual hallarás de la propia forma y manera que la dexaste, hallando hasta tus habitos doblados sobre el bufete; pontelos en llegando, y guarda esos de peregrina en la arca; y advierte que hallarás tambien sobre la propia mesa el breviario y la carta que dexaste escrita, sin que nadie la haya abierto ni leido, y la vela encendida junto a ella.»

Omitimos todo lo que se refiere a la expiación de don Gregorio, por demás interesante y conmovedora, para no prolongar las dimensiones, ya dilatadas de este capítulo. Por tanto, diremos para terminarlo rápidamente, que en el vigésimo primero se consigna de dónde el autor adquirió la idea sustancial del último cuento, de qué modo tan entusiasta lo comentaba Sancho, y como se enredaron el soldado y el ermitaño, entrambos narradores de los cuentos arriba expresados, «en puntos de teología»; que en el vigésimo segundo Sancho pide a Don Quijote su bendición y éste le santigua «diciendo: Dete Dios en este trance y semejantes lides la ventura y acierto que tuvieron Josué, Gedeon, Sanson, David y el santo Macabeo contra sus contrarios, por serlo de Dios y de su pueblo», disponiéndose aquél a irse «triste a meter solo entre millones de gigantes más grandes que la torre de Babilonia» y aterrorizándose con el grito: «¡Ay Madre de Dios! ¿Y es posible que no haya en el mundo quien me socorra? y negándose a ir más allá «por las llagas de Jesús Nazareno, Rex Judœorum y juzgando ánima espantable del purgatorio a Bárbara la de la cuchillada en la cara sujeta con ligaduras a un arbol»; que en el vigésimo tercero

se repiten exclamaciones tales como «¡así mala holgura le de Dios en el alma y en el cuerpo!», «vieja, bruxa, hechicera», «¡cuerpo de Poncio Pilatos!», «el diablo es sutil», «solo en el retablo del Rosario hay un tablon de la Resurrección, donde hay unos judiazos despavoridos, y enjaezados al talle de v. m., si bien no estan pintados con esas ruedas de cuero que v. m. trae, ni con tan largas lanças», y que en el vigésimo cuarto y último de la sexta parte se sacan a relucir «las parrillas del señor san Lorenzo», «algún Barrabas de caballero», «Ven acá, hombre del diablo», «Llegaos vos acá, hombre de Satanás», «Dios le dé salud cual el contento que muestra de mi trabajo», «fazer en pro de Mahoma y en reproche de nuestra fe», «Valate el diablo», «la habían puesto en la iglesia de San Yuste en una escalera con una coroça por alcahueta y hechicera», «pesia á cuantos historiadores han tenido todos los caballeros andantes desde Adan hasta el Antecristo (que mal siglo le dé Dios...)»

VII

Génesis espiritual del «Quijote» de Avellaneda.—Tésis caballeresca.—Locura del hidalgo manchego.—Rusticidad de Sancho.—En qué estribó su fracaso.—Los capítulos de la Séptima y última parte de su «Quijote».

Acábase de comprobar el «dominicanismo» de Avellaneda.

Antes de dar fin a nuestro cometido, séanos lícito establecer, por vía de proyección de cuanto hemos leido, ciertas afirmaciones sobre la recóndita génesis espiritual del Quijote apócrifo y suplantador. El licenciado tordesillesco se propuso ante todo, enamorado de la tesis caballeresca impuesta por Miguel de Cervantes en la primera parte de su obra magna y maravillosa, resaltar las lecturas del asendereado andante manchego en los disparatados razonamientos de éste y evidenciar hasta la exageración su locura caballeresca, reconstruyendo la legendaria figura de aquel estudiante de Salamanca, entusiasta *delirante* de «Palmerín de Oliva»; se propuso al propio tiempo, aunque de modo secundario, superar a Cervantes igualmente en la rusticidad y glotonería de Sancho Panza, que tanto celebrara D. Blas Nasarre, y dilatar las fronteras de la estupidez del mismo. Y por nuestra parte no es aventurado manifestar que rompió por completo el prudente y sagaz equilibrio que Cervantes guardara con entrambos protagonistas y se despeñó por la sinuosa pendiente del fracaso: hizo un loco rematado y un simple incomprensible, tocados del espíritu religioso de la época, que no dicen más que sandeces ni revelan en sus acciones más que la soberana tontería que les acompaña. Si en vez de estar obcecado con esta idea de más alta representación de

la locura o de la simplicidad, el émulo de Cervantes antepónese á Le Sage, a Sorel, a Butler, a Wilkins, a Sardou, a Fielding, a Vargas Machuca, etc., etc., pues fueron legión los imitadores de Cervantes más o menos afortunados, y expresa por boca de Don Quijote y Sancho Panza mucho de lo que se contiene en los cuentos intercalados y añade nuevos u opuestos conceptos al sempiterno desbarramiento del primero y a la ruda palabrería cristiana del segundo, hubiera, sin haber superado nunca a su modelo (imitado en ideas, pasajes e intenciones ocultas), arrancado de su obra la personalidad religiosa que sobrenada en toda ellla. De aquí se sigue, que no reparemos bien en el conocimiento que demuestra tener Avellaneda de varias poblaciones, de bastantes costumbres y de ciertas gentes, a causa de que las aventuras y desventuras de Don Quijote no ocultan con su monotonía, pese al buen lenguaje del escritor, el carácter dominico de éste, bien por las menudeadas interjecciones, bien por las comparaciones constantes de burlas y donaires *bíblicos*. Hay dos o tres capítulos, uno entre los que vamos a considerar, que no dicen nada sobre ser religioso el suplantador y mal intérprete del ingenio complutense; pero aun dicen menos en pro de la ficción novelesca y de la psicología de sus dos héroes. En cambio, la pobreza con que se describe la indumentaria en el falso Quijote es demostración evidente del desconocimiento de un religioso sobre dicha materia, que tanto dominara Cervantes.

Avellaneda no abandona un punto su manera de hacer literatura engolfado en su *ambiente* y habla en el capítulo vigésimo quinto de «algún vicario o cura cristianando algún fructus ventris», «de los luteranos de Constantinopla», de «un latín macarrónico y lleno de solecismos», de «que dixo Horacio, est Deus in nobis», de la lámpara «que está cercana a Dios verdadero, pues de ordinario se pone delante del Santísimo Sacramento», de «el diablo lo podía acertar», de «el Pater noster, que es la cartilla de nuestra fe», de «más muertes que hizo Dios en el mundo con el diluvio universal», de que

> «Anatema es en la iglesia
> Quien de la fe está apartado»,

de que

Anabatistas profesan
Ser dos veces bautizados»,

de que

«Anacoretas imito
En lo que es llanto y silencio»,

de «la vida y muerte de Anas y Caifas, personas de quienes hazen copiosa memoria todos los cuatro santos evangelios», de la posibilidad de vivirle a Sancho su mujer mientras «Dios quisiere», de que «si como él y yo (Sancho y Don Quijote) hemos dado por lo secular, dieramos por lo eclesiastico, que quedaramos bien medrados desde que andamos en busca de aventuras, pues nos han hecho á los dos más cardenales y más colorados que hay en Roma ni en Santiago de Galicia, En el vigésimo sexto dice que Sancho «se dió a todos los diablos, y dixo: Por las entrañas de la ballena de Jonás»; que aseguraba: «y así vamos allá en nombre de Dios», y «plegue a Dios que no lo lloremos todos», y «Beselas la madre que las hizo, o Barrabas; que Sancho se condolía de ser llamado ladrón, pues «podría oirlo tal vez algún escriba o fariseo de los muchos y maliciosos que hay en el mundo, y acusandome dello a la justicia, hazerme dar doscientos azotes»; que Don Quijote «jura postrado en tierra»; que Sancho amonesta a los «oprimidores de las vengonçosas infantas que estan ahi detras de vosotros haziendo humildes oraciones a los cielos para que las libren de vuestra tiranica representante vida»; que interrogan a Bárbara «cual de las yerbas le da más fastidio de noche, la ruda ó la verbena que se coge la mañana de San Juan»; que exclama Sancho «aquí todos somos cristianos, por la gracia de Dios, de pies a cabeça»; que no titubea sobre si su contrincante es tan cristiano como él «(que eso Dios lo sabe) que sé sostiene que lo soy desde el vientre de mi madre, pues desde él creo bien y verdaderamente en Jesucristo y en cuanto él manda, y en las santas iglesias de Roma», «y en todas sus calles, plaças, campanarios y corrales»; que le ruega al «señor pagano, el más honrado que hay en todas las paganerias! por las llagas del señor san Lázaro, que santa gloria haya» sea misericordioso; que cree «en cuantos Mahomas hay de levante a poniente, y en su alcoran, de la suerte y como v. m. lo manda, y como lo permite y consiente nuestra

madre la Iglesia»; que «por las tenaças de Nicomemos «opónese a que le retajen el pluscuamperfecto», y «que todavía es bueno tenga cinco dedos en la mano, como Dios manda en las obras de misericordia» aunque se circunde a su mujer de la lengua, «porque la tiene más larga que la del gigante Golias.»

En el capítulo vigésimo séptimo se da por hecho «Acá estamos todos por la gracia de Dtos»; «¿no fuera peor que me comiera, y que después no pudiera ser moro ni cristiano?»; «en virtud de la bula de compesación, le absuelvo asi della como de lo hecho; y lo puedo hazer en su virtud, con solo darle de penitencia que no coma ni beba en tres días enteros; y advierta que con solo cumplir esta leve penitencia se quedará tan cristiano como antes se estaba»; que «quitados los sombreros, començó el clérigo a echar la bendición en latín y començaron á cenar»; Dele al diablo (por el ataharre), que yo le ataré en la cincha del rucio»; «¡Bendito sea Dios, señores, que estarán contentos!»; «No os olvidéis, os ruego, por las entrañas de Cristo, deste vuestro fiel y leal servidor»; «¿Para qué, diga, quiere verse alguna noche volando por las chimeneas entre vasares, platos y asadores, donde se vea y se desee, y llore el no haber querido obedecerla?»; «Dela a Lucifer y no la ruegue más; que el ruin, cuando le ruegan luego se ensancha; y no nos faltará sin ella la misericordia de Dios. ¡Mirad que cuerpo, non de Judas Escariote!»; «villano sea yo delante de Dios» y gracias a Domino Dio: et vivit Domine.»

En el capítulo vigésimo octavo, para dar mayor vigor a las a las ideas y causar mayor sorpresa en los lectores, «replicó Sancho, que primero me vuelva Poncio Pilatos que sea su amigo» y Don Quijote sostuvo, que llega cuando «están los príncipes pesarosos, que darían cuanto se puede porque Dios les deparase un tal y tan buen caballero que baxase la soberbia deste cruel pagano, conque dexase alegre toda la tierra, y las fiestas fuesen consumadamente perfetas». Al mismo caballero le aseguran: «aquí no hay justas ni jayanes de los que v. m. ha dicho, sino un paseo que haze la universidad a un dotor medico que ha llevado la catedra de medicina con más de cincuenta votos de exceso, y llevan delante dél, por más fiesta, un carro triunfal con las siete virtudes y una celestial musica dentro, y tal, que si no fué la que se llevó el año pasado en el paseo del catedratico que llevó la catedra de pri-

ma de teología, jamas se ha visto otra igual»; y, en efecto, se le desatan sus furiosas y extravagantes quimeras cuando contempla aquel extraño espectáculo en que la Sabiduría lleva el lema: «Sapientia œdificavit sibi domun», la Ignorancia el de «Qui ignorat, ignorabitur», la Prudencia el de «Prudens sicut serpens», quien «ahogando a una vieja ciega, de quien venía asido otro ciego y entre los dos esta letra: Ambo in foveam cadunt», y exclama con denuedo: «si no, suelta luego contra mí todo el poder del infierno; que a todos se las quitaré por fuerças de armas, pues que se sabe que los demonios, con quien los de tu profesión comunican, no pueden contra los caballeros griegos cristianos, cual yo soy». Más tarde Sancho le amonesta: «¡Cuerpo de san Quintín, señor Desamorado! ¿No le he dicho yo cuatrocientas mil dozenas de millones de vezes que no nos metamos en lo que no nos va ni nos viene, y más con estos demonios de estudiantes?», «y dé gracias a Dios, pues le han dexado con la vida, que no ha sido poco.»

El capíulo vigésimo noveno, que es al que nos referíamos en un principio, poca enjundia religiosa contiene: Bárbara y Sancho «dándose al diablo viendo que llevaban ya tras sí de la primer vuelta más de cincuenta personas»; Don Quijote como «único y singular amigo y aficionado al Príncipe Don Belianis de Grecia por muchas razones: la primera por ser él cristiano y hijo también de Emperador cristiano, y vos pagano»; Sancho convenciendo, queriendo persuadir al adversario de su amo: «dese pues por las entrañas de Dios por vencido», «dexemos ir con Barrabas a nuestro meson, y v. m. y estos herejes de Persia, su patria, quedense mucho de noramala»; declarando ir «de muy buena gana todos tres en cuerpo y alma»; conminando y motejando a Bárbara por «aquel persignum crucis que tiene en la cara», y confesando «Pecador soy yo a Dios».

La obsesión religiosa del autor, mal encubierta por las locuras de Don Quijote, resurge de nuevo en el capítulo trigésimo: «Par Dios, señor Don Quixote, dixo Sancho estando en estas razones, que aquel que iba en la carroça, que nosotros llamamos pagano, oí dezir a no sé cuantos que que era un no sé quien, si sé quién, hombre bonísimo y cristiano; y a fe que me lo parece, lo uno por su caridad, pues nos ha convidado á cenar y á comer con tanta liberalidad; lo otro porque si él fuera pagano, claro está que estuviera

vestido como moro, de colorado, de verde ó amarillo, con su alfanje y turbante; pero él está cual Dios le hizo y su madre le parió y v. m. ha visto, todo vestido de negro, y todos cuantos le acompañaban iban de la misma suerte; y más que ninguno hablaba en lengua paganaruna, sino en romance, como nosotros». Dicha obsesión le hace replicar, alargando aún más de lo que debiera el equívoco: «Digo, respondió el paje, que mi señor es muy buen cristiano, caballero de lo bueno, y conocido en España; y quien lo contrario dixere, miente y es un bellaco»; le promueve a que le interpelen a Don Quijote cuando acomete al paje: «¿Qué hazeis, hombre de Barrabas?», y le conduce á entremezclar lo jocoso y humorístico con las interrogaciones que siguen: «Veni acá, hombre del diablo: ¿de dónde sois y como os llamais, que tanto atrevimiento habeis tenido en casa de dueño de tan ilustres cualidades? Don Quixote le respondió: Y vos, hombre de Lucifer, que eso preguntais, ¿quién sois?»

En el capítulo trigésimo primero se describe lo que es la mujer sin pudor que lleva «más de veinte y seis años, ocupada en servir a todo el mundo, y más á gente de capa negra y hábito largo»; se incita a que diga Sancho: v. m. es tan hombre de bien como yo haya visto en toda la Pagania otro, dexando aparte que es mal cristiano, por ser, como todo el mundo sabe, turco»; se muestra su agradecimiento y gratitud expresando: «¿Sabe con quien querría yo que Don Quixote mi señor hiciese pelea? Con estos demonios de alguaziles y porteros que nos hazen a cada paso terribles desaguisados, y tales cual es el en que nos acabamos de ver ahora, pues nos han puesto á amo y criado en el mayor aprieto que nos habemos visto desde que andamos por esos mundos a caza de aventuras; y si no fuera porque vino á buen tiempo v. m., mi señor se viera como en Caragoza, a medio azotar; pero yo le juro por vida de los tres Reyes de Oriente y de cuantos hay en el Poniente, que si cojo alguno dellos en descampado y de suerte que pueda hazer dél a mi salvo, que me tengo de hartar de darle moxicones». Hay en este capítulo frases como «el diablo lleve a quien lo contradixese», «es un poco vieja y estará dura como todos los diablos», «los pecados y maldades del Rey de Chipre, los cuales dan vozes delante de Dios, han llegado a su último punto», «si es escudero él de un gigante pagano, yo lo soy de un caballero andante, cristiano

y manchego», «¡mirad que cuerpo non de Dios con él y con la negra de su madre»!, «guardese de mí como del diablo», «plegue á Dios vea yo manos tan honradas envueltas entre aquellos benditos platos de alhondiguillas y pieles de manjar blanco», «no es mía la moça, respondió Sancho, sino del diablo que nos la endilgó en camisa en medio de un bosque», «juro non de Dios que si por ella me diesen, no digo dozientos açotes y galeras, sino cuatro mil obispados, que la diera á Barrabas, á ella y á todo su linage».

Véase cómo toman incremento nuestras conjeturas en el capítulo trigésimo segundo, y no «en gloria de orden de la caballería andantesca»: «yo me llamo Sancho Pança el escudero, nacido de Mari-Gutiérrez por delante y por detras, si nunca le oiste dezir, el cual por la gracia de Dios y de la santa sede apostólica soy cristiano, y no pagano como el príncipe Perianeo y aquel bellaco de escudero negro, y ha días que ando en mi rucio con mi señor por la mayor parte de este nuestro... Y volviendo la cabeça a su amo le dixo: ¿Cómo diablos se llama aquel? ¡Oh maldito seas! replicó Don Quixote: hemisferio, simple. ¿Pues qué quiere agora?, replicó Sancho: haga cuenta que tengo dos necedades a un lado; ¿piensa que el hombre ha de tener tanta memoria como el misal? Dígame como se llama, y tenga paciencia, que ya se me ha tornado a desgarrar del caletre. Ya te he dicho, respondió Don Quixote, que se llama hemisferio. Digo, pues, prosiguió Sancho, que tornando a mi cuento, señor Rey de Hemisferio, yo no he hasta agora muerto ni dispilfarrado aquellos gigantones que mi amo dize; antes huyo dellos como de la maldizión, porque el que vi en Çaragoça en casa del señor don Carlos, era tal, que ¡mal año para la torre de Babilonia que se le igualase! Y así no quiero nada con él, allá se las haya con mi señor: con quien quiero probar mis uñas es con el escudero negro que trae, que negra pascua le dé Dios; que en fin es mi mortal enemigo, y no tengo de parar hasta que me lave las manos en su negra sangre en esta sala, en presencia de todos vs. ms.; que haziendolo confio que vuesa altura me hará caballero si bien es verdad que puesto en mi rucio, tanto me lo soy como cualquiera: solo advierto que en la pelea no me han de faltar del lado mi amo, el señor don Carlos y don Alvaro, por lo que pudiese ofrecerse; tras que no hemos de reñir con palos ni espadas, pues con ellas nos podríamos hacer algun daño sin querer, teniendo que curar

despues; sino que ha de ser a finos moxicones á cachetes, y el que se pudiere aprovechar de alguna coz ó bocado, San Pedro se lo bendiga: bien es verdad que aun en esto tendrá no poca ventaja el bellaco del negro, porque ha más de dos años y medio que no he andado a moxicones con nadie, y esto, si no lo usan, se olvida fácilmente como el Ave Maria».

Sigue comprobándose nuestro aserto en el capítulo trigésimo tercero: «¿por qué han de sentar á esa rapaça, tamaña como el puño, en esa mesa tan grande, y la ponen delante esos platos, mayores que la artesa de Mari-Gutiérrez, dexandome á mí en esta mesilla menor que un harnero, siendo yo tamaño como tarasca de Toledo, y teniendo tantas barbas como Adan y Eva? Pues si lo hazen por la paga, tan buenos son los dos reales y medio que tengo en la faltriquera para pagar lo que cenare, como cuantos tenga el rey, y los que dieron por Jesucristo los judíos á Judas; y si no, mirenlos»: «jurara a Dios y á esta cruz que era v. m. ella propia»: «comió ese (plato) y los demas que le dieron, tan si escrupulo de conciencia, que era bendicion de Dios y entretenimiento de los circunstantes»: «que esto, me dezia el Cura, mandan los mandamientos de la Iglesia cuando mandan pagar diezmos y primicias»: «el Archipampano salió a misa, llevando consigo a Sancho, al cual preguntó por el camino si sabía ayudar á misa, y respondió diziendo: Sí, señor, aunque es verdad que de unos días á esta parte, csmo andamos metidos en este demonio de aventuras, se me ha volado de la testa la confesion y todo lo demas, y solo me ha quedado de memoria el encender las candelas y el escurrir las ampollas; y aun á fe que solía yo tañer invisiblemente los organos por detras en mi pueblo divinamente, y en no estando yo en ellos, todo el pueblo me echaba de menos»: «y corriendo para su amo, arrodillándose delante dél, le dixo: Sea mi señor muy bien venido, y gracias á Dios que aquí estamos todos»: «y hoy á comer por solo dos reales y medio, ¡ahorcado sea tal barato, plegue á la madre de Dios!»: «se podría dezir por él el refran de que qui amat ranam, credit se amare Dianam»: «abaxe, señora Segovia, esa saya con todos los Sataneses»: «aquel borron en el rostro, que la toma todo el mostacho derecho, quiere con esa invencion hazer un noverint universi que declare á cuantos le miraren á la cara como no es diablo, pues no tiene pies de gallo, sino de persona»: «¡cuerpo del ánima del

Antecristo!»: «y si niego lo que soy, más honrado era San Pedro y negó a Jesucristo, que era mejor que vos y la..... que os parió»: «eso no, porque el diablo es sutil, y donde nc se piensa, puede suceder facilmente una desgracia»: «con ese colorado bonete que traeis á la cabeça»: «Estase ahi el señor Arcapampanos y su muger con todo su abolorio y el principe Perianeo, y el señor don Carlos y don Alvaro con los demás, desquixarandose de risa, y v. m., armado como un san Jorge, contemplandose á su reina Segovia; y no quiere que tenga temor estando delante de mi enemigo, con la candela en la mano, como dizen.»

En el capítulo trigésimo cuarto, ponderando Sancho las excelencias del trato que recibe habla de este modo: «y hame dado una cama en que duermo, que juro non de Díos no la tienen mejor las animas del limbo, por más que sean hijas de reyes»; maldiciendo de los «çaraguelles de las Indias», afirma «que los pajes del Arcapampanos deben nacer allá en las Indias de Sevilla con estos diablos de pedorreras»; rehuyendo la batalla campal con su enemigo lanza como imprecación: «Por las llagas de Dios mande á todos me hagan placer de echarle de aquí con Barrabas, á que vaya á tener guerreacion allá con la muy puerca de su madre; y no piense nos vá poco en ello, pues así partirá de un reves á diez ó doze de nosotros, como yo con un papirote partiria el anima de Judas si delante de mí viniese.» Más categórico, si cabe, para nuestro *ad referendum* el siguiente lenguaje: «No traigo otras armas ofensivas ni defensivas más que esta sola espada hecha en la fragua de Vulcano, herrero del infierno, á quien yo adoro y reverencio por dios, juntamente con Neptuno, Marte, Jupiter, Mercurio, Palas y Proserpina. Dicho esto, calló; pero no Sancho, que se levantó diziendo: Pues á fe, don Gigantazo, que si os burlais en llamar dioses á todos esos borrachos que dezis, y lo sabe la santa Inquisición, que en hora mala vinisteis á España».

Del capítulo trigésimo quinto pueden copiarse las observaciones formuladas a Sancho Panza por don Carlos, la escritura de la carta que aquél dirige a su mujer y los elogios que de sí propio se prodiga. «Pero pues ha querido Dios que entraseis en ella al fin de vuestra peregrinación, agradecedselo; que sin duda lo ha permitido para que se rematasen aquí vuestros trabajos, como lo han hecho los de Barbara, que recogida en una casa de virtuosas y

arrepentidas mugeres, está ya apartada de don Quixote, y pasa la vida con descanso y sin necesidad, con la limosna que le ha hecho de piedad el Archipampano, la cual es tan grande, que no contentandose de ampararla á ella, trata de hazer lo mesmo con vuestro amo; y así le perdereis presto, mal que os pese, porque dentro de cuatro días lo envía á Toledo con orden de que le curen con cuidado en la casa del Nuncio, hospital consignado para los que enferman del juizio, cual él; y no contenta su grandeza en amparar a los dichos, trata con mis veras y mayor amor de amparos a vos más de cerca, y de las puertas adentro de su casa, en la cual os tiene con el regalo, abundancia y comodidad que experimentais tantos días ha.» «Ahí están para hazelles merced en la Argamesilla veinte y seis cabeças de ganado que tengo, dos bueyes y un puerco tan grande como los de por acá, el cual habemos de matar, si Dios quiere, para el día de san Martín, para el cual estará hecho una vaca.» «Busque pues v. m. tinta y papel, si le parece, y escribamosla luego al punto una carta, en que se le diga como el Ave Maria todo eso.» «Escribamos por cierto, respondió él, con la bendición de Dios; pero v. m. advierta que ella es un poco sorda, y será menester que la escribamos un poco recio para que la oiga. Haga la cruz y diga: «Carta para Mari-Gutiérrez, mi muger, en el Argamesilla de la Mancha, junto al Toboso.» «Ahora bien, digale que con esto ceso, y no de rogar por su ánima.» «Habéis de saber que desde que yo salí del Argamesilla hasta agora no nos hemos visto; mi salud dizen todos que es muy buena; solo me duelen los ojos de puro ver cosas del otro mundo, plegue á Dios que tal sea de los vuestros.» «Todavía el Arcapampanos está tan hombre de bien, que me ha jurado que en estando vos aquí, nos vestirá á ambos y nos dará el salario de dos años adelantado, que es un docado por bestia cada mes, el uno á mí y el otro á vos.» «Cierrela, respondió Sancho, y horro Mahoma. Mal se puede cerrar, replicó don Carlos, carta sin firma, y así dezid de que suerte soleis firmar. ¡Buen recado se tiene! respondió Sancho: sepa que no es Mari-Gutiérrez amiga de tantas retoricas: no hay que firmar para ella, que cree bien firme y verdaderamente todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia de Roma, y así, no necesita ella de firma ni firmo.» «Y traiga luego respuesta, aunque dudo sea ella tan elegante como vuestra carta, en que mostrais

haber estudiado en Salamanca toda la sciencia escribal que alli se profesa, según la habeis enriquecido de sentencias. No he estudiado, respondió Sancho, en Salamanca; pero tengo un tío en el Toboso que hogaño es ya segunda vez mayordomo del Rosario, el cual escribe tan bien como el barbero, como dize el cura; y como yo he ido muchas vezes á su casa, todavía me he aprovechado algo de su buena habilidad.»

Con el capítulo trigésimo sexto termina la séptima parte y la obra del no bien encubierto dominico, cuya pluma desborda su latinidad y su misticismo con los conceptos que transcribimos a continuación: «¡Ah señor caballero, y si supieses quien soy! Sin duda os movería á grandísima lastima, porque habeis de saber que en profesion soy teologo, en ordenes sacerdote, en filosofía Aristóteles, en medicina Galeno, en canones Ezpilcueta, en astrologia Ptolomeo, en leyes Curcio, en retorica Tulio, en poesia Homero, en musica Enfion; finalmente, en sangre noble, en valor unico, en amores raro, en armas sin segundo, y en todo el primero; soy principio de desdichados y fin de venturosos. Los médicos me persiguen porque les digo con Mantuano:

His etsi tenebras palpent, est data potestas
Excrutiandi aegros hominesque impune necandi.

Los poderosos me atormentan porque con Casaneo les digo:

Omnia sunt hominum, tenui pendentia fila,
Et subito casu quae valuere ruunt.

Los temerosos, odiosos y avaros me querrian ver abrasado porque siempre traigo en la boca:

Quatuor ista, timor, odium, dilectio, sensus
Saepe solent hominum rectos pervertire sensus.

Los detractores no me dexan vivir porque les digo ha de restituir la fama cualquier que dize cosa que la tizna:

Imponens, augens, manifestans, in malum vertens
Qui negat aut minuit, tacuit laudetve remisse.

Los poetas me tienen por hereje porque les digo del afecto con que leen sus versos, lo de Horacio:

Indoctum, doctumque fugat recitator acerbus,
Quem vero arripuit tenet, occiditque legendo,
Non missura cutem nisi plena cruoris hirudo.

Y con ellos me aborrecen los historiadores porque les digo:

Exit in inmensum fecunda licentia vatum,
Obligat historica nec sua verba fide.

Los soldados no pueden llevar que les anteponga las letras y les diga lo de Alciato:

Cedant arma togue (1) et quamvis durissima corda,
Eloquio pollens ad sua vota trahit

Los letrados no pueden tolerar les dé en rostro, viéndolos hablar en cosas de leyes tan sin guardar la de Dios, con el recato de sus predecesores sabios, que dezian:

Erubescimus dum sine lege loquimur.

Las damas me arman mil çancadillas porque publico dellas:

Sidera non tot habet coelum, nec flumina pisces
Quod scelerata gerit faemina mente dolos.

Las casadas reniegan de que haya quien diga dellas:

Pessimas res uxor, poterit tamen utilis esse
Si propere moriens det tibi quidquid habet.

Las niñas no toleran oir:

Verba puellarum foliis leviora caducis
Irritaque ut visum est ventus, et aura ferunt;
Ut corpus teneris, sic mens infirma puellis.

Las hermosas fisgan de oir que

Formosis levitas semper amicas fuit;

Con ser verdad que de todas se puede dezir:

Quid sinet inausum faeminae praeceps furor?

---

(1) En la edición de Tarragona o en la Menéndez Pelayo *togne* en vez de *togue*.

Los ociosos amantes querrian se desterrase del mundo mi lengua, que les repite:

Otio si tollas periere cupidinis artes,
Contemptaeque jacen, et sine luve faces.

Los sacerdotes se avergüençan de que les repita lo que dixo Judit á los de su vieja ley: Et nunc, fratres, quoniam vos estis presbiteri in populo Dei, et ex vobis pendent anima illorum ad eloquium vestrum, corda eorum erigite. La real potencia que, como el amor, no admite compañía,

Non bene cum sociis regna venusque manet,

es tal, que se verifican bien della lo que dixo Ovidio en cierta epístola respondió un reina recuestada á su galan:

Sic meus hinc vir abest ut me custodiat absens,
An nescis longas regibus esse manus?

Esas pues ¡oh valerosisimo príncipe! son las que me tienen aquí, porque refrendo la razón de Estado, fundada en conservacion de bienes de fortuna, á los cuales llama el Apostol estiercol con quebrantamiento de la ley de Dios, como si guardandola, de humildes principios no hubiera subido á ser David poderoso rey, y capitan invicto el gran Macabeo Judas.» Y casi podemos corroborar que termina el capítulo al prevenirle a don Quijote, recluído en el manicomio: «mire por su alma y reconozca la merced que Dios le ha hecho en no permitir muriese por esos caminos á manos de las desastradas ocasiones en que sus locuras le han puesto tanta vezes».

VIII

Sin falsedades. — Avellaneda sin careta. — Retrato de cuerpo entero. — Otro dominico escritor. — Lo que decía Tamayo de Vargas. — Biografías de Avellaneda. — Sus numerosas obras. — Frases que se confirman plenamente.

Avellaneda, historiador.

Nadie nos podrá tachar de que falseamos la verdad de los hechos: Avellaneda con su propia obra se despoja del anónimo; si es que, como inconscientemente insinuó Fernández Bremón, premeditó hacerlo así. El señor Menéndez Pelayo mejor que nosotros pudo convencerse de que la obra del licenciado tordesillesco pone de manifiesto la personalidad de su autor desde el principio hasta el fin. Algún interés oculto, que ya deslindaremos, tendría para ello. ¿Es que, leyendo el prólogo de Avellaneda, que retrata de cuerpo entero a éste, no habría de reparar en *ahora que se ha acogido a la Iglesia y sagrado?* Estas frases, elocuentes por sí solas, indican que quien las dispara como saeta emponzoñada, estaba bien acogido y preservado, pudiendo impunemente escaldar y enrojecer las mejillas de Cervantes diciendo, con anterioridad a las mismas frases, estas otras enfatuadas y reales: «y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos (como él dize) al Preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonda, por no hallar título quiças en España de que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura» (refiriéndose a Lope de Vega).

No insistimos sobre la influencia de que disponía el émulo de Cervantes porque ya tratamos de esto, aunque someramente, al principio del capítulo V de nuestro Ensayo; lo que sí tendremos que

hacer expresión es que puso su firma de religioso estampando al fin del Quijote vilipendiado un «Laus Deo» que por aquel entonces, fanático y religioso al extremo, acreditaba, en especial, a la gente de iglesia. No existe en su obra resquicio alguno por donde pueda hurtarse la personalidad (1) del dectractor de Cervantes.

El mismo señor Menéndez Pelayo comprobó que hubo otro precedente en la orden dominicana sobre la propensión de sus individuos a escribir obras no muy exentas de brutal naturalismo; y lo comprobó de modo indirecto al combatir el parecer «más abonado para achacarle la parternidad de la misteriosa novela» al dominico leonés Fr. Andrés Pérez que, según tradición de su Orden, registrada ya por Nicolás Antonio, fué el verdadero del «Libro de entretenimiento de la Pícara Justina», impreso con nombre del

---

(1) El Sr. Groussac, dice en la pág. 122 de «Une énigme litteraire», coincidiendo con el señor Menéndez Pelayo: «Les indices relatifs au caractére ecclasiastique, et particulièrement dominicain, sont de simples conjetures tirées de quelques passages du livre où Avellaneda montre, en effet, une certaine connaissance des matières théologiques et parle avec predilection de l'ordre des frères prêcheurs. Cela ne prouve nullement qu'il fût d'Église. On sait que les études universitaires confondaient alors jusqu'à un certain point les carrières ecclésiastique et juridique, et que, par exemple, le baccalauréat en théologie ouvrait la profession d'avocat. Avellaneda a pu commencer ses études théologiques, passer même par les grades inférieurs de la cléricature sans arriver aux ordres sacrés. Du fait qu'il connaissait bien les dominicains et le Rosaire, on ne peut pas inférer qu'Avellaneda appartînt à l'ordre ou à la confrérie, pas plus qu'on me déduit de «Riconete» et la «Gitanilla» la conclusion que Cervantes fût tirelaine ou bohemien. L'affirmation qu'Avellaneda fut un «personnage puissant» ne repose sur aucun indice positif, et elle est contredite par tous ceux qu'on peut extraire de l'ouvrage. Cervantes en savait à ce sujet beaucoup moins que nous, la second partié du «Don Quichote» (y compris le prologue) ne contient pas une indication qui autorise à penser qu'il soupçonnait la qualité de son maraudeur. Tout ce qu'on en a dit est imagination pure, et il est amusant de voir aujourd'hui les scoliastes fouiller les phrases et peser les syllabes du plus étourdi des écrivains.

En esta misma llamada hemos de desembarazarnos de las impugnaciones del Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires: ni Avellaneda fué un escritor aturdido, ni es de sorprender que se escudriñen las intenciones ocultas y se midan las palabras, ni se apela a la fantasía haciendo crítica sana. Nuestros capítulos IV, V, VI y VII son pruebas irrefragables, pudiendo afirmar rotundamente lo que dijo Alfred Morel-Fatio, sabio hispanista, tanto como el señor Groussac, en su folleto de Brunswick, 1906, titulado «Cervantes et le troisième Centenaire du «Don Quichotte», refiriéndose a la edición del Avellaneda cotejada con la original: «Avant de discuter il convient d'avoir sous les yeux le corps du delit; y aunque lo dijo generalizando

Licenciado Francisco López de Ubeda, en 1605, precisamente el mismo año que la primera parte del «Quijote», que el autor de la «Justina» conocía ya impresa o manuscrita, puesto que se refiere a ella en unos versos cortados, que también parecen de imitación cervantesca:

Soy la reina de Picardí—
Más que la ruda conocí—
Más famo—que doña Olí—
Que Don Quijo—y Lazarí—» (1)

El mismo autor de «Orígenes de la Novela» nos facilita también otra demostración más sobre nuestro parecer (2). Para ello trasladamos a nuestras columnas una llamada de la página prime-

¡cuán cierto y verdadero que la misma obra de Avellaneda es la evidencia completa del *delito!* Y la evidencia también del poder bien notorio de su autor. Es más; Cervantes sabría perfectamente a que atenerse, aunque, por conveniencia propia, no lo expresara tácitamente en su obra. El parecer del señor Groussac, achacando la paternidad del falso «Quijote» al valenciano Juan Martí, supuesto autor de la continuación de «El Pícaro Guzmán de Alfarache», de Mateo Alemán, bajo el seudónimo de Mateo Luxan de Sayavedra, que tan bien documentado presenta en su obra ¿no es una pura fantasía desde el momento que se comprobó la muerte de su candidato, acaecida antes del año 1614 (23 de Diciembre de 1604)?

Nada tiene que ver que un gran escritor observe a maravilla las costumbres de una raza para que se le declare perteneciente a ella; pero si en sus obras coloca el alma mater de la inspiración muy por bajo del interés que le guía y alardea, sin darse cuenta, o poniendo prurito en ello, de su condición social, indiscutiblemente será considerado bien político, bien religioso, bien economista, etc., etc. Hasta la inspiración misma en las obras geniales está subordinada al medio ambiente que se respira, y, concretándonos a las obras de los dos rivales, observamos que la cervantina es cristiana sin espíritu fanático, sin la pesadez y machaconería de la avellanedesca, sin apelar a chistes monacales, a continuas digresiones religiosas, a metáforas místicas, a sermones y consejos y exhortaciones de padres predicadores, desenvolviendo el tema de la supuesta ojeriza contra los libros de caballerías con una habilidad y perfección extraordinarias que le permite alcanzar la mayor idealidad, encarnando sus ideas en verdaderos personajes de carne y hueso, que siendo simbólicos no resultan quimeras. Aunque se arguya que la fina sátira cervantesca penetra como estilete afilado por el sagrado de las conciencias, zahiriendo cruelmente a enemigos suyos, es impecable el arte de la forma y universal e imperecedera su magistral creación. Esto no se advierte en Avellaneda, pues únicamente perseguía el arte de la imitación más servil.

(1) Obra citada, Introducción, página XXIV.

(2) Página 68 de nuestro «Ensayo».

ra de su Introducción. Hablando del contemporáneo de Cervantes, de quien le llamara «ingenio lego», de Tamayo de Vargas, dice: «En su obra inédita «Junta de libros, la maior que España ha visto en su lengua hasta el año 1624» (manuscrito de la Biblioteca Nacional), Tamayo no da a entender que Avellaneda fuera seudónimo: le cataloga como autor real que «sacó con desigual gracia de la primera, la segunda parte del «Quijote».

Estamos firmemente persuadidos, quizás lo estuvieran otras personas, incluso don Marcelino Menéndez y Pelayo, de que era dominico el autor del falso Quijote y que lo fué Fr. Alonso Fernández, de quien hicimos mención en el capítulo IV, página 62.

Dicho esto, daremos cuenta a nuestros lectores de cuantos datos hemos recogido sobre la biografía de Fr. Alonso Fernández. El sabio bibliógrafo don Nicolás Antonio consigna en la página 22, columnas 1.ª y 2.ª del tomo I de la «Bibliotheca hispana nova, sive hispanorum scriptorum»: «Fr. Alphonsus Fernandez, Placentinus, Ordinis Praedicatorum. ejufdemqne Generalis, ut domeftica forma nuncupant, Concionator, in patriae urbis monafterio praeterite faeculi anno LXXXVII, in eam admiffus Religiosam familiam, ftudio praecipue rerum antiquarum, confervandisque veteris aevis memoriis, praefertim ecclesiafticis, & inter haec domefticis, feu familiaribus amplifsimi huyus Dominicarum Ordinis fefe totum addixiffe videtur, fiquidem fcripfit Latine(1): 1.º «Concertationem praedicatoriam pro Ecclesia catholica contra hereticos, gentiles, judeos et agarenos per epitomem in Annales distributam». 2.ª «Noticia

(1) Todas las obras que se citan están tal y como las redactara Antonio de Posada, Rubén de Celis en la «Biografía Eclesiástica Completa»—Vida de los personajes del antiguo y nuevo testamento: de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes y talentos, en orden alfabético—Redactada—Por una reunión de Eclesiásticos y Literatos—Revisada.—Por una Comisión nombrada por la Autoridad Superior Eclesiástica,—Y Dedicada—A S. M. La Reina Doña María Cristina de Borbón.—En el tomo VI.—Madrid: imprenta y librería de D. Eusebio Aguado—Impresor de cámara de S. M. y de su Real Casa—calle de San Esteban, número 8—Barcelona—Imprenta y librería de D. J. M. de Grau y Compañía, calle de Basea, núm. 30.—La obra se compone de treinta volúmenes, y es de las mejores Historias Eclesiásticas que se conocen.—Signatura de la Biblioteca Nacional: sección de Catálogos, números 591 á 620.

La biografía que se contiene en esta obra excelente, es como sigue:

Fernández (Alfonso), natural de Plasencia, del Orden de PP. predicadores; varón sumamente docto en las letras sagradas y profanas, incansable en el trabajo y muy

Scriptorum praedicatoriae familiae». 3.ª «Catalogus summorum Pontificum, S. R. E. Cardinalium, Archiepiscopurum et Episcopurum ejusdem familiae necnon et Magistrorum Sacri Palatii Apostolici, confessariorumque aliquot Regum et Imperatorum; item aliarum Religionum Reformatorum; denique aliquarum ejufdem Ordinis Magistrorum, qui in Hispaniarum, et Indiarum nobilioribus academiis theologiae precipuas cathedras moderati sunt». Salamanca, imprenta de Diego Cussío, 1618, en folio. Estaba redactando también en latín otra obra titulada: 4.ª «Annales ecclesiasticos Hispaniae», de los cuales según asegura el mismo autor tenía ya cinco tomos completos (1). Además compuso en español las siguientes: 1.ª «Historia Eclesiástica de nuestros tiempos», Toledo, imprenta de Rodríguez, 1611, en folio. 2.ª «Hitoria de la devoción del Rosario desde su origen, confirmada con milagros», Madrid, 1613; Valladolid, 1614; reimpresa en la misma villa de Madrid en 1620 y 1627, en 4.°. 3.ª «Manual de devoción y ejercicios del rosario», Madrid, 1626. 4.ª «Tratado de los servicios de la Orden de predicadores de estos reynos de España con la institución del Santo Oficio de la Inquisición», Valladolid. 5.ª «Historia y Anales de la ciudad y obispado de Plasencia», Madrid, imprenta de Juan González, 1627, en folio. 6.ª «Historia de los corporales de Daroca», en dos libros. 8.ª «Vida y milagros del santo Fray Alvaro de Córdoba». 9.ª «Vida del santo Fray Domingo de Santa María». 10.ª «Vida y martirio del santo Fray Domingo de Navarrete y de sus compañeros en el Japón»—J.

Observemos, pues, que nuestro biografiado, en disparidad con el juicio del Sr. Ménéndez Pelayo acerca del émulo (2) de Cervantes, es un personaje de muchas campanillas, y, si se hubiera recapacitado bien sobre el prólogo que puso a su «Quijote», prescindiendo de la saña con que se dirige al «Manco de Lepanto», habríase comprobado que se mantenía en los límites de una pru-

apreciado de sus cofrades, que le contaron en el número de los generales de la misma Orden; en cuyo desempeño desplegó un celo y una prudencia extraordinarias, tal como exigía la dignidad que representaba. Se ignora la época en que murió. (Páginas 676 y 677 del tomo VI.)

(1) Nicolás Antonio en su obra citada (signatura de la Bibhoteca Nacional, sección de Libros raros, números 1.631 y 1.632), menciona que son ocho y no cinco los tomos que dejó Fr. Alonso Fernández manuscritos.

(2) Cap. IV, pág. 67.

dente crítica cuando citaba las obras de aquel ingenio; prudencia que no hubiera dispensado si hubiese sido un escritor adocenado y una inteligencia vulgar, ofuscada aún más por la cólera. Es innegable que Cervantes, en la primera parte del «Quijote» y en las «Novelas ejemplares», aguzó bien su ingenio, y, con la maestría que le era peculiar, satirizó, como estudiaremos en otro capítulo, a Fr. Alonso y a varias personalidades más con quienes tuviera hondos resentimientos.

A pesar de dicha prudencia, en razón de no importársele un bledo, deseoso de devolver indirecta con indirecta, estampa al frente de su obra el apellido Avellaneda y en el capítulo primero, «El sabio Alisolan, historiador no menos moderno que verdadero». El punto primero, el del apellido, permanece para nosotros en las brumas del misterio; más como es forzoso desentrañar hasta lo más recóndito las más ocultas intenciones, imaginamos que no huelgan ciertas apreciaciones. Muchos, la mayoría, se preguntan: —«¿Por qué Cervantes usó y empleó el apellido Saavedra, en lugar de Sotomayor que empleara una de sus hermanas, o el de Cortinas que era el primero de su madre, doña Leonor?» Muchos, también en mayoría, quieren indagar quién recomendó a Cervantes al Cardenal Aquaviva para que éste aceptara los servicios de aquél. Ambos hechos fueron motivados por una misma causa, quizá. ¿Hubo algún personaje muy encumbrado que se llamara Saavedra (1) de primero o segundo apellido? ¿El Cardenal Cervantes de que nos habla Groussac en su ya referido libro (2), si no lo llevaba en segundo término, pudo haberse ufanado de que figurara en su árbol genealógico?

Si fueran afirmativas estas preguntas, cabría sospechar que Cervantes lo empleaba por motivo de medro al propio tiempo que por vanagloria; y sería deducción inmediata de ello el haberlo puesto en primer lugar a su hija natural doña Isabel y el haber profesado ésta como religiosa trinitaria descalza. Si Fr. Alonso Fernández pudiera encontrarse en condiciones análogas, al no ser Avellaneda su segundo apellido, es lo que importa averiguar. Sabemos (3) que en la rama materna de Cervantes figuran los Ave-

(1) Don Martín Fernández Navarrete en su «Vida de Cervantes» (1819) explica en las págs. 237 a 239 cómo se unió este apellido al de Cervantes.

(2) «Une énigme litteraire», pág. 157.

(3) «Vida de Cervantes», de Navarrete, págs. 238 y 239.

llanedas, que lo conservan en primer término sin razón para ello. ¿No sucedería que Cervantes, hablando de su familia, nombrara los Avellanedas a Fr. Alonso Fernández y éste también se hiciera eco de sus ascendientes? Desde luego que Cervantes, en casa de Aquaviva, con Lope de Vega y con los Argensolas, no solamente hablaría de los Cervantes comendador de Malagón en la orden de Calatrava, cardenal arzobispo de Sevilla (muerto en 1453) y de un gran prior de la orden de San Juan y de los Saavedras, sino también de los Avellanedas. Es probable que dicha circunstancia pusiera en contacto a aquellos dos hombres, que más tarde habrían de recriminarse; y también es de suponer que el Avellaneda se aplicase como alusión del apellido Saavedra que Cervantes empleaba sin motivo alguno justificado.

Nuestras investigaciones sobre el apellido Avellaneda, aparte las muy conocidas, se limitan a haber leído en una obra que se relaciona con nuestro estudio sobre los dominicos (1), que hallándose grave a consecuencia de un parto laborioso, en Valencia, una señora llamada doña Isabel de Avellaneda, su esposo acudió al al convento y consiguió que Fr. Juan Micón, Padre Predicador en olor de santidad, obrara el milagro de sacar en bien a la parturienta y a haber leído en un magnífico Catálogo de P. P. Agustinos la biografía de Fr. Pablo de Avellaneda, casi contemporáneo de Cervantes (2).

---

(1) Fr. Hernando del Castillo—«Historia General de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores».— Signatura: $\frac{3}{40740\text{-}44}$. T. 4.º, pág. 345.

(2) P. Gregorio de Santiago Vela—«Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín»—Mad. Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1913.—Páginas 284 y 285 del tomo 1.º:

Avellaneda (Fr. Pablo de).—Nació en Lima de padres españoles y profesó en el convento de dicha ciudad. Se distinguió por su amor a la observancia religiosa y aplicación a los estudios saliendo muy aventajado en éstos, por lo que se le nombró, Lector de Provincia y después Maestro de número. Entre otros cargos que ejerció, cuéntase el de Prior del Convento de Potosí. Fué famosísimo predicador, para lo que estaba adornado de dotes especiales, y tenía vastos conocimientos en las Teologías escolástica, positiva y moral, como de ello dejó pruebas relevantes en las doctísimas notas con que marginó las obras de su selecta y abundante librería. Falleció en Lima el 1605.—P. Figueiredo, Flos Sanctorum, pág. 747.

En la pág 715 inclúyese la síntesis de la biografía del P. Avellaneda del P. Torres, inserta en la Crónica del mismo, págs. 117-121.

La otra indirecta del P. Alonso Fernández de Avellaneda (véase la pág. 109, líns. 11 y 12) no puede ser más exacta. Bien podía ufanarse el autor de la «Historia Eclesiástica», de la «Historia de la devoción del Rosario» y de la «Historia y Anales de la ciudad y obispado de Plasencia», en presentarse ante los ojos de Cervantes *como historiador no menos moderno que verdadero*; y bien podía jactarse, como buen escritor que fué, de su retoricismo latino, tildando de *humilde idioma* (1) aquel que perpetuara Cervantes y que, desprovisto de gran acopio de humanidades, juzgó perecedero por no ser el del Lacio, entonces imperante y de gran tono (2).

---

(1) Edición cotejada del Avellaneda, pág. 279,

(2) En el capítulo XV se contienen, como inciso, más importantes esclarecimientos sobre el uso del latín y del castellano.

IX

Avellaneda natural de Plasencia.—Palabras de Cervantes.—Qué ha dicho don José Nieto.—La impunidad de Cervantes.—Su segunda o tercera intención.—Una nota del "Quijote„ de Cortejón.—Costumbre de escribir sin artículos.

Avellaneda no era aragonés.

En el capítulo anterior hemos visto que el autor del falso «Quijote» resulta ser natural de Plasencia, que desvirtúa casi casi la mayor parte de las conjeturas de muchos cervantistas, rechazando en redondo el mismo supuesto de Cervantes, y con el fin de facilitar antecedentes a nuestros lectores, sacaremos a plaza todo lo concerniente a esta debatida cuestión.

Damos principio trasladando a estas columnas el concepto que le mereció a Cervantes la obra de su encumbrado adversario. Mas que promediado el capítulo LIX de la parte segunda del libro mundial dijo por boca de Don Quijote: (1)

En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia; porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Marí-Gutiérrez, y no llama tal, sino Teresa

(1) Edición crítica del «Quijote» de Rodríguez Marín, pág. 86, tomo 8.º

Panza; (1) y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia.»

Nosotros, por ahora, sólo hemos de recoger y desmenuzar la afirmación de que Avellaneda, sea o no categórico el hecho, fuera aragonés. Los continuadores de la edición crítica de Cortejón, en especial D. Juan Givanel Mas, encargado, aun antes de la muerte de aquél, de todo lo referente a Avellaneda, tratan con extensión de este punto y prueban que no fué aragonés el émulo de Cervantes. Pero antes de copiar íntegra la nota que a ello se refiere, hemos de citar una omisión en que incurren. El año 1904 fué premiada, en los Juegos florales celebrados en Zaragoza, una obra de 175 páginas, de D. José Nieto, titulada «Cervantes y el Autor del

---

(1) Como han advertido cuantos cervantistas de don Vicente de los Ríos acá anotaron o comentaron el «Quijote», este reparo es injusto: el mismo Sancho, departiendo con su amo en el capítulo VII de la primera parte, había llamado Mari-Gutiérrez a su mujer (I, 187, 16), sin que a disculpar a Cervantes por distración tan patente baste el plausible empeño que en ello puso D. Juan Calderón en su «Cervantes vindicado en ciento quince pasajes de «El ingenioso Hidalgo», que no han entendido, o han entendido mal, sus comentadores», §§ IX y CV. «En lugar de esto—dice Pellicer—pudiera (Cervantes) haberle reheprendido justamente (a Avellaneda) de que llame a Don Quijote *Martin Quijada* llamándose *Alonso*. Cierto que por tal cosa no le reconvino, y para guardarse de hacerlo tuvo los curiosos motivos que manifestaré en uno de mis próximos trabajos acerca de Cervantes y el «Quijote.»

Nosotros, por nuestra parte, nos permitimos decir que Cervantes, como más adelante detallaremos hablando de quienes eran Don Quijote y Sancho Panza, pasábase de lince, incurriendo en sagaces contradicciones, para esquivar el tener que aclarar extremos y circunstancias que, sin hablar de ellos, en ellos procuraba fijar más la atención; y el Sr. Rodríguez Marin, por muy documentado que se halle, tiene forzosamente que sucumbir a nuestro parecer, corroborando que Cervantes incurrió a sabiendas en aquella contradicción y sorteó hábilmente la dificultad de referirse al don Alonso a quien ridiculizaba en el protagonista principal de su obra. De aquí se sigue que Avellaneda arguyera en su prólogo lo de los *sinónimos*, como así mismo se deduce llamándose Fray Alonso Fernández que se diera por aludido y mucho más si tenía amistad, aunque fuera casta y pura, con alguna doña Aldonza, que nosotros conocemos y que aquí tan sólo apuntamos.

No es posible que D. Francisco Rodríguez Marín, sosteniendo como sostiene la posibilidad de ser Avellaneda un estudiante famélico, (véase nuestro capítulo IV, página 66), haya de presentar tan *curiosos motivos* como se ufana en decir en su nota anterior; aunque bien pudiera ocurrir que fuera mayor el ruido que las nueces, pues por nuestra parte sospechamos que está por descubrir la verdadera exégesis espiritual del «Quijote», o, mejor dicho, el recóndito pensar que animaba al genio cervantino.

falso Quijote». En dicha obra se aboga por la creencia de ser Fray Luis de Aliaga, dominico aragonés, aquel encubierto autor; pero al tratar del particular que nos ocupa, por cierto sin acarreo de materiales concluyentes y definitivos, dice (1):

«Efectivamente, no es posible dudar que Cervantes conoció, no ya la patria, sino las circunstancias todas de su colérico enemigo, y si para indicar solamente aquélla empleó una ingeniosa puerilidad gramatical, fué porque la sorpresa y el miedo que acaso sintió por primera vez su corazón esforzado, de verse frente a frente de contrario tan terrible, no le dejaron expresarse claramente en el primer momento; mas después, repuesto algún tanto el ánimo, dice de una manera rotunda una y otra y otra vez, que el autor tordesillesco vino al mundo en Aragón.»

Hasta cierto punto hemos convenido con anterioridad en que Cervantes preocupábase, y no sin fundamento de causa, de la calidad e importancia de su enemigo; pero debemos declarar que Cervantes sonreíase irónicamente del daño que le pudiera inferir, pues bien hábilmente se trasluce tal cosa cuando en el prólogo de la segunda parte de su obra dice con segunda y aun tercera intención (2):

«Dile que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite; que acomodándome al entremés famoso de «La Perendenga», le respondo que me viva el Veinticuatro mi señor, y Cristo con todos. Viva el gran Conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad, bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie, y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas (3), y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo.»

---

(1) Páginas 85 y 86.

(2) Edición crítica de Rodríguez Marín, páginas 20 y 21 del tomo V.

(3) «5. Era D. Bernardo de Sandoval arzobispo de Toledo, cardenal de la Iglesia Romana, inquisidor general de España y tío del duque de Lerma, privado de Felipe III. Hombre muy bueno y muy docto, reconoció el grande mérito de Cervantes y amparó con piadosa mano su desvalida vejez. Así, con noble corazón, el favorecido encomió públicamente en este lugar *la suma caridad* de su protector, y en breve carta escrita un mes antes de morir, que posee la Real Academia Española, decíale: «Si del mal que me aquexa pudiera hauer remedio fuera lo bastante para tenelle con las repetidas

Esa segunda o tercera intención de Cervantes, que a todos descarría en sus interpretaciones, muy bien le indujera a decir lo contrario de lo que sentía sobre ser aragonés Avellaneda o a procurar el que se mortificara más aún Fray Luis de Aliaga, como veremos en el capítulo venidero. El mismo D. José Nieto conviene (1):

«Por lo demás, repetimos, no puede ser más cierto que buscar con provincialismos el país de Avellaneda es fundamento harto débil. Entre ellos, ponen los peritos el uso de impersonales como *mire, perdone, oiga*, y nosotros, que no conocemos el modismo aragonés, recordamos que esa manera de emplear los verbos era la característica y usual entre los frailes y por lo tanto el autor de don Quijote lo era.»

Sobre los indicios gramaticales es todo cuanto dice D. José Nieto; quien no puede ser más parco ni más humilde con sus citas. Ahora bien: es indudable que Avellaneda fué un fraile dominico, como aseguramos, que, aun no siendo quién conjetura dicho señor, y sí Fray Alonso Fernández, abona nuestros juicios anteriores y los que nos reservamos para ocasión oportuna.

Dicho todo esto, como cuestión previa del aragonesismo de Avellaneda, copiamos, pues, las páginas 187 a 190 del capítulo 59 y del tomo 6.° de la edición crítica de Clemente Cortejón, que se avienen perfectamente con la composición de lugar que nos hemos forjado:

«l. ... la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos.—Peciller, en sus *notas*, escribe: «Califica el lenguaje de aragonés, porque tal vez escribía sin artículos, y pudiera haber alegado otras pruebas, no menos convincentes que copiosas, como son: *en salir de la cárcel*, por en saliendo o habiendo salido; *á*

---

muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra Ilustre Persona; pero al fin tanto arrecia, que creo acabará conmigo, aun cuando no con mi agradecimiento.» ¡Tal protegido para tal protector!»

No ponemos en duda ni la bondad ni la protección dispensada a Cervantes, pero si éste levantara la cabeza, y pudiera descubrir su pecho sin escrúpulos de conciencia, tal vez podría declarar que aquel príncipe de la iglesia o alguno de sus protectores, no estaría muy distanciado de aconsejarle hiriera con sus epígramas y ridiculizara con su donaire a los frailes dominicos, quienes, a pesar de contar con la regia confianza, no podían desembarazarse del duque de Lerma ni de su pariente por aquel entonces.

(1) Obra citada, pág. 86.

la que volvió la cabeza, por habiendo vuelto la cabeza; *escupe y le pegaré*, por le castigaré; *hincar carteles*, por fijar o pegar; *poner la escudilla en las brasas*, por poner la taza sobre las ascuas; *el señal*, por la señal; *menudo*, por mondongo; *malagana*, por congoja, desmayo o vaguido, y aquel tratarse las personas de impersonal, como *mire, oiga, perdone.*»

El catedrático de la Universidad césar-augustana, D. Jerónimo Borao, dice en su «Diccionario de voces aragonesas» (Zaragoza, imprenta del Hospicio, 1884), que las únicas palabras aragonesas que ha podido ver en el libro de Avellaneda son *zorriar*, *repapo*, *malvasía*, *repostona*, *mala gana* y *buen recado*. Ya veremos más adelante cómo ni estas voces son originarias de Aragón.»

«Pasó algún tiempo sin que el estilo de Avellaneda motivara trabajo alguno, hasta que, en 1897, don Marcelino Menéndez y Pelayo escribió al distinguido cervantista don Leopoldo Ríus (1).

«Algunos barbarismos puestos de intento en boca de Sancho, no pueden ser considerados como provincionalismos de ninguna parte. Pero es cierto que el autor, hasta cuando habla por su cuenta, propende a ciertos modos incorrectos, o excesivamente elípticos, de que pueden servir de ejemplo los dos siguientes: *á la que llegó*, en vez de *cuando llegó* o *á la hora que llegó; en despertar*, esto es, *cuando despertó*. Suele omitir también, pero no con tanta frecuencia, que esto pueda considerarse como marca distintiva de su estilo, los artículos y las preposiciones, diciendo, v. gr.:*cerca los muros, delante el monasterio, haciendo toda resistencia que podía*. Como se ve, los indicios gramaticales no pueden ser más débiles, y si no hubiera otros para tener por aragonés a Avellaneda, no sería yo, ciertamente, quien se atreviese a afirmar su patria. La afirmo sólo bajo la fe de Cervantes, que me parece imposible que la ignorase, a pesar de la forma un tanto dubitativa en que se expresa.»

«Algunos años más tarde, el Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Sr. Groussac, (en libro que, si bien mereció algunos elogios, fué objeto de justas censuras), escribió, refiriéndose al estilo del encubierto autor:

«Le fait que le pseudo Avellaneda était «Aragonais» me semble

---

(1) Una nueva conjetura sobre al autor del «Quijote» de Avellaneda.—*El Imparcial*, Madrid, 15 de Febrero de 1897.

démontré, mais par d'autres indices que celui de Cervantes, et dans un sens plus large que ne l'entendent Pellicer et les autres commentateurs. On sait que Cervantes se borne à trouver que le langage d'Avellaneda sent l'aragonais «parce qu'él écrit quelquefois sans article». C'est una simple boutade, sans venant d'Aragon, ou à peu près (dans le langage courant, la Catalogne et Valence étaient toujours des dépendences de l'Aragon), Cervantes en déduit que l'auteur est Aragonais, etc., par suite, que ses incorrections, réelles ou imaginaires, sont des aragonismes. Rossell, qui à dirigé l'édition de Rivadeneyra, ne relevé qu'une fois la faute signalée par Cervantes; on trouverait encore deux ou trois passages douteux, où il semble que l'article manque; mais tous les écrivains prenaient alors les mêmes libertés, et Cervantes plus souvent que les autres. Cette négligence n'es donc pas plus aragonaise que castillane ou andalouse; commise habituellement, elle trahirait plutôt une origine biscaiénne (1). C'est par d'autres traits que se manifeste réellement le provincialisme d'Avellaneda; par des nombreuses locutions catalanes ou valenciennes, qui se confondent avec celles dites «aragonaises», puisque celles-ci ne sont en géneral, que des migrations du «limousin» (2).

«Y, como para el Sr. Groussac el solapado autor tordesillesco no es otro que el valenciano Juan Martí, el distinguido hispanista D. Alfredo Morel Fatio, estudiando el trabajo del Director de la Bibliotéca Nacional bonaerense, hizo un acabado estudio del estilo de entrambos escritores (esto es, del autor de la segunda parte de «Guzmán de Alfarache» y del enmascarado Alonso Fernández de Avellaneda), y demostró (3) que ni por el estilo puede ser el falso «Quijote» obra del que se firmó Mateo Luxán de Sayavedra, ni

(1) «Voici la phrase d'Avellaneda (I, VIII): «hacía toda (la) resistencia que podía para soltarse» G. Cervantes, Quijote (II, XL): «No hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que (la) muerte no le consuma» (I, XXVII): «no todas (las) veces le tengo cabal» On trouve dans B. Argensola (Cualidades de un perfecto cronista): «pues hecha la concordancia de los tiempos»; et plus loin: «para estudiar (la) antigüedad».» Mais on me dira peut-être que le puriste Argensola était Aragonais; voici l'auteur de la «Celestina», qui ne l'était pas: «He oido que debe (el) hombre á sus mayores creer». On en citerait par centaines».

(2) «Une enigme littéraire-Le «don Quichotte d'Avellaneda».—París, 1903

(3) «Bulletin Hispanique», 1903.

muchas de las palabras que se señalan como aragonesismos lo son, ya que ni *pegar* por «castigar», ni *escudilla* por «taza», ni *brasas* por «ascuas», ni *menudo* por «mondongo», son provincionalismos, como no lo son *repostona, repapo, pedir de, etc.*, que se han citado anteriormente.»

»El Sr. Ximénez de Embún, en su estudio intitulado «Antecedentes literarios que prepararon y causas históricas que produjeron la publicación del «Quijote» de Avellaneda» (premiado en el Certamen cervantino promovido por el Ateneo de Zaragoza en 1905), escribe, a propósito del estilo de tan enigmático autor»:

«*Zorriar.*—No pasa de ser más que un barbarismo puesto en boca de Sancho, una deformación del verbo *zurriar* o *zurrir.*»

«*Repapo.*—Es un vocablo que o inventó Avellaneda o lo recogió del fondo común del lenguaje del vulgo para dar más gracia a sus grotescas quimeras.»

«*Malvasía.* — No es palabra aragonesa: debió su origen a la ciudad así llamada en la isla de Candía, que prestó su nombre (1) al afamado vino tan conocido entonces por toda Europa, como lo son, al presente el Burdeos, Jerez, Madera y Oporto. Encuéntrase esta voz usada indistintamente por escritores aragoneses y castellanos; el toledano Tirso de Molina (ó sea Fray Gabriel Téllez), en su comedia «Palabras y plumas», nos ofrece el siguiente ejemplo:»

«Dos gallinas, tres conejos,
De vitela una empanada,
Ostiones en escabeche,
Y una bota calabriada
De Chípre y de Malvasía
Medio tinto y media blanca» (2).

«*Repostona.*—Supuesto que fuera aragonesa, bien pudo usarla el supuesto licenciado, fuera o no natural de Aragón, del mismo

(1) «Tesoro de la lengua castella o española», por don Sebastián de Covarrubias; Madrid, M. de León 1674, en folio.— Otros aseguran que no fué una ciudad de Candía, sino cierta comarca de Grecia, la que comunicó su nombre al Malvasía; esta cuestión geográfico-vinícola para nosotros es indiferente.

(2) «Acto II, escena XIII.

modo que el valenciano Luján se sirvió de la voz ambrolla, que en lenguaje vulgar todavía es corriente en la misma ciudad de Zaragoza.»

«*Mala gana*».—No se halla en el «Quijote» de Avellaneda en el sentido de parasismo o desmayo, sino en el de indisposición ligera: «Al cabo de ellos, quiso Dios que llegasen a ella D. Carlos con su amigo D, Alvaro, a quien por aguardar convaleciese de una *mala gana* que le había sobrevenido en Zaragoza, no quiso dejar don Carlos, y está fué la causa de no haber llegado mucho antes» (1). Con la misma significación de malestar o enfermedad leve la empleó Martí: «Yo, como conocía las faltas que hacía, procuraba soldallas con levantarme aprisa, fingir que había estado de *mala gana* aquella noche y mostrarse solícito». (2) Y Lope de Vega, en «La Dorotea», advierte lo que sigue: «Dice Dorotea que no quiere ventanas para los toros, porque esta de *mala gana*, como dicen en Valencia» (3).

«*Buen recado.*—La voz compuesta *buen recado* (4), se encuentra en el capítulo 37 del «*Quijote*» autentico» en boca de Sancho: «Levántese vuestra merced dijo Sancho, y verá el *buen recado* que ha hecho». La autorizó, por tanto, Cervantes, Luján de Sayavedra y otros varios autores aragoneses y castellanos.»

«Y a las locuciones «*el* señal», «*en* salir» y «*á la que*», mencionadas por Pellicer como construcciones aragonesas, dice el Sr. Ximénez de Embún»:

«Al nombre sustantivo señal, con efecto, algunos escritores aragoneses de aquella época (5), le atribuyeron el género masculino; mas como quiera que en el «Quijote» de Avellaneda, siempre se encuentra esta palabra usada en acepción femenina (6) no merece la pena que nos detengamos en desvanecer una distracción tan obvia».

---

(1) Capítulo XXXI.

(2) Lib. I, cap. VII.

(3) Acto V., esc. II.

(4) «Buen recado se tiene, respondió Sancho; sepa que no es Mari-Gutiérrez amiga de tantas retoricas (cap. XXXV del «Quijote» de Avellaneda)».

(5) «Como, v. gr., micer Juan Costa.

(6) «Porque nacerá con *una señal* de una espada... porque en el lado derecho tendrá *otra señal* parda «(Cap. IX).»

«Como término de esta labor ingrata, nos falta por analizar los giros *en* salir, *á la que*, en particular el último, que para Avellaneda constituía un bordoncillo obligado, sin cuyo apoyo apenas acertaba a dar paso alguno—Pero estas formas modales no deben ser consideradas como verdadero provincionalismos; son más bien incorrecciones de lenguaje que a lo sumo descubren la impericia del autor que recurre a ellas, no el lugar o provincia donde hubiese nacido.»

«Y aun debe señalarse que las voces aragonesas, al decir de Borao, *malvasía* y *mala gana*, figuran en el léxico de la lengua catalana.»

«Larga y pesada ha sido la nota; pero ¿habremos llevado al ánimo del lector el convencimiento de que en el libro de Avellaneda no existe «el lenguaje aragonés» mencionado por Cervantes?» (1)

---

(1) Don Marcelino Ménéndez Pelayo en las págs. LII y LIII de la «Introducción» al Quijote de Avellaneda—decimos nosotros—citando y reasumiendo la refutación de Alfredo Morel Fatio. hacer notar que «En cuanto á la omisión de los artículos, el mismo Sr. Groussac confiesa que esta negligencia no tiene más de aragonesa que de castellana ó andaluza. Y, en efecto, sabemos por Mateo Alemán y otros autores que fué moda cortesana durante algún tiempo». Y en una llamada que hace se dice: «La supresión de los artículos no es modismo aragonés, sino costumbre introducida por algunos escritores de fin de siglo XVI, y que otros señalan como defecto. Así Gálvez Montalvo en «El Pastor de Filida» (parta sexta, p. 302 de la edición de Mayans) donde hace competir á los dos poetas Sílvano y Batto:

«Descubrirete á la primera treta
tu lengua sin artículos. defeto
digno de castigar por nueva seta...»

y Mateo Aleman en su «Ortografía Castellana» (1602): «Y porque dije «Castilla *la vieja*», y agora de pocos años á esta parte dicen los papelistas cortesanos «*Castilla vieja*»: no sé qué fundamento hayan tenido para ello. salvo si quieren imitar á los Latinos y no lo entienden.»

Hemos tenido interés de hacer esta llamada para de un tiro matar tres pájaros: primero, probar que Avellaneda no era aragonés; segundo, que seguía la moda de la gente cortesana con quien estaba en contacto, y tercero, que como elegante escritor latino forzosamente escribiría sin emplear artículos en castellano. Todavía podríamos aperdigonar un cuarto pájaro: el de que, por imitar asimismo el estilo caballeresco, apropósito recalcaría mayormente dicha costumbre.

X

La mayor dificultad.—Nuestra lógica.—Palabras de Cervantes Paredo.—Opinión de la señora condesa de Pardo Bazán.—Qué dijo D. Luis de Oteyza.—Juego de cubiletes.—Villegas y Pallol.—Versos preliminares del "Quijote". —Controversia de Menéndez Pelayo y Groussac.—Frases de Navarro Ledesma.—Nicolás Díaz de Benjumea y D. Adolfo de Castro dándose de bruces.—Doña Blanca de los Ríos de Lampérez.—D. Norberto González Aurioles.—Un bloque contra Cervantes.—Dominicos puestos en solfa.—La Inquisición barriendo.—Venganza en metálico —Palabras suprimidas del "Quijote".

Don Quijote y Sancho Panza.

La mayor dificultad que ha de vencerse, y que no ha sido vencida hasta el día, ha sido y será la que ofrece la interpretación de ambos protagonistas de entrambos Quijotes: el de Cervantes y el de Avellaneda. Tienen *tanta miga*, como decía un clásico de las Vistillas, que los más audaces y felices ingenios declaranse impotentes para resolver tamaño conflicto. Hay opiniones para todos los gustos; hay interpretaciones que surgen sobre la punta de una espada de fuego; hay desbordamientos de filosofías rancias que á nada práctico conducen, algunas de las cuales hemos de citar al ocuparnos de la «Religiosidad de Cervantes»; lo que no hay es el convencimiento o la intuición de que, aunando esfuerzos y ordenando la labor de todos hacia el mismo fin, tal vez no sea tan imposible como parece, aunque muchos pregonen clamorosamente sus triunfos, inconfirmados, el descifrar la exégesis espiritual de los personajes a que aludimos.

Este capítulo nuestro, de proporciones extraordinarias, de disquisiciones alambicadas, ha de encarnar en un exceso de fantasía tal vez, que vive y alienta no sólo en nuestra convicción, sino que se robustece con los mandatos imperativos de la razón y de la

lógica. ¡Cuán desacertado estuvo quien dijo terminantemente: «Lea el lector a quien sobre tiempo para ello los comentarios de los principales secuaces del sentido esotérico en el «Don Quijote», y, después de conocidos, hará suyas las palabras de Cervantes Paredo cuando dice: «... creo que todo lo que sea atribuir al «Quijote» otros fines y otro objetivo que el que su autor le dió, es forzar lo más claro e inteligible. Que Cervantes se propuso ridiculizar algunos vicios de su época. Bueno; eso lo admito. Que al tiempo que escribía hizo alusiones a algunos gobernantes. Pase; aunque no me parece muy evidente.—Pero que Cervantes censuró en su obra a la Inquisición, a Carlos V, al Duque de Medina-Sidonia, a Don Rodrigo Pacheco o a Juan Blanco de Paz, eso no lo admito en manera alguna; porque eso equivaldría a decir que la obra de Cervantes había tenido por norma y por objetivo una cuestión personal o un sujeto vilísimo. No reprendo, después de todo, a los que sutilizan para comentar el «Quijote»... Yo leo y leeré siempre el «Quijote», no porque procure investigar en él ningún sentido recóndito, que no tiene, sino porque veo en él una sátira maestra de un alucinamiento social, como era la exageración de las ideas caballerescas. Esta será la opinión eterna sobre la obra de Cervantes, por más que se sutilice y se trate de darle diferente carácter y aspiración. En mi creencia, en el «Quijote» todo es exotérico; esotérico, nada.» (El sentido oculto.—Crónica de los Cervantistas, 12 de Diciembre de 1871.) (1).

Cortejón y sus continuadores, así como Cervantes Paredo, se confabulan para desterrar de la conciencia humana todas las vicisitudes a que de modo imperioso ha de someterse, y nosotros, que en mucho participamos de la opinión de la señora condesa de Pardo Bazán, referente al culto dispensado a Cervantes (2), no hemos

(1) Edición crítica de Cortejón, pág. 541, cap. 74, t. 6.°

(2) Aquella insigne escritora dijo el año 1904, en el número de Febrero de la revista *La Lectura*, pág. 190: «Lo único que temo—y lo dije en la *Ilustración Artística*, a pocos días de haber propuesto Mariano de Cávia el Centenario—es el fanatismo de nuestras apoteosis, los genios convertidos en santos y profetas, la proscripción de la crítica y la admiración sin matices, ciega como el amor y sorda como la muerte.» Recuérdese al entusiasta cervantista Mariano Pardo de Figueroa (El Doctor Thebussem) cómo abominó al fin y a la postre de la ignara exaltación del cervantismo.

de eludir, ciertamente, los motivos enojosos que impulsaran al rey de nuestra habla castellana para satisfacer y vengar con su pluma de ave fénix ajenos resquemores.

Es indudable que la mundología de Cervantes puso a buen recaudo cuantos agravios se concitaban contra él. Ya lo ha dicho Luis de Oteyza en «El Liberal» (23 de Abril de 1915), con motivo del 299 aniversario de la muerte del autor de «La Galatea»: «¡Vivió largo y no vivió con reposo, precisamente, el viajero-soldado-cautivo-recaudador-comediógrafo-poeta-novelista!»; y quien como él fué de azar en azar, de observación en observación, de tristeza en tristeza, desde luego puede asegurarse que era mundólogo, como antes decimos, y maestro en las artes del fingimiento, no estando exento de los defectos que tenemos todos los humanos. Cosa distinta es que se tenga en cuenta lo que influyera en su ánimo, en la concepción de sus maravillas literarias, y otra cosa sería catalogar todas sus epigramáticas intenciones y todas las sugestiones del medio ambiente que le rodeara para descargar sobre su fama literaria la catapulta de culpas y delitos, que no rebajan en un ápice, ni pueden rebajar, el lustre de su nombre inmortal, aunque su bondad no haya de canonizarse ni su mansedumbre pueda ser esculpida en mármoles y bronces. El artista ha de anteponerse al hombre, por más que el hombre, vejado o no escarnecido, abyecto o encenagado en la fatalidad, ha de responder a la vindicta pública con la serenidad de juicio de que no alardeó dentro de su fuero interno.

Siempre tuvimos repugnancia por el juego de cubiletes que algunos cervantistas han hecho con los distintos pasajes de la obra de Cervantes; hasta, en ocasiones, llegamos a lanzarnos hostiles contra las presunciones de D. Baldomero Villegas y don Benigno Pallol (Polinous), infatigables escudriñadores del *alma mater cervantina;* mas, con todo, cuál no será nuestra evidencia y hasta qué punto no alcanzará nuestra certidumbre, que nos confesamos rendidos ante le exégesis espiritual de entrambos Quijotes. El mismo D. Marcelino Menéndez Pelayo, enemigo irreductible de las interpretaciones a «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», de Cervantes, enemistad que tantos odios y censuras atrajo sobre su cabeza, no puede por menos de reconocer existen algunas alusiones de manifiesto. «Sabe usted (decía en su carta a

D. Leopoldo Ruis Llosellas) perfectamente que los versos que anteceden a la primera parte del «Quijote» no están enlazados de modo alguno con el tema del libro, sino que más bien le contradicen, puesto que ni Don Quijote *alcanzó a fuerza de brazos* a Dulcinea del Toboso, ni Sancho Panza *tomó las de Villadiego* para retirarse del servicio de su señor, ni, en fin, casi nada de lo que se dice en los versos concuerda con lo que luego pasa en la novela.»

«Estos versos (dice Menéndez Pelayo a continuación), además de ser una parodia de los elogios enfáticos que solían ponerse al frente de los libros, tienen escondido algún misterio, que para los contemporáneos no lo sería ciertamente. Las alusiones a Lope de Vega se traslucen todavía, pero debe de haber otras. El soneto de *Solisdán* me da mucho que pensar. Este personaje (1) no figura en ningún libro de caballerías conocido hasta ahora, y, por tanto, debe de ser burlesca invención de Cervantes. Su nombre, quitándole una *i*, es anagrama perfecto de *D. Alonso*. ¿Será por ventura *el sabio* historiador *Alisolán* y el *Alfonso Lamberto* de Zaragoza? En este

---

(1) El Sr. Groussac en las págs. 148 y 149 de «Une énigme littéraire», contesta al autor de «La Historia de las ideas estéticas en España»: «Je vais tirer de peine M. Menéndez et lui envoyer de Buenos Aires la solution du problème qui, depuis un siècle, a fait écrire tant de sottises. Le nom mystérieux se trouve dans un roman de chevalerie, et dans le plus connu de tous, qui est *l'Amadis;* seulement nous l'avons ici déguisé, et c'était le cas de déchiffrer les anagrammes «à première vue». Les sonnets et autres poésies burlesques, adressées à Don Quichotte et son groupe par les héros et les héroïnes des livres de chevalerie, observent une sorte de symétrie et de parallélisme; d'une part Amadis et Bélianis, Roland et Phébus se fond pendant; de même, en face, Urgande et Oriane, puis Gandalin, l'écuyer d'Amadis, et Solisdan. Et il ne fallait pas être un aussi grand sorcier qu'Arcalaus pour soupçonner que le «mystérieux Solisdan» qui complete le quadrille, serait quelque personnage analogue à Gandalin, et dont Cervantes s'était amusé á renverser le nom pour faire une niche aux badauds. *Solisdán* est, en effet, l'anagramme de *Lassindo*, lequel fut notoirement l'écuyer de l'illustre Bruneo de Bonamar et armé chevalier le même jour que Gandalin, après avoir fait avec lui la veille des armes.» Y, como llamada, expresa: «C'est ce raisonnement qui m'a conduit á la petite trouvaille. Outre que je ne sais pas *l'Amadis* par cœur, le nombre des permutations possibles, avec les huit lettres de *Solisdán*, est de 40.320: en me supposant la patience d'essayer cent permutations, ma chance de tomber juste était celle de gagner le gros lot, en prenant un seul numéro dans une tombola de 403. Seulement, le raisonnement, c'est tout á fait comme les castagnettes, dont il est dit avec profondeur dans la «Crotalogía» du licencié Florencio, qu'il y a

caso no se le puede confundir con Sancho Panza, puesto que habla de él en el soneto:

«Y si la vuesa linda Dulcinea
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desmán vuesa conhorte sea,
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.»

«¿Qué quiere decir todo esto? En la primera parte del «Quijote», ni Dulcinea comete desaguisado, ni Sancho Panza es alcahuete bueno ni malo. Evidentemente se alude aquí a otras cosas y personas. ¿Quiénes pueden ser éstas? ¿Quién el Don Quijote apaleado vegadas mil por follones cautivos y raheces?» (1).

«No presumo de averiguarlo, a lo menos por ahora. Solo sé que el gran Mecenas de Lope, D. Luis Fernández de Córdoba, duque de Sessa, fué varias veces acuchillado por más de una Dulcinea quebradiza; y sé también que el gran poeta le sirvió demasiado en sus pecaminosos empeños, Si a ellos alude el soneto, habrá que suponer que el *D. Alonso* o *Solisdán*, estaba en las intimidades del duque y de Lope de Vega, cosa difícil de admitir, por-

---

une nuance entre *tocarlas bien* et *tocarlas mal*.» Agregando después de ésta llamada: «Mais, tout de même, que le manchot railleur avait bien mesuré le calibre inventif de ses contemporains-et de leurs descendants!»

Ya verán nuestros lectores cómo replica Menéndez y Pelayo al *avispado* solucionador que, por cierto, no profundizaba bien acerca de la médula satírica e intencional de Cervantes: el *manco burlón*, como él dice, muy capaz era de mellar la *daga florentina* de los Silvelas de aquellos tiempos, pero no logró ni consiguió realizar más que en parte sus propósitos, como lo demuestra la aparición del «Quijote» de Avellaneda. Desarrollaremos ésta tesis en momento propicio.

(1) El Sr. Groussac, con la buena fe y caritativa intención que dominan en todo su estudio, quiere deducir de estas palabras mías, que yo acepto el sentido *esotérico* del Quijote (p. 147). Nadie ha impugnado tanto como yo este desvarío extravagante: nadie ha sido tan maltratado como yo por los cervantistas *simbólicos y tropológicos*. Pero una cosa es el texto de la novela, en que no veo misterio alguno, y otra los *versos preliminares*, que confieso no entender más que a medias, y que seguramente alguna alusión contendrán, puesto que Cervantes no escribía a tontas y a locas.

que en ninguno de los *billetes de Belardo á Lucilo* (1) suena tal nombre.»

La lógica se impone: no es preciso aseverar de modo más rotundo y categórico; tales palabras bastan y sobran. Seguimos no pensando como pensaron D. Baldomero Villegas y D. Benigno Pallol que fueran personajes representativos y simbólicos de las ideas político-sociológicas del «Manco de Lepanto» los inmortalizados por su pluma de oro; y es que Cervantes no se propuso más

---

(1) «Es muy posible, y aun probable, que yo me haya equivocado en la interpretación del nombre de *Solisdán*. Pero todavía me parece más quimérica la que no con el modesto carácter de hipótesis, sino como *solución* que triunfalmente me envía *desde Buenos Aires*, expone el Sr. Groussac. Según él, *Solisdán* es anagrama de *Lasindo*, escudero de Bruneo de Bonamar en el «Amadís de Gaula». Si algo de lo que en el soneto se dice tuviera relación, aunque fuese indirecta y remota, con el tal escudero, podría tomarse en serio la ocurrencia o como él dice muy satisfecho la *petite trouvaille* del Sr. Groussac, (p. 149) Entre tanto tenemos derecho para decir que es un capricho sin fundamento alguno. ¿Quién sabe si el día menos pensado, cualquier lector paciente de libros de caballerías, que se embosque, por ejemplo, en la farragosa enciclopedia de «El Caballero del Febo», o en cualquier otro mamotreto por el estilo, dará de manos a boca con el auténtico *Solisdán*, sin anagrama de ninguna especie; y entonces pasará el Sr. Groussac a formar parte de la honrada cofradía de los *badauds*, y acabarán de apurarse los quilates de su *calibre inventivo*? A mí ni *Lasindo* ni *D. Alonso* me importan un ardite, pero lo que me sorprende y maravilla es que «en el siglo de Goethe y del espíritu europeo» (donosa expresión del Sr. Groussac) haya un hombre culto que sobre tan pueriles temas escriba doscientas páginas (con las cuatro del prólogo, 195 escasas) de improperios contra personas a quienes no conoce ni aun de vista, y que sólo han podido ofenderle con el ligero descuido de no contestar a una carta o de no acusar a tiempo el recibo de algún libro. ¡Qué triste vanidad es la literatura entendida de este modo!»

Las razones del uno y del otro, haciendo caso omiso de los granos de anís convertidos en montañas con las ofuscaciones literarias de ambos interlocutores, «revelan a las claras» que nosotros somos los *únicos* entre los que reflexionan con equidad y libres de prejuicios. El Sr. Menéndez Pelayo rechaza los misterios del texto cervantino y se acoge al indescifable, o incompleto de descifrar, de los *versos preliminares*, como si la intención manifiesta de los renglones cortos huyera de los renglones largos; conjetura que *Solisdán* no figura en ningún libro de caballerías y se revuelve furioso contra el anagrama de *Lasindo*,como si Cervantes, que anagramatizó su nombre y apellido con *Çide Hamete Benengeli*; no intentase y consiguiese anagramatizar, probando la coartada, el *D. Alonso* que supone y nosotros consideramos exacto. Esta facultad de emplear cábalas y suposiciones, no las destruye ni pulveriza el Sr. Groussac alegando que el cervantismo de los Benjumeas y Pellicer es una *rutina* vergonzosa, pues más vergonzoso es que se detenga con su *Lasindo* a mitad del camino.

que satirizar andanzas y entuertos de los follones y malandrines de su época y los supo encarnar con sus aventuras y desventuras en personas de carne y hueso, y, como en otro sentido dijo don Francisco Navarro y Ledesma, los «forzó á embutirse en la piel de los personajes y á hacerlos moverse, y fué sangre en sus venas, aire en sus pulmones, acero en sus músculos, fuego en su corazón, relámpago en sus sesos, rayo en su boca». Esto creemos que es lo primordial e importante que debe fijar la atención de quien se proponga desentrañar los estados anímicos del novelista eximio, pues tanto aquellos descarriados cervantistas como los infatigables y eruditos D. Nicolás Díaz de Benjumea y D. Adolfo de Castro caen de bruces sobre lo quimérico, sin tener en cuenta que aun para atribuirle y achacarle a Cervantes la redención del linaje humano era ineludible que perteneciera éste al número de los oprimidos, y que como tal se despotricara contra sus opresores, personas de carne y hueso que más bien representaban vicios y corruptelas que no palpitaciones del absolutismo nacional.

Tampoco sostenemos que Cervantes hubiera de estudiar en la Universidad de Salamanca, como, en su obra «Ménéndez Pelayo y la Dramática Nacional», doña Blanca de los Ríos de Lampérez sostuvo en 1912 por haber descubierto y hallado en los libros de matrículas de la Universidad salmaticense el nombre de *Alonso Quijano*, con cuyo aserto podría adjudicarse a este individuo la *silueta moral* del ingenioso hidalgo. Ni como dicha señora sostenemos, aunque más se aproxime a nuestras convicciones y estudios, nada que se relacione con referencias a fiestas estudiantiles «alguna de ellas tan peregrina como la fiesta de Panza, que acaso no fuera ajena al nombre que dió Cervantes a su escudero, como tampoco fué el antiguo proverbio de Sancho y su rocino.»

Lo que rotundamente afirmamos, porque es innegable e indiscutible de todo punto, es que Cervantes en contacto se halló con gente de iglesia. Según los numerosos datos que D. Martín Fernández de Navarrete almacenó en su «Vida de Cervantes», (aunque muchos debiera a Mayans y Pellicer), en la familia del genial novelista hubo hasta dignidades eclesiásticas: el cardenal arzobispo de Sevilla, D, Juan Cervantes, muerto en 1453, fué una de ellas; según el Sr. Groussac, director de la Biblioteca Nacional bonaerense, otro príncipe de la iglesia residía en Italia cuando Cervantes

estuvo al servicio del cardenal Aquaviva. El primero de dichos señores nos presenta a Cervantes relacionado con todos los personajes y literatos de aquel tiempo, quienes, a su vez, tantas concomitancias tuvieran con frailes y monjas; el segundo nos refiere en la página 157 de «Une énigme litteraire» que el cardenal Cervantes, el mismo a que antes nos hemos referido, erigió y constituyó en seminario la Universidad de Tarragona, de cuya referencia bien podría desprenderse que en esta ciudad existiesen cuando la publicación del «Quijote» de Avellaneda algunos amigos del año 1572, fecha de aquella erección, que pudieran informarle al propio Miguel Cervantes de ciertos particulares religiosos de su contrincante. Desde las gradas del Mentidero hasta la reducida tiendecilla del librero Villarroel todo era para el autor del «Viaje al Parnaso», durante su residencia en la corte de Madrid, ambiente de costumbres monacales y hablillas de sucesos profanos.

Don Norberto González Aurioles en sus «Recuerdos autobiográficos de Cervantes en la Española Inglesa» y en «Monjas sevillanas parientas de Cervantes» hace mención erudita, como en el folleto intitulado «Cervantes y el Monasterio de Santa Paula», de los casos de toma de hábitos de mujeres de la familia del genio complutense. Los cervantistas Travadillo y Pérez Pastor, dando al traste con las imaginaciones de Navarrete y aun del marqués de Molins, dieron curiosos pormenores sobre la hija natural de Cervantes doña Isabel de Saavedra, envuelta, por la lengua de arpía de una vecina beata, en el proceso que se incoó a Cervantes por muerte de don Gaspar de Ezpeleta en Valladolid.

Suponemos verosímil que los cuentos del «Rico Desesperado» y los «Felices Amantes» del «Quijote» de Avellaneda encierran repetidas alusiones al gran humorista, correspondiendo a las que éste pudo formular en su «Quijote» y en las «novelas más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas»; y esta suposición que tenemos acaba de bosquejar el cuadro religioso en que se destacaba como principal figura el aguerrido soldado de Lepanto. Agréguese a esto sus maladanzas en Argel con Blanco de Paz, dominico de siniestra condición; sus rencillas con Lope de Vega, el «mónstruo de naturaleza», íntimo del duque de Sessa, y su amistad sin fruto con los Argensolas: uno de ellos, Lupercio Leonardo, secretario del conde de Lemos; otro, Bartolomé Leonardo, rector de Villa-

hermosa, y el restante, Fray Pedro Leonardo, agustino, poeta de altos vuelos como sus hermanos (que no ha sido citado por ningún cervantista, que sepamos.)

No es nuestro ánimo extendernos en largas apuntaciones, que hicieran más enojoso aun este ya deslabazado capítulo; pero bien podríamos documentar todas las circunstancias que conjeturamos concurrieron en Cervantes para hacer blanco de sus sátiras, envenenadas con dulce humorismo, a los Dominicos (los jesuitas de aquellos tiempos), resguardándose tras del Arzobispo de Toledo e Inquisidor General don Bernardo Sandoval de Rojas. El señor don Marcelino Menéndez Pelayo, como escritor de las derechas, a las cuales humildemente pertenecemos, no obstante su copiosa erudición y el entusiasta culto que dispensaba al «Príncipe de nuestros ingenios», quiso rehuir, y rehuyó hábilmente, cuanto afectara a ese particular, bien con sus discursos, bien con sus artículos de periódicos y revistas, bien con la edición anotada del «Quijote» de Avellaneda, negándose a penetrar en el «sagrado de la conciencia» y fulminando anatemas contra los que achacaran la paternidad de aquel libro a los dominicos.

Hemos visto que uno de éstos fué quien lo escribió, haciendo gala de su amistad con Lope de Vega en el prólogo de su obra, con cuyo detalle se significa que eran amigos, del alma quizá, Fray Alonso Fernández, el duque de Sessa y Lope de Vega. Si además prejuzgamos y tenemos en cuenta que Fray Luis de Aliaga, dominico aragonés, confesor de Felipe III, fuera capaz de intervenir en luchas de encrucijada contra el duque de Lerma, valido del monarca, en unión del duque de Sessa, satisfecho éste de ciertos favores (como los de Lope de Vega), los *versos preliminares* de Cervantes retratarían bien a lo vivo el carácter del que llamaron *Sancho Panza*, y que Menéndez Pelayo corrobora con probada autoridad (1). Para complemento y engranaje de estas principales figuras, recordemos aquellos siete poéticos certámenes celebrados en Zaragoza en el convento de los Dominicos con motivo de la canonización de San Jacinto hecha por el Papa Clemente VIII a solicitud del rey de Polonia, en alguno de los cuales hubieron de tomar parte Cervantes, el llamado *Sancho Panza* y algún otro dominico encubierto con el

(1) En el capítulo subsiguiente profundizaremos más en la materia.

anónimo o con el seudónimo de *Alfonso Lamberto;* recordemos, asimismo que el P. Gregorio de Santiago Vela (1) refiriéndose a Fray Pedro Leonardo de Argensola dice que resplandeció su numen poético en la «Relación» de aquellas fiestas de los PP. Dominicos en unos dísticos latinos que se imprimieron y que elogia Justo Lipsio en los «Progresos de la Historia». De aquí se saca en consecuencia que los Argensolas, los Dominicos, Lope de Vega y el duque de Sessa formaban un bloque al cual combatió Cervantes pertrechado de toda clase de antecedentes.

Ya tendremos ocasión de analizar el *Alfonso Lamberto*, sino con toda la clarividencia que quisiéramos, con visos y raciocinios de fundamento verídico; ya detallaremos con pluma ajena ciertos sucedidos entre Cervantes y Lope de Vega, que manifiestan a las claras cierta preocupación en ambos por las glorias literarias respectivas; ahora nos limitamos a exponer que la versión de don Antonio Ruidíaz, «persona conocida por su sinceridad y buena fe», citada por don Martín Fernández de Navarrete, sobre haber visto y leído el «Buscapié» de Cervantes, en el que se levantaba «el velo de algunas alusiones y parodias a sucesos recientes o personas conocidas» (2), nos merece entero crédito. Por consiguiente, no seremos nosotros quienes sigan las huellas de Menéndez Pelayo al rechazar con enojo la paternidad del espúreo Quijote atribuída a los dominicos.

Y, en efecto, éstos fueron los autores. Más aún: Don Quijote y Sancho Panza, en Cervantes, encarnan dos dominicos; así como en Avellaneda, copiando en todo la manera de hacer del insigne alcalaíno, se representan indudablemente a Miguel de Cervantes y a D. Bernardo Sandoval de Rojas en los dos protagonistas de la obra. Don Quijote de la Mancha, como el mismo Sancho Panza, tal como los entienden Villegas y Pallol, son dos quimeras, dos ideas abstractas, pero que con ser tan elocuentes y magistrales como estos señores pretenden, no hubieran molestado a una sola institución religiosa, ni a todas en conjunto. Si la obra inmortal de Cervantes no fuera una sátira tan punzante contra individuos

(1) Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustin, pagina 202.

(2) Vida de Cervantes, páginas 103.

determinados de la iglesia la leyenda de la repulsa del duque de Béjar de la dedicatoria del Quijote (1.ª parte) y de la oposición del clérigo que arrastró al magnate a que desatendiese, después de imprimirse aquélla, al mérito del asendereado hidalgo, (1) no tendría razón de ser como la tiene. Se preparaba cortar por lo sano haciendo intervenir a la Inquisición, la cual hubo de cruzarse de brazos y mostrarse impasible por haber aceptado aquél prócer la dedicatoria, sin perjuicio de poner en juego toda su actividad, amparándose con las sombras de las intrigas y confabulaciones, pues en los once años que mediaron de la publicación de la primera a la segunda parte del «Quijote» su autor paladeó contra su gusto las hieles de muchas vicisitudes.

Con esto queda explicado que Cervantes no se durmiera en las pajas, como vulgarmente se dice. Lo atestiguan sus nuevos protectores el conde de Lemos y el Inquisidor general D. Bernardo Sandoval de Rojas que le pusieron a cubierto de intrigas y asechanzas de los dominicos y de la Inquisición en cuyos destinos tanto influían. Es notorio que la «Santa Hermandad», como a pesar suyo reconoce Menèndez Pelayo en el «Discurso preliminar» de la «Historia de los Heterodoxos Españoles» (1880 a 1882), *barría* cuantos libros heréticos se le interpusieran a su paso, y no hubiera sufrido mejor suerte la joya de nuestra literatura, no obtante contar con el apoyo de grandes valedores, al haberse comprobado que su autor estaba incurso en manifiesta herejía. Los esbirros aquellos doctorados en todas las ciencias y manipuladores de la conciencia regia, como D. José Nieto dijo en los Juegos florales de Zaragoza el año 1904, podían medirse en sagacidad y vista de lince con Cervantes, y si éste no se hubiera limitado a atacar más de firme a los hombres que a las ideas, habrían descargado sobre él todos sus mandobles y sartenazos, dando en tierra con su obra.

Sobre no apadrinar todo un Inquisidor general la más mínima tendencia herética o heterodoxa, ¡qué más hubieran deseado y apetecido, los dos dominicos a quienes de tan hábil modo se zahería en «El Ingenioso Hidalgo», que Cervantes hubiera podido sorprender la buena fe de su poderoso amigo, quien de sobra estaría cerciorado, y las discusiones y frecuentes reyertas entre individuos

(1) «Vida de Cervantes», de Navarrete, págs. 101 y 102.

de distintas Comunidades así lo acreditan, de la saña y ferocidad, muy propia de los prohombres de aquella época, con que se perseguia al que fué cautivo en Argel y encarcelado en España!

Era menester que D. Alonso Quijano, el Bueno, usando distinto apellido, raciocinando en opuesta forma, embrazando la adarga de diverso modo, retratara tan de cuerpo entero al verdadero original, para que éste, llamándose licenciado, como eran llamados entonces los sacerdotes en general, hiciera mención en su falso «Quijote» de los sinónimos (apodos) que empleara Cervantes; era menester que Sancho Panza, escapando de las páginas cervantinas, recorriera varias provincias de España y del extranjero para que la musa popular aclamara con orgullo y entusiasmo la feliz caricatura. Casi tenemos por averiguado que ni Sancho Panza fué de carnes rollizas, ni Don Quijote como un alambre de delgado, ni otros particulares concernientes al confesor de Su Majestad Católica, el dominico Fray Luis de Aliaga, y al que fué General de la Orden dominicana, el docto varón Fray Alonso Fernández, a quien ya vimos cómo un contemporáneo del ingenio complutense colgaba la paternidad del Quijote de Avellaneda, que nosotros hemos comprobado

Pero el Don Quijote y el Sancho Panza del licenciado tordesillesco que aspiraban a sobrepujar a sus modelos como figuras naturalistas y como retratos vivientes en quienes acentuáranse simples modalidades, pues era preciso contenerse dentro de los límites de una obligada prudencia (de la cual no fué nada parco Cervantes, ni presumimos que lo fuera por impulso propio, en la segunda parte del «Quijote»), prescindiendo de su valor literario, no alcanzaron la fortuna de sus predecesores, bien por el ascendiente de los padrinos del «ingenio lego», bien por haber fracasado en sus empeños Fray Alonso Fernández y Fray Luis de Aliaga. El ser aludidos, o apodados, quizá más que con el asentimiento con la insinuación del cardenal Sandoval de Rojas, les obligó a devolver la fineza cervántica, procurando arrebatar a Miguel de Cervantes y Saavedra la ganancia que pudiera obtener con la continuación de la novela sin par. *Don Quijote y Sancho Panza* pretendieron vengar cruelmente y en la única forma posible sus agravios, y como éstos quedaron más firmes de lo que antes estaban, tres años más tarde, dueños en gran parte de la Inquisición, por haber

sustituido Fray Luis de Aliaga al Inquisidor general, consiguieron que el «Indice Expurgatorio» mandara suprimir «y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flójamente no tienen mérito, ni valen nada», de que hablamos en la pág. 64 del capítulo 4.°

XI

Más sobre el bloque. — Apología en pró de Lope de Vega. — Un estudio de Cortejón.—Más luz sobre Lope y Cervantes.—Alabanzas mutuas. — Conexiones de parentesco.—Entusiasmo in crescendo.—Menoscabo de amistades.—Divergencia de opiniones.—Dónde tuvo origen el primer rozamiento.—¿Fué Cervantes?—¿Fué Lope?—Tremendo ultraje de Avellaneda — *Ocupación virtuosa* de Lope. — Cartas al duque de Sessa. — El "Santo Oficio, por dentro.

Miguel de Cervantes y Lope de Vega.

Tenemos dicho a nuestros lectores cómo Fray Alonso Fernández, autor del falso Quijote, componía un bloque contra Cervantes en unión de Lope de Vega, el duque de Sessa y los Argensolas, y nos resta decir ahora que nada de mejor modo corrobora dicha hipótesis que la calurosa apología, estampada por el licenciado tordesillesco en el prólogo de su obra, concerniente al Fénix de los Ingenios. Y como es muy curioso e interesante cuanto se relacione directa o indirectamente con las dos principales figuras, gloriosas entre las que más descollaran en el siglo de oro de nuestra literatura, que mayormente monopolizaran la atención pública, permítasenos darle paz a nuestra tarea de modestísimos narradores, concediéndonos un respiro algo prolongado. Nos referimos, pues, a la ingrata labor de apropiarnos el interesantísimo estudio que en el tomo cuarto, páginas 19 a 27 inclusives, de la edición crítica del «Quijote» realizada por D. Clemente Cortejón y sus continuadores D. Juan Givanel Más y D. Juan Suñé Benajes, y que por sí solo ha de llenar el presente capítulo. La nota de dicho estudio es la siguiente:

«10. ...y, si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañose de todo en todo, que de tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupación contínua y virtuosa.—Por si parecieren prolijos los datos que se aducen para interpretar, más que el sentido de las palabras transcritas, el de todo el periodo; advierta el lector que fueron tantas las mudanzas y tan diversos los motivos que para ello hubo en la amistad entre Lope y Cervantes, que, cuanto se diga sobre este punto, siempre (así lo entendemos) será poco, tratándose como se trata, de derramar más luz sobre la vida de uno y otro escritor.»

«En verdad, lo complejo de la defensa y del ataque, pues de entrambas cosas ofrece abundante materia la cuestión, pide no dejarse deslumbrar por las alabanzas que mutuamente se prodigaron. Mas será bien decir, antes, que las relaciones de amistad, comenzadas acaso en 1583, se vinieron á agriar pasados tres lustros, sufriendo tantos eclipses después, que induce a dudar si tiene sus picos y ribetes de satírica la muestra de admiración que sirve de tema a la presente nota.»

«Mas no anticipemos solución alguna, si es que los lectores han de entrar sin prejuicio en materia de suyo delicada.»

«Que el trato amistoso entre el Príncipe y el Fénix de los ingenios españoles fuese muy natural y antiguo, se explica fácilmente por las conexiones de parentesco que es presumible existían entre la madre de Cervantes, doña Leonor de Cortinas, y doña Magdalena Cortina de Salcedo, madre política de Lope, oriundas una y otra de la villa de Barajas.

«Niño aún por los años de 1569 y 1570, no pnede admitirse que el último mantuviera personalmente relaciones con el primero, tanto más cuanto en aquella época Cervantes abandonó España, estando ausente casi un decenio; pero, si Lope se halló en la gloriosa expedición de las Azores, parece verosímil conociese allí al ilustre «Manco de Lepanto», de cuyo numen poético había visto ya muestras y de cuyo cautiverio en Argel se relataban con admiración trágicos sucesos, siendo así probable que desde entonces tuviese principio el afecto de uno y otro.»

Mas entrando en terreno firme, diremos que en 1584, cuando apenas comenzaba a correr la fama del que muy luego se alzaría con la monarquía cómica, fué alabado ya por el autor de «La

Galatea», quien siempre generoso en elogios, intercaló en el celebrado «Canto de Caliope» el siguiente panegírico»:

«Muestra en un ingenio la experiencia,
Que en años verdes y edad temprana
Hace su habitación ansi la sciencia
Como en la edad madura antigua y cana;
No entraré con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana,
Y más, si acaso á sus oidos llega,
Que lo digo por vos, Lope de Vega.»

Por entonces, y poco más tarde, en 1586, iban juntas, en el «Jardín espiritual», de Padilla, y en el «Cancionero», de Maldonado, poesías de Lope y Cervantes.»

«Este, más que generoso, se muestra pródigo en alabanzas en un soneto que salió al frente de la primera edición de «La Dragontea», publicada en 1598»:

«Yace en la parte que es mejor de España
Una apacible y siempre verde *Vega*,
A quien Apolo su favor no niega,
Pues con las aguas de Helicón la baña.
Júpiter, labrador por grande hazaña,
Su ciencia toda en cultivarla entrega:
Cilenia en ella alegre se sosiega,
Minerva eternamente la acompaña.
Las musas su Parnaso en ella han hecho,
Venus hermosa en ella aumenta y cría
La santa multitud de los amores;
Y, así, con gusto y general provecho,
Nuevos frutos ofrece cada día
De ángeles, de armas, santos y pastores.»

«En la misma composición se tributan también encomios á otras obras de Lope: «La hermosura de Angélica», escrita en 1588; «La Arcadia», impresa en 1598, pero compuesta ya entre 1592 al 94, y el «Isidro», en 1599.

»Ya lo hemos dicho: el panegírico aumentaba al compás de los años»:

«Llovió otra nube al gran «Lope de Vega»,
Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja, ni aun le llega...»

«A medida que fué pasando el tiempo, iba creciendo la admiración, por no decir entusiasmo; y á la época más brillante de Lope se refieren las conocidas frases que Cervantes estampó en el memorable prólogo de sus celebradas comedias»:

«Compuse en este tiempo hasta veinte comedias ó treinta... tuve otras cosas de que ocuparme; *dejé la pluma y las comedias, y entró luego el monstruo de Naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes.* Llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas, que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos.»

«¿Caben mayores encarecimientos?

»A tantas y tan repetidas demostraciones de consideración y señalado afecto no era posible enmudeciese el gran dramaturgo; por ello vémosle responder, con fina voluntad, en «La dama boba»:

«Octavio. Y de esta suerte leí:
«Historia de dos amantes»,
Sacada de lengua griega;
«Rimas», de Lope de Vega;
«Galatea», de *Cervantes*,
.....
Misbno. ..... hará por gusto
Versos.
Octavio. Con mucho disgusto
Los de Nise considero,
Temo, y en razón lo fundo,
Si en esto dá, que ha de haber
Un «Don Quijote» mujer
que dé que reir al mundo.»

(Acto III, esc. III.)

«Y á esta cita pueden añadirse no pocas. Basten las dos que ahora siguen»:

«Grandes poetas son los de esta edad..... Diego de Mendoza,

Vicente Espinel..... Luis de Galvez Montalvo..... *Miguel de Cervantes*, el jurado Juan Rufo..... ¿Que han impreso hasta ahora? «Austriadas», «Araucanas» «*Galateas*», «Filidas» y varias «Rimas»..... («La Dorotea».)

«La Fortuna envidiosa
Hirió la mano de Miguel de Cervantes;
Pero su ingenio en versos de diamantes
Los del plomo volvió con tanta gloria,
Que por dulces, sonoros y elegántes,
Dieron eternidad á su memoria:
Porque se diga que *una mano* herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.»

(«Laurel de Apolo», silva 8.)

«Pero en un lapso de tiempo como el de 1583 á 1615, en que las amistades más firmes suelen sufrir menoscabo, ¿le tuvo también la de estos dos insignes escritores? Sí, patente es, por la carta de Lope fechada en Toledo á 14 de Agosto de 1604, cuán empañado estaba el brillo de una amistad que hubiérase dicho no había nada con fuerza bastante para que en ellas apareciesen manchas tan grandes como estas»:

«De poetas, no digo: buen siglo es este. Muchos están en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a «Don Quijote»... A sátira me voy mi paso a paso; cosa para mi más odiosa que mis librillos a Amendares y mis comedias a Cervantes.»

«Si a Lope le pareció no hallar en el «Don Quijote» aquello que fué el ideal de su alma eminentemente española, el ideal de nuestras épicas grandezas, el ideal religioso que portentosamente iba dramatizando y que constituye su mejor e inmarcesible corona de gloria; si a los ojos del gran Lope mostrábase mezquino el propósito del «Ingenioso Hidalgo», el propósito de que el melancólico se mueva a risa, de que el risueño la acreciente y el simple no se enfade; si juzgó de poca estima el advertir al desvanecido, al liviano, al avaro, al cobarde, y honrar al discreto que se admira con la invención; no es error que haya de achacarse al Príncipe de la novela, sino al Rey del teatro. La obsesión del amor propio

le privó, en este punto, de la clarividencia concedida al genio: por eso no vió, que, allá en el cielo de la gloria literaria, no hay, para la crítica competencia de honor entre uno y otro escritor, porque la comedia de Lope y la novela de Cervantes se completan y juntan en uno para formar el mejor florón de la literatura española. No fué pues, discrepancia religiosa ni social, como sin fundamento se ha pretendido, ni nada contra el ambiente que envolvía a entrambos ingenios, sino tan solo pugna literaria o, si place, divergencia de opiniones sobre el alcance de las creaciones artísticas. De este, y no de otro modo, entendemos que en lo íntimo de la correspondencia hubiese osado decir no ser posible haya nadie *tan necio que alabe èl «Don Quijote»*. Pero la obsesion persiste, no ya en cuanto al Libro Rey, sino también en cuanto mira a lo que con él se relaciona, a lo que con él constituye el todo más harmónico que ha fantaseado ningún artista: en lo que atañe a las «Novelas ejemplares.»

«Cuando ya Cervantes no podía ser blanco de odio ni de invectivas; cuando había pasado a mejor vida; cuando su libro servía, como sirve hoy, de universal entretenimiento; cuando en España y en todo el mundo civilizado teníase por materia digna de alabanza la obra eminentemente caballeresca y humana; no cabían censuras: para hacerlas era preciso valerse de medios encubiertos, o mezclándolas con elogios regateados. Tal sucede en este que ahora sigue»:

«También hay libros de novelas, dellas traducidas de italianos y dellas propias, en que no faltó gracia y estilo á Miguel Cervantes. Confieso que son libros de grande cntretenimiento, y que podrían ser ejemplares *como algunas de las historias trágicas del Bandelo;* pero habían de escribirlos hombres científicos ó, por lo menos, grandes cortesanos, que gente que halla en los desengaños notables sentencias y aforismos.»

«En verdad, cegado por la pasión de la envidia debía estar, lo estaba ciertamente, el que se arrojó a escribir con palmaria injusticia, con insigne mala fé, las palabras que acaban de copiarse. Son de Lope (repitámoslo), y se leen en el preámbulo a la novela intitulada «Las fortunas de Diana». ¿Por ventura no decían nada a su talento crítico, le molestaban acaso, la potente vida de «Rinconete y Cortadillo», la profundísima ironía del «Coloquio de los

perros», la poética idealización con que se pinta la vida errante de los gitanos en otra de sus novelas?»

«El que había dicho, en «El Peregrino», que se *leían sus escritos* con afición *en Italia, en Francia, en las Indias, en todas partes donde la envidia no se había atrevido á pasar*; el que, trazando el cuadro del «Parnaso», dijo de si:

«Salió una fuente clara, y, con ligero
Paso, busco por verde hierba un muro;
Aquí bebió primero el docto Homero,
Y Virgilio después; aquí, seguro
De no tener igual...; pero no es justo
Decir quien es, por no causar disgusto»;

ese, que no es otro que el mismo Lope ofuscado por su olímpico desdén, no podía avenirse con el triunfo ajeno: de ahí su desatentado juicio sobre las «Novelas ejemplares.»

«Pero—se preguntará—¿dónde tuvo su primer origen el rozamiento literario?»

«Cervantes, según explícita confesión de Avellaneda,—responden los más,—fué quien primero ofendió a este encubierto escritor, como había ofendido antes al Rey de la escena española.»

«Pero es fuerza preguntar nuevamente: ¿Dónde? ¿cuándo? ¿cómo?»

«En el prólogo, a la «Primera parte del Ingenioso Hidalgo»—contestan resueltamente.—¿Por ventura no es un agravio á Lope aquello de *haced de modo como en nuestra historia se nombre el río Tajo, y vereisos luego con otra famosa anotación?*»

«En el consejo del supuesto amigo de Cervantes — continúan diciendo,—hay una como parodia de la cita, en este caso no menos ridícula que de aparatosa erudición: *El río Tajo fué así dicho por un Rey de las Españas: tiene su nacimeento en tal lugar, y muere en el mar Océano...* etc.»

«El insigne Lope,—responderemos,—rindió en este punto vasallaje, como le rendían sus contemporáneos, cuyas obras hacen fatigosa la lectura por aquel aparato de prestada sabiduría con que deslucen los márgenes de sus libros. La sátira, pues la hay, y no muy fina, no ofrece carácter personal, sino de absoluta generalidad. De explicaciones como las que del Tajo se leen en «La Arca-

dia», están llenas las obras de aquellos siglos. Tampoco el fondo pudo ser blanco de sátira, porque esto, en la pluma de Cervantes, sería censurarse a sí mismo, ya que citas como las que van a continuación se hallan también derramadas en la primera y segunda parte del «Quijote»:

«...pastores del dorado Tajo.»
«Que el rico Tajo
Con sus aguas baña.»
«...pastores amigos del dorado y cristalino Tajo.»
«Cisnes hay en el Tajo...»

«¿Cabe, por tanto, sostener que tal manera de citar pudiese ser objeto de censura personalísima?»

«Y, con todo eso (reconozcámoslo) en el prólogo palpita la crítica. La hay cuando dice: *Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse* (I, página 16); la insinúa cuando escribe que su novela ha de ser *sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro* (I, página 18); es patente en el pasaje de *También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores scan duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos* (I, página 18). Tampoco puede negarse que exista *En lo de citar en los márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias* (I, página 20), ni en otras cláusulas, así de los versos como del prólogo.»

«Pero, siendo esto achaque común a todos sus contemporáneos, ¿por qué parar la atención tan sólo en el insigne Lope? Y, aunque se probaran que únicamente a él se refieren tales reparos, ¿por qué calificar de *agresor* el prólogo, como dice un amigo del dramaturgo, siendo solamente una discrepancia puramente literaria manifestada con aquel donaire que sólo la pluma de Cervantes ha hecho inmortal? Esa discrepancia no tenía por fin descuajar las raíces que prestaron fecundísima savia a la obra eminentemente nacional del creador de nuestro teatro: por tanto, hay que buscar fuera del prólogo del «Don Quijote» algo que explique, ya que justificarla no es posible, la feroz agresión de que fué blanco el más ilustre complutense.»

«Su crítica no es una invectiva, sino un zaherimiento sin pasio-

nes bastardas, sin ruidades. Si algún día, ciertamente venturoso, se lograra desenmascarar al falso Avellaneda, podríase acaso rastrear si el enojo de Lope y sus amigos nacía de motivo más grave que rozamientos literarios o simplemente de diferencias de escuelas dramáticas tan opuestas, a principios de aquel siglo, como las de los dos campeones de la literatura española. Pero, aun entonces, dejados aparte los cánones aristotélicos, sería lícito preguntar: ¿dónde censuró Cervantes las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad que Lope enaltece con sin igual modo en sus comedias caballerescas? Y, hasta en las de santos, ¿pudo llegar en sus reparos a la pureza del dogma católico quien, como él, ensayó sus fuerzas en el auto religioso? ¿Por qué tan grave enojo? ¿Por qué tamaña osadía? Oigamos al autor tordesillesco»:

«Como casi es comedia toda la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, no puede ni debe ir sin prólogo; y así sale al principio de esta *Segunda parte* de sus hazañas éste, menos cacareado y agresor de sus letores que el que a su *Primera parte* puso Miguel de Cervantes Saavedra, y más humilde que el que segundó en sus novelas, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas... se prosigue con la autoridad que él la comenzó, y con la copia de fieles relaciones que a su mano llegaron; y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una; y hablando tanto de todos, hemos de decir dél que, como soldado tan viejo en años, cuanto mozo en bríos, tiene más lengua que manos; pero quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su *Segunda parte*... en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales *el ofender á mí, y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto*, por haber entretenido honestísima y fecundamente los teatros de España con estupendas e innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar... Y, pues, Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos, como él dice, al Preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonda, por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los prni-

cipios de los libros del autor de quien murmura, y ¡plegue a Dios aun le deje, ahora que se ha acogido a la Iglesia y sagrado!... Pero disculpa los yerros de su *Primera parte*, en esta materia, el haberse escrito entre los de una cárcel; y así no pudo dejar de salir tiznada de ellos, ni salir menos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados.»

«Palabras, en verdad, muy fuertes son éstas, para las cuales no hallamos disculpa que atenúe lo injusto de censura tan agria. A tamaño ultraje, respondió Cervantes, con serenidad, que le honra sobremanera, en el prólogo a sus comedias, publicadas un año después de haberse dado a la estampa el «Quijote», engendrado, al decir de su autor, en Tordesillas y nacido por encanto en Tarragona»:

«En esta sazón me dijo un librero que él me las comprara si un *autor de título* no le hubiera dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero que del verso, nada; y, si va a decir la verdad, cierto que me dió pesadumbre el oirlo... tú lo verás, lector mío, y si hallares que tiene alguna cosa buena, en topando aquel mi *maldiciente autor, dile que se enmiende*, pues yo no ofendo a nadie.»

«¿Es, el maldiciente autor a quien introduce aquí Cervantes, el mismo Avellaneda? La hipótesis no parece desprovista de todo fundamento. Sin embargo, la sometemos a juicio de los lectores, para que en última instancia, vistas todas las piezas del proceso, fallen en justicia si en las palabras con que se ha encabezado esta larguísima nota hay algún resquemor de sátira en lo que toca de un modo señalado al gran teatro de Lope.»

«Importa, sin embargo, apuntar un dato más, si es que place juzgar por analogía. Del fundador de la escuela salmantina había dicho cuatro lustros antes»:

«Quisiera rematar mi dulce canto
En tal sazón, pastores, con loaros
Un ingenio que al mundo pone espanto,
Y que pudiera en éxtasis robaros;
En el cifro y recojo todo cuanto
He mostrado hasta aquí y he de mostraros:
Fray Luis de León es el que digo
A quien yo *reverencio, adoro y sigo.*»

(Galatea.—«Canto de Calíope».)

«Si Cervantes reverencia, adora y sigue al autor de «Noche serena», de Lope dice que adora el ingenio; pero, como añade que admira *sus obras y la ocupación continua y virtuosa*, esto en lo que mira á la última parte del elogio, á unos ha parecido muy poco, un rasgo de finísima sátira á otros, sin que falte quien lo califique de cruel. Y, si este libro hubiese de parar en otras manos que las de los doctos, no hablaríamos de ello; pero, como les son ya bien conocidas las flaquezas del duque de Sessa y la intervención que en ellas tuvo el desdichado Lope, sácanse de nuevo aquí para que no se desfigure la verdad, por dura y aceda que parezca, y aun cuando por decirla se venga á descubrir los pecados de los muertos. Helos ahí»:

«Señor exmo.: ... no se canse en venir aquí á la noche... que como cada día confiesso, *este escrivir estos papeles*, no quisieron el de S. Juan absolverme si no daba la palabra de dexar de hacerlo; y me aseguraron que estaba en pecado mortal; heme entristecido de suerte que creo *uo me huviera ordenado si creyera que havía de dexar de servir á V. ex.ª en alguna cosa*, mayormente en las (cosas) que *son tan de su gusto*... suplico á V. ex.ª tome este trabajo por cuenta suya, para que yo no... tenga cada día que pleitear con los censores de mis culpas; que le prometo que me abentaja tanto en lo que escrive, como en el de haber naçido hijo de tan altos Príncipes. *No havía ossado jamás decir esto á V. ex.ª* por mi amor ynmenso y mis ynfinitas obligaciones, *trampeando cada dia lo mexor que podía el modo de confessarme;* ya ha llegado á no ser posible...»

Yo hablé á aquella persona, Sr. Exmo., y me dixo resueltamente buscasse otro confessor, con tanta cólera, como si le hubiera dicho que fuera hereje: suplico á V. ex.ª no crea de mí que por menos rigor dexara de serville...; suplicar á V. ex.ª por la sangre que Dios derramó en la cruz, no me mande que en esto le ofenda; ni le parezca que es pequeño pecado haber yo sido el conservador de esta amistad..., no me ha menester á mí; *á quien yo he servido* de día y de noche en todo lo que V. ex.ª me ha mandado, sin acudir á mi mismo, *por no faltar un punto á su gusto*, y admírome que V. ex.ª se tenga por mal servido de mi, pues en esta ocasión desde el primero día, *contra la salud de mi alma, he ido continuando un negocio que está ya en punto que V. ex.ª deja su casa.*»

«... á V. ex.ª, Señor, no le vá nada en tener veynte papeles

más, pudiéndolos responder con tantas ventajas el clarísimo ingenio de V. ex.ª, que es sin duda hacerlas al humilde mio, y como hombre de bien y echura de V. ex.ª que lo siento ansí. Y que *si creyera que no podía V. ex.ª hazer esto por si mismo, aventurara el alma.*»

«Si de estas cartas, con las que ni las de Hero y Leandro podrían entrar en competencia; si de estos escándalos se murmuraba en la corte; podía ser Cervantes el único peregrino en ella, el único á cuyos oídos no hubiesen llegado tan extrañas nuevas? Si las conocía, como parece verosímil; si tenía fresca aun en la memoria la ofensa del mal aconsejado Avellaneda, de ese apasionadísimo amigo de Lope; ¿puede admitirse haya sinceridad al decir que alababa en él *la ocupación contínua y virtuosa.*»

Poniendo aparte que Cervantes hacía gala de ingenio para satirizar cruelmente a Lope de Vega, con lo cual se comprueba su refinadísima intención, se saca en consecuencia de las cartas de autos y de las referencias anteriores que habíase bien provisto de minuciosos informes en sus antagonismos literarios y en sus enojos personales. Algo sabía también sobre la guerra sorda que por efecto de rivalidades de jerarquías eclesiásticas promovieran cuantos individuos creyéranse postergados con motivo de haberse nombrado Inquisidor general a D. Bernardo Sandoval de Rojas; que en torno de altos y bajos cargos pulula un enjambre de ambiciosos y murmuradores. Por nuestra parte hemos de fijar la atención en el detalle característico de que el Santo Oficio estaba emponzoñado, tal vez más de lo que juzgamos, con el virus de actos poco edificantes, como se observa por la *moral* de Lope de Vega, que apadrinaría quien en el falso Quijote tanto le enalteció; y hemos de fijar de igual modo la atención que antes de caer en desgracia Fray Luis de Aliaga llegó a conseguir el alto puesto de Inquisidor general, que tantas vigilias le proporcionaría. Si Cervantes dió a entender no saber ni precisar bien el móvil que les impulsaba en contra suya y nada más recalcó sobre ser aragonés el que nunca fué para él encubierto autor, obedecería más que a su propia inspiración a la consigna de persona tan hábil como él. Y es que realmente a nadie más que al mismo Fray Luis de Aliaga, salvando que Frav Alonso Fernández con su libro, Lope de Vega con sus escritos y los Argensolas con su desvío, vapulearan de firme al «Regocijo de las Musas»; a nadie más que al mismo Fray Luis

de Aliaga, repetimos, podía inculpársele los fines bastardos que con su desatada ambición perseguía (1). Y si en el «Indice Expurgatorio» de 1619 no llevó más adelante sus propósitos de venganza respecto al «Quijote» de Cervantes, muerto ya éste, debióse principalmente a que la tierra le iba faltando bajo los pies y necesitaba gran apoyo, con el cual no contaba, para desarraigar del espíritu nacional y de la buena memoria que de Cervantes conservábase los laureles áureos de la Fama.

Advertimos a nuestros lectores que aun cuando transcurrieron muy cerca de cuatro años hasta que murió el monarca y cayera su confesor en desgracia, en vida de Felipe III, y en esta época misma de la absorción y dominio de Fray Luis de Aliaga, se dibujaban animosidades contra éste, que dieron su estallido final antes de agonizar aquel desgraciado rey. Por otra parte, unas veces al oído, otras veces en público, se le inculpó al astuto y sagacísimo dominico la prevención que tenía a la obra imperecedera de Cervantes por las alusiones manifiestas de que le hizo objeto, y no le fué posible desembarazarse de manera brusca del Don Quijote de la Mancha. Lomitóse, pues, a presentarlo en pugna con la Inquisición a pesar de la triple censura favorable dictada para la aprobación, por el Consejo de Estado, de la segunda parte de la obra de Cervantes por los venerables teólogos profesos Doctor Gutierre de Cetina, Maestro José de Valdivielso y Licenciado Marquez Torres, pertenecientes a tres distintas Órdenes monásticas. Bien porque temiera malquistarse con estos individuos, o porque dejando en paz al «Quijote» de Avellaneda y no al del «Manco de Lepanto», comprendiera que las gentes confirmarían la verdadera paternidad del que le convenía cubrir con el anónimo, el caso es que contra el torrente de su voluntad hubo de soportar las chanzonetas y burlas que la musa regocijada de Cervantes iba sembrando a los cuatro vientos.

(1) En las págs. 165 y 166 de «Cervantes y el autor del falso Quijote», de don José Nieto, se facilita una carta del cardenal de Borja al Duque de Osuna, que pinta con magistrales pinceladas el modo de que se valió para alcanzar de «Su Beatitud» el tan codiciado breve y el que fué causa de que al correo que fué a Roma se le conminara con pena de la vida si era portador de otro documento distinto al firmado por su Majestad Católica. (Nos permitimos recomendar la lectura de la «Noticia biográfica del dominicano Fray Luis de Aliaga», del mismo autor, contenida en las págs. 151 a 175, inclusives, de la citada obra.)

XII

Análisis acerca de Alfonso Lamberto.—Qué achacó sobre este individuo don Marcelino Menéndez y Pelayo.—¿A qué certámenes concurrió aquél?—Festejos promovidos en Zaragoza por la beatificación de Santa Teresa.—D. Martín Lamberto Iñiguez.—Nuestra refutación.—Un anagrama.—Un contraanagrama. ¿Hubo superchería?—Unas palabras aún.

Alfonso Lamberto personaje imaginario.

En la página 132, capítulo X, prometimos analizar el *Alfonso Lamberto* de Menéndez y Pelayo, diciendo en el párrafo subsiguiente que Don Quijote y Sancho Panza, los cervantinos, eran dos dominicos. Ha llegado el momento de cumplir nuestra promesa, después de probado el dominicanismo del autor del falso «Quijote», de quién era, de no haber sido aragonés, de ser plasentino, de haberse inspirado en Fray Luis de Aliaga y de conocer, indudablemente, las *diferencias* entre Lope y Cervantes. Como nuestra labor es tan deficiente, tenemos necesidad de recurrir a lo ya comprobado, dando por ciertos y exactos los extremos a que nos referiremos, pues no hemos podido comprobarlos por nosotros mismos, ni pretenderíamos realizarlo por las grandes dificultades que se precisa vencer y por el gran espacio de tiempo que es preciso invertir, del cual carecemos en absoluto. Por esta razón todas las citas que hagamos, muy extensas por cierto, procedentes del Sr. Menéndez y Pelayo, cuya veracidad como erudito no admite controversia, las damos por no dichas en el caso improbable de que se nos demuestre su falsedad. Sobre dichas citas descansa nuestro *análisis;* en tal caso lo daríamos por no formulado, aunque nos cabría la satisfacción de rehacerlo con otros materiales, que nos reservamos.

Dice el anotador del «Quijote» de Avellaneda en las páginas XXXIII a XLII de la Introducción:

«El que yo quiero favorecer con la ganga del falso «Quijote» (en lo cual ciertamente no sé si le hago un favor ó un disfavor pósturno), lleva el oscurísimo nombre de «*Alfonso Lamberto*». Su estado civil me es desconocido: sólo puedo decir de él que era aragonés y y poeta. Los indicios que tengo para adjudicarle la paternidad de la disputada novela, pueden exponerse en pocas palabras, y no proceden de fuente muy recóndita.»

«El bibliotecário Pellicer, en su biografía de Cervantes, algo anticuada ya, pero útil y curiosa siempre, aun después de la publicación de la de Navarrete y de tantas otras posteriores, da noticia de un códice de la biblioteca de los condes (hoy duques) de Fernán Núñez marcado así: «Tractatus Varii», 382. En este códice, que debe de ser un tomo de papeles varios, se contienen las sentencias ó vejámenes que se intimaron á los poetas que concurrieron á dos certámenes celebrados en Zaragoza por los años de 1614, sobre la interpretación de dos enigmas que habían corrido manuscritos en aquella ciudad. Entre los poetas concurrentes al primer certamen figuraban Martín Escuer, *Alfonfo Lamberto*, Pablo Visieda, Josef Pilares, el Maestro Potranca, Juan Navarro, Miguel Soriano, Muniesa, Gerónimo Hernández, el incógnito Xaraba, etc. En el segundo certamen escribieron Jayme Portolés, Pedro Huerta, *Alfonso Lamberto*, Lozano y otros.»

«A cada uno de los poetas, según costumbre de esta clase de justas, le da el fiscal un vejamen, censurando sus poesías, y les aplica su condigno castigo por no haber acertado a descifrar los enigmas. A uno de los poetas del primer certamen se le dice esto:

A *Sancho Panza*, estudiante,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugo ciento,
Caballero en Rocinante.»

«Este poeta (dice Pellicer) a quien se le llama Sancho Panza, y cuyo nombre se calla, parece que es el fingido Alonso Fernández de Avellaneda.»

«Entre las sentencias o vejámenes contra los poetas que escribieron para el certamen segundo, se lee esto:

Al blanco de la ganancia
Dice con poca elegancia
Que la ignorancia se encubre
Sancho Panza, y él descubre
La fuerza de su ignorancia;
Y pues afirma de veras
Sus inventadas quimeras,
En galeras tome puerto,
Que tras azotes es cierto
Se siguen siempre galeras.» (1)

«Pellicer continúa sospechando que aquí también se satiriza a Avellaneda. Los versos son confusos y malos de todas veras, pero parece evidente la alusión a un capítulo del falso «Quijote», el 8.°, en que el ingenioso hidalgo, al entrar en *Z*aragoza, se empeña en librar a un criminal a quien iban azotando por las calles, y se ve de resultas en la cárcel pública, condenado a la misma pena de azotes y vergüenza, de que afortunadamente le salva su amigo don Alvaro Tarfe. El fiscal del certamen, por consiguiente, entendía referirse al «Quijote» de Avellaneda y no al de Cervantes; y tal alusión en *Z*aragoga y en el mismo año de la publicación del libro, da mucho peso a la inducción de Pellicer, y mueve a sospechar que el poeta aragonés designado con el nombre de *Sancho Panza*, sea efectivamente el temerario rival de Cervantes.»

¿Pero cual de los poetas de estos certámenes puede ser? *Aquí está la mayor dificultad*, dice Pellicer. No tanta, si nos atenemos a los datos que él mismo trae. Sólo un poeta de los citados por él concurrió a los dos certámenes, y este poeta es *Alfonso Lamberto*. El es, por tanto, el *Sancho Panza* del uno y del otro vejámen. Sólo puede quedar el escrúpulo de que quizá entre los poetas cuyos nombres (no sé por qué), omite Pellicer, en vez de presentar la lista completa, haya algún otro repetido: duda de que no podría-

(1) Para mayor claridad no juzgamos ocioso repetir estas sentencias (Véanse las páginas 52 y 53.)

mos salir sino en presencia del códice mismo. Pero, entretanto, queda sólo *Alfonso Lamberto*, cuya causa se fortifica, como veremos por otros indicios (1).

«Los partidarios de Aliaga no han desconocido estas noticias; pero empeñados en sacar adelante su hipótesis, no han vacilado

---

(1) «De intento he dejado subsistir estos párrafos, por lo mismo que en ellos tengo algo que enmendar, y, sobre todo, algo que añadir a las especies que hasta ahora han corrido de molde acerca de los certámenes de Zaragoza. Cuantos han escrito de este asunto se han guiado únicamente por las noticias de Pellicer, que exigen rectificación en algunos puntos.»

«Poco más de un año después de la publicación de mi carta sobre el «Quijote» de Avellaneda mi difunto amigo y querido compañero D. Pedro Roca, á cuyo cargo estaba el archivo de la casa ducal de Fernán Núñez, logró, después de largas investigaciones, dar con el tomo de *varios* que vió Pellicer y que se había ocultado á las pesquisas de los eruditos posteriores.»

«Los certámenes son dos, pero llevan un título común que dice así:

Sentencia del certamen | sobre la exposición de dos | enigmas dada en la ynsigne | Universidad de | Çaragoça en 26 de Mar | ço del año de 1613 »

«Concurrieron al primer certamen los siguientes poetas:

Martín Escuer.—Gacol.—*Alfonso Lamberto*.—Bernardo —Pablo Visieda.—San Alexo ó Monserrate (sic).—Martín Guzmán.—El Maestro Potranca.—El Licenciado Cazmarra.—El Licenciado Langaruto.—Tiburcio Machaco.—Don Fulano.—Josefe Pilares.—Francisco Blitiri.—Diego Tordillo.—Martín Gaspar.—Montero.—Juan Navarro.—Bernardo Daniel.—Miguel Soriano.—Lumbreras.—Gerónimo Hernández.—Francisco Alcondoque.—Muniesa.—*Sancho Panza* —El incógnito Xaraba.—Dionisio Viñan.—Pedro de Espes.—Pablo Romero.»

«Al segundo los siguientes (marco con un asterisco los que están repetidos):

Jayme Portolés.—Diego Amigó.—El venturoso perdido.—* *Alfonso Lamberto*.—* Muniesa.—Lozano.—Periquito de Utreras.—* Juan Navarro.—* *Sancho Panza*.—Pedro de Güerta.—Navarro.—Vicencio Carrasco.—Tomás Alegre.»

«Infiérese de estas listas que los poetas repetidos en ambos certámenes son cuatro y no solamente *Alfonso Lamberto*, como resultaba de las noticias de Pellicer. Y además *Alfonso Lamberto* y *Sancho Panza* aparecen en ellas como dos poetas distintos, á no ser que el segundo seudónimo del primero, lo cual no se puede admitir sin pruebas.»

«Hé aquí los versos que se refieren á *Alfonso Lamberto* y á *Sancho Panza* en el primer certamen:

El buen *Alfonso Lamberto*
Devoción ha descubierto,
Pues dice que es San Francisco
Y los frailes de su aprisco,
Y que esto tiene por cierto,
Si desea como garza

en suponer arbitrariamente y sin la menor sombra de verosimilitud, que *Alfonso Lamberto* era un seudónimo con que en aquella ocasión quiso encubrirse el confesor de Felipe III. Con este cómodo sistema todo se allana, y es fácil negar la existencia de cual-

---

Llevar honrado Bohemio
Por su devoto prohemio,
Que lo coronen de zarza,
Que yo no le sé otro premio.
.....
A Sancho Panza estudiante...
(Es la copiada por Pellicer.)»

«Segundo Vexamen.

Alfonso Lamberto es cierto
Que humildad ha descubierto
Y tanto quiso humillarse
Que viene al fin á explicarse
Por las razones de un muerto.
Espere que este servicio
En el día del juicio
Dios se lo quiera pagar,
Mas pues *enseña á callar*,
Aprenda bien ese oficio.
.....
Al blanco de la ganancia...
(Es la citada por Pellicer.)»

«Conocido ya el texto íntegro de los certámenes, cae por su base la deleznable conjetura de Pellicer. *Sancho Panza* es el seudónimo con que concurrió á aquella justa literaria un poeta distinto de todos los demás que allí están expresamente designados. Tampoco debe darse especial importancia (como ya advirtió Tubino citado por el Sr. Groussac) á las frases de *azotes y galeras*, que se parecen á otras muchas usadas en esta clase de vejámenes. A Navarro, por ejemplo, se le hace la siguiente intimación en el segundo de los certámenes de Zaragoza:

A Navarro sin rencillas
Paséenle las costillas,
Y pues así se alboroza
Pasee por Zaragoza
Con coroza y campanillas...»

«Por lo mismo que el Sr. Groussac no ha podido tener noticias de estos documentos, que tanto le hubieran servido en su refutación, me complazco en darles publicidad, sin suprimir ni una línea de lo que escribí antes, inducido á error por Pellicer.»

quiera persona de quien no se tengan datos biográficos. Yo del mismo *Alfonso Lamberto* no los tengo, pero sí de otro poeta aragonés contemporáneo y probablemente deudo suyo. Llamóse *D. Martín Lamberto Iñiguez* y se encuentra honoríficamente mencionado por el cronista D. Juan Francisco Andrés en su «Aganipe de los

---

«Y ya que de certámenes se trata, no creo que huelgue la noticia que de otras fiestas de Zaragoza, en que claramente se alude al falso Quijote, publicó Barrera en sus «Nuevas investigaciones sobre la vida de Cervantes» («Obras completas», edición de Rivadeneyra, tomo I, pp. CXIX-CXX).»

«En las fiestas que á la beatificación de Santa Teresa celebró la imperial ciudad de Zaragoza, por Octubre de 1614, y cuya relación ó *Retrato* (que así se titula) escribió y publicó Luis Díez de Aux (Zaragoza, 1615), salió, entre otras, una mascarada de estudiantes, que el expresado relator de los festejos describe en estos términos:

«Venía Don Quijote con un traje gracioso, arrogante y pícaro, puntualmente de la manera que en su libro se pinta. Esta figura y otra de Sancho Panza, su criado, que le acompañaba, causaron grande regocijo y entretenimiento, porque, á más de que su traje era en extremo gracioso, lo era también la invención que llevaban; fingiendo ser cazadores de demonios, que traían allí enjaulados, y como triunfando de ellos... y éstos se reprensentaban en dos fieras máscaras atadas, cuyas caberas estaban encerradas en sendas jaulas. Sancho Panza salió con un justillo de pieles «de carneros recien muertos, el pelo hacia dentro». Añade que este traje causó extraordinaria risa, «como también la causaron los papelillos que con algunos motes daba á las damas, y una información (abono de su justicia) que en razón del premio nos presentaron en unos versos del tenor siguiente:

La verdadera y segunda parte del Ingenioso
Don Quixote de la Mancha,
Compuesta por el licenciado Aquesteles, natural de cómo se dice, véndese en donde [y á dó,
Año de 1614.»

«Inserta seguidamente los versos á que se refiere; entre ellos el informe de Don Quijote en siete redondillas que empiezan:

Soy el fuerte don Quixo—
Mas que el bravo Paladí—
Llevado por su rocí—
Y traído por el tro—»

«Llevó unos preciosos guantes, y aunque fueran los mejores del mundo, los merecia.»

«Es indudable que en este epígrafe se alude al *Don Quijote* de Avellaneda, que por aquellos días estaba ya á punto de salir á luz. Está muy lejos de ser crítica la alusión, y pudiera sospecharse si el autor de los versos sería tal vez el mismo supuesto Avellaneda *(el licenciado Aquesteles: él es aqueste)*.»

cisnes aragoneses celebrados en el clarín de la fama», al hablar de los poetas de Jaca y sus montañas.

Martín Lamberto Iñiguez, gallardo
Girasol (1) del gravísimo Leonardo,
Amante de sus rayos eloquentes.
Del Ebro las corrientes
fueron feliz aplauso y maravilla:
Sus claros ascendientes
Tuvieron sus solares
En los de Jaca sus antiguos Lares;
Después á Zaragoza trasladados,
Gozan de los supremos Magistrados,
Y sus versos süaves numerosos,
Por agradables, tersos, amorosos,
Al ciego Dios Cupido
Le pudieron tener adormecido:
Que de sus versos graves los arpones
Penetran los humanos corazones:
Y aun al inexorable Radamanto
Pudiera enternecer su dulce canto.»

«De estos versos, tan malos como casi todos los de la «Aganipe», cuyo interés es meramente histórico, se deduce que *Martín Lamberto*, aunque oriundo de Jaca, había nacido en Zaragoza y que fué amigo de Bartolomé Leonardo de Argensola.»

«En el raro y muy apreciable volumen de las *Poesías de Martín Miguel Navarro, canónigo de Tarazona*, amigo también y discípulo de los Argensolas (2), se lee una elegante y filosófica epístola, respondiendo á una *carta de Martín Lamberto Iñiguez, Señor de Fabla y Espín en la valle de Serrablo en las montañas de Jaca, en que le reprobaba su vida solitaria.*»

«En las «Rimas» de los hermanos Argensolas, cuya primera elición (ya póstuma) es de 1634, se lee un soneto de *Lamberto*

(1) *Girador* dice la edición de Zaragoza, 1890, y dirá, probablemente, la de Amsterdam de 1781; pero debe de ser errata de copia.

(2) Publicado en Amsterdam por D. Ignacio de Asso en 1781.

Iñiguez, al cual contesta el rector de Villahermosa con los mismos consonantes:

Retor, á la esperanza infiel no aspira
Con fugitivas horas tu Lamberto...»

«Finalmente, Latassa, en su «Biblioteca nueva de escritores aragoneses», nos informa que *D. Martín Lamberto* estuvo casado con Doña Marquesa Girón de Rebolledo, *de quien dejó noble descendencia.*»

«De este *Martín Lamberto*, poeta y amigo de los Argensolas, imaginó que fué hermano, ó á lo menos próximo pariente, el *Alfonso Lamberto* que buscamos. A los eruditos aragoneses toca averiguarlo y rastrear noticias de su vida, que quizá puedan servir para la resolución del problema en que estamos empeñados» (1).

Muy lacónicos hemos de ser al refutar al primero de nuestros críticos. No quiere decir esto que hayamos de pasar por alto cuantas reflexiones fueren imprescindibles. No ha dejado de pasarnos por las mientes si las repetidas torpezas del autor de la «Antología de Poetas Hispano Americanos» hayan de subordinarse a una preconcebida intención. Intencional y premeditado parece dar de

---

(1) En sus curiosísimos «Anales de la literatura española» (Madrid, 1904), acaba de publicar D. Adolfo Bonilla y San Martín el soneto siguiente, que lleva las iniciales de *A. L.* en el códice 3.890 de la Biblioteca Nacional:

No me pidas, Inés, lo que no tengo;
Que me enfadas en ello, por tu vida;
Pídeme tu que dé alguna herida,
Y ocuparé mi brazo *lambertengo*.
De Roldán el francés, del indio Rengo
No serás con ynpetu servida
Mas visto que me pides la comida,
¡Por el agua de Dios que me deriengo!
Duquesa de Borbón y de Zerdania,
Aposentarte en rica galería
Quisiera, y darte; mis deseos son buenos.
Pero en mi escritorcillo el de Alemania,
Tengo el mismo dinero que en Turquía
Verdad es que en las Indias tengo menos.»

«El *lambertengo* del verso cuarto puede hacer sospechar que las iniciales *A. L.* corresponden a Alfonso Lamberto. Como mera sospecha lo apunto.»

lado al estado civil del imaginado *Alfonso Lamberto*; mas aún concebimos el serlo cuando no repara en que muchos de los que concurrieron a los certámenes de Zaragoza delatan a las claras el seudónimo con que se disfrazan, como sucede con *San Alexo o Monserrate, El Maestro Potranca, El licenciado Langaruto, Don Fulano, El incógnito Xaraba, El venturoso perdido, Periquito de Utreras* y *Tomás Alegre*, incluyendo asimismo a los ya citados *Alfonso Lamberto* y *Sancho Panza*. Es indudable también que muchos de los que aparecen con nombres propios y apellidos pueden hallarse en el mismo caso que los anteriores; era menester comprobar con datos fehacientes la existencia real de los mismos. ¡Quién sabe si alguno de los Martines no pudo ser el seudónimo del *Martín Quijano* de Avellaneda! En tal caso, Martín Escuer, Martín Guzmán y Martín Gaspar, que solamente concurrieron al primero de dichos certámenes, pueden disputarse la paternidad de aquel individuo, si todos no son un solo *Quijano* verdadero.

Hemos de manifestar que no nos acaba de convencer en lo de los certámenes el autor de «Autores dramáticos contemporáneos y joyas del Teatro español del siglo XIX», pues precisaba la importancia del tema dar a la estampa toda la documentación del «Tractatus Varii», 382, sin suprimir una palabra y sin omitir ni un punto ni una coma. Por las mismas sentencias habríamos de informarnos, tal vez, cómo fué el presentarse al primer certamen 29 individuos y al segundo solamente 13; por las mismas sentencias nos informaríamos de los *castigos literarios* impuestos a los otros dos individuos, *Muniesa* y *Juan Navarro*, que, como *Alfonso Lamberto* y *Sancho Panza*, concurrieron a uno y otro certamen.

Sin embargo, nosotros, con los datos que tenemos a la vista, porque pensar en echársela encima a tan codiciado códice es más temerario que realizar las hazañas de Hércules y Teseo, podemos asegurar, como el Sr. Menéndez y Pelayo, que *Alfonso Lamberto* y *Sancho Panza* son dos individuos distintos, con el aditamento de que el último es Fray Luis de Aliaga y el primero Fray Alonso Fernández. Vamos a suponer que ya tenemos demostrado a nuestros lectores (que ya lo demostraremos) la amistad estrecha que ligaba a dichos dominicos con los Argensolas; en tal caso, no es muy aventurado que estos individuos, o el Bartolomé Leonardo que se cita como amigo de don Martín Lamberto, pudieran haber

aconsejado al P. Predicador Alonso Fernández el uso del apellido de su amigo con nombre distinto. Y concuerda nuestra suposición (véase la sentencia de la página 154) con las frases: *Pues dice que es San Francisco—Y los frailes de su aprisco*, y con *Espere que este servicio—En el día del juicio—Dios se lo quiera pagar* (véase la sentencia de la página 155). Tanto una como otra sentencia, leídas con detenimiento, sirven de marco a la figura religiosa del autor del «Quijote», nacido en Tarragona.

Hay que excluir, por consiguiente, del parentesco que imaginativamente se les atribuye a Martín Lamberto, personaje real, con el Alfonso Lamberto, personaje fantástico. Nada dice en pró de dicho parentesco que hubiese existido el primero y se demuestre de mil modos y maneras, cuando no hay medio de aportar ni una sola línea biográfica del segundo. En cambio, careciendo como carecemos de una biografía extensa y de profusión de detalles anecdóticos de Fray Alonso Fernández, con más firmeza se apoyan nuestras conclusiones a medida que avanzamos en la tarea enojosa que nos hemos impuestos. Hasta el mismo soneto con las iniciales *A. L.* que con la palabra *lambertengo* se esgrime como sospecha por parte del desacertado crítico, tiene muchas nebulosas: no saberse el lugar o población donde se hizo y donde apareció; quién lo ha descubierto; los que del mismo se han ocupado, y en qué retóricas o florilegios hubieran de hallarse huellas de aquellas iniciales por aquellas calendas. Concedamos que el *Alfonso Lamberto* fuera, no un Antonio López o cualquier otro nombre u otro apellido, sino un individuo llamado como conjeturamos, nacido antes o después de nuestros cálculos. ¡Pues buena la hubimos! Otros individuos, que sustentaran la convicción nuestra, no se mostrarían tan exigentes como nosotros, y, a voz en cuello, proclamarían que Fray Alonso Fernández, sin duda, hubo de sentir clavado en su pecho el dardo inflamado de Cupido, pues a nadie respeta el niño ciego a causa de no tener vista; y, apelando al procedimiento ingeniado para acudir a los certámenes, hasta reducirlo al mínimum de las dos iniciales, injertarían aquella duquesa de Borbón en sus presunciones y descubrirían las Indias entre los mártires de allende los mares, que con un verdadero arsenal de noticias interesantes publicó aquel docto dominico. Nuestros propósitos se reducen a exponer que, dado caso de ser autor Alfonso Lamberto, la

sátira que emplea, por el mero hecho de depositarla *contra* una dama, no acredita de sagaz y previsor al religioso.

Convenimos en que los festejos celebrados en Zaragoza en honor de la beatificación de Santa Teresa son interesantes para nuestra tesis, puesto que se refieren al «Quijote» avellanadesco y presentan a Don Quijote de la Mancha y a Sancho Panza como cazadores de demonios, combinación tan del gusto del confesor de Felipe III, cuyo fantástico recurso le fué tan provechoso para amedrantar el ánimo de su augusto confidente, sin perjuicio de prevenirle que el duque de Lerma intentaba envenenarle. Natural era, por consiguiente, que procurase Fray Luis de Aliaga en su país natal hacer atmósfera en tal sentido con el fin de poner en contraposición de ideas religiosas un «Quijote» con el otro: el de Cervantes con el de Avellaneda. También es sensible no poder facilitarse mayores medios de información, pues algunos de aquellos papelillos entregados a las damas que presenciaron las memorables fiestas harían alguna luz en nuestro trabajo de investigación, puramente psíquica respecto a Fray Alonso Fernández y Fray Luis de Aliaga.

Para terminar nuestro *análisis* hagamos la objeción final al más que zarandeado crítico. Este dice en las páginas XLII y XLIII de la Introducción a que tanto nos referimos:

«¿Y no dejaría el incógnito autor del «Quijote» alguna indicación de su persona en el texto de su mismo libro, según suelen hacer los que, escribiendo obras anónimas y clandestinas, no quieren, sin embargo, por vanagloria literaria, renunciar totalmente a la esperanza de que algún lector avisado les levante la máscara cuando no haya peligro en ello? Tal pensaba yo, cuando de pronto hirieron mi vista las primeras palabras del primer capítulo del falso «Quijote», las cuales á la letra dicen así: «El sabio Alisolán, historiador, no.» Soy poco aficionado á los anagramas, y estoy escarmentado de ellos por el ejemplo de Benjumea, pero éste, para casualidad me parece mucho (1). En esas cincos palabras van embebidas las catorce letras del nombre y apellido de *Alonso Lam-*

(1) Con chistes de mediano gusto se burla el Sr. Groussac de este anagrama, dándome de paso una lección elemental sobre los «casos de indeterminación» y sobre las reglas del anagrama, lección bien excusada porque la aprendí hace muchos años en la «Metamétrica» del Obispo Caramuel y en otros tratadistas españoles. Pero es inducable que además de los anagramas *perfectos*, existen los llamados *imperfectos*, y que

berto, sin más diferencia que el haber cambiado la *m* en *n*: cambio que nada significa tratándose de dos letras que delante de la *b* suenan del mismo modo. Puede usted (se refería a D. Leopoldo Rius Llosellas) comprobarlo prácticamente numerando las letras:

El sabio Alisolán historiador no

. . . . . .

11 7 8 10 6 1 2 5 3 4 13 14 12 9 »

«Lo que más confianza me da de haber acertado son los muchos ejemplos de este género de escritura criptográfica que pueden encontrarse, desde el famoso acróstico de las «Partidas» hasta el revesado procedimiento de que se valió el autor de la «Tragicomedia de Lisandro y Roselia»:

Si el nombre glorioso quisierdes saber
Del que esto compuso, tomad el trabajo,
Cual suele tomar el escarabajo
Cuando su casa quiere proveer.»

Respecto a confianzas, nosotros, escépticos por temperamento, nos permitimos argüir que ya quedó bien aclarado este extremo sobre «el sabio Alisolán historiador no menos moderno que verdadero»; pero siguiendo el derrotero que marca el Sr. Menéndez y Pelayo con los anagramas, vaya uno nuestro como descarte para el suyo, debiendo advertir a nuestros lectores que con más palabras empleamos más letras y nos quedan menos de catorce, que restan de aquél.

El sabio Alisolán historiador no

. . . . . .

12.6. 1.3.38.4.7. 5. 30. 9.10.35.15.8. 11 33.41.23.2. 28 17 26 13 14.31

menos moderno que verdadero.

. . . . . .

37. 18 16 34 19 42.20.21.24 32 22. 39 27 40 25 29.

---

algunos autores los han usado para ocultar sus nombres. Imperfectísimo es, por ejemplo, el de *Siralvo*, que empleó Luis Gálvez Montalvo en su «Pastor de Filida». En él van envueltas las letras del nombre *Los* y el final del apellido *Montalvo*. A este mismo género de anagramas, que me atrevería á llamar de doble empleo ó de doble fondo, si no temiera excitar la risa del Sr. Groussac, pudiera pertenecer el del *sabio Alisolán*, que contiene todas las letras del nombre Alonso y las tres primeras de Lamberto. De este modo, y con solas dos palabras, se obtiene un seudónimo de formación muy análoga al de *Siralvo*.»

De esta manera se lee: Fray Alonso Fernández de Córdova: Alonso Lamberto, quedando once letras, faltando una *a* y reemplazándose según la costumbre de aquella época la *q* por *c* y la *h* por *f*. Con esta solución cabría emparentarle al autor del falso «Quijote» con el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba (1) y endilgar la afirmación de que Fray Alonso Fernández usó el seudónimo de *Alfonso Lamberto*. Si esto fuera así, que lo consideramos y juzgamos factible, se pondría de relieve la superchería de don Marcelino Menéndez Pelayo, puesto que a sus negativas infundadas a los que atribuían la paternidad del «Quijote» de Avellaneda a los dominicos y a sus «deleznables» pruebas acerca de su imaginario poeta aragonés, habría de agregarse el estar en conocimiento, que forzosamente lo estaría, de que eran una sola persona Fray Alonso Fernández, el licenciado tordesillesco y Alfonso Lamberto. En verdad que poco se preocupó de desvirtuar la tesis de los que conjeturaron fuera aquel fraile dominico el autor de la obra avellanedesca, y de rechazar los cargos de Tamayo de Vargas, Ceán Bermúdez y Don Adolfo de Castro, aunque éste, ofuscado por el dicho de Cervantes, no persistió en sus conjeturas.

Unas palabras aún. Dice el malogrado crítico en la pág. XLIV: «No consta su residencia (la de Cervantes) en Aragón en tiempo alguno, pero estaba muy enterado de las cosas de aquel reino, como puede verse en la segunda parte del «Quijote»; y debía de tener algunas relaciones literarias en Zaragoza, como lo prueba el hecho de haber obtenido en 1597 el primer premio por una glosa en quintillas en un certamen celebrado por los dominicos de aquella ciudad en honor de San Jacinto. Acaso comenzaría entonces la rivalidad de Alfonso Lamberto, si es que concurrió al mismo certamen y no fué premiado. Pero no doy mucho valor á esta conjetura, porque en la «Relación» de aquellas fiestas, publicada por el cronista Gerónimo Martel, no encuentro su nombre.»

Si ocurrió el presentarse con seudónimos, como en los certámenes de 1614 en la misma ciudad, inútil tarea sería; y no sabemos aún si Cervantes y algunas otras personas calificadas pudieron haberse presentado en éstos con nombres disfrazados, lo cual

(1) En la genealogía de los Fernández hay una rama entroncada con aquél en la ciudad de Plasencia.

es nuestra obsesión respecto al nombre de Martín. La suposición de la enemistad de Fray Alonso Fernández y Cervantes, aunque se promoviera tal vez en aquel certamen, de ninguna manera hubiera originado la saña frailuna del primero si éste no se hubiera visto hostigado por Fray Luis de Aliaga y Lope de Vega: el uno rencoroso de hallar quien lo vituperase; el otro envidioso del estilo cervantino.

XIII

Arbol tricentenario.—Un Novejarque sin solución.—Llamada sobre los libros de caballerías.—Nebulosas de los Argensolas.—Opinión de varios cervantistas.—Impugnación al más erudito de nuestros críticos.—Residencia en Nápoles de los Argensolas.—Muerte de Lupercio.—"La Confusa„ y "La Casa confusa".—El sarcasmo cervantino.—La Dulcinea del Toboso.—Disparo a boca de jarro.—Más víctimas que en Lepanto, con la pluma por arcabuz.

Los Argensolas.

Prometimos ocuparnos de estos insignes patricios de las letras y cumplimos nuestra palabra. Sin embargo, muy de segunda mano han de ser nuestras referencias; muy someras las apuntaciones; muy deshilvanadas las deducciones. No se nos reproche que injertamos en árbol de poca savia consideraciones tan poco fructíferas como faltas de jugo; somos de los que entendemos que deben de introducirse todas las almagamas posibles, aun a trueque de dar de lado a la amenidad, en todos los brotes y ramificaciones del roble frondoso del cervantismo. Bajo la sombra de este corpulento tricentenario se cobija una muchedumbre sedienta de ideales, un conglomerado de gentes de todas las castas y de todas las razas. No pidamos más que satisfagan de contínuo su sed de inquirir, su afán de saber; que aunque nosotros les brindamos con la misma ánfora con que otros más diligentes les brindaron, quien sabe si su contenido refrescará de nuevo pensamientos dormidos. De esta suerte podremos repetir con el poeta árabe que la semilla es el árbol, el árbol la flor, la flor el fruto, el fruto el jugo, el jugo el néctar, el néctar la idea, la idea el saber y el saber la sublimidad.

Como el carácter de Cervantes no se ha precisado por parte de los cervantistas con los firmes trazos que sus obras literarias reclaman, especialmente «Don Quijote de la Mancha», es preciso insistir en que el ingenio complutense ha sido un logogrifo indescifrable para todos los que le han estudiado al través del tiempo y del espacio. No les ocurrió lo mismo a los que tuvieron la fortuna de apreciar las grandes dotes de inteligencia y la superabundante sagacidad del hijo más esclarecido del siglo de oro de nuestras letras; pues de sobra y bien a las claras revelaron estar en antecedentes de los propósitos, hasta recónditos en ocasiones, del humorista por excelencia. Desde luego que jamás ahondaremos lo suficiente para informarnos con todo detalle de las infinitas peripecias ocurridas al debelador de los libros de caballerías.

Es muy curioso reproducir, por vía de cotejo satírico, la siguiente nota del tomo 6.°, cap. 74, págs. 542 y 543 de la edición crítica de Cortejón.

1 *...y han de caer del todo sin duda alguna.*—Pero ¿es que no habían caido ya? ¿No veía Cervantes que aquel incensante laborar de las prensas dando al mercado libros de caballerías iba desapareciendo, no paulatinamente, sino muy aprisa? En nuestro «Estudio crítico de la novela caballeresca «Tirant lo Blanch» (1), hemos dicho:

«Las narraciones del «Sancto Grial», de Artús, y los «Caballeros de la Tabla Redonda», en Bretaña; los hechos de «Carlos Magno» y sus «Doce Pares», en Francia, y les inauditas hazañas de los «Amadises» y «Palmerines» en Portugal y España, las vemos repitiéndose, y pasando de mano en mano durante varias generaciones. Aquí, más que en Italia y en las Galias, entusiasmó esa lectura disparatada y monstruosa; las escenas fantásticas de hipógrifos y hadas, de gigantes y enanos, de doncellas desvalidas y caballeros hospitalarios, penetraron en palacios y cabañas, entre la gente ilustrada y la indocta, y aquel pueblo que no sentía el ideal del trabajo, que descuidaba la agricultura, fuente de riqueza, y solo veía un brillante porvenir en desatentadas aventuras, creyó cuantos disparates le decían los autores de tales engendros.

(1) «Estudio crítico de «Tirant lo Blanch.»—Comentario a un pasaje del capítulo VI de la primera parte del «Don Quijote de la Mancha». — Madrid, Victoriano Suárez, 1912.

Autorizadas voces de filósofos y moralistas levantáronse contra la avasallora irrupción de esas disparatadas producciones; el primero de los filósofos de su tiempo, Luis Vives, (1) el celebrado Diego Gracián (2) y los venerables Fray Luis ds Granada (3) y Pedro Malón de Chaide, (4) anatematizaron la novela medioeval; pero cabe decir que, ni las exhortaciones y escritos de éstos, ni los Decretos promulgados en Cortes, (5) ni menos aún las palabras del historiador Mexia, (6) del eximio humanista Arias Montano, (7) del celebrado Venegas, (8) del conocedor de nuestro léxico Cervantes Salazar, (9) del eminente Melchor Cano (10) y tantos otros como clamaron contra este linaje de libros, causaron su total derrumbamiento; sólo, y cuando ya la afición a tan disparatada lectura iba a su ocaso, apareció la sátira más grande que había de dar al traste con tan monstruosa producción dos siglos ha enseñoreada en nuestro suelo, sólo entonces desapareció la novela de la Edad Media, refugiándose sus héroes paladines en el naciente florón de la literatura castellana: el Teatro. El Fénix de los Ingenios hizo resurgir las hazañas de «El Marqués de Mantua»; Villamediana, evocó «La gloria de Niquea; Montalbán, reprodujo los hechos de «Palmerín de Oliva»; el valenciano Guillén de Castro se hizo aplaudir con «El conde d'Irlos» y «El nacimiento de Montesinos» y el público gozaba aplaudiendo sus ídolos, rodeados de lirismo, repartiendo tajos y lanzadas, y recordando que Gonzalo

---

(1) «De institutione feminae christianae», lib. I, cap. V. — «De causis corruptorum artium», lib. II, cap. VI.

(2) «Prólogo a las obras de Xenophon».—Salamanca, Juan de Junta, 1552.

(3) «Obra del venerable P. Maestro».—Madrid, Sancha, 1782-T. V, pág. 208.

(4) «Libro de la conversión de la Magdalena en que se ponen los tres estados que tuuo, de pecadora, de penitente y de gracia». — Alcalá, Juan Iñiguez de Lequerica, 1596, pág. 11.

(5) «Recop. de Indias», lib. I, tít. XXIV, ley IV.

(6) «Historia Imperial y Cesárea».—Basilea Juan Opovino, 1547, pág. 240.

(7) «Rhetorica», lib III, § 43.

(8) «Prólogo» al libro de Luis Mexía intitulado «Apólogo de la Ociosidad y del Trabajo».—Madrid, Sancha, 1772, pág. VIII.

(9) «Adiciones a la Introducción y camino para la sabiduría, donde se declara que cosa sea, o se ponen grandes avisos para la vida humana, compuesta en latín por el excelente varón Juan Luis Vives.—Madrid, Sancha, 1777, pág. 24.

(10) «De locis Theologicis», lib. XI, cap. VI.

de Guzmán, Juan de Merlo, Alfarán de Vivero, Gutierre Quixada y Mossen Diego de Valera, habían sido paladines y hecho hazañas dignas, al decir de cualquier hidalgo manchego, de «entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro». Las obras caballerescas, después de haber recorrido triunfalmente las principales Cortes de Europa, tomaron carta de naturaleza en España, durante los siglos XV y XVI, y cuando ya iba decayendo la influencia andantesca, surgió el libro que había de aniquilar aquella rama de la literatura, esa producción fué: el «*Quijote*».

Esta nota de D. Juan Givanel Mas, continuador de Cortejón, queda incompleta. Debió decir que Cervantes con su habilidad peculiar puso de testaferro a los libros de caballerías para sentar jurisprudencia con sus ideas estéticas y censurar a su rival en el campo de las letras: Lope de Vega. Los capítulos XLVII y XLVIII de la primera parte del Quijote reflejan aquellas ideas estéticas alardeando de su enemiga a los libros de caballerías, que en rigor de verdad, encubriría una reticencia, más indirecta que directa, sobre las comedias de Lope, más que otra cosa *caballerescas*.

Respecto a los Argensolas nada concluyente se ha dicho; por lo menos confesamos no haber llegado a nuestro poder noticias que transparentaran los motivos que dieran lugar al poco aprecio que dispensaron al mejor «novelador» de su época. Ni aun el mismo Pellicer siendo aragonés, como aquéllos fueron, facilita pormenores (1) curiosos, no obstante haber sido bibliotecario de S. M. y Académico de la Historia. Mayans, por su parte, se limitó en 1738 a hacer consideraciones acerca del hecho de no incluirlos Cervantes en el número de combatientes contra los malos poetas en el «Viaje al Parnaso» por estar ocupados en Nápoles en el obsequio debido al conde de Lemos, que tan irreverente pareció a D. Esteban Manuel de Villegas. D. Martín Fernández de Navarrete pondera de Bartolomé Leonardo de Argensola, rector de Villahermosa, su cultura en el castellano y de Lupercio Leonardo de Argensola las tragedias que aplaude Cervantes en el capítulo XLVIII

(1) «Vida de Miguel de Cervantes Saavedra» por don Juan Antonio Pellicer.—Madrid, Gabriel de Sancha, 1800—Págs. 122 a 128.

de la Primera parte del «Quijote», tituladas «La Isabela», «La Filis» y «La Alejandra».

Don Marcelino Menéndez y Pelayo es quien mejor ha recopilado cuanto de más interesante ha podido escribirse sobre los Argensolas y Cervantes, refiriéndose al falso autor del Quijote de Avellaneda. No es impertinente reproducir, pues, cuanto dijera en la edición cotejada de esta última obra.

«Conviene fijarnos en aquellos críticos que, abandonando el trillado sendero de dar por cosa probada o probable que el continuador del «Quijote» era dominico, han sacado a plaza nombres de famosos escritores del siglo XVII, con quienes se supone enemistado a Cervantes por una razón u otra» (1).

«El primero de ellos es Bartolomé Leonardo de Argensola, aragonés como Avellaneda, descuidado o tibio amigo de Cervantes, que se queja en el «Viaje del Parnaso» de sus cortos oficios cerca del conde de Lemos, y a quienes algunos suponen retratado satíricamente en el capellán de los duques, a quien da tan fiera y elocuente reprensión Don Quijote cuando por primera vez se sienta á su mesa.»

«Fácil es refutar tan débiles presunciones. Antes y después de 1614, nunca habló Cervantes de los Argensolas sino en términos del más sincero elogio, como podía esperarse de su buen gusto, tratándose de los dos poetas más correctos y clásicos de su tiempo. Hasta por similitud de principios literarios debían de serle gratos, y sin duda por eso, en la primera parte del «Quijote», donde el teatro popular de Lope está atacado de frente, logran desmedida alabanza las débiles tragedias de Lupercio. La queja que hay contra los dos hermanos en el «Viaje del Parnaso», aunque amarga en el fondo, es blanda y amistosa en la forma, y no pasa de ser un recordatorio de antiguas promesas no cumplidas:

Que no sé quien me dice y quien me exhorta,
Que tienen para mí, a lo que imagino,
La voluntad, como la vista, corta.
. . . . . .
Pues si alguna promesa se cumpliera

(1) Páginas 27 a 30.

De aquellas muchas que al partir me hicieron,
Vive Dios que no entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron,
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue a olvidar lo que dijeron.»

«Cervantes, pues, en 1614, tenía motivos de queja contra los Argensolas por no haberle éstos llevado en su compañía a Nápoles, como le prometieron. Sin duda por la misma razón, rompiendo esta sola vez con la costumbre iniciada en las «Novelas Ejemplares» de dedicar todos sus libros al conde de Lemos, enderezó el viaje a un D. Rodrigo de Tapia. Pero ni el conde de Lemos le retiró su protección, que no sabemos hasta dónde se extendía, pero que algo había de valer á juzgar por el afectuoso agradecimiento con que siempre habló de ella Cervantes, hasta en su lecho de muerte, cuando ya era inútil la lisonja; ni hemos de creer que los Argensolas, que tanto influían en su ánimo, y que eran los verdaderos dispensadores de sus mercedes literarias, fuesen extraños a esta buena disposición de su señor y Mecenas, reparando así de algún modo su antiguo pecado de negligencia y olvido.»

«Además Bartolomé Leonardo, aunque familiar y protegido de los duques de Villahermosa, nunca fué capellán suyo, sino *rector*, esto es, cura párroco del pueblo de Villahermosa en el reino de Valencia, lo cual es bastante diverso. Y por otra parte, no está probado que los duques de la Segunda Parte sean los de Villahermosa, como creyó Pellicer, ni los de Híjar, como sostuvo D. Aureliano Fernández-Guerra; y yo más me inclino a que no son ni unos ni otros, sino más bien una personificación de la aristocracia aragonesa de aquel tiempo, con rasgos tomados de diversos magnates, pero sin aludir a ninguno en particular. En caso de alusión directa, ¿cómo se hubiera atrevido Cervantes, sin nota de insolente y descomedido, a poner, aunque fuese en boca de la maldiciente dueña doña Rodríguez, aquello de *las fuentes de la duquesa*? Tales libertades no las toma el novelista más que con personajes enteramente imaginarios y en que nadie ha de ver retratadas al vivo sus flaquezas.»

«El pasaje relativo al capellán está en la segunda parte, y por consiguiente, se imprimió después del «Quijote» de Avellaneda;

pero no puede aludir a su autor, porque cuando Cervantes llegaba a quel punto de su narración no tenía aún conocimiento de la segunda parte apócrifa, de la cual sóla empieza a hablar en el capítulo 59, donde para huir de las huellas de aquel *falso historiador* cambia repentinamente el plan de su libro, y decide llevar a su héroe a Barcelona y no a las justas de Zaragoza, como hasta entonces venía anunciando.»

«Pero la principal razón que yo tengo para no admitir ni por un momento la atribución al rector de Villahermosa, es el contraste evidente y palmario entre la prosa de Avellaneda, expresiva y abundante, pero desaliñada, y con muy poco sabor de erudición ni de buenas letras, y la prosa de Bartolomé Leonardo de Argensola, cultísima, pulquérrima, quizá en demasía acicalada y pomposa, pero siempre rotunda y noble, como vaciada en moldes clásicos por uno de los ingenios españoles más penetrados del espíritu del Renacimiento y más hábiles para aclimatar en nuestra lengua las bellezas de los antiguos. Confundir una página de la «Conquista de las Molucas» con otra del «Quijote» de Avellaneda, sería dar la más insigne prueba de ineptitud y de mal gusto. ¿En qué escrito de Argensola podrán encontrarse los provincialismos, vulgarismos y solecismos que en el libro de Avellaneda se han notado? Aragoneses eran uno y otro, pero ya dijo Lope de Vega, y la posteridad lo ha confirmado, que Argensola vino de Aragón a enseñar la lengua castellana. ¿Cómo el grave moralista había de caer en las torpezas que desdoran el libro de Avellaneda? ¿Cómo el delicado imitador de la culta urbanidad y suave filosofía de las epístolas y sermones horacianos, había de complacerse en los bestiales regodeos por donde corre desenfrenado el villano gusto de Avellaneda?»

Obsérvase en todo lo transcrito que el más erudito de nuestros críticos estaba ayuno de documentación, como nos ocurre a nosotros. En lo que estaba muy sobrado era en *considerandos* desacertadísimos, los cuales pasamos a impugnar.

Pudo haber descartado del supuesto de la paternidad del «Quijote» sin perpetuidad ni lustre famosos a Lupercio Leonardo Argensola, puesto que éste murió en Marzo de 1613, y pudo haber eliminado a Bartolomé, y al mismo Lupercio, pues desde el segundo trimestre del año 1910 residieron en Nápoles, el uno hasta que murió y el otro hasta 1616 en que regresó a España el conde de

Lemos. No es presumible, por consiguiente, que estuvieran ambos hermanos en disposición oportuna y franca para, dando de lado a múltiples consultas y a trabajos concienzudos en que habrían de tomar parte activa, descargar el encono que sintieran hacia Cervantes parodiando la obra magna de este ingenio y que algunas o frecuentes vigilias representaría para el mismo Fray Alonso Fernández.

Prescindiendo de que D. Marcelino Menéndez Pelayo no estudió con la necesaria profundidad el carácter de Miguel de Cervantes, lo cual precisábale a tomar *ad pedem litterœ* el espíritu de muchas expresiones cervantinas, descarriándose por los cerros de Ubeda, bien se comprende en aquel pensador su propensión a dejarse arrastrar por el convencionalismo de la falta de letras del autor del falso Quijote. auuque tal parecer haya de estrellarse contra el propio juicio cuando atribuye, según hemos tenido ya ocasión de comprobar, cualidades de cierta importancia a la obra del licenciado tordesillesco. Nosotros creemos que a pesar de no ser ninguno de los Argensolas, mucho (menos Pedro Leonardo de Argensola, residente en las Indias como provincial de los Agustinos), autores de la obra avellanedesca, Cervantes, con la inimitable maestría que le era peculiar, hubo de aludirles de punzante y encubierta forma.

Entre las muchas nebulosas que rodean al cautivo de Argel una de ellas, que figura mencionada en el «Viaje al Parnaso», es la de una comedia suya titulada «la Confusa» y cuyo rastro no ha podido hallarse. Sin embargo, nuestra perspicacia que camina muy aprisa nos la presenta, merced a ciertos fenómenos ultratelúricos, retocada por manos expertas y remozada con prolijo esmero, hasta el punto de que no la desdeñase y la aceptase como cosa propia un Mecenas imbuido por el numen dramático de la escena española. Como en todos los tiempos y edades ha habido, y por *in eternum* habrá, próceres magnánimos que dispensan solícita y paternal protección a aquellos que realizan con la magia del arte sus ensueños de vanagloria mundana, no es de extrañar que el conde de Lemos nunca desatendiese al soldado manco de Lepanto y mimase y festejase pródigamente a los hermanos Argensolas. Discúlpese nuestro atrevimiento si nos permitimos interrogarnos: ¿eran una misma comedia «la Confusa» de Cervantes, según aseveración

del interesado la mejor de sus producciones teatrales, y «la Casa confusa» del conde de Lemos, representada ante la corte con extraordinario aplauso?

Siendo esto así, se comprende que el capellán de los duques fuera uno de los Argensolas y que éstos procuraran no cumplimentar sus promesas, pues contaban de antemano con el resquemor de Cervantes. Don José Nieto (1) podría, de haberlo tenido en cuenta, sustentado sobre base firme las siguientes manifestaciones:

«Cuando los Argensolas eligieron a su gusto personal de entre los literatos españoles, por encargo del conde de Lemos, para formar las oficinas de éste y su academia literaria en el virreinato de Nápoles, llevaron a muchos que, aunque ilustrados y dignos, ninguna necesidad tenían de aquella protección, pues había alguno que gozaba de la dignidad y rentas de Arcediano y hasta un obispo electo, y aunque, como era inevitable, quedaron muchos quejosos de no ir a gozar del bienestar y la holganza sobre aquel delicioso país, ninguno con más razón que Cervantes, pues a la circunstancia de amigo de los electores, reunía en mayor grado que ninguno la de literato, que era la única que exigía el Mecenas.»

Nosotros concebimos a Cervantes manejando el sarcasmo bajo la delicada ironía de los versos siguientes, que también han copiado otros comentadores:

«Mandome el del alígero calzado
Que me aprestase y fuese luego á tierra
A dar á los Lupercios un recado,
En que les diese cuenta de la guerra
Temida, y que á venir les persuadiese
Al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.
—Señor, le respondí, si acaso hubiese
Otro que la embajada les llevase
Que más grato á los dos hermanos fuese,
Que yo no soy, sé bien que negociase
Mejor.—Dijo Mercurio: —No te entiendo,
Y has de ir antes que el tiempo más se pase.

(1) «Cervantes y el autor del falso Quijote», páginas 119 y 120.

—Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué, ya si el ir yo no importa,
Puesto que en todo el obedecer pretendo.
Que no sé quién me dice, y quién me exhorta,
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista, corta.
Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera
Ni diera en un tan hondo desatino.
Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas que al partir me hicieron,
Vive Dios que no entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron,
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron (1).

No solamente con éste y otros pasajes del «Viaje al Parnaso» se desquitaría Cervantes en lo que pudiera de la *fraternal amistad* de los Argensolas; creemos que en el Quijote, y desde su primera parte, se contiene una desaforada reticencia contra los hermanos aragoneses. Si a Lope de Vega supo ponerle en la picota del ridículo con aquella terrible insinuación que como elogio final le prodiga en el prólogo de la segunda parte de su obra genial, casi conjeturamos que trató con mayor irreverencia a los tres hermanos Argensolas. Estos eran hijos de la nobilísima familia de los Leonardos, correos mayores de Aragón, por la rama paterna; por la materna, de los Tudela de Argensola. El Padre se llamaba Juan y la madre Aldonza (2). Sabemos que Sancho Panza a Aldonza Lorenzo la ridiculiza de modo extremado ante el propio D. Quijote, portavoz entusiasta de sus blasones, y Cervantes en aquellos versos que tanto dieron que pensar á D. Marcelino Menéndez Pelayo y en el soneto de la señora Oriana a Dulcinea del Toboso, incomprensibles para muchos o para todos. Hasta el apellido es un nombre que forma un anagrama imperfecto de Leonardo y Al-

(1) Repetimos tercetos anteriormente copiados para robustecer aún más nuestro aserto.

(2) «Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín, página 202.

donza. Particularmente Lupercio, que como buen corcovado era sumamente vanidoso y apegado a sus rancios pergaminos, juraría odio eterno a quien entre descomunales alabanzas le disparó a boca de jarro todo lo que más podía herirle, y sin que pudiese pasar desapercibido para el mismo conde de Lemos y para la corte toda, en donde los versos y la prosa cervantinos producirían gran hilaridad. En algunos personajes aparecería en sus semblantes el carmín del bochorno hasta en el período álgido del cierzo inclemente del Guadarrama. Bien se ufanaría Miguel de Cervantes de causar más víctimas con su pluma que con el arcabuz en Lepanto.

Esta manera de zaherir cruelmente a sus adversarios no ha sido bien interpretada por nadie; y en verdad que los contemporáneos de Cervantes callaron como muertos muchos de ellos y sólo Fray Alonso Fernández fué quien procuró con su «Quijote» devolver golpe por golpe, sátira contra sátira y epígrama contra epígrama.

XIV

Abreviando.—Sin derrochar letra de molde.—Ni estatua ni pedestal.—Síntesis mezquina.—"Indicador de varias Crónicas Religiosas y Militares en España".—Historia de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores.—Papas, Cardenales é Inquisidores de la Orden dominicana.

Figuras principales de la Orden dominicana.

Nos vemos en la precisión de abreviar nuestro «Ensayo» y compendiar lo poco que nos falta por decir, en lo tocante a Fray Alonso Fernández: derrochando la letra de molde, concediendo gran amplitud a nuestras gestiones para la busca y captura de pruebas de convicción, adornando nuestros modestos informes con afiligranados retoricismos, erigiríamos con enfadoso y soporífero mamotreto un pedestal innecesario a causa de la carencia de una estatua o grupo alegórico con el cual se elevara y agigantara nuestro cervantismo. Ni estatua ni pedestal se mantendrían firmes e inconmovibles ante la mala fortuna de no haber despertado del mármol vivo de la erudición el vuelo aquilino de la amenidad; ni estatua ni pedestal sabrían revelar ante propios y extraños la labor paciente de «ratones de biblioteca» que persiguen sin tregua ni descanso el dato irrefragable convertido en manjar espiritual. Contentémonos, pues, con una síntesis mezquina, tanto como deficiente ha sido nuestra labor.

Don Juan Pío García y Pérez publicó el año 1899 (1) un interesante libro titulado «Indicador de varias Crónicas Religiosas y

(1) Madrid, Est. Tip. de la Viuda e Hijos de Manuel Tello, calle de San Francisco, 4.—Signatura de la Biblioteca Nacional, piso 1.º, n.º 2.125.

Militares en España». Este nos ha sido muy útil para indagar, de obra en obra descrita, varios pormenores acerca de los dominicos, aunque hayamos tenido la desgracia de no encontrar los que nos eran convenientes para el complemento de la biografía del autor del falso Quijote.

Una de las obras a que nos referimos reza así su portada: «Historia de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores, por D. Francisco Ivan López, obispo de Monopoli, de la dicha Orden— Año 1621, Valladolid, Juan de Rueda, en la calle Samano. (1) Conveniente nos parece, aun apartándose de lo que como principal objetivo perseguimos, extractar a la ligera de la Quinta Parte de aquella Historia las figuras más salientes de la Orden dominicana.

Papas que tuvo la Orden de Predicadores hasta el año 1616: Inocencio V, fray Pedro de Taransia, 1275, seis meses de pontificado; Benedicto XI, fray Nicolás de Trevisio, diez meses de pontificado, 1303, fué envenenado; Pío V, cardenal Gislerio, 1568, seis años de pontificado.

Cardenales que tuvo la misma Orden: Fray Hugo de San Teodorico, borgoñón, 1242 a 1262 en que murió; Fray Anibaldo de Anibaldís, de Roma, 1262 a 1272; Fray Pedro de Taransia, francés, 1274, al año fué electo Pontífice; Fray Roberto Beleviri, inglés, 1268 a 1280; Fray Latino Malagranza, romano, 1278 a 1294; Fray Hugo Bicolmo de Claramonte, francés, le hizo cardenal el Papa Nicolás IV, murió en Roma el 1296; Fray Nicolás de Trevisio, tomó el hábito en Venecia, en 1303 fué nombrado Papa; Fray Nicolás de Prato, 1303 a 1322; Fray Guillén de Marisfeldio, de Conturber (Inglaterra), 1303, murió sin tomar posesión; Fray Gualtero, inglés, 1305 murió, después de 15 meses de obtener el capelo; Fray Tomás Torsio, inglés, 1305 a 1311; Fray Nicolás Faniloro, francés, de Roan, 1305 a 1323; Fray Guillén de Bolena, francés, 1329 a 1341; Fray Gerardo de Santo Adamaro Lemovicense, 1343 a 1345; Eray Juan de Morlandino o Merlandino, francés, 1350 a 1358; Fray Nicolás Roseli, aragonés, 1357 a 1362; Fray Guillén Sudre, francés, 1366 a 1376; Fray Filippo Cuenca, romano, 1328, no se sabe en que año murió; Fray Nicolás Moschino, italiano, 1338 a 1398; Fray Juan Dominico, florenti-

(1) Signatura de la misma Biblioteca, piso 3.° n.° 40.743.

no, 1408 a 1420; Fray Juan Casanova, barcelonés, 1430 a 1446; Fray Juan de Torquemada, español, 1439 a 1468; Fray Tomás Vio, de Gaeta, conocido con el nombre de cardenal Cayetano, 1517 a 1534; Fray García de Loaysa, español, 1530 a 1548; Fray Nicolás de Scombergio, de Suecia, 1535, murió en el mismo año; Fray Juan Alvarez de Toledo, hijo legítimo de los duques de Alba, español, 1538 a 1557, murió en Roma, tomó el hábito en San Esteban de Salamanca donde se trasladaron sus restos; Fray Tomás Badía, lombardo, natural de Módena, 1542 a 1547; Fray Pedro Britano, de Módena, 1551 a 1558; Fray Miguel Gislerio, de Bosco, lugar vecino de Alejandría de la Palla, 1557 a 1566; Fray Miguel Bonelo, de Bosco, 1567 a 1597; Fray Arcángelo Blanco, de Lombardía, 1570 a 1580; Fray Gerónimo Corregio, lombardo, 1586, está enterrado en Santa Sabina, no dice fecha; Fray Gerónimo Xavierre, aragonés, de Zaragoza, 1607 a 1608; Fray Agustín Galaminio, lombardo, no señala fechas, Pablo V le nombró cardenal.

Generales: Santo Domingo, 1215 a 1221; Fray Jordán, tudesco, 1222, celebró 13 capítlos Generales; Fray Raimundo de Peñafort, barcelonés, 1237; el beato Fray Juan de Waldefusen, tudesco, 1241 a 1243; Froy Humberto de Romanes, francés, 1254 a 1263; Fray Juan de Vercelís, de Piamonte, celebró 20 capítulos, murió el 1283; Fray Munio de Zamora, español, 1285 a 1292; Fray Estefano de Bisanzón, francés, natural de Borgoña, 1292 a 1295; Fray Nicolás de Trevisio, italiano, 1296 a 1299; Fray Alberto Chiabari, de Gerona, 1300; Fray Bernardo de Vícico, francés, 1301 a 1304; Fray Almerico Juliano, italiano, natural de Plasencia, 1304 a 1305; Fray Berengario de Salomerio, 1312 a 1318; Fray Hervio Narale, bretón, 1318 a 1324; Fray Bernabé de Vercelís, de Piamonte, 1324 a 1331; Fray Hugo Campano, francés, 1333 a 1341; Fray Gerardo de Santo Adomaro, frncés, 1342, cuatro meses; Fray Pedro de Palma, francés, 1343 a 1346; Fray Guarino de Antisiodoro, francés, 1346 a 1348; Fray Juan Molendino, de Limoges (Francia), 1348 a 1350; Fray Simón de Langres, francés, 1362 a 1389; Fray Helías Mundo de Tolosa, francés, 1367 a 1389, seguía la obediencia del Antipapa Clemente; Fray Andrés Raimundo de Capua, italiano, 1380 a 1389; Fray Tomás de Fermo, de la provincia de Marca de Ancona, murió 1424,

celebró 4 capítulos; Fray Leonardo Nasi, florentino, 1415 a 1426; Fray Bartolomé Theserio, francés, 1446 a 1455; Fray Pedro Roquino, francés, 1450 a 1451; Fray Gindo Flamoquete, francés, 1451; Fray Marcial Auiuelo, francés, 1453 a 1473; Fray Conrado de Asti, piamontés, 1462 a 1465; Fray Leonardo Mansueri, italiano, 1474 a 1480; Fray Saulo Caseta, siciliano, 1483; Fray Bartolomé Comacio, bolonés, 1484 a 1485; Fray Bernabé Saxón, italiano, 1486 a 1487; Fray Joaquín Turriano, italiano, 1487 a 1500; Fray Vicente Bandero de Castilnovo, italiano, 1501 a 1506; Fray Juan Clarec, francés, 1507; Fray Tomás de Vio, natural de Cayeta, 1508 a 1517; Fray García de Loaysa, español, 1518 a 1524; Fray Francísco de Silvestre, de Ferrara, 1525 a 1528; Fray Pablo de Borigela de Pavía, lombardo, 1530 a 1531; Fray Juan de Fenario, francés, 1531 a 1538; Fray Agustín Recuperato, de Faenza, 1539 1540; Fray Alberto Cafasio, español, 1542 a 1544; Fray Francisco Romeo, toscano, 1546 a 1552; Fray Estéfano Vfusmaris, genovés, 1553 a 1557; Fray Vicente Justiniano, genovés, 1558 á 1582; Fray Serafino Cabalí, de Bressa, 1571 a 1580; Fray Pablo Constabile, de Ferrara, 1580 a 1582; Fray Sixto Fabro, toscano, 1583 a 1589; Fray Hipólito María Becaria, piamontés, 1589 a 1600; Fray Jerónimo Jabierre, español, 1601 a 1607; Fray Agustino Galamino, lombardo, 1608 a 1612; Fray Serafino Seco, lombardo, 1612.

Los Inquisidores que tuvo la Orden de Predicadores empezaron con el Santo Patriarca Santo Domingo el año 1216. En 1260 hubo inquisidores de la Orden de San Francisco, durando pocos. El bienaventurado San Benito fundó la primera orden monacal que la Iglesia latina tuvo. Santo Domingo lo fué en Lombardía. San Pedro Mártir lo fué en 1232. Después Pedro de Verona, Pedro Cadireta, Pedro Sillano, compañero de Santo Domingo, Lamberto, Poncio, Rolando de Cremona, Inquisidor de Plasencia, Guillén de Barbano, Roberto, Rorerio Calcano, Pedro de Leodegana, Guillermo Arvalto, Bernardo de Rupeforte, García de Abra, Poncio de Planedas, Raimundo de Peñafort, Terano Guillén, Pedro de Verona, Juan Vicentino, Roberto, Juan Omacha, Pedro Rurnense, Roaldo, Pedro de Tonenes, Pedro de Diaeta, Pagano de Lienzo, Oluselmo, Bernardo de Traveseris, Francisco de Tolosa, Pablo Aquilano, Latino Malabranca Urfino, Horo, Bernardo

Guido, Guillén Militre, Juan Tasqueño, Guillén de París, Durando, Porciano, Hebreo, Rumeo de Burgaigra, Bernardo Putecerios, Juan Coliguerio, Bernardo Dominico, Bernardo de Pinos, Bernardo Simón, Diego Ricardo, Raimundo Oringerio, Arnaldo Burguete, Guillermo Aranon, Mateo Pontimano, Paz de Medano, Lamberto, Bartolomé Ferrariente, Guillén Costor, Conrado, Wenceslao, Juan Crisóstomo, Nicolás Roselio, Juan Aymerico, Nicolás Heymeric, Nicolás Mosquito Characolo, Vicente de Lisboa, Juan Escadelando, Pedro Esteban, Francisco de Sala, Sancho de Bessarán, Pedro de Fonteloporum, Miguel de Segarra, Bernardo Pagués, Juan Dominico, Pedro Fumario, Juan de Santa Justa, Pedro Fumario, Andrés Ros, Tomás de Torquemada, Juan Briscatores, Pedro Cantor, Manfredo, Enrique de Confuencia, Pedro Murta, Arnaldo Corts, Nicolás Lauciera, Bartolomé Lapacio, Anogado, Jacobo Grimalio, Cristóbal Gavilés, Miguel Gust, Diego San Juan, Juan Conde, Juan Caso, Felipe Barberio, Rafael García, Martín de San Angel, Juan Gerardo, Pedro Solano, Gregorio Heyece, Nicolás Grunech, Matías Conrado, Dionisio de Cracovia, Alberto de Lancicia, Bartolomé Cervería, Luis Pisano, Cristóbal Tholomei, Antonio Bocio, Pedro Borent, Francisco Vidal, Francicco Pinedo, Nicolás Merola, Jorge de Polonia, Diego Porcel, Guillén Casellas, Gonzalo Caseta, Jacobo Meda, Reginaldo Montero, Henrico Institoris, Gerardo Eltemt, Matías Flon, Juan Franco de Zaragoza, Alonso Ojeda, Miguel Murillo, Juan de San Martín, Tomás de Torquemada, Juan de Santispiritus, Alonso de San Cebrián, Pedro de Ocaña, Juan de Santo Domingo, Pedro Martínez, Rodrigo Segarra, Bernardo de Santa María, Cristóbal Bálbez, Guillén Caselas. En doscientos treinta años todos cuantos inquisidores tuvieron los Reinos de Aragón, Valencia y el Principado de Cataluña fueron frailes de esta Orden: Alonso de San Cebrián, Bartolomé Ferral, Pedro de Valladolid, Juan de San Martín, Juan de Epila, Pedro de Ocaña, Juan de Yarca, Hernando de Santo Domingo, Gaspar Inglat, Pedro Arbués, Juan Colimela, Juan de Ortí, Miguel de Monterrubio, Diego Madaleno de Toro, Domingo de León, Juan Navardo, Jacobo Espiengerio, Mateo Ortiz, Angelo de Verona, Diego de Deza, Pedro de Mendoza, Antonio Amaga, Pascual Jordán, Juan Advocato, Estanislao de Pavidono, Alberto Plocense, Juan Enguera

(confesor del rey hasta 1513, que murió), Juan Paúl, Antonio Casalense, Juan Tescelio, Félix de Cracovia, Raimundo de Tolosa Mateo Ori (el año (1) séptimo del pontificado de Clemente VII. (1541), Juan Pérez de Sayabedra, embajador de su propia autoridad, fingiendo letras y comisión del Papa, inirodujo el Santo Oficio de la Inquisición en Portugal. Y aunque se descubrió la invención y fué castigada, como la obra de suyo era santa y en gran beneficio de aquel reino, el Rey don Juan suplicó al Papa que lo que había sido invención de un hombre perdido se continuase con orden de Su Santidad, y que el tribunal fuese a la manera que el Inquisidor Fray Tomás de Torquemada la había concertado en Castilla), Jorge de Santiago, Cardenales por primera vez; Juan de Toledo, Juan Cayetano Urfino, Latino Malabranca, Domingo Malacomo, Pablo Sarbinio, Jerónimo Cira (confesor del Rey), Cardenal García Loaysa, Titalmón Seberguense, Clemente Ara nio, Cardenal de la Minerva, Miguel Gislerio, Antonio Justiniano, Mateo Ori, Esconfet, Antonio Grofopto, Bernardo Berriardi, Melchor Mofsicen, Cipriano Uberi, Gerónimo de Oleastro, Emanuel de la Vega, Gisberto Spequio, Cosme Mortullas, Luis de Aliaga (confesor de Felipe III y de su Consejo de Estado), Emanuel Coello.

---

(1) Pág. 82 y vuelta.

XV

En la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional.—Obras interesantes.—Resultado negativo.—Pugna y rivalidad de las comunidades religiosas.—El maestro Fr. Francisco de Vitoria.—Historia de la Diócesis de Sigüenza y de sus obispos.—El oficio de cervantista.—Nuestro agradecimiento al Sr. Rodríguez Marín.—Fuentes de información.—Sobre la biografía de Fray Alonso Fernández.

Bibliografía dominica.

En la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional nos ha ocurrido un singular contratiempo. Después de haber invertido bastantes días manejando infructuosamente todos los libros que al final de este capítulo se detallan, pues en algunos de ellos hasta se ha hecho desaparecer toda huella o rastro de Fray Alonso Fernández, y no ignorando que en la sección de que hablábamos figuraba una bien documentada «Genealogía de los del apellido Fernández» (1), tomamos nota del catálogo correspondiente, llenamos nuestra papeleta y la entregamos al funcionario encargado de prestarnos atención. Lejos de nuestro ánimo toda idea de malquerencia, reñida con nuestro carácter franco y espontáneo; pero necesitamos insistir sobre la conveniencia de que la Superioridad vigile con mayor celo a quienes se les ha confiado el cuidado de servir y atender al público en la Biblioteca Nacional. Esta excitación se circunscribe, por tanto, a que sabiendo el público que existe catalogada una obra con su debida signatura, no se alegue, como se nos manifestó con cierto desabrimiento, que de dicho centro fal-

(1) Signatura: Y, 39.

taba desde el año 1874. No hemos formulado reclamación alguna por no querer perjudicar a quien únicamente nos desatendió en dicha pretensión, aunque fuera la más importante y transcendental en nuestras pesquisas; ni habremos nunca más de ocuparnos de asunto que hemos incorporado al archivo de los abusos enfadosos e irremediables. Punto final, pues, acerca de este incidente.

La «Genealogía de los del apellido Fernández», no hallada, nos hubiera puesto en antecedentes de muchas ramas y entronques acerca de los Fernández de Córdoba, parientes propincuos del gran don Gonzalo, mejor conocido por el sobrenombre de «El Gran Capitán», y del cual otro religioso (1) escritor, Alonso Fernández, no nuestro supuesto autor del falso Quijote, hizo cumplidísimo elogio en una obra de la que habla don Antonio Rodríguez Villa, de la Real Academia de la Historia, en las «Crónicas del Gran Capitán» (2) en la página XII de la *Introducción*, de esta forma: «*Historia Parthenopea, dirigida al Ilustrtssimo y muy reverendíssimo señor Don Bernaldino de Carvaial, Cardenal de Santa Cruz*, compuesta por el muy eloquente varon Alonso Hernández (3), clérigo hispalensis, prothonotario de la Santa Sede apostólica, dedicada en loor del Ilustríssimo señor don Gonzalo Hernández de Córdova, duque de Terranova, Gran Capitán de los muy altos Reyes de Spaña».—«Fué impresa en Roma en 1516».

En la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional existe, con la signatura T-211, un «Extracto de la historia Parthenopea o hechos del Gran Capitán, «del mismo Alonso Fernández, que contiene curiosas ilustraciones, en nada afectas a nuestro «Ensayo».

Como el autor del Quijote vilipendiado era natural de Plasencia, provincia de Cáceres, y no de Andalucía, hemos tenido especial interés en escudriñar e indagar sobre algunos manuscritos, interesantes del mismo modo, existentes en la Biblioteca Nacional. Sin embar-

---

(1) Véase la página 220, columna 3.ª, del tomo 8.º del «Diccionario Hispano Americano» de Montaner y Simón, que contiene la biografía de este presbítero sevillano, incluído en el «Catálogo de Autoridades de la lengua», publicado por la Academia de la Historia, por su «Historia Pathernopea» que más adelante se cita. Fu muy anterior á Cervantes.

(2) Madrid, Librería Editorial de Bailly-Baillière e Hijos, Plaza de Santa Ana número 10; 1908.

(3) Todos los Hernández son Fernández en realidad.

go, nos encontramos con las manos vacías después de haber hojeado febril y rápidamente los manuscritos de Alonso Fernández, Arcediano de Alcor en los que figuran descritas «noticias sacadas de su Historia Plasentina por Don Nicolás Antonio» (1); los manuscritos en que se describen puntualmente las «Executorias originales de los del apellido Fernández de Cáceres y Olga, vecinos de Cáceres, año 1644» (2), la «Fidalguía original de los del apellido Fernández Cantero, año 1491, por los Reyes Católicos» (3), la «Casa y Genealogía de Fernández de Córdoba, Duque de Sessa» (4) y el interesante libro de Alonso Fernández de Mesa, compendio de la carta circular, etc. de Juan II, en el cual se citaban «todas las cartas, privilegios, alcaldes, &, que no estuviesen registrados en dicho libro fuesen llevados ante el Rey.»

El mismo negativo resultado hemos obtenido con el examen de la importante obra «Historia general de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores», «del dominico Fray Hernando del Castillo (5), cuyos cinco tomos ofrecen grandes claros respecto a lo que tratamos de desentrañar; de la «Historia general de la Orden de Predicadores», de Fray Tomás Maluenda, y de «La Orden de Predicadores», etc. del P. Ramón Martínez Vigil (6).

Tampoco nos han sacado de dudas la «Obligación que tenemos los fieles a reverenciar los santos ángeles de nuestra guarda», de Pedro Fernández de Ovalle; ni los «Estudios y observaciones geológicas de parte de la provincia de Badajoz y de las de Sevilla, Toledo y Ciudad Real», de don Francisco de Luxán, publicados en las memorias de la Academia de Ciencias»; ni el «Elogio histórico del Doctor Benito Arias de Montano», leído en la Real Academia por Don Tomás González Carvajal (Memorias de la Academia de la Historia, 1832, tomo 7.°)

Por el contrario, en lo tocante a la pugna y rivalidades de las comunidades religiosas respecto a disquisiciones teológicas unas veces, de materias litúrgicas otras, bien merecen ser señaladas

(1) Signatura de la Biblioteca Nacional: T.—179.
(2) Idem, ídem, ídem: Y.—134.
(3) Idem, ídem, ídem: X.—123.
(4) Dos signaturas de la misma Biblioteca: Y.—86, 87 e Y.—40.
(5) Obra citada en el cap. VIII, pág. 135.
(6) Esta obra la citamos en el cap. IV, pág. 66.

con piedra blanca dos obras que son dos *capolaboro* de reconocida utilidad. La una se titula «*El Maestro Fr. Francisco de Vitoria* y el Renacimiento filosófico teológico del siglo XVI» (1) y es autor de dicha obra el sabio dominico Fray Luis G. Alonso Getino, el cual de una manera inconcebible ha reflejado en ella su portentosa erudición, la que, a su vez, nos ha suministrado nuevos materiales para nuestro incompleto estudio; la otra es la «Historia de la Diócesis de Sigüenza y de sus Obispos», verdadero monumento del saber ascético que tan en la cúspide de los conocimientos humanos coloca a su autor el Reverendo Padre Agustino Fray Toribio Minguella y Arnedo, correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Citaremos algunas de las obras que figuran en la primera de las que acabamos de indicar: «Reseña biográfica», del Sr. Hinojosa, de la Real Academia de la Historia; «Obras sobre los escritores dominicos», de los franceses Quétif y Echard; «Historia del Convento de San Esteban de Salamanca», de Araya (mss); «Libros de Claustros»; de la Universidad de Salamanca; «Actas de los Capítulos Generales», del P. Reicheret; «Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España», del P. Astrain; «Opera Erasmi», de Lugduni; «Luis Vives y la filosofía del Renacimiento», de Don Adolfo Bonilla San Martín; «Historia de Felipe II», de don Luis Cabrera; «Historia de la Vida y Hechos del Emperador Carlos V», por el Obispo de Pamplona don Prudencio Sandoval; «Archivo general de Indias»; «Documentos relativos al descubrimiento de América», bajo la dirección de don Joaquín Pacheco; «Liber in Pseudo-Dialecticos», de Luis Vives; «Ambrosio de Morales, Estudio biográfico», de don Enrique Redel»; «Libro de Juramentos»; «Refranes y Proverbios en romance», de León de Castro; «Nomenclator Litterarius», de Hurter; «Historia de S. Esteban», por el P. Fernández; «Memoria de la Universidad de Salamanca»; «Historia de Salamanca», de Dorado, y «Teatro Eclesiástico de

(1) Madrid, Tipografía de la «Rev. de Arch., Bibl. y Museos», 1914.

Al fin del prólogo, págs. VII y VIII, se hace constar que el convento de San Esteban de Salamanca fué el más glorioso de la Orden Dominicana desde que lo habitó Vitoria y que entre los profesores o hijos de este convento estaba comprendido Pedro Fernández, el mismo fraile dominico, sin duda, que compuso y suscribió el soneto *presentador* del falso Quijote.

las Ciudades e Iglesias Catedrales de España», de Gil González Dávila.

Además de este acarreo de ilustraciones dominicas, en la obra del P. Alonso Getino se corrobora nuestro aserto (1) de ser el latín la lengua oficial y elegante por los tiempos del Maestro dominico Fray Francisco de Vitoria y en tiempos posteriores siendo un «abuso de de mayor cuantía» el de hablar castellano en las clases y que hubo de atajarse «con disposiciones enérgicas, dignas de encomio y comentario». Con tal motivo se extiende el autor en curiosas referencias, que copiaríamos íntegras al tener espacio para ello (2).

En los tres volúmenes que comprende la obra del agustino Minguella podrá ilustrarse mucho quien pretenda conocer muy al detalle las biografías de bastantes religiosos de la época de Cervantes. Huelga decir que su sabio autor ha consultado con detenimiento el «Theatro de las Iglesias Metropolitanas y Catedrales de las dos Castillas», del Maestro Gil González Dávila; el «Nuevo catálogo de los Obispos de Sigüenza, epílogo de sus más memorables acciones y de los sucesos seglares màs señalados en el Obispado», de D. Diego Sánchez Portacarrero; el «Catalatto Seguntino, serie de Pontífices y Anales diocesanos», de D. José Renales Carrascal; el «Aphabetum Agustinianum», del agustino Fray Tomás Herrera; la «España Sagrada», del padre agustino Flórez; la «Historia Eclesiástica de España», de D. Vicente Lafuente, y los «Estudios de historia y arte. La Catedral de Sigüenza», de D. Manuel Pérez Villamil.

El oficio de Cervantista, y de cervantista encargado de velar por la integridad y certidumbre del espíritu religioso del tiempo del ingenio complutense, que tan activa parte desempeñara en los móviles de la creación inmortal y aun en la del suplantador tarra-

---

(1) Aserto impuesto por nuestros catedráticos de «Retórica» y «Literatura general», señores D. Narciso Campillo y D. Pedro Juste, que convenían, al hablar de la evolución del romance, «en tal extremo, en el cual estan contestes unos y otros autores y críticos literarios.»

(2) Se dispuso: «*que el catedrático que hable romance sea multado y no se le cuenten las lecciones, y así mismo los estudiantes sean multados en dos reales, uno para el alguacil y otro para el hospital y que ninguno pase de gramática á otra ciencia sin ser examinado por las personas que se disputaren* (Obra citada, pág. 80).

conense, ha de relacionarse forzosamente con la mayoría de las obras religiosas que representen con fidelidad aquella época. Por consiguiente, para profundizar en la materia que nosotros hemos *abocetado*, por falta de salud y de dinero, muy conveniente ha de ser estudiar a los Torres Villegas, Ch. Dreys, José Pellicer, Gregorio Mayans, Mariano Suárez, Morgado, Zúñiga, José Arguleta, Chantos, Padre Roberto Muñiz, Colmenares, Román Andrés de la Pastora, Padre Ch. Cahier, Fernando de la Vera e Isla, Padre Juan Marieta, (1) Padre Tomás Rodríguez, Padre Ildefonso Guepin, Covarrubias, Cardeña, Antonio Benavides y Navarrete, Loperráez, Juan Espinosa, Pedro Fernández del Pulgar, Juan Martín Carramolino, Alonso Núñez de Castro, Luis Salazar y Castro, Pedro González Mendoza, Antonio de Lorca, Juan Gômez de Bravo, Frutos Patón de Ayala, Padre Pedro Godoy, (2) Padre Tomás Carbonel, (3) Juan Catalina García, Carlos Ramón Fort y Pazos, Francisco Ruiz de Vergara, José de Rojas y Contreras, Padre Felipe Colombo, Francisco Ignacio de Porres, Mariano Juárez, José Julio la Fuente, etc., etc.

El Sr. Rodríguez Marín, director de la Biblioteca Nacional (4) el Sr. D. Lorenzo Ajejas y algún otro funcionario del mismo centro docente, nos han facilitado varias fuentes de información, entre las cuales hemos de mencionar las que siguen: Jean de Rechac, «Vies de saint Domenique et des ses premiers compagnes»; Ludovic Cabezas, «Annales ordinis Prœdicatorem»; Leandro Albert, «De viris illustribus ord. Prœd.»; Antonio Senen, Chronica F. Prœdicatorum»; Vicente María Fontana, «Monumenta Dominicana, Theatrum Dominicanum, et Constitutio, Declaration; et ordination, Capitolorum General, ord. Prœd.; «Seraph. Razzi, «Vit. de Primi sancti et beati del ord. di Prœd. et Istoria de gli Huo-

(1) De la Orden de Predicadores.

(2) De la Orden de Predicadores.

(3) Aunque infligimos algunas recriminaciones en público contra dicha institución, debemos apartar de toda responsabilidad moral y material a dicho citado señor, al cual nunca hemos recurrido en privado en las pocas ocasiones que, durante su digna y acertada gestión, nos hemos hallado con ciertas deficiencias en el servicio bibliotecario. Aun habiendo éste mejorado de notable manera, todavía, siendo excelente, cabe perfeccionarlo más.

(4) Signatura de la Biblioteca Nacional: piso 3.º, núms. 17.273-4.

mini illustri del ord. de Prœe.» etc.; Jean Baptiste Feuillet y Thomas Souéges, «Année Dominicaine»; Hermant, «Histoire des ordres religieux»; Agustín Calmet. «Dictionnaire Historique, Critique, Chronologique, Geographique et Litteral de la Bible, Enrichi d'un grand nombre de figures en taille doux, qui représentent les Antiquités Judaiques; (1) Fray Jaime Baron, Tercera Orden Cherubica, Milicia de Jesv. Christo ó penitencia de Santo Domingo: su origen ó fundación; sus frutos; regla y modo de santidad», etc. (1); Fray Francisco Diago, «Historia de la provincia de Aragón de la Orden de Predicadores, desde su origen hasta 1600»; Fray Juan de la Cruz, «Crónica de la Orden de Predicadores, de su principio y suceso hasta nuestra edad y de la vida de Santo Domingo y de los santos y varones memorables que en ella florecieron», etc., etc.

Todo cuanto queda dicho es menester y preciso para darse cuenta con *textos vivos* de los comprobantes que han de reunirse para despojar de las sombras que rodean a la biografía de Fray Alonso Fernández, autor del Quijote difamado, y del que tan solo nos resta decir cuanto el curioso y paciente lector podrá leer y analizar en el siguiente y último capítulo de esta parte de nuestro «Ensayo».

(1) Signatura de la Biblioteca Nacional: piso 3.°, n.° 12.175.

XVI

Sistema desacreditado.—Influencia del cotejador en las obras del cotejado.—Tentación irresistible.—Prólogo de la "Historia eclesiástica de nuestros tiempos".—Su estilo vigoroso.—Su riqueza de colorido,—Coincidencia de su personalidad literaria con el "Quijote„ vilipendiado,—Alarde de sapiencia.—Cómo finaliza la "Historia eclesiástica.—Lista de autores latinos, españoles, italianos y portugueses.

Cotejo interesante.

Aunque se halle muy desacreditado el sistema de cotejar unas obras con otras, de un mismo autor, porque en tal caso más interviene la exuberante imaginación del cotejador que las ideas más afines del cotejado. no podemos resistirnos a la tentación de trasladar a estas cuartillas el prólogo que puso Fray Alonso Fernández a su celebrada obra «Historia eclesiástica de nuestros tiempos», de la cual se hicieron varias reimpresiones.

En el citado prólogo, vigoroso de estilo y rico de colorido, se acusa la personalidad del escritor sagrado como se acusa, al través de su desenfadado materialismo, en el Quijote anatematizado. La imágen retórica con que da principio y parafrasea el alma mater de sus propósitos no es un vano alarde de sapiencia y escogidas lecturas, pues al final de la obra citada incluye, complacido de su saber, una larga lista de autores latinos, españoles, italianos y portugueses, que reproducimos asimismo, muchos de los cuales hemos hojeado con la rapidez del vértigo.

Prólogo al lector y argumento a toda la historia.

Refiere Valerio Máximo de Cornelia, Madre de los Gracos, en valor y elocuencia tan insignes, que hospedó a una mujer de la pro-

vincia de Campania, la cual, por vanidad, o por paga del hospedaje, quiso mostrarles todas sus joyas, y galas, que al uso de aquellos tiempos las tenía riquísimas. Entretuvo la Cornelia mientras le hacía la reseña, hasta que llegaron sus hijos que venían del estudio, y mostrándoselos les dijo: «*Hec ornamenta mea sunt*». Como tu has hecho muestra de tus aderezos, y adornos, quiero yo hacerla de los mios: estas son mis galas y los atavios con que me honro. Sentencia de mujer tan sabia como ella era. Al tiempo pues que la impiedad de herejías, y idolatrías hacía grande ostentación en el mundo de sus vanos aderezos, de sus engañosos bienes, y momentáneas prosperidades; entonzes la Iglesia nuestra madre hace muestras de sus valerosos hijos, é ilustres hijos, que son sus preciosos, y ricos atavíos. San Juan vió (1) a esta Babilonia, madre de todas las torpezas, muy adornada, vestida de púrpura, enjoyada de piedras preciosas, y cargada de riquezas. Traía una taza de oro en sus manos, llena del vino de abominación y suciedad de sus gustos. Brindaba a los reyes, y príncipes de la tierra, siguiéndola todos, embriagados todos de su torpe bevida, y ella entonces bebía la sangre á los santos, y mártires de Jesu-Cristo. Cuando tantas naciones, tantos Reinos y Provincias se descuelgan tras ésta tan galana romera, deslumbrados y ciegos con la apariencia de lectura y gusto exterior, trás de la libertad, y licencia amplia, que Lutero, Calvino, y los demás Heresiarcas de nuestros tiempos pregonaban en el mundo entonces nuestra madre la Iglesia hace alarde de sus heróicos hijos, que ellos son sus ornamentos, y galas, como Isaías lo dijo (1). Así la había visto David, entronizada y favorecida, puesta á la diestra de Dios, adornada de bizarros, y lucidos hijos de diversos estados, los cuales, unos con su fervorosa predicación, otros con el valor de sus brazos, haziendo á sangre y fuego guerra á esta Babilonia, la han contrastado y vencido. Derribaron esta torre de Babel, y sus quimeras, tanta variedad de idolatrías y herejías, y esto con tan invencible denuedo, y fortaleza, que aunque murieron en la demanda grande número de sus ilustres hijos, triunfaron gloriosamente de ellas con palma de martirio. Por esta razón es bien que se manifieste al mundo su valor y se celebren y canten sus heroicas victorias. De la suerte que los de Lacedemo-

(1) Apoc. 17.

nia, quando emprendían las batallas, hazían sacrificio á las Musas diosas de las ciencias, para que inspirasen á los oradores, á celebrar con elegancia y estilo retórico sus gloriosos hechos, y las excelentes hazañas que contra sus enemigos acabasen. Así conviene que se digan y pregonen las que los verdaderos hijos de tal madre, de quien ella se precia y honra, teniendolos por su gala y vizarría, en tan innumerables y diferentes naciones, han emprendido. Ese es el motivo que he tenido en sacar á luz estos borrones, para que no se olviden, ni caigan de la memoria tan calificados seavicios, lo mucho que han trabado y trabajan, así por la sedución de los engañados hereges, y conservación de los Católicos, como por la conversión de los Gentiles. También para que se animen otros hijos de la Iglesia, á emprender con valor y ánimo intrépido semejantes proezas, viendo tantos ejemplos de gloriosos triunfos en sûs hermanos, y en los de su profesión y hábito. Asi me he resuelto referir (con el divino favor) cosas muy notables de nuestros tiempos, no solo de las Religiones, sino del estado Eclesiástico, que en orden á esto en autores graves he hallado. Confieso que el asunto excede los límites de mi pobre caudal, por no igualar á tan divina empresa: y que mi humilde estilo y cortas palabras quedarían muy atrás á la grandeza de los hechos que los varones Apostólicos han obrado. Los quales á honra y gloria de Dios efectuaron milagrosas hazañas, dignas de inmortal renombre, convirtiendo á nuestra santa Fé, amplísimas y estendidas naciones, inclinando con su ejemplo, palabras, y predicación los corazones y ánimos idómitos de los Gentiles á la obediencia, y suave yugo de la ley de Cristo. Han reparado la Religión Católica, que en muchas Provincias estaba por tierra, todo esto en las unas, y otras naciones con tanto fervor de espíritu, que innumerables de ellos en estas gloriosas conquistas, han derramado su sangre, padeciendo ilustrísimos martirios. Por lo qual no seran fueran de propósito en un rasguño, ó cifra dar á entender parte de lo mucho que se les deve. Quanto haya padecido el estado Eclesiástico, Canónigos, Doctores Católicos en Alemania, Inglaterra, y otras partes en estos días, por conservar nuestra Religión, y plantarla donde no la havía, no se puede dignamente referir. De los Padres de Nuestra Señora del Carmen, y de nuestro glorioso Padre San Agustín no hay suficiencia para ponderar lo mucho que han servido, y sirven á la

Iglesia: así reduciendo hereges, como trayendo idólatras al bautismo. Los Padres Carmelitas descalzos ya se sabe el fruto que en la Etiopía han hecho, en el Reyno de Congo. Los religiosos de San Agustín fueron los primeros que llevaron el santo Evangelio á las islas de Luzón, adonde han hecho, y hacen abundantísimos frutos, son los segundos que entraron en la gran China con fervorosos deseos de predicar la ley de Cristo señor nuestro, y lo mismo hacen en el reino de Persia. Ellos son los que cada día con el ejemplo de su vida, su espíritu, y doctrina, traen, y reduzen nuevos hijos á la Iglesia. De los padres de la Compañía, quanto hayan ayudado á las demás Religiones, quanta reformación hayan hecho con sus escuelas de humanidad, y gramática, junto con las buenas costumbres que enseñan; así en Alemania, y Septentrión, como en otras partes: no se puede referir sin quedar muy corta la relación. Ellos dieron noticias del Evangelio en el remotísimo Imperio del Japón, siendo los primeros que allí entraron: y han hecho copioso fruto en la República Cristiana, con la frecuencia de los Sacramentos. Los religiosísimos Padres de nuestro Seráfico Patriarca san Francisco, en todas las ocasiones que la Iglesia ha tenido necesidad, le han servido maravillosamente. En nuestros tiempos contra los hereges de Francia, Alemania, Flandes y Inglaterra, han hecho admirables hazañas, y padecidos gloriosos martirios (como se dirá) mostrando bien ser hijos de tal padre, herederos de su espíritu, caridad y celo del bien de las almas. Ellos fueron los primeros que llevaron el sagrado Evangelio á la nueva España, entrando dos años antes que sus hermanos los hijos de Santo Domingo, adonde le promulgaron con tan crecido, y milagroso fruto, que hay historiadores graves que dizen, que solo un Religioso de esta Orden, en un día bautizó siete mil Indios. Y otro que en diversos tiempos bautizó cuatrocientas mil personas. De doce compañeros que llevó el santo fray Martín de Valencia, ninguno huvo que no bautizase más de cien mil Indios. Es esta Seráfica Religión privilegiada con singular favor, pues le dió Dios la guardia y custodia de quien lo fué de su soberano cuerpo, que es su santo Sepulcro. Solo ella (por lo menos de las Religiones Latinas, sugetas á la santa madre Iglesia Romana) es escogida entre las demás: para que allí donde Dios nuestro Señor nació, trató, predicó, murió y resucitó, le sirva y haga estado esta Religión de

Serafines, que conviene que en tierra santa que es cielo, sean ellas los moradores. De los Padres de la Orden de Predicadores havía mucho que tocar á este propósito.

Ellos fueron los primeros que predicaron el santo Evangelio a los Tártaros, y en los amplísimos Reynos del Perú: adonde hizieron innumerables conversiones de idólatras. La primera religión que entró a predicar el sagrado Evangelio en la gran China, como en su lugar, con autores de otras religiones se prueva. En las islas de Luzón, o Filipinas, demás de las muchas Provincias que se han encargado, a ellos se sometió el Catecismo y conversión de los Chinos, y sus Iglesias en Manila, y tienen el día de hoy grande número de bautizadados. El sumo Pontífice Inocencio IV en Asís el año segundo de su Pontificado, escrive un breve lleno de favores y privilegios, a los religiosos de nuestro padre Santo Domingo, que estaba predicando la fe, a cualquiera de los Moros, Paganos, Griegos, Ungaros. Cumanas, Etiopes, Siros, Hiberos, Allanos, Gazaros, Gochos, Armenios, Indios, Tártaros y otras naciones Orientales. El glorioso San Vicente Ferrer en una epístola que escrivió al sumo Pontífice Benedicto XIII, prueba con demostratración, que los religiosos de S. Domingo han promulgado el Evangelio, a todas las naciones del mundo de que había noticia. Experiencia se ha tenido que quando los Romanos Pontífices mostraban gusto fuesen a predicar la fe de Cristo a alguna remota nación, se ofrecían y salían tantos, que si a todos se les diera licencia, quedara la Orden desierta. Aconteció, que proponiéndose en los Capítulos generales el ir a predicar a infieles, todos se postraban pidiendo la bendición para caminar a ella. Quanto hayan padecido predicándoles, por esto solo se podrá conocer algo de lo mucho que hicieron: pues solos discípulos de San Jacinto, a quien en Polonia havía dado el hábito, martirizaron los Tártaros en Sandomira setenta de ellos, año de 1260. Los quales están beatificados, como los demás seglares que con ellos padecieron: y se reza de ellos el día de su muerte a dos de Junio, con autoridad del Papa Alejandro IV, como lo refiere Martín Chromero y otros autores. No ha sido menor su favor y espíritu en hacer guerra y oponerse á los cismáticos y hereges. Con manifiesto peligro de su vida resistieron á la potencia del Emperador Ludovico de Baviera, que era cismático, cuitándole como á excomulgado, y guardando solo

ellos el entredicho en las tierras del Imperio: por lo cual determinó el Emperador pasar á cuchillo á todos los Padres de un Capítulo general, congregado en Colonia: y sin duda lo efectuara, si Dios nuestro Señor no lo descubriera y atajara. No paró ahí la persecución del Emperador, sino que les hizo desterrar de las ciudadés de Luca, Pisa, Viterbo y otras de Italia, que seguían su parcialidad y cisma contra el Pontífice. Lo mismo les aconteció en tiempos de Federico y de su hijo Conrado, siendo por la misma causa desterrados de otras ciudades. Sirvieron mucho á la Iglesia en el Concilio de Constancia, disputando y convenciendo los heresiarcas que quemó el santo Concilio: y trabajó tanto el Cardenal fray Juan Dominico de esta Religión con el Emperador Segismundo, por quitar el cisma de los tres Pontífices que havía (siendo consultado San Vicente Ferrer de los santos Padres del Concilio para esto) que se consiguió lo que todos deseaban. En tiempos de Julio II, solo ellos bastaron para disolver el Conciliábulo de Pisa, de Pisa, de Cardenales y Prelados que se habían juntado contra el Pontífice, muy favorecidos del Rey de Francia. Contra la herética *prauedad* siempre han hecho y hazen oficio de Inquisidores desde el principio de la Orden, siendo el primer Inquisidor que tuvo este título y oficio nuestro padre Santo Domingo, como consta de bula del Pontífice Sixto Quinto, en el año primero de su Pontificado, en que manda rezar doble la fiesta de San Pedro Mártir, de la Orden de Santo Domingo (dize) el primer Inquisidor que huvo, á quien dieron ese oficio Inocencio Tercero y Honorio Tercero. Fueron enviados del Pontífice Gregorio Nono, que trató á nuestro glorioso Padre, y le canonizó, por toda Italia, Francia y Alemania con ese santo Oficio. El qual ejercitaron tan valerosamente, y con tanta destreza, quemando innumerables hereges, que pusieron tanto miedo á los demás, que no osaba descubrirle alguno. En Bohemia fueron tanto lo que se señalaron contra los Husitas hereges, que dize Juan Cocleo autor grave, en la historia de los Husitas, que porque los padres de Santo Domingo les hacen cruel guerra intrépidamente contra sus errores, fueron sus Conventos los primeros que derribaron, y los Religiosos los primeros que martirizaron. Esto mismo se refirió en plena congregación del santo Concilio Florentino en tiempo de Eugenio quarto, como lo refiere Leonardo de Utino, que se halló en el. Finalmente los pri-

meros que se opusieron á Martín Lutero, fijando conclusiones contra sus perversas doctrinas y convenciendo sus errores, así en Cátedras, como en Púlpitos, fueron maestros de esta Orden, señalándose aventajadamente cinco, ó seis padres maestros de aquel tiempo. Después acá siempre le han hecho y hazen con sus escritos contínua guerra. Ellos son los que en Polonia, Francia y otras muchas partes han sustentado y sustentan la Keligión Católica, con sus sermones, escritos y disputas: y han destruído las heregías, muriendo en la demanda innumerables, como se dirá en su lugar. En premio de tan gloriosos, honrosos trabajos y triunfos: el Romano Pontífice, Vicario de Dios nuestro señor, en la cabeza del mundo Roma, les ha honrado y engrandecido, vinculándoles dos tan eminentes dignidades, como es el oficio de Comisario general de la Inquisición, y el Magisterio y Cátedra del Palacio sacro. Estas es el contraste y piedra del toque que examinan las doctrinas que saben, como se vió en las de Lutero y otras. Con esto conocerá el mundo la estima y precio que la Iglesia tiene, de los importantes servicios que esta Religión le haze. Estos Apostólicos varones, de todas las Religiones son los hijos ilustres de la Iglesia, de que ella se precia, la gala, honra y gloria de tal madre, los galanos atavíos y lucidos ornamentos con que se adorna. De ellos trataré en este libro de los tiempos presentes, si en algunas cosas faltare, que no serán menos que en muchas, siendo el sujeto y materia tan excelente, admítase mi buen deseo de acertar, que en cosas grandes eso dijo Propercio, que bastaba «In magnis voluisse fat est». En lo que no habrá falta, será en el tratar la verdad, arrimándome á los autores más graves y auténticos, que tratan de tan varias y diferentes materias y naciones, como se podrán ver, pues á la margen de cada capítulo van fielmente citados los autores que en esa parte sigo. Si á alguno le pareciere me he olvidado de cosas singulares y de consideración. Le pido me avise quales sean, y dándome autoridad de historia, se podrán fácilmente sacar en otra impresión. He procurado que el estilo sea muy conciso y narrativo, para que así se puedan referir muchas cosas volumen. Como no trato más que de nuestros tiempos, y en ellos las Religiones mendicantes se han aventajado contra los hereges, y en propagar la Fe por el Oriente y Occidente (aunque también la Orden de Nuestra Señora ha ayudado su parte en el nuevo

mundo) no hago mención de las otras sagradas Religiones Monacales, que con ilustres sujetos hermosean la Iglesia. Ellas convirtieron muchas naciones, principalmente la de nuestro glorioso padre San Benito (como Tomás Bozio refiere) amplificaron la fe de Cristo en Alemania, Inglaterra, Flandes, Ninamarca, Noruega, Suevia, Hungría y Polonia. Y por los monges de San Basilio, Bohemia, Vulgaria, Croacia, Servia, Bofna, Esclavonia y los Camaldulenses en Ruthia y los confines de Polonia. Los canónigos seglares de San Agustín, y los monges Cistercienses en Livonia. También el mismo autor trata de la propagación del sagrado Evangelio: desde el tiempo de los Apóstoles, hasta nuestros tiempos. Y el Maestro fray Tomás de Malvenda, de la Orden de nuestro padre Santo Domingo, en su libro de Anticristo. Pero quien con erudición y curiosidad notable, grave y elegante estilo trata de esto, es el padre Maestro fray Juan de la Puente de la misma Orden, Cronista de la Majestad Católica, Calificador de la Inquisición, hijo del ilustre Convento de San Pablo de Valladolid, y honra de aquella célebre casa, y de toda nuestra sagrada Religión, en su primero tomo que saca á luz de su Monarquía Católica de España, en el libro 2, cap. 35, &c. Al qual después de haber gastado veinte años en ejercicios escolásticos, regentan de Cátedras de Teología, con las ventajas que todo el mundo reconoce, le hizo el Rey nuestro señor Felipe III Cronista suyo. Para cumplir con la obligación de su oficio, saca á luz estos ricos trabajos, muy superiores á los que se han visto en estas, ni otras naciones. Funda tan doctamente, y con estilo tan apacible, sus intentos, que todos los hombres doctos y estudiosos, verán lo mucho que le debe esta nación, y lo poco que yo digo, respecto de la grandeza del sujeto, á el me remito. Así se podrá ver entre otras muchas cosas esto. El asunto de esta mi historia no es más que tratar el estado de la Religión de nuestros tiempos, donde en ellos se ha predicado y dilatado la fe de Cristo, como es en el Nuevo mundo y Indias Occidentales, y en el Oriente, y en Europa, en la novedad de sectas y Religiones nuevas, lo que se ha trabajado desde que salió Lutero, en reducirlas á la pureza y unidad de nuestra santa fe Católica. Por esto no trato de Espana ni Italia, pues por la misericordia de Dios en estas dos religiosísimas naciones, no ha habido novedad en la Religión. Finalmente quiero advertir, que así como ala-

bo la diligencia y cuidado de los padres de la Compañia, en manifestar y publicar sus trabajos y servicios que a la Iglesia hazen, para edificación de los fieles: así me da pena el poco cuidado que en la religión de mi padre Santo Domingo hay (por no decir olvido) de sacar á luz los gloriosísimos hechos, que en estos tiempos en la misma santa empresa han efectuado. No es mía solamente esta queja y sentimiento, sino de otros muchos, y aún de los que no fueron de este hábito. Tomás Bozio de fignis Ecclesiæ dice estas palabras: »Sane non possum nisi vehementer dolere, quod acta aliorum Religiosorum non potuerim scire: precipue vero illorum qui funt ex ordine sancti Dominici: e quo sanctitate floi entissimi viri floruerunt: qui in Indys duríssima perpessi, late Cristi Religionem propagarunt.» Verdaderamente (dize Tomás Bozio, Presbítero de la Congregación del Oratorio en Roma) no puedo dejar de sentir, y dolerme en gran manera, que no haya podido saber los hechos de otros Religiosos (ha referido de nuestro padre San Francisco, y de la Compañía) principalmente de los que son de la Orden de Santo Domingo: de la qual han florecido ilustrísimos varones, que padeciendo grandes trabajos en las Indias, han dilatado mucho la fe de Cristo. Yo confieso, que por no exceder un mediano volumen, que pueda comunicarse á todos, dejo de sola mi Orden algunas cosas que pudiera referir de graves autores, y ampliar otras más: pero remítolo al que prosiguiere la tercera y cuarta centurias de esta Religión. Porque hasta que esas salgan, y otro libro de las fundaciones de los Conventos, y de los varones ilustres en santidad, martirio, &c., de cada uno: (al modo del que con tanta gloria de la seráfica religión sacó á luz el R. F. Francisco de Gonzaga): no dejara el mundo de notarnos de descuidos, como lo da á entender Tomás Bozio, ni de estar sepultadas grandes riquezas de santidad y servicios de la Iglesia, bastantes á ilustrar muchas Religiones. Concluyo este Prólogo, ofreciendo con el divino favor sacar á luz muy en breve en lengua latina, y en vulgar, otros trabajos de no menos importancia, si estos (como espero) agradecen á hombres doctos en historia, y á gentes aficionadas á leer empresas y hazañas, hechas en servicio de la Iglesia (?).

Autores de Nuestros tiempos de cuyos escritos, en lengua Latina, Española, Italiana y Portuguesa, se ha compuesto esta historia.

AUTORES LATINOS

Fray Lorenzo Surio, sus comentarios, hasta el año 1568.

Girberto Genebrardo, su Cronología.

Pedro Victor Palma, Apéndice a Genebrardo.

Natalis Comes, sus treinta libros, desde el año de 1545 hasta el de 1581.

Jacobo Augusto Thuno, de los sucesos de sus tiempos, desde el año de 1545 hasta 1601.

Tomás Bozio, de fignis Ecclesiœ.

Miguel Jansenio Doccomense Frisio, del año de 1588, hasta el 1597.

Nicolás Sandero, de visibile Monarchia Ecclesiæ.

El mismo, del Cisma de Inglaterra.

Juan Cocleo, de Lutero & Alemania.

Polidoro Virgilio de Inglaterra.

Fray Tomás del Castellar, de la nueva España.

Pedro Martir de Angleria, Decadas Occeanas.

Gerónimo Osorio, obispo de Silue, historia de la India, y del rey don Manuel.

Juan Pedro Masseo, historia de la India.

José Acosta de natua novi orbis.

León Belgico de Michael Aitfingero, historia de Flandes.

Guillermo Estio, mártires de Flandes en Gorcum.

Fray Francisco de Gonzaga, historia general, y fundaciones de la Orden de San Francisco.

Fray Antonio Senense, Cronicón de la Orden de San Domingo.

El mismo autor, biblioteca de la misma Orden.

Actas de capítulos generales de nuestros tiempos, de la Orden de San Francisco y San Domingo.

Martín Chromero, de Polonia.

Luis Paramo, de origine Inquisitionis.

Fray Tomás Maluend, de Anticrist.

Hieroni, Plato de las Religiones.

F. Jaime Bleda, defensio Fidei de justa Morischorum expulsione ab Hispania.

Rolando Mirteo Onatino, commentario de Flandes.

Onuphrio Panvinio, additiones a Platina, y su Pontific. hasta Pío 5.

AUTORES ESPAÑOLES

Francisco López de Gomara, Indias Occidentales.

Pedro Cieza de León, lo mismo.

F. Agustín Dávila, arzobispo de San Domingo, histor. de Mexico.

F. Antonio de S. Roman, Agustino, de nueve Santos Religiosos de Mexico.

Fr. Vicente Justiniano Antist de san Luis Beltrán en Indias.

Antonio de Herrera, Decades Occidentales.

El mismo, su historia general.

F. Andrés Moguer, historia de México.

José Acosta, historia moral de las Indias.

Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, tratados de Indias.

Fray Antonio de San Román, Benedito, historia de la India.

Francisco Tamara, mores gentium.

Garibay, su compendio.

Historia pontifical de Illescas, su segunda parte.

Luis de Bavia, Pontifical, 3 p.

F. Diego de Hiepes, obispo de Tarazona, historia de Inglaterra.

Don Bernardino de Mendoza, historia de Flandes.

F. Gerónimo Gracián, estímulo de la propagación del Evangelio.

F. Diego de Coria, historia del Carmen.

F. Gerónimo Román, centurias de la Orden de san Agustín.

El M. F. Hernando del Castillo, historia de San Domingo.

Fr. Juan de la Cruz, historia de S. Domingo.

Pedro de Ribadeneyra, historia de la Compañía, y de sus varones ilustres.

Fr. Juan de Pineda, Monarquía Eclesiástica.

El M. F. Juan de la Puente, 1 to. de su Monarquía Católica de España.

F. Esteban de Salazar, sus discursos.

Luis de Guzmán, del Japón.

F. Martín de Rada, de la China.

F. Marcelo de Ribadeneyra, de Filipinas y Japón.

Antonio Morgas, de Filipinas.

Juan Botero, historia Eclesiástica, 3 p. de sus relaciones universales.

F. Francisco Diago, historia de Aragón, de la Orden de Santo Domingo.

F. Luis de Ureta, histor. de Etiopía.

Relaciones de Filipinas á Felipe II.

Relaciones del Japón al Capítulo general de París de S. Domingo de este año de 1611.

AUTORES ITALIANOS

Gerónimo Catena, vida de Pío Quinto.

Fonteno, historia Católica de nuestros tiempos.

Paulo Morigia, de las Religiones.

Gerónimo Giglio, mores gentium.

Marco Antonio Ciapi, de Gregorio XIII.

F. Gerónimo Polini, historia de Inglaterra.

Fr. Domingo Gravina, de Christiandad de Armenia.

Fr. Juan Miguel Pío, de los varones ilustres de S. Domingo.

Suplemento de las Chrónicas universales, hasta el año de 1574 de Francisco Sansovino.

Ludovico Dolce, vida de Carlos V.

Juan Tarchagnotta, historia del mundo, hasta 1513.

Mambrino Rofeo de Fabriano, historia del mundo, desde el año de 1513 hasta 1579.

AUTORES PORTUGUESES

Fray Juan de los Santos, historia de la India, hasta el año de mil y seiscientos y siete.

Juan de Barro, Decadas de la India.

Damian de Goes, de lo mismo.

Comentarios de Alfonso de Alburquerque.

Fray Gaspar de la Cruz, tratado de la China.

Juan de Lucena, India y Japón.

Fray Antonio Gouvea, jornada del Arzobispo de Goa, á reducir los cismáticos de Santo Tomé.

Relaciones de la India, autenticadas por el Obispo de Malaca.

P. Ildephonsi Tofiño Societatis Iefu. Collegii Toletani, in huiq almae historiae cõmendationẽ, Phaleutica de ordine librorum.

Si Vis nofcere Chriftiane lector,
Totius feriem aurei libelli.
Audi carmine per breui notatam.
Pulchro primus in ordine, Occidentis
Gefta perfequitur, noueque mundo
Quos fert Religio facros triumphos.
Phaebaeos quoque luftrat alter ortus,
Potentisques Afsiae fubacta Regna
Vexillo Crucis, infulas que celfi
Dictas nomine Regio Philippi
Iapae frigora et Africae calores.
Tertius propiora Regna tractat
Europae, Anglicagefta, Gallicosqüe
Tractus, Belgica frigora, et trophaeis
Germanos populos Crucis fubactos.
Tu ne defidiofus effe perge,
Led percurrito, ved legendo faltem,
Quar fancti pedibus, fame, ac labore
Percurrére graui, ac dolere acerbo
Neces mille ferendo, mille mortes.
Horum fe facit elegans profecto
Autor participen, fuoque libro
Adiungit focium pỳ laboris.

XVII

Mudamos de bisiesto.—"Finis coronat opus„.—El arsenal de nuestra lógica.—La edad de Fray Alonso Fernández y compañeros del *bloque*.—Cervantes conocía á su émulo.—Tal para cual.—Grandes aciertos cervantinos.—Escena reproducida.—El velo del anónimo roto.

Triunfo en toda la línea.

Maltrechos, aspeados y cariacontecidos, bastante más que los epopéyicos protagonistas cervantinos después del molimiento de la venta donde servía Maritornes, decidimos dar de lado a tantos librotes y, ya que abandonamos aquel *decálogo* de que hablábamos en la página 34 de este «Ensayo» por haber englobado unas ideas con otras, dar por conclusa nuestra tarea con el capítulo precedente, sin perjuicio *de echar la casa por la ventana*, según expresión feliz de algún tacaño, tratando de la «Religiosidad de Cervantes».

Cambiamos de parecer y decidimos, esta vez resueltamente, celebrar una entrevista con el director de «La Ciencia Tomista», revista bimestral de los P. P. dominicos. Fray Albino, que es quien ejerce con gran competencia este cargo espinoso, por escrito y verbalmente nos dió norte y nos indicó el derrotero que nos era necesario seguir para dar cima a nuestra empresa.

Henos, pues, en la Biblioteca Nacional nuevamente, disponiendo a nuestro talante de la mejor, de la más excelente obra que se ha escrito en el siglo XVIII sobre los dominicos (1), considera-

(1) La portada de esta obra es del siguiente tenor:

«*Scriptores Ordinis Prædicatorum*».—Recensiti, Nostique Historicis Et Criticis Illustrati, Opus Quo Singulorum Vita, Præclareque gefta referuntur Chronologia infu-

da en todos los tiempos como trabajo de documentación universal para aquella Orden. Con el título de «Escritores dominicos», hemos hablado de ella en el capítulo XV. Pues bien; en el segundo tomo de esta obra y en la página 445 bis, hallamos, al cabo, coronados nuestros esfuerzos con la alegría que proporciona el triunfo. Júzguese.

«F. ALPHONSVS FERNANDEZ»

†

«Fr. Alphonsus Fernandez Hifpanus, patria & profe- 1627.
ffione Placentinus, anno MDLXII natus, ordinem amplexus die XIV fet. MDLXXXVII, prœdicator generalis, ut aiunt, in cap. gen. Oliffipone anno MDCXVIII celebrato inftitutus, vir fuit gravis, eximiœ prendentiœ, ideoque ad plurium, conventuum regimen affumtus, S. Mariœ de Talavera MDCXXIV, S. Crucis de Carboneras MDCXIX, S. Blafii de Cifuentes MDCXXXI, S. Dominici de Caceres MDCXXV: his tamen muniis a fingulari non avulfus, quo flagrabat studio, & in quo vitam infumpfit omnen, feu veterum feu fui ævi ad hiftoriam potiffimum Ecclefiafticam & Dominicanam fpectantium, qua potuit diligentia, conquirendorum fervandorunque pofteris monimentorum. Quo anno poft 1627 obierit, quove die hactenus mihi incompertum.»

---

per, feu tempus quo quifque floruit certo ftatuitur: Fabulœ Exploduntur: Scripta Genuina, Dubia Supposititia Expenduntur, Recentiorum de iis judicium aut probatur, aut enmendatur: Codice Manuscripti, Variœque E. Typis Editiones & ubi habeantur, indicantur: Alumni Dominicani, Quos Alieni Rapuerant, Vindicantur, Dubii & extranei falfoque æfcripti ad cuyufque feculi finem rejiciuntur, & fuis reftituuntur: Prœmittitor In Prolegomenis Notitia Ordinis Qualis Fuit Ab Initio Ad An MD.—*Tum* Series Capitulorum generalium iis annis habitorum, *Denique* Index eorux qui ad ecclefiafticas dignitates promoti fuerunt, vel in hoc Tomo laudatorum, vel alias ab altis omifforum *Inchoavit* R. P. F. Jacobus Quetif S. T. P. alfolvit R. P. F. Jacobus Echard, *ambo conventus S. S. Anunciationis Parifienfis ejufdem* ordinis alumni.—Tomus Primus.—M. DCCXIX.—Tomus secundus.—M. DCCXXI.

LUTETIÆ PARISIORUM

Apud.. { J. B. Christophorum Ballard, Chriftianiffimi Regis Monotypographum, & via fancti Joannis-Bello-vacenfis fub Montis-Parnaffi.
Et
Nicolaum Simart, Sereniffimi Delphini Tipographum, viâ Jacobœa, fub figno Delphini coronati.

(Signatura de la Bib. Nacional: sección de catálogos, números 715 y 716).

«Hæc autem funt ab eo typis edita:

1. Hiftoria Eclefiaftica de nuestros tiempos, que es compendio de los excelentes frutos, que en ellos el eftado Eccefiaftico y fagradas Religiones han hecho, y hazen en la converfion de idolatras y redución de hereges, y de los illuftres martirios de varones apoftolicos, que en eftas empreffas han padecido: Toleti, Vid. Petri Rodríguez 1611 fol. pagg. 496.»

«*2. Hiftoria y Anales de la devoción y milagros del Rofario, defde fu origen hada año mil y seis cientos veinte feis, con los favores de nueftra Señora en la orden de Predicadoros y fervicios defta familia, a fu Magefiad foberana.* Editio I, Matriti 1613: II, Pinciæ 1614: III, Matriti, Vid. Alphonsi Martín 1620 pagg. 664: IV, Matriti, Juan González 1627 pagg. 432: Omnes in 4, & femper auctœ.»

«*3. Concertatio Prædicatoria pro Ecclefia catholica contra hæreticos, Gentiles, Judæos & Agarenos per epitomen diftributa. Acceffit noticia scriptorum, præfulum, Regum confeffariorum etc.* Salmanticæ, Didacus Cuffius 1618 in fol. pagg. 498. Ætatis 44 anno 1617 expleviffe fcribit, ubi de fe inter auctores. Eadem *Concertatio &* edita Lugduni, teſte ipso auctore.»

«*4. Memoria de la Devoción y Exercicios del Rofario de Nueftra Señora,* Matriti 1626.»

«*5. Hiftoria y Anales de la ciudad y obifpado de Plafencia,* Matriti, Juan González, 1627 in fol.»

«*6. Tratado de los fervicios de la orden de Predicadores deftos Reinos de Eſpaña con la inftitución del fanto officio de la Inquifición,* Pinciæ, feu Valleoleti 1615.»

«Præter hac typis edita, plura alia apud fe habebat prœlo parata, ut ipfemet teftatur Hiftoriæ Plasentinæ dicte lib. 3 cap. 33, & in Hiftoria *del Rofario* lib. 9 pag. 10.»

Hiftoria del S. S. mifterio de los Corporales de Daroca, y vida de los varones eminentes en fantidad de fu ciudad y comunidad, dividida en dos libros. Y a lo ultimo fon dos fermones del S. S. Sacramento que predicó el autor en Daroca en 1625.»

«*Hiftoria del convento de Salamanca de la orden de Predicadores, y de fus infignes hijos en fantidad y letras.* Libris tribus.»

«*Vida y milagros del fanto Fray Alvaro de Córdova.*»

«*Vida del fanto Fray Domingo de Santa María.*»

«*De la vida y martirio del fanto Fray Domingo de Navarrete y de los compañeros en Japón.*»

Anales Eccefiaftici Hispaniæ. Tùm ab eo ferbebantur octo voluminibus integris complendi. Videfis Antonium in Bibl. Hifp.»

Como se observa por todo lo transcrito, ya podemos ufanarnos de saber a ciencia cierta la fecha del nacimiento del émulo de Cervantes, que entraña una importancia capital; si todas nuestras conclusiones anteriores eran y son irrebatibles de todo punto sirviéndoles de base de sustentación las premisas lógicas con que siempre procedimos, ahora, que esta misma lógica se nos ofrece con claridad meridiana, no cabe dudar que convenceremos a la misma incredulidad en persona.

Tanto Cervantes como Avellaneda convienen, respectivamente, en los prólogos de sus Quijotes en una afirmación categórica y sin distingos: Avellaneda dijo que Cervantes era «tan viejo como el castillo de San Cervantes» y el aludido expresó, sin frases de doble o triple intención, que no estuvo en su mano «haber detenido el tiempo». Este último, conformándose con la carga pesada de los años, al recordar el de su nacimiento (1547) y el de los distintos individuos que componían el bloque constituído en contra suya y de sus protectores, observó que al mayor de los Argensolas, a Lupercio, le llevaba *doce años;* al menor, *quince;* a Fray Luis de Aliaga, *trece;* a Lope de Vega, *quince también,* y a Fray Alonso Fernández, *nada menos que veinticinco años.* Dado como era Cervantes propenso a «meter el resuello en el cuerpo» a sus envidiosos émulos, recapacitaría largo tiempo sobre la conveniencia de atacarles y zaherirles con algún sarcasmo, que, por desgracia, contra ninguno del bloque podía esgrimir. Sin embargo, como a excepción de Fray Alonso Fernández, vigoroso de cuerpo y de espíritu, ninguno de los demás *bloquistas* pudiese alardear de muchacho, bien fácil hubiérale sido recurrir a su ingeniosa mordacidad, presentando al autor del falso Quijote poco menos que con emplastos y sujeto a una forzosa vida de abstinencia.

Indudablemente así lo hubiera efectuado de ser Fray Luis de Aliaga el autor de la snplantación cervantina, no el inspirador de ésta, como traslució e insinuó, dando a entender que su rival empleaba un lenguaje aragonés, para manifestar que aun siendo otro el autor, él de sobra sabía a quienes descargar sus epigramáticas alusiones, en cumplida respuesta a cuantas hubieran inspirado al licenciado tordesillesco. Como de este particular hemos tratado ya

con extensos pormenores en el capítulo IX, huelgan otras nuevas referencias.

Quedamos, pues, en que Cervantes conocía muy bien al que procuró arrebatarle la ganancia de su libro, y, por lo tanto, en aquel *inspirado* de cuarenta y un años, únicamente era factible *ensangrentarse* presentándole a la vindicta pública como un hombre jóven de aviesa condición, que se burlaba sin piedad de los años y que escarnecía, por no haberse hallado en batalla alguna memorable o ruín, su famosa manquedad,

¡Y tanto como le conocía! Como Fray Alonso Fernández, aunque joven no lo era tanto para que se desconocieran bien sus excepcionales condiciones de escritor y cerebro privilegiado, aun con ser el principio de aquel siglo y las décadas del anterior el de los hombres más eminentes, tanto en las letras sagradas como en las profanas; como docto y joven dominico, repetimos, hubo de ser ponderado y «*puesto en candelero*» por Fray Luis de Aliaga (por su cargo órbita de atracción de cuantos quisieran encumbrarse), y desde luego bebiendo Cervantes, como bebía, *en buenas fuentes*, cabía que «como a ignorante» se le describiera «qué cosa sea la envidia». Con este conocimiento y sin poder apelar Cervantes a profundas sentencias latinas y a alardes filosóficos y teológicos de los maestros de humanidades, con el intuitivo razonar que le caracterizaba, abriendo cátedra de lógica castellana y de retoricismos contundentes, replicó, fustigando tanto como era necesario a su enemigo, que de las dos envidias que existen no conocía más que «a la noble, a la santa y a la bien intencionada.»

Con dichas palabras, a usanza suya, el ingenio complutense decía varias cosas a la par: dijo que conocía bien al escritor encargado de humillarle con su saber y con sus epígramas encubiertos; al individuo o individuos que, entre sombras, le perseguían con su malquerencia, y a los conjurados contra el Inquisidor general, su Mecenas, que se daban a conocer subrepticiamente por la envidia innoble, impura y ruín. Las bajas pasiones, aun disfrazadas con sonrisas de adulación y ademanes cortesanos, tuvieron en «El Manco sano» fiel intérprete, dentro de su magna creación. Al través de las páginas de todas sus obras alienta el espíritu del barro deleznable de Adán, sin que pierdan las vibraciones de su alma enamorada de la belleza y siempre propicia a ser indulgente, aun fla-

gelando los defectos de la torpe y mezquina humanidad, el eco universal de la ternura.

Debido a esta circunstancia no pudo copiar Cervantes a Avellaneda; no pudo trazarse la línea de conducta que el último se trazara. El émulo de Cervantes, (1) que se asimiló el estilo de éste en los primeros capítulos; que parafraseó escenas y pasajes; que trató de aventajar en la pintura y retrato de los protagonistas a los originales; que intercaló, asimismo, en su obra dos cuentos; que ridiculizó con saña episodios de la vida familiar del ingenio complutense, pues sintetizó con chocarrerías el lenguaje caballeresco modernizado por el insigne novelista, fracasó en la concepción genial de la obra, no dándola el complemento con que la ultimara el Príncipe de las Letras Españolas, por carecer de la ternura cervantina, pretendiendo mover dos cuerpos, los de Don Quijote y Santo Panza, sin racionalidad, sin alma, sin espíritu.

El licenciado tordesillesco escribió una obra didáctica, en la cual se enseñaba a manejar los muñecos, a que lanzaran chistes, a que desbarraran de firme, a que se adaptaran al medio ambiente, a que encarnaran (2) personajes de carne y hueso; pero la

---

(1) En el «Suplemento primero», que sigue a la «Religiosidad de Cervantes», que es un cargo contra D. Juan Givanel Mas por no haber citado este señor la procedencia de aquella *nota interesante*, publicada en nuestro capítulo III, proviniente de la «Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra», encontrará el curioso lector la compulsa de entrambos Quijotes.

(2) Conveniente es citar un caso de la musa internacional de Alonso Fernández. En el capítulo 3.º de su obra (página 26 de la cortejada por D. Marcelino Menéndez Pelayo) se dice, hablando Sancho Panza con D. Alvaro de Tarfe: «Bien puede, mi señor D. Tarfe, sentarse a la mesa; que ya está el almuerzo a punto. A lo cual respondió D. Alvaro: ¿Tenéis buen apetito de almorzar, Sancho amigo? Ese, dixo él, señor mío, gloria tibi, Domine, nunca me falta, y es de manera, que (en salud sea mentado, y vaya el diablo para ruin), no me acuerdo en todos los días de mi vida haberme levantado harto de la mesa, sino fué ahora un año, que siendo mi tío Diego Alonso mayordomo del Rosario, me hizo á mi repartidor del pan y queso de la caridad que da la cofradía, y entonces allí hube de afloxar dos agujeros al cinto.»

Aparte de lo poco sostenido que es el carácter zafio e ignorante con que Avellaneda pinta a Sancho Panza, que es una de las cosas en que puso especial empeño, pues en el capítulo transcrito le hace hablar con latines, aunque estos fueren de uso vulgar, y en el capítulo trigésimo tercero, cuando el Archipánpano salió a misa llevando consigo a Sancho, le obliga a confesar a éste que se le había «volado de la testa lo de la confesión y todo lo demás», transparentándose la pillería cazurra y la

ciencia sin el arte de la creación, sin ese soplo divino de que habló Homero, forzosamente habría de sucumbir, y por eso la obra de Avellaneda sucumbió. Y no solamente sucumbió, sino que, incapacitándose para ser comprendida como una obra excelente de mero pasatiempo, escrita por un hombre de mucho mérito (que no sabía lo que era la vida y el arte como Cervantes lo supo), obligó al «Regocijo de las Musas» a trastrocar su plan primitivo, que quizás no fuera dar fin de la existencia del hidalgo manchego ni presentarle tan consecuente en sus amores, en contraposición al autor del libro tarraconense que lo presentó desenamorado y falto *de ternura, de idealidad* (uno de los mayores aciertos (1) del «Manco de Lepanto»), si-

---

soberbia embustera del escudero de Don Quijote cuando agrega que, en resumidas cuentas, no sabía más que encender las velas; aparte, repetimos, de estas incongruencias, que todo el talento del tordesillesco autor no pudo salvar, se nos figura que lo *del tío, mayordomo del Rosario*, está lanzado a lo cervantino, y ribeteado con cierto sarcasmo.

El Sr. Rodríguez Marín, en su curiosísima obra «Nuevos documentos cervantinos» y en la página 306, dice todo lo que sigue:

«Todos estos documentos (LIX, LX, LXII, LXIII, LXIV, LXV, LXVI y LXVII) se refieren a personas de la famila de doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, quien, nacida en Esquivias por Noviembre de 1565, había de contraer matrimonio con Miguel de Cervantes a 12 de Diciembre de 1584.»

«Fernando de Salazar Vozmediano, hijo de Gonzalo de Salazar y de Catalina de Vozmediano, a quienes ya conocemos por los documentos XVII y XIX y por la nota correspondiente (eran abuelos paternos de doña Catalina y padres de una *alhaja con dientes, hereditaria*, por lo que afectaba a la moral del padre, que declaró haber otorgado una carta de dote falsa), fué hombre de tan para poco—o tan para mucho: según se quiera mirarlo—, que una vez que desempeñó la mayordomía de la Cofradía del Rosario, en la iglesia de su lugar (1567), salió alcanzado en 28.000 maravedís, que aun no había acabado de pagar a la hora de su muerte, ocurrida diez y siete años después.»

Si es cierto este propósito, conjeturado por nosotros, era digno Avellaneda de contender con su *inofensivo* contradictor.

(1) Como artista creador cinco aciertos tuvo Cervantes. La creación fundamental de entrambos protagonistas que, mientras el mundo sea mundo, representarán el ideal y el positivismo refundiéndose, en ocasiones, en un solo espíritu: el de querer la propia conciencia ser dominada y aherrojada *con cadenas de flores* por el opuesto sentimiento imperante en el alma: el práctico domeña el tumulto de sus ruindades; el idealista desciende de su torre de marfil y lanza una mirada de gratitud en torno de las conveniencias sociales. ¡No cabe más hermoso simbolismo!

Este acierto corresponde a la parte primera del Quijote auténtico; a la segunda los restantes, que parece ser no habrían de alcanzar la magnitud del primero, mucho

guiendo tal vez las huellas de aquellos versos preliminares de que en tiempo apropiado hicimos mención (cap. X, pág. 127), o procurando, merced a confidencias recibidas, desbaratar por completo los planes anteriores de su ladino satirizador, el cual más que presente tendría el vejamen aquel aplicado al *Alfonso Lamberto* de Zaragoza (capítulo XII, nota de la pág. 154), confirmación innegable del estado religioso del aludido.

Cuatro palabras para terminar. En el último capítulo del Quijote de Avellaneda se emplea el mismo procedimiento que empleó Cervantes al promedio de XLIII de la primera parte. Ningún cervantista, que sepamos, ha reparado en ello. (Concierta con lo que hemos dicho al final de la página 107). Cuando el licenciado tordesillesco introdujo a Don Quijote en la casa del Nuncio de Toledo, un loco de este manicomio le catequizó para que, a través de la reja que les separaba, diérale la diestra; habiendo de ejecutarlo así, y recibiendo tales mordiscos que faltó poco para que le corta-

---

menos el superarle como sucede con dos de ellos. Por orden gradual de importancia los enumeraremos, coincidiendo con el mismo orden que en el texto tienen, que es otro acierto del novelista sin par. En la parte segunda presenta un nuevo personaje, el bachiller Sansón Carrasco, de regreso de la universidad salmantina, en el cual, prescindiendo de las grandes alusiones que indudablemente encierra y que no podemos precisar bien por la falta de ambiente, asimiló dos concepciones ideales y simbolistas magistrales: ser el portavoz del espíritu burlón que juzgándose dueño de la realidad y superior materialmente a la fuerza física de un anciano, Don Quijote, para lograr el fin propuesto le sigue la corriente de sus ideas caballerescas, y cuando, como «Caballero de los Espejos», espera cantar victoria fácil, y mortificante para su adversario, encuéntrase corrido y maltrecho por un azar de la implacable Fatalidad, que nunca favorece con la lógica a la locura contrahecha: ser el brazo ejecutor del Destino, convertido en el triunfante «Caballero de la Blanca-Luna», para mostrar y evidenciar el temple heroico del alma rendida a la pureza y sedienta de idealidad del hidalgo caballero manchego, el cual, no obstante el derrumbamiento de todas sus esperanzas y el evaporamiento de todas sus grandezas en perspectiva, con la muerte en los labios insiste en proclamar a su dama como la más bella y la más hermosa. Varios cervantistas han dicho que Cervantes no pudo ni debió aludir a nadie en estos momentos de creación artística, para no empequeñecer la grandiosidad espiritual de su obra. Están desacertados. Corrobora el desacierto el mismo Avellaneda que, con ingenio y travesura, por falta de ternura y espiritualidad fracasó totalmente, mientras que el autor del «Coloquio de los Perros» imprimió triunfalmente el sello de la bondad y de la poesía en sus mayores ultrajes burlescos.

Otro acierto, compenetrado con los anteriores, fué la creación incorpórea e intangible de Dulcinea (de cuya patria se ocupa D. Benito Pérez Galdós en su hermoso

ran el dedo pulgar a cercen. Otra impresión distinta causa el humorismo cervantino cuando atribuye a Maritornes aquella desagradable jugarreta, en virtud de la cual queda Don Quijote sujeto de la muñeca en la ventana que, de pie sobre Rocinante, alcanzara con grande trabajo. La llegada de aquellos caminantes que aparecen demandando cebada para sus caballos, que soliviantan a Rocinante y son causa de que, desviado, coloque en situación difícil y angustiosa al armado hidalgo; la persuasión del cuitado que todo son intrigas de los malignos encantadores, y sus *quid-pro-quo* acerca de las ventas que toma por castillos, despoja a la triste escena de toda pesadumbre y la alegra con la disparatada quimera del andante, que más bien que compasión produce franca hilaridad.

En otra ocasión, tal vez cercana, llevaremos a efecto nuestras promesas de las páginas 77 y 127, pues para que nuestro «Ensa-

---

trabajo literario, publicado en la gran revista española titulada «La Esfera»). ¡Y cuidado que nosotros vemos en la «Emperatriz de la Mancha» encubiertos agravios! A pesar de todo, véasela o no como una aldeana tosca y zafia, según burla burlando la describe Sancho Panza, representa ser la más alta y señoril idea que el pensamiento humano pueda forjarse sobre lo sublime de la idealidad. El aspecto ridículo desaparece y no se vislumbra otra cosa en esta creación inmortal, que adoran todos los hispanistas extranjeros, más que irradiaciones de luz madrigalesca y conmovedora. Si en la Humanidad siempre habrán de existir Sanchos y Quijotes, nunca morirá tampoco el espíritu, más gigantesco que el de los anteriores personajes, de los «soñadores de ojos abiertos», que dijo Edmundo de Amicis.

Mayor acierto, el que supera a todos, fué la página final del Quijote cervantino. Por esta causa la parte segunda del «Quijote» es más importante que la primera y digno remate de ésta. Todos los comentaristas han estudiado y apreciado, de modo *más literario què espiritual*, la una y otra parte, conviniendo en el mayor mérito de aquella, pues únicamente D. Gregorio Martínez Sierra esboza, ligeramente por cierto, esta materia que nosotros juzgamos definitiva. Mayor acierto, repetimos, fué la muerte de D. Quijote. Las palabras clarividentes del loco cuerdo, que abjura de sus errores, también habrían de tener su psicología epigramática; pero proferidas después de tantas peripecias, de ingeniosas andanzas, de estados de ánimo que infiltran el sentimiento del vencido en nuestro espíritu, de las consideraciones que rodean e inmortalizan al hidalgo «Caballero de la Triste Figura», reflejan el mayor de los símbolos: el arrancar lágrimas de los ojos más rebeldes para ello por boca de un moribundo (esto lo han dicho D. Juan Valera, Menéndez Pelayo, Asensio y otros ilustres cervantistas), que antes no arrancara más que *idealidades abstractas* confundidas con sonoras carcajadas.

Ninguno de estos aciertos tuvo el émulo de Cervantes.

yo» se convirtiera en estudio necesitaríamos llenar doble número de hojas impresas de las que trabajosamente hemos ido llenando. Por las deficiencias que en nuestra labor humilde observen los lectores que hasta este lugar nos han leído, impetramos todo linaje de disculpas, a las cuales nos consideramos acreedores en atención al clamoroso triunfo que hemos obtenido, u obtendremos, rasgando los velos del anónimo del autor tordesillesco.

AURELIO BÁIG BAÑOS

Religiosidad de Cervantes.

(Apuntes acerca de lecturas cervantinas.)

MADRID, 1915

AURELIO BAIG BAÑOS

Religiosidad de Cervantes

Apuntes acerca de teorías cervantinas

I

El sacerdote de las épocas modernas.—Problema literario.—Las conferencias del P. Calpena.—La Biblia: joya literaria.—Divinidad espiritual del libro inmortal de Cervantes.—El anagrama de éste.—Sin irreverencia.—El "Quijote": estudio de costumbres.—El Calvario de los buenos propósitos.—La eterna ley de los contrastes.—"La Biblia del Buen Humor".—Quijano el Bueno y San Ignacio de Loyola.—Frases del Cardenal Benavides.—Frases del obispo Martínez Izquierdo.—Las del Excmo. é Iltmo. Don Francisco de Paula Jiménez. Las de Arboli Farando.—Las de Monescillo.—Las de Sánchez Juárez.

Espíritu cristiano del "Quijote".

Fichte decía, admirablemente por cierto, que el artista poético de la palabra es el sacerdote de las épocas modernas. Bañada la retina de luz espiritual, sugestionado por la Bondad y la Belleza, queremos, pacientes lectores, con nuestro bagaje misérrimo de lecturascervantescas, ofrecerles a V. V., por vía de ensayo de sucesivos bosquejos críticos, un estado demostrativo del sacerdocio, inspirado en los antigüos cantos provenzales, de «El Ingenioso Hidalgo».

Otro pensador, Novalis, dijo con gran acierto, que el más elevado problema de la literatura consiste en escribir una Biblia, cuyo pensamiento ha agigantado de científica y deslumbradora manera el Padre Calpena en sus conferencias de San Ginés (1) corroborando que la Biblia es el primero de todos los libros inmortales, y, presentando, en brillante e imponente desfile, con la magia de fastuosa oratoria, ante la admiración y asombro de enter-

(1) En el año 1913 se celebraron, siendo muy concurridas y celebradas con grandes rumores de aprobación.

necidos oyentes, ante el pasmo de los doctos, a todos los Genios de la Humanidad, no sin antes postrar una rodilla en tierra ante las aras del Libro Divino. Y en verdad que examinándole a lo humano como a lo inmaterial o suprasensible, a lo mezquino como a lo elevado, ¿quién podrá despojarse del encanto con que subyuga? Fija la mirada en tal joya literaria, en tal concepción de placeres eternos, se desvirtúa por completo, se anula, se trunca otro aforismo de Novalis: el de que «estamos muy próximos á despertarnos cuando *soñamos que soñamos*»; pues el ensueño de la felicidad eterna, decimos y agregamos, con un nuevo ensueño nos despierta a la realidad. Así como el Padre Calpena hubo de deducir, tras de argumentos y premisas irrebatibles, que «la Razón y la Fe son dos rayos de la Divinidad», sostenemos, por nuestra parte: *son también dos ensueños deliciosos de la otra vida.*

Y como el gran Cervantes con su quimérico, pero evangélico soñador, con su «*Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*», nos invita a seductores ensueños, bien puede sostenerse, reproduciendo frases de aquel ingenio sobre «La Celestina», que el libro narrador de las aventuras y desventuras de su héroe asombroso es, y será, dentro de lo humano, divino. En él se perpetúa la tradición augusta de nuestra fe, pujante e incontrovertible, y se exalta su paroxismo con cincel de piedras preciosas y se atornasola y espeja el ideal hecho verbo en el *Caballero de los Leones*. El anagrama de Miguel de Cervantes, Cide Hamete Benengeli, ha envuelto y nimbado con la aureola resplandeciente y fascinadora de santas virtudes a *Don Quijote* y a *Sancho Panza*, que en pos de si dejan una radiante estela luminosa. Si como Pilatos interrogara a Jesús, fuera interrogado en la mansión de los justos (Cervantes): «*¿quid est veritas?*» (1), igualmente contestaría, brindándonos con la belleza moral del *Caballero de la Triste Figura*: «*es vir qui adest*» (2).

Irreverencia o desacato no es lo enunciado; me refiero al «*adœquatio intellectus et rei*», como nos explicaba en su cátedra de la Universidad Central el inolvidable D. Juan Manuel Ortí y Lara, en sus derivaciones *in cognoscendo, in significando*, prescindiendo de la metafísica *in essendo*, como es de rigor, para no incurrir en la

(1) ¿Qué es la verdad?

(2) El varón aquí presente.

falsedad de Tiberghien de que «el *espíritu* está *organizado así como el cuerpo*, (1) confundiendo órganos con instrumentos. La obra inmortal del genio complutense es la verdad cristiana bien observada y mejor interpretada con los desvaríos de la humana razón, palpitante de realismo, en animadas y sucesivas películas cinematográficas de aquella época, tan circunstanciadamente diseñada, con hábil y diestra pluma, y con el lema «En un lugar de la Mancha»..., por D. Julio Puyol y Alonso en un discurso (2) que fué premiado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en el concurso extraordinario abierto para conmemorar el tercer centenario (1905) de la publicación del «*Ingenioso Hidalgo*», (3) época que, en lo que afecta a la religión, encarnara con trazos vigorosos el numen del saber hispano, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en su obra gigantesca de erudición, en «Los Heterodoxos Españoles», defendiendo a la Inquisición de cargos infundados y de enconadas impugnaciones, y en lo que concierne al Arte, abrillantando el Renacimiento y enjoyeciendo nuestro Siglo de oro, el mismo autor, en la «Colección de Clásicos Castellanos» y en varias disertaciones y estudios académicos (4). Recargadas de sombras, no exenta de parcialidad, aparece descrita por Maximino Carrillo de Albornoz en la nota 8.ª, págs. 480 a 488 del tomo primero de su obra «Romancero del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha»; pero ofreciendo en síntesis lo que doce años antes (1878) dijo D. José Pereira, no sin motivo admirado y sorprendido del espíritu *vsrista* de Cervantes: «Si cuantas obras de aquella época desaparecieran, solamente en el «*Quijote*» podríamos estudiar sin desventaja ni inperfección notables, las costumbres, usos, ideas y hasta preocupaciones de aquellos tiempos» (5).

---

(1) «La science de l'ame». Introd., pág. 34.

(2) «*Estado social que refleja el Quijote*»

(3) Más adelante hablaremos de este interesante estudio.

(4) No es mi ánimo descubrir Mediterráneos sobre la época y costumbres del siglo XVII; recomiendo tan sólo que se lean a Cánovas, a Navarrete, a Valera, a Clemencín, a Ríos, a Martínez de la Rosa, etc.

(5) No puedo resistir al impulso de copiar las siguientes lucubraciones que en 1863 pronunciara el elocuente y sabio académico D. Aureliano Fernandez Guerra: «Tienen, pues, á mi juicio razón sobrada los que sospechan que en este libro *(El Quijote)* se halla encubierta una fina sátira de aquel siglo, y le estiman su clarísimo espejo y de la humanidad juntamente, que es siempre y en todas partes la misma; en fin, los que

En suma, la fábula satírica describe con todo lujo de detalles el Calvario de los buenos propósitos, la calle de la Amargura del extravío mental, aunque generoso; las lanzadas del vulgo descreído, los Judas que después de libertos hollan al agradecimiento. Y describe de modo magistral y sorprendente a Don Quijote como *Redentor del Idealismo*, con el *Inri* difamador que estampa en su frente el Ridículo, ensangrentada su faz, enclavado con sus ilusiones, soñando con su Dulcinea, anagrama del Dina-luce, representación radiante y majestuosa del Plus-Ultra.

No es que nos inculque la doctrina del verdadero Redentor del género humano, diciéndonos: «mañana seréis conmigo en el reino del Eterno Padre»; es que nos revela la eterna ley de los contrastes: el de ajustar nuestros actos a lo moral, con sedante persuasión, y el de vagar errantes tras de terrenos honores. Podrá achacarse a Cervantes el deliberado propósito de acabar con los libros de caballeros andantes (1), como él mismo predijo; pero nunca, como supuso y vilipendió el poeta inglés, Lord Byron, con la caballeresca idea del Honor. Por el contrario; supo asimilarse en sus

---

le aprecian colección magnífica de perspectivas para esterescopio, y de retratos de cuerpo entero de personas de todos estados, hechos delante de los propios originales por el mayor pintor del mundo. Digo el mayor, porque no solo fotografiaba las líneas y colores, la luz y las sombras, y el busto deleitable en lo exterior de las perspectivas y de la figura humana, sino lo intimo y secreto, los erráticos defectos del ánimo; el movimiento que es la vida: el alma que es el soplo de Dios. Con su vara mágica hace girar en derredor suyo la naturaleza entera, llena de vigor, de encanto y de armonía, todo con feliz retentiva lo va grabando en la memoria; y todo lo aquilata y presenta clara, facil y ordenadamente a la madura elección del adiestrado juicio, comunicándole sobrehumanas fuerzas y pasmosa virtud... Con tales dotes y circunstancias, ¿es Cervantes un escritor idealista o naturalista? Lo es todo; dibuja como Rafael y los antiguos, y pinta como Velázquez; idealiza como Van-Dyck y siente como Alonso Cano.

(1) Gran conocedor de estos libros e interpretador afortunado de sus asombrosos lances y peripecias es Don Adolfo Bonilla y San Martín; «Los libros de Caballerías» constituyen su labor más copiosa, erudita y afortunada. Don Juan Givanel Mas ha hecho un gran estudio sobre «Tirant lo Blanch» y ha sido quien ha escrito con mayor documentación sobre libros de caballerías en la edición crítica del «Quijote», de Cortejón. Otra autoridad fue Don Manuel de la Revilla.

No quiere decir esto que dejase de alabar Byron la creación magna de Cervantes como refiere el ilustre cervantista Don Adolfo de Castro en el «Quijote» de 1850.

continuas malandanzas, en sus implacables adversidades, un espíritu tan altruista, una unción tan evangélica que por algo a la enciclopedia de sus donaires se la ha llamado el *Breviario de la risa*, tal es la devoción piadosa que inspira su andante protagonista, y la Biblia castellana, la Biblia del Buen Humor, la Biblia profana, tal es la religiosidad con que acompañamos al loco cuerdo y al cuerdo loco.

Jamás titubeamos; permanecemos siempre en nuestro puesto; pensamos y enjuiciamos los actos todos del noble hidalgo y del no menos noble escudero sin que ni la sombra de un escrúpulo nos remuerda la conciencia, ni la rusticidad de Sancho nos denigre, ni la locura de Don Quijote nos impida el pensar alto y sentir hondo.

Es la verdad de la vida universal en todos los tiempos y en todas las edades, despertando, entre sonoras carcajadas, a la conciencia dormida de los malos y perversos, encaminándoles a fines sanos y juiciosos. Como anillo al dedo viene la comparación y paralelo que con Quijano el Bueno y San Ignacio de Loyola estableció Don Emilio Castelar (1), el ruiseñor de la tribuna española. ¿Es que una inteligencia tan privilegiada era susceptible de engañarse o escarnecer una de las figuras más venerables de la Cristiandad? Cuando se tiene tan elevada talla, la fantasía no vuela a ras de tierra.

Estamos en un siglo de dudas y controversias, de desplantes orgullosos de irreligiosidad, de sátiras sin médula cristiana, y no columbramos, tan siquiera, la convicción de moralidad y buenas costumbres en un republicano que no era un estuche de perfecciones; en la actualidad los actos son los que confirman o destruyen nuestros asertos, violando en ocasiones la buena fe del escritor o su retoricismo convincente. Pues bien; ya que hemos de menester nuevas y decisivas pruebas, verdaderos archivos cristianos hablaran por nosotros con elocuencia ejemplar. Siendo obispo de Sigüenza, allá por el año 1863 decía el inolvidable y Excmo. Sr. D. Francisco

(1) «Aquel que dijo que la poesía sobrepujaba a la historia, en verdad no conocía, puesto que nació en la Grecia clásica, la identidad que presentan ambos personajes, el real como el ficticio.» Para convencerse, agrega, basta leer la obra «Acta antiquísima a Ludovico Gonsalvo ex ore sancti excepta».—Bibliografía crítica de las obras de Cervantes».—T. 3.º, pág. 163.

de Paula Benavides y Navarrete: «Cervantes habla todavía después de dos siglos y medio. Por su Quijote habla á todas las naciones cultas, en cuyas diversas lenguas está reproducido. Fuerza será convenir en que si las elocuentes páginas de ese libro hablan tan alto y cristianamente, que, al decir de todos los sabios en sorprendente acuerdo, es preciso reconocer en su autor el *quid divinum* de los antiguos; entre españoles, y haciendo un obispo su elogio fúnebre, habremos de confesar mucho más; si, la inspiración de su alma en la fe del Calvario que, después de ilustrar su vida, continúa instruyendo sin impedirlo el sepulcro.»

¿No es verdad que el panegírico es hermosa revelación cristiana, aunque yo la haya compendiado por razones de espacio? Pues agréguense las frases angélicas del malogrado príncipe de la iglesia, el Excmo. e Iltmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, desempeñando con celo sin par el obispado de Salamanca en el año 1879».....: no destruye el «Quijote» ni una sola creencia sana, ni una sola idea, ni una sola afección legítima.....» «..... la intención es siempre próvida y bienhechora.....» «Puesto en el camino de hacer el bien, como hombre de fe, cifra toda su gloria en llenar los fines de la Providencia, en cuyas disposiciones se inspira, y en procurar la perfección de la sociedad, mostrándole los encantos de la virtud y la abominación del vicio.»

¿Es que aún parece poco galardón encomios tan elocuentes? Sumemos, pues, el del Excelentísimo e Ilustrísimo Sr. D. Francisco de Paula Jiménez, el año 1864, siendo obispo de Teruel a la sazón: «...con la esperanza puesta en Dios, alcanza Cervantes volver al seno de su familia, para levantar después un monumento, que no consumiran las injurias del tiempo ni se apartará jamás de la memoria de los hombres... Me refiero a su Quijote. No tiene otra prenda de más estimación ni valía, pero bien pudo decir a su patria: yo dejo ese libro, fruto de mis trabajos y desvelos, entre los mayores disgustos y sin sabores de la vida; libro que me eternizará en la posteridad, y con el cual he salvado á mi patria. Sí, la he salvado, arrebatando sin violencia, de las manos de todos, esos libros tan funestos a la religión como a las costumbres; reduciendo el valor a los justos límites, el honor a la observancia de las leyes, el pundonor a las severas reglas del decoro, la vana credulidad al desprecio, la verdad y justicia á su verdadero culto.

Ahí os lego ese libro en cuyas páginas encontraréis principios inalterables de buen gobierno, máximas para los príncipes, lecciones para los sabios, modelos para los escritores, recreo inocente y grandes provechos para todos.»

¿Precisa *mayor estereotipia bíblica* del armado caballero manchego? ¿Pretendemos desentrañar las páginas vivientes de la Biblia del Buen Humor asociándolas a las del libro sagrado? Leamos a Servando Arbolí Farando, vistuosa lumbrera, y transcribamos *ad pedem literæ* una parte del elogio fúnebre dedicado a Cervantes en 1876: «Las páginas del Ingenioso Manchego condensan la historia del corazón y los anales de nuestras aberraciones. Cervantes ha escrito para todos; su libro es el ejemplar de todos los estados y el espejo clarísimo de todos los caracteres...; el ser que describe es el hombre de todos los siglos, el hombre del Edén que amancilla su inocencia, el hombre de la historia cubierto con harapos de púrpura, el hombre de la inmortalidad en las hermosas transfiguraciones obradas por la idea cristiana, sobre el Thabor de sus glorias, en los dominios del Evangelio. Y como si algo faltase para sublimar tan delicioso conjunto, obra de un *filósofo cristiano y devoto*, el creyente lleya al lecho del dolor los consuelos de la resignación y los premios del infortunio, y, fija su púpila en el signo del amor, espira en brazos de su Dios, para regalarnos con el último de sus ejemplos un modelo cabal y un blasón de aquilatada nobleza.»

Nobleza tal engarzada va con el rubí del corazón sin mengua ni tacha; con el oro puro de la resignación a prueba de flaquezas humanas. Oigamos con recogimiento al obispo de Calahorra y la Calzada, al que murió siendo cardenal primado de las Españas, al virtuoso patriarca de la Iglesia que en vida se llamara D. Antolín Monescillo; oigamos una parte de su oración fúnebre que, por encargo de la Real Academia Española y en las honras de Miguel de Cervantes y demás Ingenios Españoles, pronunció de modo elocuente en el templo de las monjas Trinitarias de Madrid el 28 de Abril de 1862:

«A todos nos preocupa hoy un mismo pensamiento al recuerdo de las mil nobles figuras que parece levantar vivas, del silencio de los sepulcros, el aparato fúnebre que nos rodea. Descuella sobre todas aquel hombre de agudo mirar, de tranquilo semblante, quien con ánimo resuelto y frente serena jamás desmayó en las humanas

fatigas, ni aflojó en los arriesgados proyectos. Parecía vigorizar sus esperanzas a presencia del peligro; nunca vió menguada su fortaleza, ni sufrió desconcierto el día de las angustias; ni flaqueó abandonado, ni víctima del infortunio; y, varón constante, no puso a precio su honra, ni entregó a la desesperación sus conatos.»

«Buen cristiano, y caballero a todo evento, pudo recordar aquellas palabras del «*Libro de la Sabiduría*», ya que más de una vez las observara: si dijeres: escasean mis fuerzas: sábelo bien el que penetra los corazones; nada está escondido al guardador de tu alma. El dará galardón merecido a las obras del hombre. *Si desesperaveris lassus in die angustiæ, inminuetur fortitudo tua. Erue eos, qui ducuntur admortem: et qui trahuntur ad interitum liberare ne cesses. Si dixeris: Vires non suppetunt: qui inspector est cordis, ipse intelligit, et servatorem animæ tuæ nihil fallit reddetque homini juxta opera sua.* (Prover: XXIV, 10, 11, 12).»

«Sólo con su espíritu hallábase en todas partes y en la corte misma como en aquella ciudad pequeña y poco habitada, contra la cual dejóse ver un rey poderoso, poniéndola estrecho cerco, fortificándola sus contornos y ciñéndola por completo. Había en ella un hombre tan pobre como sabio, y por su saber libró la ciudad, sin que después nadie le recordara. *Civitas parva, et pauci in ea viri: venit contra eam rex magnus, et vallavit eam, extrusitque munitiones per gyrum, et perfecta est obsidio. Inventusque est in ea vir pauper et sapiens, et liberavit urbem per sapientiam suam, et nullus deinceps recordatus est hominis illius pauperis.* (Eccles.: IX, 14, 15.)»

«Cierto que hay una sabiduría que abunda en el mal, y que no se hermanan fácilmente la prudencia y la amargura. La ciencia del sabio es como inundación benéfica; todo lo rebasa, y es su consejo fuente de vida. *Est autem sapientia que abundat in malo: et non est sensus ubi est amaritudo. Scientia sapientis tamquam innundatio abundavit, et consilium illius sicut font vitæ permanet.* (Eccles.: XXI, 15, 16.)»

«El que no ha sido probado ¿qué sabe.. ? Ví muchas cosas cuando peregrinaba, y escuché mil hablas extrañas. *Multa vidi errando, et plurimas verborum consuetudines.* (Eccles.: XXXIV, 12.)»

«Ved aquí, Señores, dibujada en tono de sentencia la fisonomía de Miguel de Cervantes Saavedra...»

«Dejemos al biógrafo su propio encargo, al historiador sus investigaciones, al literato su pasión a la bella forma, a la medida,

y al número. Tomando solamente lo que pueda aprovechar el orador cristiano para interés de su cometido, demos por corriente y averiguado que nuestro Miguel de Cervantes, nacido en Alcalá a los mueve días del mes de Octubre de 1547, murió en Madrid a los 23 de Abril de 1616. Enciérrase entre ambas fechas un período tal de luchas, de sufrimientos, de lances y de reales aventuras, que más bien de relatarse, deber ser como transformadas en asunto de discusión honrosa y de enseñanza reflexiva. Grandemente nos acompañará en este ancho camino el guía discreto de curiosos ingenios y de preciados talentos.»

«Consiste en que nacido nuestro Cervantes de antiguos padres cristianos españoles, se adelanta resuelto y camina gozoso por entre todas las cuestiones peligrosas, siguiendo el acertado rumbo de la escuela cristiana.»

«Soldado intrépido, paciente, menesteroso, alma probada en los desamparos y desdenes, era sujeto capaz de madurar, en la prueba misma del infortunio, resoluciones que indudablemente habría malogrado el entendimiento más claro y la voluntad más obstinada. Y cuando hemos podido llegar a la cima de toda una obra, de la obra primera de su género, hija de humano entendimiento, justo es celebrar este nuevo valor de la inteligencia y esfuerzo tan noble de la dignidad humana.»

«Encontrada una hoja suelta del «*Quijote*», de «*Persiles* y *Segismunda*», de «*La Galatea*», o de algunas de las obras de nuestro verdadero *mayoral* habría bastado para que la curiosidad literaria y el más lindo discreteo hubieran rebuscado su principio o su continuación con anhelo cariñoso (1).

---

(1) En la «*Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*» del erudito D. Martín Fernández de Navarrete, publicada por la Real Academia Española en 1819, se cita en las páginas 100, 101 y 102, párrafos 103 y 104: «Recelando Cervantes que la malicia o perspicacia de los lectores de su obra genial descubriese algunas alusiones que le trajeran perjuicios y resentimientos, procuró buscar un Mecenas de alta gerarquía, de superior concepto y reputación, y amante de los estudios útiles, a cuya sombra lograse la obra del «*Quijote*» mayor consideración y miramiento; y juzgando digno de este obsequio y propio para este fin a D. Alonso López de Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar, ya por el buen acogimiento y honra que (según dice Cervantes) hacía a toda suerte de libros, como príncipe tan inclinado a favorecer las buenas artes, ya por su ilustre cuna como descendiente de la casa Real de Navarra, ya por sus prendas generosas y el favor que dispensaba a los hombres de letras, determinó dirigirle

Después de Monescillo, llega a la misma cátedra del Espíritu Santo el 23 de Abril de 1891 el Excmo. e Iltmo. Sr. Doctor don Francisco Sánchez Juárez, y, parafraseando el Proverbio XVI, versículo 23: *Cor sapientis erudiet os ejus, et labiis ejus addet gratiam.* (El corazón del sabio enseñará a su boca, y añadirá gracia a sus labios), y representando «La ciencia con sus múltiples y luminosos destellos; la literatura y la poesía con todos sus arrebatadores encantos; el lenguaje, considerado, no ya en su más alto concepto, es decir, como don y revelación del Altísimo, sino en su nueva significación ideológica», exclama dirigiendo una mirada conmovedora á la edición atildada del «Quijote» de la Real Academia Española (1), yacente como glorioso trofeo patrio en lo alto del catafalco: «Ese libro inmortal, honrado y acogido por la religión misma; ese libro es el secreto único del genio nunca manifestado á otro, que, haciendo asomar casi constantemente la sonrisa á los labios, revela en cada página cuanto el entendimiento tiene de más sublime y el corazón de más sensible y tierno. En ese libro el héroe quimérico está elaborado con toda la substancia del héroe real, con su fe inquebrantable, con su virtud solidísima, con su razón

---

una obra tan nueva como admirable, para cuya impresión había obtenido privilegio del Rey en 26 de Septiembre de 1604; y teniéndola concluida para mediados de Diciembre, logró verificar su publicación a principios del año siguiente. Si es cierta la tradición que refiere D. Vicente de los Ríos, la idea que tuvo Cervantes en esta elección de patrono no fué tanto procurar los medios de publicar su obra, cuanto el conocimiento que tenía de su naturaleza y carácter, porque anunciando su título las aventuras de un caballero andante, temía con harto fundamento fuese desestimada por solo esto de las personas serias e instruidas, y poco apreciada del vulgo, que no encontraría en ella los portentosos sucesos a que estaba acostumbrado en los demás libros caballerescos, ni podía penetrar la delicada y fina sátira que en éste se contenía; lo que no era de temer llevando a su frente la recomendación del nombre de un personaje tan ilustre y respetable, que según otro escritor coetáneo merecía ser el Mecenas de su edad y el Augusto de su siglo.»

Refiere sin embargo la misma tradición que sabido por el duque el objeto del «*Quijote*» no quiso admitir la dedicatoria; que Cervantes manifestando conformarse con su voluntad le suplicó solamente se dignase oirle leer un capítulo de aquel libro; que este ardid surtió todo el efecto que había meditado, porque fué tal la complacencia y diversión que causó la lectura en el auditorio, que no pararon hasta concluir toda lo obra, colmándola de elogios; con lo que depuso el duque su repugnancia y preocupación, admitiendo gustoso la dedicatoria que antes desdeñaba.»

(1) Año 1780, comentarios de Don Vicente de los Ríos.

potente, con su gracia peregrina, con su valor intrépido. En ese libro se finge una locura extraña y atractiva, para dar lecciones de soberano juicio á los hombres y á las sociedades. Las naciones aprenden allí á adorar las Providencias de Dios en las alternativas de poderío y de decadencia porque pasan los imperios; los reyes á captarse, por la misericordia y la justicia, el amor y la fidelidad de sus súbditos; los sabios á convencerse de las mil ignorancias de la ciencia humana; los felices á moderar su dicha, los desgraciados á sacar su purificación del sufrimiento. Allí se enseña que es de pechos nobilísimos perdonar las injurias; allí se exhorta á la plegaria y á la oración eucarística; allí se conjura al vencedor á tender una mano generosa al vencido; allí se ensalza la honradez y se anatematiza el dolo; allí se deifica la caridad y se inspira horror á la envidia; allí se muestra, mejor aún, se prodiga el no común espectáculo del fuerte amparando al débil. Para decirlo de una vez: el «*Ingenioso Hidalgo*» de Miguel de Cervantes es toda una apología de los dogmas católicos; todo un estudio de moral; todo un estatuto de legislación; todo un código de hidalguía; todo un derecho de gentes; todo un raudal de belleza.»

II

Memorias de la Corte de España en 1605.—Subordinación del libro profano al divino.—Algo de muchos escritores famosos.—Jacinto Octavio Picón en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—Hay que tentarse la ropa al biografiar.—Fernández de Navarrete, Ríos, Bowle, Mayans y Peilicer.—Espolvoreando perlas.—Nuevamente hace uso de la palabra Martínez Izquierdo.—Rayos dispersos que la Divina Sabiduría ha esparcido por el orden criado.—El espíritu eterno de nuestros antepasados.—El *mens divinior* de Homero.—Asertos monstruosos confiesan la existencia del Omnipotente.—Cervantes al tanto de los predicadores ilustres de su época.—Católico y humanista.

Asimilación cervantina.

La de Cervantes era una época esencialmente católica, pese a las escabrosas escenas que pinta un portugués *costumbrista* en un manuscrito inédito titulado «*Memorias de la Corte de España en 1605*», trasladadas á la «Revista de España», tomos 97 y 98; por consiguiente, repugnando la alta mentalidad de aquél todo linaje de impiedades, como más adelante transcribiremos del ya mencionado Fernández Guerra, su obra de fama universal, florecida con sentencias y máximas, tenía forzosamente que emanar una fragancia exquisita de divinidad, dentro de la época mundana que en su ambiente se infiltraba.

Esa obra, divina a más por la intuición del genio y por la poesía del lenguaje, como legión de escritores reconocen y alaban sin tasa; fiel imagen de la evolución del Romance, no puede supeditarse, como exposición de donaires y bellezas, a ninguna otra de terrenos artífices. Unicamente ha de subordinarse al mayor de los libros espirituales, al de la promulgación de las leyes divinas, al

de los eternos salmos del rey David, al de los designios del Altísimo, al de los versículos ungidos con el óleo santo, al de las inspiraciones querúbeas, al de los célicos anhelos esmaltados de parábolas conmovedoras, al de la Santa Biblia. A Cervantes manco, tartamudo, sin la ciencia insuperable de un Goethe, de un Voltaire; sin la tragedia terrorífica de un Shaskespeare, de un Rabelais; sin los vuelos sublimes del fantástico estro de Lope o Calderón; sin el lirismo de Milton y del Boccacio; sin la erudición de un Quevedo, de un Gonzaga; sin la exaltación mística de una Santa Teresa de Jesús o de un Fray Luis de León; sin la musa enloquecedora del Dante o del Ariosto; sin el canto bélico de Ercilla, de Gallego o de Núñez de Arce; sin la majestad deslumbradora de un Zorrilla, de un Rostand, de un Musset o de un Annunzio; sin las excentricidades de un Boileau o de un Edgard Poe; sin las exquisiteces de un Anatole France o de un Jacinto Octavio Picón; sin una concepción espeluznante como Gorki o Ibsen; sin un criticismo enciclopédico a lo Menéndez Pelayo o a lo Valera; sin un mosaico de miniaturas frívolas a lo Lamartine, a lo Lafontaine, a lo *Azorín;* sin hacer la tempestad bajo un cráneo como Víctor Hugo, ni las «Confesiones» como Jacobo Rouseau; sin elegantizar la vida social como los hermanos Goncould, como *Fernán-Flor* como *Kasabal*, como *Asmodeo*, como *Monte-Cristo;* sin hacer periodismo como Miguel Moya, como Ortega Munilla, como Mariano de Cávia, como Vázquez de Mella, como Francisco Silvela, como Dato, como Morote, como Canalejas, como Jaurés; sin los andalucismos delicados de los hermanos Quinteros y sin los eruditos y festivos asimismo de Rodríguez Marín; sin la perseverancia filológica del P. Cejador, del P. Mir, del P. Fabo, de Rufino José Cuervo, de Bello, de Caro, de Navarro Ledesma, de Conmelerán; sin los historiales de Lafuente y del P. Mariana; sin las agudezas picarescas del P. Ruiz de Hita y de Cadalso; sin las rimas de Becquer, ni las estrofas vibrantes de Quintana, ni las escenas bucólicas de Garcilaso, ni las añoranzas de antiguos esplendores patrios del poeta Cavestany; sin nada, en fin, de cuanto *intellectus disciplinarum* haya producido para embeleso de las criaturas humanas, en todo se le puede reflejar, salvando las negras simas de la irreligiosidad, del cinismo y del escándalo, con los atributos de todos, por la magnificencia de su arte y por la riqueza de su dicción irreprochable.

¿Biografiar a Cervantes? ¿Enmendar la plana a D. Martín Fernández de Navarrete? Nunca en mis días. Tengo presentes aquellas frases memorables de Jacinto Octavio Picón, proferidas en la sesión pública extraordinaria con que la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando solemnizó, el 9 de Mayo de 1905, el tercer centenario de la publicación del Quijote:

«Antes, la biografía de un gran ingenio no exigía extraordinario esfuerzo en quien hubiera de escribirla; los aficionados se contentaban con poco: unos cuantos datos y noticias acerca de la fecha y lugar del nacimiento del personaje, mención de sus comienzos y maestros, referencias á los protectores que tuviera ó la lucha que sostuviese contra la adversidad por no tenerlos, y alguna anécdota más ó menos probada que diese idea de índole y carácter, eran elementos bastantes á satisfacer la curiosidad del vulgo estudioso. Sobre esto se edificaba luego un mundo de conjeturas y suposiciones: así, las biografías hechas durante un largo período, están escritas: primero, sin tener en cuenta el medio social, las costumbres ni el carácter de la época en que vivió el biografiado, y luego, llenas de deducciones caprichosas: quienes las componían, cuando les faltaba certeza, abusaban de cuantos giros y rodeos denotan posibilidad, diciendo á cada paso: «fácil es colegir», «nada se opone», «bien pudiera ser», «acaso por aquel tiempo», «quizá por entonces», empleando mil recursos para persuadir de lo que no podían probar, y hacer creer aquello de que no estaban seguros.»

«Hoy, al contrario, quien acomete la empresa de escribir la biografía de un ingenio célebre, comienza por restaurar ante el lector, aunque sea generalizando y á grandes trazos, la sociedad y costumbres de su tiempo; construye el teatro en que representó papel, y después lo retrata, no aislado y solo en las páginas del libro sino con rigurosa sujeción á lo que de él probablemente se sepa, rodeado de sus contemporáneos, respirando el ambiente intelectual que acertó á expresar ó al que supo adelantarse: en resumen, colocado en condiciones que permitan apreciar lo que fué privativamente suyo y lo que le dió ó acaso le mermó su época; lo que la vida influyó en él y como entendió él la vida, único modo de comprender el alcance de las obras y aquilatar las facultades de los grandes artistas, para que el entendimiento y la sensibilidad

saquen de ellas el jugo que dá la enseñanza y el placer que proporciona la belleza.»

«Esta labor dificilísima exige diversas y hasta opuestas aptitudes, porque en ella, para que resulte fecunda, han de hermanarse la paciente tenacidad del investigador y la rápida clarividencia del crítico, algo que radica en la calma para inquirir sin cansarse, y algo que proceda de la rapidez maravillosa con que en cosas de arte el instinto se anticipa al entendimiento.»

«A quien tiene esas condiciones, los libros viejos y los documentos borrosos, los estantes polvorientos y los legajos comidos de humedad, los áridos registros y los cansados índices le van descubriendo el dato que era desconocido, la fecha que parecía dudosa, la noticia que permanecía ignorada; de entre los pliegos de papel amarillento que encabezan cruces y autorizan sellos; de entre las líneas tortuosas escritas con tintas pardas y rojizas; de entre números que semejan signos misteriosos y rúbricas que parecen arañas; de entre aquella vetustez y abandono, que tiene mucho de la muerte, y lo que es peor, del olvido, va surgiendo todo lo que representa el trabajo, el pan, la esperanza, la gloria de los que vivieron y sufrieron primero que nosotros, y va apareciendo también lo que calma, lo que satisface nuestra ansia de saber: la verdad deseada, verdad que no está sólo en la noticia, en el dato, en el hecho, sino en lo que nuestro juicio deduce de ellos, arrancando su secreto al origen de los sucesos y las obras para sorprender el pensamiento y desnudar el alma de las sociedades muertas; y por cima de todo, hay que contemplar lo pasado con absoluta independencia de criterio, con serenidad de espíritu, no midiendo las cosas y los hombres que fueron, con el rasero de nuestras ideas de ahora, sino puesto el pensamiento, para que sea justo, en los ideales de antaño.»

«Ya veis si son precisos tiempo, trabajo y facultades para escribir hoy la vida de un genio como Cervantes.»

¡Qué diré yo que soy el último de los vulgarizadores! Espantárame si acometiera tal empresa, en su totalidad casi realizada por Fernández de Navarrete, quien, a su vez, a las investigaciones de Ríos, Bowle, Mayans y Pellicer. un buen caudal de pormenores verídicos debiera.

Por otra parte, no requiere el bosquejo moral del Quijote,

que trato de desentrañar, una pintura acabada, sino cuatro rasgos del que, según el mismo Octavio Picón, «andando hoy entre señores, mañana entre villanos, viajando con mercaderes, combatiendo con soldados, estudiando á moriscos, clérigos, hidalgos y estudiantes, al trazar el cuadro de su época, aprovechando el común caudal de los conocimientos de entonces, mediante aquella cultura, pudo formarse la suya; y, sin llegar á ser sabio, supo hablar de todo sin desbarrar en nada.

Y examinando su lenguaje, espolvoreando las perlas de su copioso y selecto decir, hago mías las palabras del Iltmo. Sr. D. Narciso Martínez Izquierdo, que es citado en otra ocasión más: «En Dios elogiaré la palabra, en el Señor ensalzaré el lenguaje; en Dios esperé sin temer el juicio de los hombres. *In Deo laudabo verbum, in Domino laudabo sermonem; in Deo speravi, non timebo quid faciat mihi homo.* A ti ¡oh Dios! consagro mis votos y los cumpliré tributándole alabanzas, porque has librado mis pies de la muerte y mis pies de la caída, para que en tu presencia te complazca en la luz de los que viven. *In me sunt Deus vota tua, quæ reddam laudationes tibi; quonian eripuisti animam meam de morte et pedes meos de lapsu, ut placeam coram Deo in lumine viventiun* (1)».

«¡Oh, si me fuera dado presentar á vuestra vista la dicha inmensa que supone para nosotros el no poder penetrar en el sentido de nuestra literatura sin percibir la sublimidad y bellezas de la fe!»

«*In Deo laudabo verbum, in Domino laudabo sermonem; in Deo speravi, nom timebo quid faciat mihi homo.* La razón, siguiendo sus caminos, siempre nos conduce á Dios; pero cuando nos aproxima más á El, es en la formación de la palabra. La palabra es la manifestación más elocuente y sublime de nuestra actividad y hasta de nuestro ser. A grandes conceptos y elogios sin término se presta la consideración del lenguaje: cosa prodigiosa es el arte de bien decir; pero todo ello, y aunque se añadan las magníficas creaciones de la poesía y las más asombrosas concepciones del arte; todo lo vemos compendiado en el *verbum mentis* y *verbum cordis*, como con altísima idea y sentido inasequible dijeron San Agustín y Santo Tomás. Basta vislumbrar lo que es esa representación interna

(1) Psalm. LV vv. 11, 12 y 13.

del alma, para persuadirse de la gran dignidad del hombre y de su parentesco con la divinidad.»

«¿Qué extraño es que San Agustín sostenga (1) que todo el que llegue á entender lo que es el verbo humano puede tener una semejanza de lo que es el Verbo divino? Y en verdad, que así como el primer acto íntimo que concebimos en la inteligencia de Dios es la generación de su Verbo, en quien como en espejo purísimo toda su virtud se retrata (2), así nuestra inteligencia, apenas se pone en ejercicio, lo primero que forma es su palabra interior. Este verbo, que determina sus conceptos, es su primer movimiento, es su primera generación: es el cuadro donde aparecen contorneadas y formadas sus ideas, el molde en que entra todo lo que piensa: como en Dios es la sabiduría que todo lo enseña, es la razón que todo lo ordena, la virtud que todo lo domina, la forma que todo lo reviste, la belleza que todo lo hermosea, la plenitud que todo lo enriquece, la definición que todo lo comprende, la expresión que todo lo declara, la causa que todo lo produce.»

«A tanta altura debemos considerar el singular portento de la palabra. Tal es la grandeza de nuestro verbo, elemento fundamental y resumen amplísimo de nuestro lenguaje. De aquí que no bien nos fijamos en tanta sublimidad y tanto poder, nos quedamos absortos, y en nuestra admiración no podemos menos de volvernos al Señor, diciendo con el Profeta-Rey (3): *Eructavit cor meum verbum bonum, dico ega opera mei Regi;* puesto que del fondo de nuestra alma se produce una maravilla tan inconcebible como es la palabra, nos vemos precisados á atribuir al Señor nuestro ser y dedicarle todas nuestras obras.»

«Pero siendo la palabra interior un concepto definible y enunciable, como enseña Santo Tomás, (4) ella es el punto donde se relacionan y se juntan la ciencia y el arte. Apenas la idea se constituye, cuando ya el verbo nos ofrece la forma de su expresión, y bien podemos decir que si la palabra nos asemeja al Verbo increado como concepción científica, mucho más en cuanto representa el ejemplar del arte.»

---

(1) «De Trinit», lib. XV, cap. XI.
(2) «Sap», cap. VII, v. 26.
(3) Psalm., XLIV, v. 1.
(4) «Opúsc. 13.° «*De Differentia divini Verbi et humani.*»

«Lo propio, lo característico, lo grandioso del arte es crear. El hombre sirviéndose de ese poder que reside en el alma, (1) de esa virtud de la inteligencia como la clasifican los Escolásticos, crea lo bello formándolo a imagen del ideal que contempla, y viene a imitar al Verbo Divino, quien, a causa de haber sido criadas por su mediación todas las las cosas, es llamado por San Agustín (2) *Arte del Omnipotente*. ¿Quién en verdad puede presentar en lo natural mayores semejanzas con el Supremo Hacedor, que esos genios de virtud eminente, ministros de la palabra, encargados de hacer resplandecer la verdad en la tierra? Ellos nos ayudan a conocer lo que somos y en dónde estamos; explican con claridad lo que es, y fingen con verosimilitud lo que no es; se apoderan de la naturaleza, parecen que la hacen suya, se apropian sus formas, y al contacto de su inteligencia les dan de su propia vida, y las combinan y las disponen, y crean otras nuevas, y en su expresión las revisten de la luz que su alma atesora, y por medio de una creación humana hacen brillar la creación divina a los ojos de los hombres. Con su intuición fácil todo lo contemplan, con su gran fuerza de análisis todo lo distinguen, y recogiendo los rayos dispersos que la Divina Sabiduría ha esparcido por el orden criado, se alzan con ellos, y empleando la acción potentosa de su genio, los convierten en torrentes copiosos de luz que pronto hacen descubrir el foco inmenso de verdad infinita de donde se derivan. Para estas inteligencias favorecidas, las criaturas no son más que un punto que tocan en su rápido vuelo a regiones más altas, un escalón para remontarse de lo real a lo ideal, de lo creado a lo increado, de lo finito a lo infinito.» (3)

Pero reconociendo el reducido círculo en que se desenvuelve el talismán divino-mundano de la palabra, exclama poseido de fervor; «Entonces la ciencia de lo bello, como observa San Agustín, (4) se desprende del cielo, y sepultada entre las aspiracianes de la carne y los deleites de la tierra, pierde su elevado carácter, y no conserva más que las apariencias de ciencia racional. Con imágenes sen-

(1) S. Aug., lib. VI, de «*Música*», cap. XII, «*et de Genesi*», lib. I, cap. VIII.

(2) «*De Trinitote*», lib. VI, cap. X.

(3) «*Contra Académicos*», lib. II, cap. III.

(4) Pág. 7 a 11 de la «*Oración fúnebre*», dedicada a Cervantes y demás ingenios españoles, en la Iglesia de las Trinitarias de Madrid.

sibles, con alegorías del orden material, con descripciones de la naturaleza, con excitar, en fin, la sensibilidad, el arte no ha hecho más que empezar; la palabra no ha hecho sino producir el más bajo de sus efectos.»

«Bellas son las flores, purísimas las aguas, rutilantes las estrellas, aterrador el trueno, rosada la aurora, encantadoras las armonías, agradables las buenas formas; pero el hombre no ha nacido para pasar la vida como la mariposa de flor en flor, sino para moverse por todas estas excitaciones a buscar un centro, en donde todo lo grande se apoye, y todo lo bueno se resuma, y todo lo bello luzca, y allí dar a su inteligencia y a su corazón el reposo y la hartura que tanto ansían» (1).

Aún con todo, dentro de nuestra limitada condición, el genio con sus obras del espíritu se perpetúa *ab in eternum*. En los antiguos tiempos, sin la imprenta ni otros medios de que disponemos hoy, con sólo la palabra se transmitía, bien con la narración, bien con la leyenda, el alma, el espíritu eterno de nuestros antepasados, purificándose las bajas pasiones con el estímulo de las grandezas heroicas y exaltándose la virtud de los sentimientos tiernos y delicados, de generación en generación, hasta nuestros días y hasta que el mundo sea mundo. Con el soplo divino e inmortal animado fué el barro de Adán, quien al morir y perecer enfrascado en hondas meditaciones, a que fué impelido tras de su marcha del edén, legó a sus descendientes el atributo del Altísimo, el *mens divinior* que decía Homero; de aquí se sigue que al fenecer la materia y volar al cielo nuestra alma, ésta se manifieste también eterna en la tierra. ¿Quién es el audaz, el volteriano, el cínico que rechaza el concepto de la eternidad cuando no hay fuezas humanas suficientes para desligarnos del decir y del pensar y del escribir y del reflexionar que en tan íntimo consorcio se hallan con el Verbo increado? ¿Quién olvida los archivos de la humana inteligencia, pese a los estragos de la publicidad de seculares errores y herejías, infiltrados en el moderno racionalismo, para negar lo eterno y la existencia de Jesucristo, que revela al versado en cánones y teología que la eternidad haciéndose hombre encarnó para siempre en nosotros? ¿Quién no ostenta su condición de creyente recapacitan-

(1) Págs. 17 y 18 de la «*Oración fúnebre*», antes citada.

do que si la impiedad crece y se multiplica y desvaría con nuevas argucias, el libro inmortal, la Santa Biblia hace confesar a un Renán (1) la existencia de Jesucristo, la sublimidad de su doctrina, la redención de su martirio, aún con el deliberado propósito de conculcar asertos monstrosos?

Nadie tilde de digresiones los apuntados conceptos, pues a bien seguro que Cervantes, asequible a cuanto reflejara grandeza y excelsitud de pensamientos cristianos, (2) «hombre de mucha lectura» como corrobora D. Marcelino Menéndez y Pelayo, como el propio interesado sostiene en el *Quijote* afirmando que por leer leía hasta los papeles rotos o sucios que se encontraba en la calle; posesionado del adoctrinamiento de los mejores escritores españoles, antecesores y contemporáneos suyos; inflamado del ardor bélico que despertaban las guerras navales con el Turco; testigo ocular de honras fúnebres que avivaban la llama de su fe; testigo presencial de sucesos pontificios, que retrataban la fisonomía moral de la Roma católica, tendría noticia fidedigna de los sermones grandilocuentes y arrebatadores del doctor Aguilar de Terrones, del maestro Fray Alonso Cabrera, del P. Fray Agustín Dávila, del P. Fray Lorenzo de Ayala, del doctor Luys Montesinos, del P. Fray Alonso de los Angeles, del P. Fray Agustín Salucio, del P. Fray Hernando de Santiago, del P. Fray Juan López Salmerón, del maestro D. Manuel Sarmiento, del doctor D. Martín de Castro, del doctor D. Francisco Dávila, del Sr. Obispo de Jaén, Cardenal de la Santa Iglesia de Roma en su iglesia de Baeza, del doctor D. Francisco Sobrino, Catedrático de vísperas de Teología en la Universidad de Valladolid en la capilla de Escuelas Mayores de dicha Universidad, (3) etc.. etc. Y disponiendo de un espíritu de observación tan sutil como penetrante, venciéndose a si propio en en sus instintos y en sus malandanzas, adaptándose cuanto oyó, vió, leyó y estudió, se reviste del tosco sayal del peregrino sin aparecer en traje de tal y con la jactancia de ocultar su idealismo

(1) «Vida de Jesús.»

(2) «*Cervantes esclavo y cantor del Santísimo Sacramento*».—Manuscrito de la Biblioteca Floreciana de la Real Academia de la Historia — Aureliano Fernández Guerra y Orbe—Valladolid, Cuesta, 1882.

(3) Juan Iñiguez de Lequerica.—«*Sermones funerales en las honras del Rey don Felipe II*».—Madrid, Licenciado Varez de Castro, 1599.

refulge la luz brillante del católico en «*Don Quijote de la Mancha*», con el cual «podría adivinarse (1) y restaurarse toda la literatura de imaginación anterior a él, porque Cervantes se la asimiló e incorporó toda en su obra. Asi revive la novela pastoril en el episodio de Marcela y Grisóstomo, y con carácter más realista en el de Basilio y Quiteria. Así la novela sentimental, cuyo tipo castellano fué la «*Cárcel de Amor*» de Diego de San Pedro, explica mucho de lo bueno y de lo malo que en la retórica de las cuitas y afectos amorosos contienen las historias de Cardenio, Luscinda y Doro tea, en la última de las cuales es visible la huella del cuento de Don Félix y Felismena, que Montemayor, imitando a Bandello, introdujo en su «*Diana*». Así la novela psicológica se ensaya en «*El Curioso Impertinente*», la de aventuras contemporáneas tiene en el «*Cautivo*» y en el generoso bandolero Roque Gainart, insuperables héroes de carne y hueso, bien diversos de los fantasmas caballerescos. Así nos zumban contínuamente en el oído, a través de aquellas páginas inmortales, fragmentos de los romances viejos, versos de Garcilaso, reminiscencias de Boccaccio y del Ariosto. Así los libros de caballerías penetran por todos lados la fábula, la sirven de punto de partida y de comentario perpétuo, se proyectan como espléndida visión ideal enfrente de la acción real, y muertos en si mismos, continúan viviendo enaltecidos y transfigurados en el *Quijote*. Así la sabiduría popular, desgranada en sentencias y proloquios, en cuentos y refranes, derrama en el *Quijote* pródigamente sus tesoros, y hace del libro inmortal uno de los mayores monumentos *Folklóricos* (2): algo así como el resumen de aquella filosofía vulgar, que enaltecieron Erasmo y Juan de Mal Lara.»

Y familiarizado con las recónditas enseñanzas del Crucificado, sin verse obligado »a empañar la olímpica serenidad de su alma, no sabemos si regocijada o resignada», en alas de su inspiración «fué humanista más que si hubiese sabido de coro toda la antigüedad griega y latina.»

«Si los que pierden el tiempo en atribuir á Cervantes ideas y

---

(1) «*Crónica del Centenario*».—Cultura literaria de Miguel de Cervantes—Marcelino Menéndez Pelayo—Págs. 139 y 140.

(2) *Demopedia*, y no *Folklore* (palabra extranjera). Así lo preconiza la autoridad indiscutible del maestro Cávia.

preocupaciones de libre pensador, conociesen mejor la historia intelectual de nuestro gran siglo, encontrarían la verdadera filiación de Cervantes, cuando su crítica parece más audaz, su desenfado más picante, y su humor más jovial é independiente, en la literatura polémica del Renacimiento, en la influencia latente, pero siempre viva, de aquel grupo *erasmista* (Gonzalo Pérez, Heliodoro, Aquiles Tacio, León Hebreo, Diego Gracián, Demonacte, Luciano, Juan de Valdés y Cristóbal de Villalon), libre, mordaz y agudo, que fué tan poderoso en España y que arrastró á los mayores ingenios de la corte del Emperador. Cervantes nació (1547) cuando el tumulto de la batalla había pasado, cuando la paz se había restablecido en las conciencias: su genio, admirablemente equilibrado, le permitió vivir en armonía consigo mismo y con su tiempo; fué sinceramente fiel á la creencia tradicional, y por lo mismo pudo contemplar la vida humana con más sano y piadoso corazón y con mente más serena y desinteresada que los satíricos anteriores en quienes la vena petulante y amarga ahogó á veces el sentimiento de la justicia. Tanto difiere de ellos, como de un casi contemporáneo suyo, á quien cupo no pequeña parte de la herencia de Luciano. Por la fuerza demoledora de su sátira, por el hábil y continuo empleo de la ironía, del sarcasmo y de la parodia, por el artificio sútil de la dicción, por la riqueza de los contrastes, por el tránsito frecuente de lo risueño á lo sentencioso, de la más limpia idealidad á lo más trivial y grosero, por el temple particular de su fantasía cínicamente pesimista, Luciano revive en los admirables «*Sueños*» de Quevedo, con un sabor todavía más acre, con una amargura y una pujanza irresistible. Era Quevedo helenista, y de los mejores de su tiempo; Cervantes no lo era, pero por su alta y comprensiva indulgencia, por su benévolo y humano sentido de la vida, el fué quien acertó con la flor del aticismo, sin punzarse con sus espinas.»

En toda ocasión y en todo momento aromó con exquisita fragancia la vida social, anteponiendo á todo el sentimienlo de la eternidad, de lo sublime, de lo sencillamente conmovedor, esgrimiendo con su héroe un lanzón quebradizo, renovado siempre con las rosas frescas del altruismo.

III

Altruismo floreciente reconocido por Bartolomé José Gallardo.—Mina inagotable.— Cervantes adaptóse al medio ambiente de la Roma cristiana.—Baldomero Villegas coloca al ingenio complutense el dogal asfixiante del liberalismo.—Gorro frigio con ribetes de pensador.—Metralla contra un jesuíta.—No se precisan hazañas herculianas.—Reflexiones *pour rire*.—Bombos y platillos que acompañan al libro de Villegas.—"Después de las tinieblas espero la luz„.—Mariano de Cávia, con motivo del anterior Centenario, el de la primera parte, aparece en el mayor *obscurantismo*.—Glorificación de Cervantes.—Apoteosis del "Quijote„.—Siniestras fulguraciones.—La Verdad.—La Virtud.—La Belleza.—La Poesía.—El Encanto.—El Embeleso.

Cervantes en plumas liberales.

En el capítulo anterior se habló de la asimilación cervantina y del altruismo de Cervantes; florido altruismo que proclaman a voz en cuello unos y otros escritores. Nada tuvo de místico y de doctrino D. Bartolomé José Gallardo, reconocido por el propio Menéndez y Pelayo como «el mayor bibliógrafo español (1) desde Nicolás Anto-

(1) En la página 297 del periódico mensual «Ocios de Emigrados Españoles», publicado en Londres desde 1824 hasta 1842, se muestra como negro crespón para las letras patrias la siguiente referencia:

«Aun de los que á gran costa conducían consigo *sus dioses* (libros y trabajos manuscritos), muchos los perdieron en el fiero saqueo con que el pueblo de Sevilla se ensangrentó el día 13 de Junio de 1823, en época del monarca Fernando VII. Allí perecieron los de Gallardo, que sólo esperaban la calma.»

El mismo interesado, con Mendoza, Orfila, Beña, Marchena, Hurtado de Mendoza, Virués, Torio de la Riva, Reinoso, Lista, Muñoz, Andújar, García Suelto, Quinto, Pérez del Camino, López Peñalver, Liaño, Gil de Lara, Bernabeu, Benito, Espronceda y Alonso de Viado, entre otros, fué uno de los que, «ausentes de la patria llevaron consigo la fecundidad del ingenio, la viveza de la imaginación, la diligencia en adquirir la verdad y la solidez en defenderla»; después del destierro plañe sus cuitas en el prefacio de su magnífica obra de erudición «Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos», editada de 1861 á 1869 en Madrid, expresando que su tesoro de estudios, libros y folletos, huyendo en una barquilla por el Guadalquivir, fué á sepultarse al fondo del río.

nio hasta los días que corrían en el año de 1888», y pudiéndose sostener igual afirmación en los del año de gracia en que vivimos. Pues bien; Gallardo confesaba en 1835 y en el número primero del periódico matritense «El Criticón», en donde varios ingenios españoles dieron a las letras brillantez y realce, que «el Quijote es una mina inagotable de discreciones y de fantasía, y esta mina, aunque tan beneficiada en el presente y en el pasado siglo, admite todavía gran laboreo. ¡Es mucho libro éste! Comunmente se le tiene por un libro de mero entretenimiento, y no es sino un libro de profunda filosofía..... Lo menos es ridiculizar los devaneos de la Caballería andante; esa, ya tan sabrosa, no es sino la corteza de esta fruta sazonada del árbol provechoso de la Sabiduría: su meollo es mucho más exquisito, regalado y sustancioso» (1).

El autor de «El espíritu del Quijote» y de la «Iconografía cervantina», de la «Apología de los palos y el «Diccionario crítico-burlesco», yendo como iba descarriado por los cerros del liberalismo, converge sus ojos al «*árbol provechoso de la Sabiduría*»; y es que hay un impulso irresistible y avasallador dentro de nuestro fuero interno que, inconscientemente, nos arrastra a las *idealizaciones*, a la vida romántica en franca rebeldía con nuestros asertos, conduciendo al extraviado por el buen camino, al estudioso por la observación inmutable, al sincero por la franqueza fervorosa, al ateo por la religión del deber y al blasfemador por el perdón de los mutuos agravios. Gallardo sin darse cuenta, enamorado del saber, declara que hay en el libro imperecedero *una mina inagotable por laborear*, y, aún sustentándose en sus radicalismos, reverencia y enaltece á lo que está por descubrir en la Biblia profana. ¡Cuán fácil le hubiese sido descubrirlo á él, ávido de verdades y bellezas, de dilectos decires y sentencias de los hechos, al haber leído con atención la otra Biblia, la sagrada! Al embeberse en la contemplación espiritual de la Cristiandad, en la amalgama de la poesía de los Hebreos, en la magnificencia de los libros proféticos, monumentos venerandos de remotas edades, cómo no entresacar de acciones y

(1) En la pag. IX de la nueva edición (año 1911) del «Quijote» con notas del Académico de la Española D. Francisco Rodríguez Marín, docto entre los doctos cervantistas, se reproduce lo arriba copiado, también reproducido en «Cervantes y el Quijote», pág. 108 (1905).

sucedidos, de pinturas realistas y reales cuadros, del materialismo y del loco fantasear, pese á ciertas crudezas de lenguaje, «*El espíritu cristiano del «Quijote»*. Es que no queremos ver el *nihil sum*, el nada soy, y según aspiramos á la conquista del mundo con nuestras bajas pasiones y extemporáneas rebeldías, asimismo pretendemos que nuestra espiritualidad es todo lo vil y despreciable de que pudo formarse la arcilla del primer hombre. ¡Somos tan sacrílegos que olvidamos se convierte la arcilla más dura en pedernal susceptible de echar chispas, de producir incendios de eterna llamarada!

Y Cervantes se asimiló con su genial creación el alma del creyente, luminosa é incendiante, á través de las tinieblas del mundo, de nuestros egoismos, de la eterna noche de la desesperación del incrédulo, pues por algo estuvo al servicio en Italia, en la Ciudad Eterna, con el enviado de Su Santidad el Papa Pío V, monseñor Aquaviva, uno de los más jóvenes é ilustrados purpurados que ha tenido nuestra Santa Madre la Iglesia, quien á los veinticuatro años era príncipe eclesiástico y poseedor de una de las principales bibliotecas del mundo, casi rival de la del Vaticano.

Allá por el año 1895, doce después de haberlo escrito, en mal hora dió á la estampa D. Baldomero Villegas, coronel de artillería, como digno *pendant* del Papamoscas de Burgos, donde se perpetró el hecho, una obra disparatada que se titula «Estudio Tropológico sobre el «Don Quijote de la Mancha» del sin par Cervantes». En esta obra sin retoricismos de literato, como el propio autor confiesa con falsa modestia, se llega más lejos que en las presunciones de Gallardo: á presentar á Cervantes con el dogal asfixiante del liberalismo. Gallardo se percataba de la *majestad filosófica* del príncipe de los ingenios y lo ofrecía ante el vulgo indocto como hombre de letras en primer término; pero el Sr. Villegas, ¡válgame el Cielo! lo que presenta ante todo y sobre todo á la consideración de los iletrados es el gorro frigio de un demagogo con ribetes de pensador. Después del «Discurso preliminar», el Sr. Villegas en las «Advertencias», pág. VII, ametralla á un jesuíta (para distinguirse como artillero y como librepensador), en la forma siguiente: «Dominado por el espíritu de intransigencia que imperaba en nuestro país, desde el Cardenal Cisneros, Torquemada y la Inquisición, el Jesuíta Padre Pedro Rivadeneyra, Secretario de San Ignacio y corrector de su estilo en Roma, escribió su «Tratado de la

religión y virtudes que debe tener el Príncipe cristiano para gobernar sus Estados, etc.», y lo imprimió y publicó el año 1595, dedicándolo al Príncipe de España, D. Felipe, que años después reinó con el nombre de Felipe III.»

«Este libro hizo mucha fortuna. Felipe II lo recomendó a su hijo como el Código fundamental de los deberes que debe cumplir un Príncipe cristiano; Felipe III lo leyó y releyó, y de tal modo se impregnó en su doctrina, que se estableció como verdad inconcusa que los herejes son causa de perdimiento de los Estados, y se consideró como la cosa más perjudicial la libertad de conciencia, y se expulsó a los moriscos y judíos convertidos, y se anatematizó la política, y se persiguió con saña la traducción castellana de los libros de Maquiavelo, de Bodin... ¡Y la religión no fué ya un objeto, sino un medio!... ¡Y la feroz intransigencia llegó a dominarlo todo; y a causa de esta brutal y pérfida manera, la nación española perdió su poder, sus virtudes y sus energías!... La pretensión del Secretario de San Ignacio había triunfado a tal punto, que los Jesuitas que rehusaban las altas dignidades eclesiásticas tuvieron al Padre Nitard de primer Ministro del Reino, con lo que podían decir que el reinado de los ministros de Dios se había establecido sobre la tierra, y que se había verificado esto que muchos llaman el reinado social de Jesucristo; pero la nación española, despoblada, empobrecida y en la ignorancia, fué el ludibrio y el escarnio de Europa, y la vergüenza y oprobio de sí misma; lo que demuestra ser contrario a Dios y malo para la patria, que los sacerdotes, aunque sean Jesuitas, se mezclen en la política.»

«En aquel entonces tocaba Cervantes los grandes desengaños de su vida, y veía caer y hundirse en el abismo a la patria, y para evitarlo escribió su libro simbólicamente, esto es, de la única manera que podía decir lo que pensaba (y que tal vez se publicó en 1604, aunque se conoce como primera edición una de 1605), con el justo fin de combatir esas opiniones nefandas del Padre Rivadeneyra.»

No precisa acometer las hazañas de Hércules y Teseo para presentar ante la vindicta pública el esfuerzo pigmeo de un iluso y trasnochado lector de Cervantes, como Villegas, ni tomar en serio las inexactitudes que asoman su faz humorística, aunque cejijunta, por las 337 páginas en 8.° del «Estudio Tropológico», que

reclaman la inmediata supresión de una *erre* en el mote. El que no esté divorciado ni reñido con el sentido común, díganos, si se lo permiten frecuentes accesos de hilaridad, si no es miel sobre hojuelas: «Y después de apartado Don Quijote de los fines que persigue (reformar al mundo), y resultando conducido por el camino del Micomicón, en esta nueva fase que toman las cosas, lo primero que acontece es, que el cura vitupera y maltrata a Don Quijote porque con su conducta, *quiere soltar al lobo entre las ovejas, al raposo entre las gallinas, defraudar la justicia, ir contra su rey, poner en alboroto la Santa Hermandad y finalmente hacer por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo*; a lo que replica Don Quijote afirmándose en sus teorías andantescas, *donde más largamente se contiene*. Y lo segundo que pasa, es que Sancho que mientras secunda á Don Quijote es embajador de Dulcinea y va a caballo hacia la buena nueva, en cuanto hace el juego del barbero y el cura encuentra su burro y se abraza e identifica con él, y se hace socarrón, y finge y miente; y no sabe hablar al Ideal, más que por conducto de un sacristán, *se la dije á un sacristán* (la misiva de Don Quijote) *que me la trasladó del entendimiento* etc., dice el texto; y no sabe hablar del Ideal del lado distinguido de antes, página 225, ni por el que Don Quijote usaba *(olor sabeo, fragancia aromática*, etc.) sino por lo que tiene de *sudada y algo correosa* a estilo *hombruno*, rebajado, y midiéndola por él *(llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba más de un palmo)*; engaña en fin a su redentor y no ve en él ya al sér digno y abnegado de la página 225, sino únicamente lo que puede tener de ridículo, al *Caballero de Triste Figura*. Y lo tercero que ocurre es que se aparece Andrés, el aspado mártir de la arbitrariedad, y pide a Don Quijote justicia, y no se la puede hacer porque Dorotea que ha fingido identificarse con él pero que sigue las trazas del cura le retiene engañado. Por último, hay una circunstancia que debo señalar y que sin duda puso Cervantes, como medio de llamar la atención del lector sobre el doble sentido del libro, y es, que hablando entre todos de Don Quijote (y hay que tener en cuenta que Don Quijote es el héroe y Don Quijote es el libro), uno dice que el hecho de crearse estas fábulas que contiene es tan raro y nunca visto *que no sé si queriendo inventarlo o fabricarlo mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ello*; y otro dice, que además de las simplicidades que Don Quijote dice tocan-

te a su locura, discurre con bonísimas razones y demuestra tener entendimiento claro al tratar de otras cosas; terminando el texto el capítulo donde estas cosas se tratan, recordando que Don Quijote hace la *Triste figura*, y que quedan por los suelos *(sobajada)* los altos ideales que Dulcinea representa (1).

Varios periódicos de aquella fecha no tan sólo prestaron seria atención a los despropósitos de D. Baldomero sino que les infiltraron, con *hábiles* juicios críticos, una *profundidad analítica* de que carecen, a virtud de la cual los ejemplares se agotaron y fué preciso, cuatro años más tarde, lanzar al mercado una nueva edición. D. Leopoldo Rius, en su obra incomparable «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes, (2) «Cánovas, Menéndez Pelayo y otros escritores desvirtuaron cumplidamente las coreadas alabanzas que en saloncillos de teatro, tertulias literarias y hasta en el propio Ateneo prodigaban al engendro de Villegas varios jóvenes *europeizadores*.

Y sin embargo, D. Baldomero, extraviado en su ruta, lo que pretendía, si lo juzgamos piadosamente, era deslumbrarse y deslumbrarnos con la Verdad; por eso en la portada de la obra supradicha figuran grabadas dos alegorías: «*Después de las tinieblas espero la luz*» (3) y *Tras las tinieblas vino la luz*», como consecuencia de ob-

(1) Págs. 235, 236 y 237.

(2) En la pág. 184 del tomo 3.º pone de manifiesto: «Aunque asegura que Cervantes no combatía al Clero, ni a la Magistratura, ni al Ejército, ni a la Monarquía, señala los defectos graves que a su juicio tenían y habla de varios pasajes de la obra encarnando en el vizcaino, el representante de la tradición, vencido por el Ideal, Don Quijote, obligado a acatar a Dulcinea, a sustituir los antiguos ideales por los modernos; en Marcela la iglesia de los primeros tiempos... que por su sola virtud rindió a sabios, emperadores y mundo pagano; en Grisóstomo a San Juan Crisóstomo; en Pedro a los Pontífices romanos; en Maritornes, (despues dice no sabe quién será), a la iglesia viciosa, en relaciones nefandas con el arriero, con el Estado; la corona en una bacía de barbero, indicando que Cervantes era republicano; en Cardenio, enamorado de Luscinda (Luz de Oriente), la ciencia; en Dorotea, las fuerzas vivas del país; en D. Fernando a la monarquía; en todas las damas un ideal; en el capitán, Zoraida, el oidor y su hija, el barbero de la bacía, la política exterior y fines que se deben realizar en el extranjero. Ignora a quienes encarnan los galeotes, Andrés, el ventero y su familia, los cuadrilleros y la misma Maritornes.»

(3) Estas palabras excelsas del sufrido y glorificado Job aparecieron en la edición príncipe de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» como divisa de la portada (1605).

cecados anhelos. Y esta última alegoría, de Villegas, es la representación ideal del alma agonizante, del espíritu mezquino que nunca llegó a divisar un hacecillo de la Verdad luminosa del Génesis.

Está probado hasta la evidencia (1) y repetido hasta la saciedad que aquel lema no fué ideado por Cervantes en adaptación a cuantos rayos cabe fulminar contra los desafueros sociales; que fué transmitido, como herencia, reveladora de un fin puro y educativo, por Pedro Madrigal a Juan de la Cuesta, su sucesor en la imprenta de la calle de Atocha, aquel escudo empezado a usar a fines del siglo XVI. Pues, en efecto; Villegas desbarra de lo lindo y Mariano de Cávia, atiforrado de lecturas, presumiendo como Académico en ciernes, sin parar mientes en prévias investigaciones, de que nos hablara Octavio Picón poco há, descuelga su bien tajada péñola del desván donde aderezara en «El Liberal» los sabrosos y picantes «Platos del día», sobre los cuales gravitan más de cuatro lustros y una imitación afortunada y pintoresca del estilo cervantino, y bien acomodado en la tribuna monárquica de «El Imparcial», hace víctima a la letra de molde de los inocentes ataques que el 2 de Diciembre de 1903 dirige a la opinión española al frente de su programa de conmemoración «magnífica» del que pronto fué *Tercer Centenario de la primera parte del «Quijote»*.

«Post tenebras spero lucem»; así subtitulaba los párrafos siguientes (2): Así puso Cervantes, con profética confianza, en la portada de la primera edición del «Quijote»; y es menester que en 1905 se le haga la más luminosa y esplendorosa fiesta que jamás ha celebrado pueblo alguno en honor de la mejor gloria de su raza, de su habla y de su alma nacional.»

«Bien poca prosa hace falta para propagar este que, apenas enunciado, ha de ser anhelo común de todos los españoles cultos. ¿Qué se diría de quien se descolgase ahora en alguna Academia o Ateneo extendiéndose en consideraciones acerca de la «Influencia del Sol sobre la vida de la Tierra»?... Pues en la misma ridícula y

(1) Pág 176 del Tomo 2.° de la «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes» y página 202 de la «Crónica del Centenario del Quijote», discurso de don Gabriel Sánchez y Alonso-Gasco en la «Sociedad Económica Matritense (6-Mayo-1905).

(2) Todo el artículo lo reprodujo la Crónica del Centenario del «Quijote», en las páginas 93, 94 y 95.

pueril petulancia incurriría quien se esforzase hoy, haciendo el millonésimo panegírico de Cervantes y de su libro sin igual, en «demostrar la conveniencia» de que España conmemore magníficamente en Mayo de 1905 el Tercer Centenario de la aparición del Quijote: de esa divina y colosal conseja, por cuyo soberano poder nuestra raza, nuestra lengua y nuestra nación se sobrevivirán a sí mismas en la admiración, en el respeto y en el cariño de otros pueblos y otras civilizaciones, cualquiera que sea el fin que nos tengan deparados nuestros destinos en la Historia.»

«La glorificación de Cervantes y la apoteosis del «Quijote» están hechas ya en todo el pensamiento humano, en todos los idiomas cultos y por todos los medios de expresión que posee el arte. Por eso la gran fiesta de 1905 no ha de ser solamente un gran acto de resurgimiento español y de reanimación espiritual en esta tierra. Ha de ser una fiesta común á todas las naciones cuyos hijos llevan la sangre del sublime loco y del donosísimo zafio. Una fiesta de familia para todos los pueblos latinos. Una fiesta fraternal para todos los hombres que comulgan en el noble y laborioso culto de sentir hondo, pensar alto y hablar claro. La fiesta, en suma, del humano ingenio, alado, libre, alegre y triste a la par, iluminado por la sonrisa serena de los dioses y salpicado con las lágrimas de las irremediables miserias terrenales... La fiesta, nunca celebrada hasta ahora, de la ideal quimera y de la trágico-cómica realidad, hechas carne entre carcajadas y dolores, entre ansias generosas y vulgares desengaños.»

Post tenebras spero lucem.—Lema eterno para todos los espíritus hambrientos de justicia y sedientos de ideal. Apréstense todos ellos a rendir altísimo homenaje a quien les dió ese lema, sin pretensiones de trastornar al mundo, y con sólo contarles un cuento para ir pasando el cuento de la vida, según la frase de Diderot. Y ponga incontinenti manos á la obra esta España «a todo ingenio dura», ya que en sus presentes desdichas y en sus renovados afanes de vivir, tiene una oración consoladora y fortaleciente en las cuatro palabras (¡palabras tan de veras en un libro tan de burlas!) que iluminan la portada de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», en su primera salida por el mundo.»

Bellísimas palabras y no menos hermosos conceptos sino aprisionaran, entre gasas de oro, el nefando propósito de constelar el

horizonte patrio de siniestras fulguraciones, que otra cosa no son el despertar imaginaciones somnolientas e imbuirlas falsas creencias, monstruosas aberraciones, disparatadas excitaciones y revolucionarios estados de ánimo, siendo tan asequible como sencillo, tan espontáneo como íntimo, tan persuasivo como desinteresado, rechazar, apartar, alejar, distanciar de nosotros mismos cuantas cábalas forjemos sin elevar, virtuosa y humildemente, los ojos del alma al Cielo. A esta mansión de paz es a la que deben dirigirse *los espíritus hambrientos de justicia y sedientos de ideal*, y quien como escritor, pese a las galas de que se rodee y a las fascinaciones literarias que produzca, se oponga, aún del modo encubierto y solapado del caso de Cávia, a la marcha procesional de los tristes y desventurados de la tierra, desconoce e ignora dónde reside la Verdad, la Virtud y la Belleza, que de copiosa manera y con polícromos arabescos se deslizan de las páginas sublimes de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» para confundirse y ensamblarse con la Poesía, con el Encanto y con el Embeleso del Antiguo y Nuevo Testamento.

IV

La musa predilecta del buen decir cristiano.—Vejaciones sufridas.—Protección del Inquisidor General.—Cervantes, enemigo de la conducta sinuosa.—Reconstrucción de la entrevista de Cervantes con don Bernardo Sandoval de Rojas.—La mariposa de blancas alas.—Realidad quema sus alas ante la luz del deseo humano.—Conferencia de Navarro Ledesma en el Ateneo Científico y Literario de Madrid.—Devoción en la cárcel sevillana, por la época del autor del "Persiles y Segismunda".—Estancia de éste en aquélla.—"El Arte de Escribir", según Benavente.—Parangón entre Cervantes y Goethe.—¿Alusión al duque de Lerma?—Deducción que clama al cielo.—Revolución con los Evangelios.—Libro sin hiel.

El Quijote y la Biblia con igual estilo.

No es la creación sin par del «Manco sano» un libro santo que haya de besarse con veneración antes de abrirlo, pero la fulgurante epopeya de la gracia jocosa es, ¡no lo duden ustedes!, musa predilecta del buen decir cristiano, del buen pensar cristiano, del buen reir cristiano, del buen llorar cristiano. A su autor no le canonizaron (1), ni le besaron el borde de la capa, ni se postraron ante sus huellas, ni le colmaron de beneficios, ni le reverenciaron, y sí le zahirieron, le insultaron, le encarcelaron, sin que nadie fuera osa-

(1) Muchas fábulas circulan sobre cómo fué Miguel de Cervantes Saavedra; ninguna está comprobada, en lo que afecta a su religiosidad, para que se le haya de argüir su falta de fe. Desde la cuna fué arrullado por el fervor cristiano; y si cometió imprudencias, no las ejecutó como católico sino como ser humano sujeto a las veleidades que nos acosan en la vida. Monescillo, en la oración fúnebre a que nos referimos en el capítulo primero, sostenía, referente al «Quijote» de Cervantes, comprendiendo a otros clásicos españoles, que la flaca humanidad suele rendir tributo a las veces a alguna «expresión deshonesta» o alusión maliciosa. Nuestros antepasados, por otra parte, cubrían menos que nosotros las formas de expresión.

do a estorbarle el paso ante todo un Inquisidor General (1) sabedor de que escribía para el teatro, de que hacía obras pastoriles como la Galatea, de que componía novelas ejemplares, de que firmaba sonetos laudatorios para las obras de los Argensolas, Lope de Vega, Mateo Alemán, Pedro Morales, Antonio de Mendoza, Pedro de Herrera, Juan de Arguijo (2), etc., etc.; de que acudía a certámenes y justas literarias que premiaron versos suyos; de que era señalado por la vindicta pública como «cristiano viejo» (3); sin que nadie hubiera de impedir que el ilustre purpurado abriera sus brazos para estampar un ósculo de bondad sobre la frente espaciosa del Genio, a quien asigna una pensión decorosa (4) desde

---

(1) Don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo.

(2) «Vida de Cervantes» de Martín Fernández de Navarrete (págs. 481 a 493).

(3) Idem íd., págs. 476 a 480.

(4) Es conveniente refutar una opinión, sustentada en «El loco de la guardilla», cuadro dramático de Narciso Serra, representado hace años en el teatro de la Zarzuela con feliz éxito, que ha adquirido carta de naturaleza dentro y fuera de nuestro país. Estaba y está generalizado que Cervantes arrastraba una vida precaria; sépase que nada más distante de la realidad de los hechos, como puede comprobarse con minuciosidad en la obra de don Cristóbal Pérez Pastor, titulada «Documentos cervantinos hasta ahora inéditos» y publicada en Madrid el año 1902.

Don Luis Ricardo Fors, autor de «El espíritu del Quijote» (La Plata, República Argentina, 1901) y de «Criptografía Quijotesca» (en la misma población, 1905), presidente de la Comisión ejecutiva del tercer Centenario del «Quijote» en La Plata que editara en 1904 la obra genial de Cervantes (imprimiendo *un ejemplar* en papel «Conqueror», tamaño doble elefante, para la Biblioteca Pública de La Plata; *cincuenta* en gran papel inglés marca W. J. C°; *doscientos* en papel *vergé* azulado para bibliófilos, y *mil doscientos cuarenta y nueve* en papel inglés de hilo para librería), biografiando a Cervantes y corroborando la inexactitud ya apuntada, dice en las páginas LVII a LXI del colofón de la obra citada:

«No fué Cervantes rico; distó mucho de gozar las holguras de la buena fortuna; pero no fué pobre de solemnidad, ni se quedó «sin cenar cuando concluyó el «Quijote», como con tanta insistencia se ha propalado y se propala todavía en libros, en anécdotas y en el teatro, contra la verdad de los hechos comprobados. Ni el glorioso manco, ni su familia, se vieron jamás sumidos en esa miseria rayana en la mendicidad, que se ha aceptado por las gentes como verdad incontestable. Y que tal miseria es pura invención e hipótesis de los autores, se demuestra con las propias palabras de Cervantes y con el testimonio de documentos últimamente descubiertos y de los que se van encontrando todavía en bibliotecas y archivos, referentes a la vida y circunstancias del Príncipe de los Ingenios y de sus deudos y allegados. La confusión y el error habían llegado a adulterar hasta las relaciones de parentesco entre los miembros de la familia de Cervantes, cuando, afortunadamente, el testamento de Rodrigo

aquel instante memorable. ¿Y qué arguye esto? Arguye y redargüye que Cervantes, en lo que afecta a creencias sanas, era rectígrado y enemigo acérrimo de la línea de conducta sinuosa; mal se compagina, por ende, que palpitase en las reconditeces de su espíritu la sátira librepensadora ó la arenga revolucionaria. Pueden ustedes reconstruir la anterior escena, descrita por mi pluma pecadora, pero sincera: En aquella severa y amplia estancia, junto a aquellos estantes abarrotados de libros amarillentos y pergaminos in folio, cerca de aquella mesa de nogal que sustenta muchas cartas, muchos documentos, muchos papeles sellados y extrañamente rubricados, muchas cuartillas de la maravillosa obra del ingenio

---

de Cervantes, padre de nuestro personaje, otorgado en Madrid a 8 de Junio de 1585 ante el escribano Diego Hernández, vino a establecer que fué esposo de doña Leonor de Cortinas, en la que hubo cinco hijos, siendo los varones Miguel, Rodrigo y Juan, y las mujeres Andrea y Magdalena; esa misma Magdalena que se firmaba indistintamente *de Cervantes* o *de Sotomayor* y que Navarrete y otros reputados biógrafos daban por ser una beata ajena a la familia del manco. Y en cuanto a la extrema necesidad en que se ha supuesto a ese Rodrigo de Cervantes, con motivo del rescate de sus hijos cautivos, resulta ahora, según una de las cláusulas del citado testamento, que manda a sus albaceas *entren e tomen mis bienes e los vendan en pública almoneda o fuera della*, instituyendo a sus hijos por herederos de los mismos. (Documento 23 del tomo I de la obra de Pérez Pastor.)

No es esto solo.

Son otros muchos documentos los que han venido a demostrar que no vivieron en la supuesta miseria Cervantes ni su familia. En cuanto a Rodrigo y a Leonor, sus padres, el testamento ya citado del primero hace constar que doña Leonor aportó un haber dotal nada insignificante al matrimonio; por ante el escribano Rodrigo de Vera, otorga en Madrid poderes en 20 de Octubre de 1576 y 25 de Febrero siguiente, para el cobro de sumas importantes que acreditaba (Doc. 11 y 13 del T. I de la obra citada); por escritura de 19 de Marzo de 1566, ante el escribano de Madrid Diego de Henao (T. II, núm. 2 de la misma obra), percibe, junto con su mujer, siete mil y quinientos maravedís, importe de una viña radicada en Arganda; por otra escritura de 2 del mismo mes y por ante el mismo escribano, recibe poder de su esposa para percibir los bienes que le correspondieron por muerte de doña Elvira de Cortinas, madre de doña Leonor (T. II, núm. 1 de igual obra); y por instrumento de 29 de Junio de 1578, ante el escribano de Madrid Francisco de Yepes, se obliga con su hija Magdalena a pagar a Hernando de Torres todo lo que restare sobre doscientos ducados para el rescate de Miguel de Cervantes (Protocolo de Francisco de Yepes, rotulado 1.158 a 1.583), cuya obligación quedó cancelada, desde que en su citado testamento declara terminantemente no deber «cosa alguna a ninguna persona.» Por lo que hace a esa hermana Magdalena, que firmaba unas veces Magdalena de Cervantes, otras Magdalena Pimentel de Sotomayor, y que ha dado origen a tantas

complutense, a la hora de un atardecer melancólico que aureola con nimbos de oro las sienes y los cabellos de plata de dos hombres: eclesiástico el uno, seglar el otro; de suave unción en sus frases aquél, de varonil y dulce expresión éste; de ademanes atrayentes el primero, de formas marciales el segundo, la Realidad como una mariposa de blancas alas revolotea, torna y vuelve de una frente surcada de arrugas a la otra frente de impresas vigilias, en busca de la luz fascinadora que huye de lo alto para refugiarse en la mente soñadora y evangélica de aquellas almas. El ventanal

---

hipótesis, errores y divagaciones, tampoco se vió reducida a la indigencia, a juzgar por los documentos recientemente conocidos (Protocolos de los escribanos de Madrid, Pedro Salazar—1575, fol. 576—, Baltasar de Jos—1585, fol. 415—y Jerónimo López—1610, fol. 263). Por escritura de 7 de Mayo de 1575 le reconoce don Alonso Pacheco un crédito por quinientos ducados; en otra de 22 de Agosto hace lo mismo por la cantidad de trescientos ducados al grafiel de la difunta reina, Juan Pérez de Arcega; y por su testamento otorgado a 11 de Octubre de 1610, dispone buen número de mandas y legados, denunciando varias sumas que se le adeudaban. Tampoco la otra hermana de Cervantes, doña Andrea, vivió en la extrema necesidad que han pintado los biógrafos. La documentación que con respecto a ella se ha ido descubriendo, merced a la laudable diligencia del presbítero Pérez Pastor (Protocolos de los escribanos de Madrid, Francisco Ortiz—1568, fol. 523—, Pedro de Salazar—1576, fol. 1.268—, Francisco de la Concha—1600 a 1604—, Juan García—1567 a 72, fol. 471—y Juan López del Castillo—1575, fol. 480, y 1573, fol. 650), pone en evidencia todo lo contrario, puesto que de su contenido aparece que en 8 de Junio de 1468 Juan Francisco Locadelo le hizo donación de bienes importantes en alhajas, ropas, muebles y dinero; que en 21 de Octubre de 1576 gozaba de crédito suficiente para que uno de los plateros de la corte fuese su fiador en el discernimiento de la curatela de su hija Constanza; que en 13 de Agosto de 1587 otorgó carta de pago por cantidades que se le adeudaban; que en 12 de Octubre de 1571 y en 1.° de Agosto de 1575 tuvo diferencias y pleitos con don Pedro Puertocarrero y don Alonso Pacheco Puertocarrero, para cobrarles cantidades de dinero y valiosas joyas que le adeudaban, siendo una de éstas de valor de 187.500 maravedís. El estado miserable de la madre de Cervantes, doña Leonor de Cortinas, queda también desvanecido con la documentación conocida hasta ahora (Protocolos de los escribanos de Madrid, Santiago Sánchez—1693—y Diego de Henao—1565 y 66, fol. 478), en la que aparece que no sólo poseía aquella señora bienes heredados de su madre, sino que su situación era desahogada lo bastante para arrendar en Madrid casas de alquiler nada modesto. Y por lo que respecta a la hija de nuestro personaje, a la supuesta monja profesa del convento de las Trinitarias y esposa verdadera del escribano de la corte Luis de Molina, basta considerar que por lo que resulta del testamento otorgado por éste a 25 de Diciembre de 1631 [(Protocolo del escribano Tomás Rodríguez (año 1631)] y del otorgado por aquélla, anteriormente citado, poseía bienes nada despre-

está abierto; la atmósfera impregnada de fragancias delicadas; un lindo rosal escala el alfeizár de aquella; unos árboles gallardos destacan recortadas siluetas; el huerto con negro crespón envuelve polícromas galas; la rumorosa fuente trova sempiternos idilios; la luna parece aquella blanca mariposa, embriagada de idealidades luminosas, al fin atraida por la diestra del «manco sano»..... Atraida y retenida con aquellas cuartillas en que arde «la llama de la inspiración» y donde a la postre quema sus alas para revivir eternamente de sus propias y frágiles cenizas. ¡Que sinnúmero de

---

ciables, tales como casas en la Red de San Luis, en la corte, y herrerías en la ciudad de Cuenca, todo ello suficiente para que la familia de Cervantes no fuese desatendida ni viviese en el estado de indigencia en que la posteridad la ha supuesto hasta el presente. Tanto por estos antecedentes como por el fruto del trabajo de doña Andrea, por cuya particular habilidad las casas principales le encomendaban la labor y el arreglo de sus lencerías (entre ellas el Marqués de Villafranca y la hermana del Duque de Monteleón, según recibos de doña Andrea que se conservan en el archivo del Marqués de Legarda), como por las procuraciones particulares, los trabajos literarios y las comisiones de Cervantes, queda desvanecido cuanto se ha exagerado sobre la extrema necesidad en que éste y los suyos vivieron; todo ello sin perjuicio de los favores que le dispensaban sus Mecenas el Virrey de Nápoles y el Arzobispo de Toledo, de quienes, y burlándose del perjuicio que el libro de su émulo el falso Avellaneda pudiera causar a su hacienda, declara en el prólogo de la Segunda Parte del «Quijote» que mientras cuente con *la liberalidad bien conocida* del gran Conde de Lemos y con *la suma caridad* del Ilustrísimo don Bernardo de Sandoval y Rojas, estaba asegurado «contra todos los golpes de la fortuna.»

«Todos estos datos y documentos, todas las constancias de créditos, bienes, trabajos y demás elementos de juicio que de ellos resultan, vienen a destruir la leyenda de la extrema miseria del autor del «Quijote». Indudablemente Cervantes no era rico; no poseían bienes de fortuna ni él ni los suyos, para gozar todos los beneficios de la abundancia y de la holgura; pero no es posible negar sensatamente que contaban con lo indispensable para vivir en una modesta medianía y llenar, sin lujos ni superfluidades, las necesidades propias de una familia humilde en aquellos tiempos. De esto a la indigencia y hasta a la mendicidad, que se ha supuesto por biógrafos y eruditos, va grandísima distancia. Indigencia afirmada primeramente por falta de datos y por suposiciones sin fundamentos comprobados; propalada después por ausencia de investigaciones serias; sostenida más tarde, hasta nuestros días, por la fuerza fatal de la rutina, que han seguido y hasta han explotado buen número de escritores contemporáneos, unos por aversión a los estudios eruditos y otros llevados del afán de poetizar y convertir en novela los hechos más sencillos de la vida de los grandes hombres.»

«Harto se ha cebado este afán en la vida de Cervantes. Era ya tiempo de que se protestara contra ello y se levantara la voz de la verdad, para restablecerla en los actos del inmortal creador de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.»

veces la realidad quema sus alas ante la luz del deseo humano, trastrocador de su divina esencia y perece víctima de inflamables interpretaciones!

Esta metáfora mariposesca procura revelar que aquellos varones ilustres vivían con la realidad: el uno conocía experimentalmente la vida del cuerpo y la del espíritu; el otro la vida del escritor y la de sus escritos, por siempre imborrables. La nívea mariposa, el alado insecto de los sentimientos puros, de la ternura exquisita, de los madrigales inspirados con la prosa vibrante de los sentidos domeñados, tal como revoloteaba de una a otra frente espaciosa, volará eterna y señoril. Vuela grácil en El Ateneo el año 1905 cuando D. Francisco Navarro Ledesma, malogrado para la vida del archivo, de la erudición y de la literatura, pronunciara dos memorables conferencias enderezadas «a honrar a un vivo más vivo que todos nosotros» (1) («Don Quijote de la Mancha»), a quien legara Cervantes «sangre en sus venas, aire en sus pulmones, acero en sus músculos, fuego en su corazón, relámpago en sus sesos, rayo en su boca (1); «vuela con giros sorprendentes al mentar lo que Cervantes observara conviviendo en la cárcel de Sevilla con «mil ochocientos presos» (2) y con «unos cuantos centenares de individuos peores que ellos, puesto que a servirles se avenían» (2); vuela, gracias a la famosa «Relación de la cárcel de Sevilla» y al sainete del mismo título, que compuso el gracioso y discreto jurisconsulto de Sevilla, licenciado Cristóbal de Chaves, y que Gallardo atribuyó a Cervantes con error manifiesto» (3), que le induce a Navarro Ledesma a decir: Tampoco se burlaba con la devoción. En cada cámara y en los aposentos o celdas de los que estaban separados había una, dos y más imágenes, ante las que se renovaban las candelicas de cera o de aceite. Cristos patibularios, pintados con azafrán en la pared o estampas de Vírgenes y Santos milagreros, iluminadas con los más extraños y fantásticos colores. Al cerrarse las puertas de la cárcel, todos los altarcillos e imágenes tenían sus luces encendidas. Encendíanse también las del altar que en el fondo del patio grande había, y el sacristán, rebenque

(1) «Crónica del Centenario» pág. 205.
(2) Idem, íd. pág. 219.
(3) Idem, íd.

en mano, iba haciendo hincarse de hinojos a todos los presos. Soltaban ellos la baraja o la mujer con que estaban entretenidos, y mil ochocientas voces, desgarradas y aguardentosas unas, atipladas y femeniles otras, entonaban la Salve con ese antiguo y trágico sonsonete de las Salves carcelarias, que hiela los huesos de quien por primera vez las escucha. Presos grandes y chicos, de escasa pena y de muerte, cantaban con la misma devoción, atarazados por el miedo a la otra vida o creyentes en milagros que les salvaran, para volver a sus correrías y bandidajes.»

«Mientras rezaba (Cervantes) con ellos, siguiendo el conjunto aterrador de aquellas voces, sentía Miguel cómo por cima de todas las miserias humanas aletea un ideal, que para cada ser es distinto, pero que a todos los une y ensambla, cómo se machihembraban las voces en aquel inesperado y no previsto concierto de la Salve, y lo que siempre en él fué presentimiento de cuán interesante es y puede hacerse la humanidad alta y baja, si se la considera y hace ver en busca de algo, peregrinando con una intención noble y peleando por un fin irrealizable y desvariado, se trocaba ahora en convicción profundísima. En la hedionda y lúgubre oscuridad del patio y de los corredores y aposentos que a él hacían, las luces de las candelicas titilaban, parpadeaban las puertas y las ventanas, unas voces ceceaban roncas, otras galleaban sutiles, y por cima de todas ellas solía asomar un claro son femenino, que con angelical blandura entonaba el canto religioso. Miguel reconocía en aquella voz la misma que al son de los grillos había cantado por la tarde la seguidilla ardorosa:

Por un sevillano
rufo a lo valón
tengo socarrado
todo el corazón....,» (1)

De contraste en contraste, de tristeza en tristeza, de «pasados días de gloria» de Lepanto, Nápoles y Lisboa a días presentes de miserias morales, de mocedades a vejeces vuela la errabunda Realidad en tanto que la pluma de oro del Genio, alada como aquélla, expone a la turbamulta el conglomerado del Arte y de la Filoso-

(1) «Crónica del Centenario», págs. 220 y 221.

fía sin descartarse del Sentimiento y del Humorismo; pero sin que haya lugar ni ocasión, resquicio ni vislumbre, apuntamiento ni alusión para atribuir después que la Realidad del Genio se desenvolvió en un ambiente de mezquinos intereses. Miguel de Cervantes está exento de todo estigma de impureza, pues, además de confirmarse en él aquello de Jacinto Benavente en «El Arte de Escribir» sobre ser el Genio más que una gran paciencia «el premio de un gran trabajo», disponía de la santa virtud de la paciencia, de la resignación para no hacer blanco de sus epigramas a tirios ni troyanos. Y Navarro Ledesma también incurre en la falta garrafal de achacar a Cervantes, aun reconociendo que «en la mayoría de los casos haya sido labor inútil la de los hermeneutas y exégetas del «Quijote»; aun parafraseando a Barrés cuando dijo que «por exceso de amor a la vida «Don Quijote» camina hasta la muerte»; aun parangonando al cristiano Cervantes con el pagano Goethe para conceder supremacía al primero por morir esperando encontrar la vida eterna, una predisposición de ánimo como la que reflejan estas palabras, omitiendo otras anteriores y sinónimas: «Roque Guinart es el reverso y el contrapeso del duque de Lerma: no hubiera existido Roque sin el duque. Vienen a veces en la historia rachas como ésta, en que al bandidaje de las alturas responde otro esparcido con abundancia por los campos y que sólo a los directamente perjudicados por él inspira odio y repugnancia. Nadie aborrecía a Roque Guinart como nadie odió a los Siete niños de Ecija ni a José María. El sentimiento o el presentimiento de una justicia superior a la prostituída y corrompida en manos de jueces venales y de escribanos ladrones ha existido siempre en el pueblo. Tal sentimiento dictó las páginas en que Cervantes habla de Roque Guinart con tanta admiración como cariño. Las memorias de su juventud y de la vida libre de Italia, regocijaban y refrescaban la mente del anciano escritor, al pintar una vida envidiable como la de Roque Guinart: libertad con riesgo, con grandeza y bravura, era lo más estimable en el mundo. Obsérvese cuán finamente, cuán hondamente nota el autor del «Quijote», el soldado de Lepanto, cómo el heroismo español ha ido a refugiarse en las sierras fragorosas y anida en los corazones de los bandidos porque ya hace tiempo que le arrojaron de la corte. Roque Guinart es el primero de todos los capitanes de ladrones que reempla-

zan en la realidad y en la poesía épica popular a los antiguos capitanes de soldados: es un descendiente de D. Juan de Austria y de D. Alvaro de Bazán, de D. Lope de Figueroa y de D. Manuel de León» (1).

Estas deducciones, estas comparaciones, estas encarnaciones claman al cielo; a los hombres de talento, *que son liberales*, se les ocurren verdaderas incongruencias. Ni Cervantes al franquear la senectud se acogió a sagrado, como maliciosamente aseguró el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda en la prefación de su falso «Quijote» y como particulariza Navarro Ledesma en la segunda conferencia de «Cómo se hizo el «Quijote», y cómo afirman otros escritores: Hartzenbusch, Pellicer, Díaz de Benjumea, etcétera, etcétera, para fines *nonc santos*, pues fuérale preciso desentenderse de su educación de niño, de mozo al servicio de Aquaviva, de militar en los católicos tercios del Rey Católico por excelencia, de su redención de Argel, de su religiosidad (2) en ambas cortes, Madrid y Valladolid, de su conduzta hidalga; ni se acogió a sagrado, repetimos, quien ya lo estaba; ni pudo pensar en aquellos dislates, ni en reformar al mundo, ni en imaginar disparatados lucrifilos; ni en presentar como dechados de virtud a seres abyectos y corrompidos, ni en abogar por el proletariado de su época o de otra cualquiera, ni en ejercer cruentas y encubiertas represalias sobre los detentadores de los bienes de la nación, ni en fascinar con su prosa brillante a los desheredados de la fortuna, ni en prometer a las multitudes cosas irrealizables, ni en embaucar a los necios con falsos oropeles, ni en decir más de lo que se propuso decir sin alambicamientos de dicción, sin retorcimientos de conceptos y sin descoyuntar acendradas máximas morales.

Bien conocedor de su época y mejor observador de lo mucho que viera por distintos países y con distintos estados sociales, Cervantes no fué cristiano irreverente como algunos católicos del día, Antonio Zozaya entre otros, que con los propios Evangelios son capaces de promover una revolución de ideas socialistas; ni amparador de heterodoxos conceptos como le ha acontecido a D. Rai-

(1) «Crónica del Centenario», págs. 243 y 244.

(2) Más adelante, citando a Fernández Guerra, haremos hincapié en aquel extremo con aclaraciones concretas.

mundo del Valle Inclán, estilista impecable, con el protagonista de su obra, de pecaminosa tendencia, «Memorias del Marqués de Bradomín», que ha desvirtuado posteriormente con las bellas estrofas del «¡Credo!» (1) Allende los mares y allende los Pirineos, coincidiendo con nuestra opinión, han explicado cuanto manifestamos. «El mundo, decía Chamfort, para unos es una comedia y para otros es un drama. Por eso cada uno observa el «Quijote» y lo califica según lo vé por el cristal de su temperamento. Pero aquellos hombres que son filósofos por naturaleza más que por necesidad, no pueden menos de encontrar buena la obra de Dios en este mundo, como la veía Cervantes, que nunca halló motivo para quejarse de nada ni contra nadie, a pesar de que no le faltaron desdichas y amarguras. Bajo ese aspecto, el «Quijote» es el único libro que puede compararse con el Evangelio, cuyo estilo es admirable, decía Pascal, porque no contiene una sola palabra ofensiva para los enemigos de Cristo.» (2)

---

(1) Cuánta filosofía encierran los cuartetos siguientes:

«Mientras hilan las Parcas mi mortaja
una cruz de ceniza hago en la frente.
El tiempo es la carcoma que trabaja
por Satanás. ¡Y Dios es el presente!
¡Todo es Eternidad! ¡Todo fué antes!
¡Y todo lo que es hoy, será después
en el Instante que hace los instantes
y en el hoyo de la muerte a nuestros pies!»

(2) P. Giralt.—«Bellezas del Quijote», pág. 209—Habana.

V

Invocando a Cervantes y despotricando de lo lindo.—Primer caso: "Quijotada Celeste".—Segundo caso: "Cervantes de levita".—"Interviu con un manco".—"Letras sin virtud son perlas en un muladar".—Popularidad del "Quijote".—Rodríguez Marín y su edición crítica.—"El Quijote y Don Quijote en América".—Bibliografía cervantina interesante.—Psicología del "Quijote".—Sortilegios y cábalas.—El retrato de don Alonso el Bueno por *Azorín*.—Otro retrato más jóven.—La fisonomía moral por Ruben Darío.—El sentimiento nacional infiltrado en las "Letanías de Nuestro Señor Don Quijote".—Cómo se derrama el ánfora de la ternura.—Bondad y Sacrificio hechos Verbos.—Interpretaciones sobre el "Quijote".—¿Fueron puntales de la patria los libros de caballerías?

Don Quijote antes de enloquecer.

Más adelante, en la última parte de este capítulo, hablaremos de las interpretaciones de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha»; ahora lo haremos, muy lacónicamente por cierto, citando a varios señores que invocan la obra de Cervantes para despotricar sobre todo lo humano, y en ocasiones sobre todo lo divino. Lean V.V. lo que en la página 67, dice (1) Ulpiano Verges en la «Quijotada Celeste», disparate bíblico del siglo XIX, como el propio autor asegura:

«El progreso es mi religión.
La ciencia, mi fé.
Las artes, mi culto.
La inteligencia, mi sacerdote.
El Universo, mi templo.
La imaginación, mi divinidad.»

(1) Madrid, 1885.

El librepensamiento, la masonería, el ateismo no se detienen en barras, y para atraer la atención sobre sí, ya que con el propio nombre no lo consiguen, apelan al mal gusto de escudar sus creencias con una obra veneranda para la Patria y de legítimo orgullo para sus hijos. ¡Espíritus pobres: tened el valor de vuestras necias convicciones! Y lo que es más detestable, resucitáis a Cervantes con espíritu democrático y le ofrecéis embutido en una levita y encasquetado con un sombrero de copa para decirnos por boca de E. Barriobero y Herrán: (1) «Escribir un libro bueno, es muy difícil; hacerlo llegar hasta el público, es más difícil todavía. —Quien hace un libro, casi siempre construye un instrumento para para su propia tortura.—Si yo (Cervantes) volviera a nacer y pudiera elegir entre ser analfabeto o ser literato, sin duda elegiría lo primero». Ni al mismo Atila se le ocurre una democracia tan de *populum barbarum*.

Terminaremos, para no hacer enojosa la lista de los que hacen hablar a Cervantes con ideas ajenas a las obras admirables que escribió, con una mención honorífica, aún tratándose como se trata de una obra tendenciosa. Me refiero a la «Interviú con Un Manco» de José Pons Samper (2), escritor jóven y correcto, que presenta a Cervantes, como *consejero responsable* y reformador a ultranza, sin descalabrar airadamente con sus prejuicios al sentido común: «El glorioso pueblo a quien propios y extraños llaman «la España de Cervantes», no puede perderse ni aniquilarse jamás, que estoy yo (Cervantes) aquí para impedirlo sirviéndoos de estandarte en la pelea, de ejemplo en la mansedumbre, de norma en la constancia, de impulso en el arranque, de fé en el trabajo, de serenidad en la tribulación, de consuelo en los desdenes, de paz en los rencores, de atracción universal para que me imitéis y superéis, de modo que en vez de ser. según decís, el primero, me quede luego el último».—«Eso no ha de suceder nunca. Tu eres un genio sublime, imponente que, siendo de España, estás sobre ella, como el águila que se cierne por los aires; y todo cuanto veas, desde tu altura, ha de parecerte insignificante y empequeñecido.» (3)

---

(1) 1905—«Cervantes de levita». pág. 43.
(2) Madrid—1909—2.ª Edición.
(3) «Interviú con Un Manco», págs. 207 y 208.

Se dice que, después de una valerosa defensa, Poro cayó prisionero de Alejandro, y, preguntado como quería se le tratase, respondió con altivez: «Como rey». Pues bien; a unos y otros escritores, a los eximios como a los anónimos, a los sociólogos como a los librepensadores, y singularmente al Sr. Pons que como dedicatoria de la obra antedicha estampara de este modo noble entusiasmo:

"A SU MAJESTAD LITERARIA,

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,

Rey de los novelistas, príncipe de los ingenios españoles, gran cruz de la injusticia de su tiempo, maravilla de los siglos, faro del mundo, genio por derecho propio, honra y orgullo de la humanidad»,

debe exigírseles, cuando, trás de empeñada porfía con la sinrazón, le hagan prisionero de truculentas citas, le traten *como rey*.

Y a un rey auténtico no ha de marchársele el manto de púrpura con el cieno de las cloacas ni con el barro del enfangado pavimento; ni habrá de mancillársele su refulgente corona, porque mancillado para siempre queda el símbolo de la cruz que aquella ostenta: tal acontece despojando a Cervantes de la religiosidad que le caracteriza. Repitamos con él, modulemos con dulce expresión, lo que dice en el capítulo XVI de la primera parte del «Quijote», por vía de exhortación a las que comercian con las perlas del humano ingenio. «Letras sin virtud son perlas en un muladar». El día que desaparezcan para siempre los torpes juicios de las ideas políticas monstruosas el «Emperador del habla castellana «legará a nuestros descendientes un «Quijote» *único*, ya que hasta el momento presente, prescindiendo de su universalidad y abstrayéndose de las varias interpretaciones a que ha dado pretexto, no vemos más que su aspecto popular y no su fisonomía moral.

Antepongamos *la popularidad del Quijote* a su psicología, para partir de hechos inconcusos, y reproduzcamos lo que acerca de aquella, referida a los siglos XVII y XVIII, especifica D. Leopoldo Rius y Llosellas en las páginas primeras del tomo tercero de su eruditísima «Biografía crítica de las obras de Cervantes»: «Ha toma-

do carta de naturaleza, fuera de España, la especie de que Cervantes fué despreciado y poco menos que desconocido por los españoles, hasta que vinieron los extranjeros a revelarnos que teníamos un genio. Tal aserto, en absoluto, es infundado. Cierto que los críticos extranjeros, y esto queda puesto de relieve en todo el curso de la presente obra, se han afanado en determinadas épocas, tal vez con más ahinco que nosotros, en encomiar la excelsitud del «Quijote»; pero preciso es recordar que las obras de Cervantes gozaron de popularidad en España, desde su aparición. Durante la vida de Cervantes se hicieron quince ediciones del «Quijote» (1) y varias de sus demás obras, nueve de las Novelas y el mismo año de la publicación del Persiles salieron ocho ediciones, hecho inaudito en los fastos literarios de aquellos tiempos y en especial porque, respecto a esta obra póstuma, no fué debido al mérito del libro sino al renombre de su autor, que había bajado recientemente a la tumba Más no es esto solo. Que el «Quijote» y las «Novelas» y varias «Comedias» de Cervantes, eran obras conocidas, apreciadas y popularizadas ya en los tiempos del autor, y siguieron siéndolo durante el siglo XVIII, lo prueban, además de lo dicho, las citas y menciones que de ellas hicieron en sus producciones los escritores más notables, ya que puede decirse que todos se inspiraron en ellas para sus composiciones dramáticas; y, además las farsas y mascaradas celebradas ya en 1617, 1618 y años siguientes en las que figuran los tipos de Don Quijote y Sancho Panza, demuestran cuán populares se hicieron inmediatamente las inmortales creaciones de Cervantes.»

«Otro dato elocuente del aprecio que alcanzó, es la publicación de poesías suyas (al lado de las de otros renombrados poetas) en los preliminares de una porción de celebradas obras de su época. (Véase nuestro tomo 1.°, sección 7.ª, páginas 376 a 383, 387, 389 y 392 a 397), y lo son también los premios que obtuvo en varios certámenes poéticos en que tomó parte. Pruébanlo también

(1) El diligentísimo Ticknor, aunque no conoció todas las primitivas ediciones que he descrito, exclama: «De modo que, en nueve o diez años, hubo ocho ediciones del «Quijote», lo cual supone una circulación mayor que las de las obras de Shaskespeare, Milton, Racine o Molière que, siendo del mismo siglo, pueden a este propósito ser comparados con Cervantes» («History of Spanish Literature»; tercera edición, Boston 1854, tomo 3.°, pág. 436).

los elogios y juicios emitidos en loor del «Quijote» por muchos autores coetáneos, (Véase el mismo tomo, sección 8.ª, Cervantes juzgado por los españoles), e igualmente los elogios que figuran en las dedicatorias de varias ediciones españolas, las de Madrid, de 1647 y de 1655, en donde leemos repetidás estas frases: «famoso Quijote», fama eterna del celebrado Cervantes, etc., etc.»

«Y hasta las censuras que mereció Cervantes de algunos pocos envidiosos contemporáneos, prueban la boga de sus escritos. Quien es envidiado, no es despreciado.»

«Don Vicente Salvá en el «Catalogue of Spanish and Portuguese Books, «London, 1826, Parte 1.ª, página 56, habla de las muchas ediciones del «Quijote» publicadas antes de salir la «Segunta Parte», y con este motivo dice que Cervantes y todos los que le han copiado se equivocan al decir que su mérito fué desconocido y no apreciado y vivió en la mayor pobreza por desprecio. El verdadero origen de su indigencia (1) puede probablemente encontrarse en hábitos de negligencia e imprudencia contraidos durante su vida militar (2). Sobradamente rigurosa es esta opinión en una de sus partes. En cuanto al mérito del «Quijote», bien se percató de él su propio autor, cuando ya desde el principio de la parte segunda (3) dice: «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada, tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante (4). Lo cual no era vana jactancia, sino verdad reconoci-

(1) Salvá es uno de los muchos creyentes de la gran miseria del autor del «Quijote», de que tenemos hablado en las págs. 252 a 255 inclusives.

(2) Extremando la hipótesis, supongamos a Cervantes derrochador; ¿pero no pudo enmendarse con el largo cautiverio en Argel, la falta de pecunia y la acrisolada conducta que allí observara, y de la cual supo hacerse lenguas un inquisidor, el Padre Diego de Haedo, en su «Historia y topografía de Argel», publicada el año 1612?

(3) Edición fototipográfica (1897) de la de 1615; parte segunda, cap. 3.º, página 12.

(4) En el tomo 5.º, pág. 77, del «Don Quijote de la Mancha», edición y notas de Don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española, se saca a colación en la nota de la línea 8.ª, llegando a las supradichas frases del bachiller Sansón Carrasco, el tomo 3.º de la «Biografía crítica de las obras de Cervantes» y la sección séptima que trata de la «Popularidad de Cervantes en España en los siglos XVI y XVII», agregando: «Por los datos que en tal sección acnmuló el insigne cervantista (y cuenta que faltan no pocos) se echa de ver que las figuras de Don Quijote, Sancho y Dul-

da; tanto se había extendido la boga de las figuras y de las cosas del libro (1).

Las frases apologéticas de Cervantes: «Es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envie (Don Quijote) para quitar el ámago y la náusea que ha causado otro Don Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe; y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China; pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir suplicándome, se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana» (2), resultaron proféticas por la popularidad universal de su obra admirable, hasta el punto de que el Japón la ha vertido á su idioma y China proyecta lo propio.

En el apéndice de otro humilde trabajo nuestro (3), de otro espigar en campo abierto a todos los intrusos (uno de ellos nosotros), recogemos de aquí y de acullá, sin orden ni concierto, varias estadísticas (por darle algún apodo llamémoslas así), subrayadoras de la gran popularidad del «Quijote» y de su ingenioso autor, que de-

---

cinea eran popularísimas, y que Rocinante y el rucio no les iban en zaga, cosa que también patentizan las frecuentes fiestas públicas en que salieron a divertir a las muchedumbres tales personajes y tales cuadrúpedos. Pero ¿qué mucho todo esto, si en el mismo año de 1605, a los tres o cuatro meses de haber salido á la luz pública la primera parte del «Quijote», Pinheiro da Veiga, culto y alegre escritor portugués residente en Valladolid, en donde estaba la Corte, recordaba tal cual vez á Don Quijote, á Dulcinea y á Sancho, para comparar con ellos á algunas personas que en aquella ciudad habitaban? Véase la «Fastiginia» del dicho Pinheiro da Veiga (Porto 1911), páginas 112, 120 y 204, y mi libro (el de Rodríguez Marín) «El «Quijote» y Don Quijote en América» (Madrid, 1911), págs. 50 y siguientes».

Este alegre portugués es el citado en la pág. 229 al citar las «Memorias de la Corte de España en 1605», algunas de cuyas noticias inserta Rius en su monumental obra de erudición, la ya nombrada «Bibliografía crítica sobre las obras de Cervantes», y que el Sr. Rodríguez Marín, elogia y pondera, no como otros que todo lo omiten por el prurito de *enterrar a los muertos* más aún de lo que están. ¡Quién pudiera resucitar a Rius y Menéndez Pelayo, *siempre vivos* en el cervantismo!

Más adelante hablaremos sobre esto con detenimiento.

(1) El 15 de Octubre de 1876, en la revista «Cervantes», Rius señala algunas de las consideraciones expuestas y cita muchos autores del siglo de Cervantes y del siguiente que enaltecieron las obras del desgraciado ingenio.

(2) Dedicatoria al Conde de Lemos, uno de los títulos del actual Duque de Alba, también gran patricio de las letras.

(3) Nos referimos a nuestra «Miscelánea Cervantina».

terminan el grado alcanzado en aquellos siglos, XVII y XVIII, en el posterior, y en algo del actual (1).

Los que leyeren dichas estadísticas comprobarán el por qué, habiéndose escrito tantos comentarios (2) sobre la obra inmortal, hemos de internarnos aún más que nadie en las reconditeces exquisitas de su psicología idealista, rompiendo los diques del proselitismo y abriendo las exclusas del fervor cristiano. Nunca mayor placer que adentrarnos en el alma de un soñador sin ventura que ha paseado triunfalmente por el orbe entero el estandarte de la realidad, constelado de estrellas y luceros que con llamaradas de oro incendiara la exaltación cristiana, para loar las sublimidades de la concepción cervantina. Descúbranse los irreverentes, reflexionen los espíritus mezquinos, enfervoricense los artistas timoratos y dejen paso franco á lo evidente, á lo incuestionable, á lo incontrovertible, á lo eternal, á lo que se emancipa de la tutela literaria de los fariseos y sayones al uso, de los escribas y poncios que reniegan de la verdad. Aquel tirano de los Focios, Execesto, que, manejando dos anillos, según él mágicos, pretendía escudriñar lo venidero y adivinar los hechos futuros; aquellos médicos exarquiatros, rodeados de fámulos y siervos, de brebajes y pócimas extrañas, que, consultando las fases de la luna ó las puestas del sol, presagiaban á augustos dolientes laberintosas profecías; aquellos sacerdotes bracmanes que leían y releían los Vedas para fanatizar á las muchedumbres indias; aquellos esciománticos, que tan numerosa descendencia legaron y que en nuestros días son más conocidos por el nombre de espiritistas, adueñándose de las conciencias; aquellos embaucadores, bien fueren «Alifanfarones» ó

(1) Advertimos que son estadísticas incompletas e insulsas, espigas desgranadas o por granar, pues nuestro objeto no obedece más que al señalamiento superficial de nuestras lecturas, escasas por cierto. Sin embargo, prevenimos a los doctos y estudiosos que muy copiosa y erudita, si ultimada no está cuando se den a luz estas líneas, aparecerá muy en breve una bibliografía admirable capaz de llenar las medidas al más exigente en cervantomanía y cervantofilia. Debemos la noticia a un amigo nuestro, jefe de la sección de raros de la Biblioteca Nacional, archivero cuyo nombre, D. Gabriel M. del Río, que no estamos autorizados para publicar, es pregón de fama y garantía de acierto por sí sólo. D. Juan Givanel Mas tiene similares proyectos.

(2) Estamos terminando un folleto que se titulará «Selección de lecturas cervantinas. El cervantista erudito, ¿quién lo es?»; en el cual, de modo fragmentario, se aquilatan, incompetentemente, el mérito de varios libros.

«Pentapolines del Arremangado Brazo» (1), «Laurcalcos» ó «Micocolembos», etc., etc.; deslizándose por la pendiente sinuosa de los libros de caballerías para estrellarnos en el negro abismo de las supersticiones de la Edad Media, se han hecho carne, se han incorporado con magias y sortilegios, con cábalas y augurios, con presentimientos y adivinanzas a «un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor». Hijo de acciones señoriles y caballerescas, filopolita cual nadie, heroificador de seres sin vida real y con alma imaginativa, crucífero hasta en las endiabladas empresas lo vemos ahora cuando empezamos á leer sus aventuras y desventuras. Un escritor (2), en cuyas cuartillas convivenantiguas edades y luminosas evocaciones, nos lo presenta antes, obligándonos con donoso ingenio a reflexionar en el ambiente originario del más grande de los caballeros andantes: Penetremos en la sencilla estancia; acércate, lector; que la emoción no sacuda tus nervios; que tus pies no tropiezen con el astrágalo del umbral; que tus manos no dejen caer el bastón en que se apoyan; que tus ojos, bien abiertos, bien vigilantes, bien escudriñadores, recojan y envíen al cerebro todos los detalles, todos los matices, todos los más insignificantes gestos y los movimientos más ligeros. Don Alonso Quijano el Bueno está sentado ante una recia y oscura mesa de nogal; sus codos puntiagudos, huesudos, se apoyan con energía sobre el duro tablero; sus miradas ávidas se clavan en los blancos folios, llenos de letras pequeñitas, de un inmenso volumen. Y de cuando en cuando el busto amojamado de D. Alonso se yergue; suspira hondamente el caballero; se remueve nervioso y afanoso en el ancho asiento. Y sus miradas de las blancas hojas del libro pasan súbitas y llameantes á la vieja y mohosa espada que pende en la pared. Estamos, lector, en Argamasilla de Alba y en 1570, en 1572 ó en 1575.»

Treinta años antes, prosiguiendo la visión *azorinesca*, lo contemplamos, gallardo de cuerpo y de actitud, penetrar con resuelto paso en una callejuela hedionda y, poco después, en un cuchitril inmundo. Y de casa en casa, de miseria en miseria, de aflicción en

(1) Mucho y bueno ha disertado sobre este particular el erudito D. Aureliano Fernández Guerra.

(2) José Martínez Ruiz.—«La ruta de Don Quijote».—Madrid. 1905.

aflicción, á raíz de la pérdida irreparable de sus padres, va Don Alonso el Bueno sembrando el consuelo y repartiendo dádivas á los afligidos por las pestes ó por las inundaciones. Una anciana decrépita, verdadera ruína viviente, que lo recibiera, en unión de maese Bruno, el abuelo de maese Nicolás, el barbero que en su historia conocimos, lo colma de bendiciones, y al estampar un ósculo de agradecimiento en su diestra generosa se la empapa de lágrimas; una viuda inconsolable, a punto de ser embargado su modesto ajuar, recibe una bolsita de escudos y una esquela en que el bondadoso hidalgo resuelve y determina llevarla á su casa, como ama de llaves: la cuitada que deplora más tarde la afición loca que su protector tuviera por los libros de caballeros andantes.

Vedle regresar de la caza, seguido del galgo y de algún perro perdiguero de los que se beben los vientos, repartiendo conejos y perdices á sus conterráneos harapientos que le aclaman y le victorean con frenesí; y, entre éstos, no eran de los menos afortunados en el reparto un destripaterrones, llamado maese el Refranero, un zagal gordinflón y patizambo, hijo suyo, y el que seis lustros más tarde habría de ser el desencantador de Dulcinea. Vedle, también, franqueado el atrio de la iglesia, al pie del altar mayor, puesto de hinojos, edificante de unción religiosa, compartiendo con otros feligreses el pan de los ángeles, el pan de los buenos; y salir de la iglesia vetusta con la mirada puesta en alto, y las manos en su escarcela para socorrer á una nube de pedigüeños que le asedian, hasta que el cura de su lugar, «que era hombre docto, graduado en Sigüenza», le invitaba, tras de una familiar palmadita en el hombro, á una frugal colación: honra inapreciable para el buen hidalgo.

Vedle, jinete en el padre de Rocinante, azotado por el huracán y la ventisca, envuelto en negras hopalandas, correr y galopar por la desolada llanura manchega cuando era «media noche por filo», espoleando sin tregua al rocín como si, enloquecido, fuera su empeño embestir contra aquellos chirriantes molinos de viento, interpuestos á su paso por Criptana, y no acudir, tarde por desdicha, á la cabecera del lecho de su hermana parturienta, muerta al dar a luz una preciosa niña de mejillas sonrosadas y buclecitos rubios, o, por mejor decir, matada por la triste misiva que la anunciara el haber sucumbido su esposo, cubierto de gloria,

en tierras de Italia en defensa de su Patria. Ved cómo aquel intelecto vigoroso y privilegiado, rendido por el infortunio y la larga jornada, decae sensiblemente, sin que las infantiles alegrías de su recogida sobrinita contribuyan a endulzar las amarguras de la vida; y es que desde tan aciago día se han sucedido las unas a las otras penalidades y tristezas: un pedrisco le arrebató la cosecha; un ciclón le derrumbó unas tapias; un impuesto de guerra aumentó sus gravámenes; un segundón de noble casa mantuvo con él largo y dispendioso litigio; un regidor cacique se incautó de varios bienes, mostrencos según decía, parafernales de la madre del hidalgo; un enfriamiento le tuvo al borde de la sepultura y le obligó en todo tiempo tiempo a usar ropa interior de franela amarilla, y el sagrado deber de atender a la educación de su sobrinita, de no abandonar a su ama de gobierno y de socorrer, quitándoselo a si mismo, a los Panzas o algún menesteroso de su aldea, le impidieron declararse a Dulcinea, una labradora por sus estimables prendas personales digna de ser su consorte y de inspirar un amor tan platónico como el asendereado caballero siempre la dispensara.

¡Oh, desgraciado cual ninguno! ¡Tu fuiste, D. Alonso el Bueno, soñador de hechos heroicos, y, muerto en el campo de batalla tu cuñado, hubiste de calmar tus anhelos patrióticos y enmohecer tu espada hasta tanto que, contristado el ánimo por las injusticias y por las lágrimas que en torno tuyo se ofrecían, pusiste tu voluntad heroica al servicio de los sin ventura! Y entonces tus entrañas desgarradas por el dolor salen por tus labios puros, castos y cristianos, proclamando lo que tan oculto tenías en ellas, el delirio por Dulcinea, y queriendo ser un giganticida en honra suya, como lo fueras con tu gigante pasión en beneficio de los tuyos y esclavizando al egoismo de los ideales impuros.

¿Recuerdas, invicto entre los invictos, tu niñez arrullada por las consejas y por las leyendas caballerescas, por vestiglos y encantadores, por locas quimeras y descabelladas fantasías? ¿No recuerdas tú, que te criaste sin padre ni madre, que un hidalgo que te aprohijó y que se titulaba «padrastro», introdujo en tu espíritu la epopeya de sus malandanzas y despertó en tus reflexiones la conciencia del sacrificio, de la abnegación y del martirio, tanto corporal como espiritual?

¿No es cierto que pretendías de joven ir a la guerra aunque

quedaras manco en otro Lepanto y cautivo en otro Argel? ¿Acaso es infundado que aquel hidalgo desvalido por la fortuna no estrechó tu diestra a su retorno del campo de batalla, y no leyó en alta voz ante tu presencia, ante la del cura de tu aldea, ante tu ama, ante tu sobrina, entre sorbo y sorbo de una taza de café humeante, las increibles hazañas del «Amadís de Gaula», de «Palmerín de Inglaterra, del Orlando furioso», de «Don Cirongilio de Tracia», de «Floriseo de Bohemia», de «Tirant lo Blanch», de «Tablante de Ricamonte», de «Félix de Hircania», etc., etc.; que tanto agradaron a un rey: Carlos I de España y V de Alemania, y a una santa: la seráfica doctora Teresa de Jesús? ¿No es verdad que el espíritu de las Cruzadas, el de los trovadores provenzales, el de los bardos guerreros conquistaron tu denuedo y el de tus convecinos, inflamados de bélicos entusiasmos, pese a las controversias a que dieren ocasión las hechicerías e inverosimilitudes de espantables sucesos y de descomunales contiendas? ¿Es inexacto que la filosotorgia de Cervantes, el exceso de ternura paternal que por tí sentía, no fuera susceptible de recomendarte, en tus acciones y discursos, cuanto de filosóficas experiencias acarreara en sus dilatadas aventuras, sin el deliberado propósito de sentar plaza de filosofastro, ni de adquirir «la gloria de la inmortalidad a cambio de la perdición de su patria?» (1).

Un poeta aquilino, Rubén Darío, el americano soñador que ha cincelado con ritmos sonoros tu espíritu, ha de cerrar con broche de oro la psicología de tu carácter, el que a torrentes vierte raudales de luz, de bondades, de misticismos, de sentencias, de máximas morales y de exhortaciones evangélicas; y para ello, con la venia de nuestros pacientísimos lectores, copiamos íntegras las siguientes

(1) Lord Byron en 1821 dijo cruel: «con una sonrisa desterró Cervantes la caballería andante; una sola carcajada suya cortó el brazo derecho de su propia tierra», esto es, el Idealismo, la fuente eterna de los lauros patrios. Pelinous en su «Interpretación del Quijote» (1893), en brazos de Byron y Capdevila, decía *inocentemente:* «el corazón del mal era para Cervantes la Sagrada Escritura, porque de ella han nacido los libros de caballerías que combate el «Quijote».

LETANÍAS DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE [1]

«Rey de los hidalgos, señor de los tristes
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de aúreo yelmo de ilusión,
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.
Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra as conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad.....
¡Caballero errante de los caballeros,
barón de varones, príncipe de los fieros,
par entre los pares, maestro, salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos ó entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!
¡Tú, para quien pocas fueran las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo á Orfeo, tienes á orfeón!
Escucha, divino Rolando del sueño,
á un enamorado de tu *Clavileño*,
y cuyo Pegaso relincha hacia tí;
escucha los versos de estas letanías
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso ví.

(1) Esta poesía fué magistralmente leída en Mayo de 1905, en el Ateneo de Madrid por el actor Ricardo Calvo, hijo del inolvidable Rafael.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma á tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!
¡Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel! «*Pro nobis ora*, gran señor.
(Tiembla la floresta de laurel del mundo
y, antes que tu hermano, vago Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor).
Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
afonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias, de horribles blasfemias,
de las Academias,
líbranos, señor.
De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines
del hampa que sacia
su canallocracia
con burlar la gloria, la vida, el honor.....
del puñal con gracia,
¡líbranos, señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad.....

Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de aúreo yelmo de ilusión,
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón» (1).

Esta es la psicología embrionaria del hidalgo que aprohijara Cervantes y ninguna otra conjetura, aún forjada en la turquesa del sentimiento nacional, escancia y derrama el ánfora de la ternura sobre los labios de los incrédulos, porque la incredulidad está ávida de emociones estéticas, y más excelentes que la Bondad y el Sacrificio ningún arte, que no se inspire en el «Martirio del Calvario» y en las incesantes aspiraciones de los buenos, habrá de brindarlas en la copa de oro de las ficciones. Cervantes, cristiano, resignado, alzó su copa como el sacerdote ante la mesa eucarística, y, apurando hasta las heces amarguras vividas, escanció el néctar de los dioses en la misma copa para endulzar y emperfumar nuestras bocas con la evocación de Don Alonso Quijano el Bueno, de la Bondad y el Sacrificio hechos verbos para creyentes y descreídos. ¡Así nació inmortal é imperecedero el protagonista de la parodia amadisea (2), quien entregado á la lectura, buscando olvi-

---

(1) «Crónica del Centenario».—Madrid, 1905.—Páginas 273 y 274.

(2) «Nuevo Amadís á lo ridículo, que oscureció toda la belleza de las invenciones antiguas», llamó Nicolás Antonio al «Quijote» (1617).—«Bibliografía crítica de las obras de Cervantes», t. 3.°, pág. 17.

En el epílogo de esta misma obra se inserta íntegro el discurso de D. Marcelino Menéndez Pelayo, contestación al de D. José María Asensio, pronunciado en la Real Academia Española el 29 de Mayo de 1904, y que versó sobre las «Interpretaciones del Quijote», siendo de gran oportunidad entresacar, en apoyo de los encomiadores de Cervantes, y sustentando el aserto de algún impugnador, la siguiente cita: «Así como la crítica de los libros de caballerías fué ocasión ó motivo, de ningún modo causa formal ni eficiente, para la creación de la fábula del «Quijote», así el protagonista mismo comenzó por ser *una parodia benévola* del «Amadís de Gaula», pero muy pronto se alzó sobre tal representación. El autor del «Amadís», digno de ser cuidadosamente separado de la turba de sus satélites, hizo algo más que un libro de caballerías á imitación de los del ciclo bretón: escribió la primera novela idealista moderna, el doctrinal del perfecto caballero, la epopeya de la fidelidad amorosa, el código del honor y de la cortesía, que disciplinó á muchas generaciones. Ningún héroe

do á su triste odisea, «los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba á leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y

---

novelesco se había impuesto á la admiración de las gentes con tanta brillatez y pujanza como el suyo, antes de la aparición de «Don Quijote».

«En «Don Quijote» revive «Amadís», pero destruyéndose á sí mismo en lo que tiene de convencional, afirmándose en lo que tiene de eterno. Queda incólume la alta idea que pone el brazo armado al servicio del orden moral y de la justicia; pero desaparece su envoltura transitoria, desgarrada en mil pedazos por el áspero contacto de la realidad, siempre imperfecta, limitada siempre; pero menos imperfecta, menos limitada, menos ruda en el Renacimiento que en la Edad Media.»

(A excepción de los dos últimos puntos del párrafo primero copiado, se copió á sí mismo el insigne cervantista al pronunciar el 8 de Mayo de 1905, en la Universidad Central, un admirable discurso sobre la «Cultura literaria de Cervantes y elaboración del «Quijote», reproducido en la «Crónica del Centenario», página 154, columna segunda).

Aunque sea dilatando los naturales límites de una llamada, de suyo bastante amplia, y como quiera que en otra de la página 156 nos circunscribimos a someras apuntaciones, ahora nos permitiremos tratar sobre si los libros de caballerías, censurados por Vives, Malón de Chaide, Fonseca, Juan Pineda, Feijóo, Pedro de la Vega, Martín Sarmiento, Mariana, Solís, y muchos más, alcanzaron a ser firmes puntales de la Patria, como les achacaba Lord Byrón (véase la pág. 240 del tomo tercero de «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes») en el año 1821, sin tener a su favor el parecer, idealista y honorable, asignado al «Amadís de Gaula» por Menéndez Pelayo en los párrafos más arriba copiados de la «Crónica del Centenario» (quien, a su vez, los transcribió de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos»), o merecían, por el contrario, tan acerbas diatribas.

Los libros de caballerías lejos de contribuir al enaltecimiento de la idea de Patria y merecer el anatema *byroniano* de mal patriota quien los desterrase e hiciese morder el polvo con el arma del ridículo, cabe fulminarles y atribuirles los juicios de Emile Chasles, quien, contestando en 1886 a aquella *cervantofobia*, consignó lo que estaba latente en el ánimo de todos: «¡Es decir que el autor del «Quijote» habría causado la decadencia que quiso conjurar! ¡Sería el autor de ella porque fué su testigo! ¡Por haberla previsto la habría causado! No; ya hemos visto las obras de su primera época completamente caballerescas. Cervantes no era como Byrón un gran señor disgustado de su patria, que, al reclamar para «Don Juan» privilegios de casta, se imagina reclamar la libertad..... Cervantes no ataca a la nobleza; ni una palabra de ironía pronuncia contra las pretensiones de aquellos hombres más felices que él y que le desdeñaban. Habla de la nobleza con justicia, de la caballería con la elocuencia de un amor burlado, y de su país con tal ausencia de odio, que su cordial jovialidad le granjea toda la patria.» Y para deslindar aún mejor las excelencias peregrinas de la obra gigante de nuestra literatura, prosigue didiendo: «El objeto de Cervantes es la crítica elevada de las ideas; sorprender las ideas falsas, los sentimientos imaginarios, los errores contagiosos, darles una forma sensible y un relieve extraordinario,

aún la administración de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber de ellos.»

---

presentarlos en escena para exponerlos á la risa; y, después de haber hecho esto, levantar el epitafio de lo maravilloso, que es una mentira; del amor platónico, que es una hipocresía; de la novela afeminada, que es un veneno; del orgullo feudal y de la manía caballeresca, que son anacronismos: esa es la exquisita é importante tarea que trata de desempeñar.» Y que realizó de modo cumplido, decimos nosotros; siendo cierto que «Cervantes lucha por la verdad que cree más bella que la misma belleza», y que los reprensibles, ó los fustigados en la obra genial, «estando demasiado cerca del cuadro, les faltó la perspectiva. (Véase la pág. 309 del tomo 3.° de la «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes»).

VI

Anatema contundente.—Redentores del género humano.—Benjumea, Pallol y Villegas.—Religiosidad de Cervantes.—Pedro Giralt.—Ortega y Gasset.—Alberto Insúa.—José Mor de Fuentes.—Francisco A. de Icaza.—Puyol y Alonso.—Copiando á éste.—Frases de D. Manuel Castro Alonso.—«La Moralidad del Quijote».—Reparos desvirtuados.—Reconditeces del alma cervantina.—Br. D. P. Gatell.—«La moral de D. Quijote».—«La moral del más famoso escudero, Sancho Panza».—D. José María Sbarbi.—Con los púlpitos en cada dedo.—Condenando fanatismos la condesa de Pardo Bazán.—D. Juan Moneva y Puyol.—Nada de exclusivismos.

El Quijote mal y bien interpretado.

Aunque de pasada, ya sentamos la mano de firme sobre varios autores (1), o publicistas (que no es lo mismo), que encarnaron y deificaron en «El Ingenioso Hidalgo» un espíritu de rebeldía y liberalismo, de condena y execración, de antirreligiosidad, alardeando de altruismo y virtudes cívicas, se hace preciso descargar con los trazos de la pluma el mayor anatema sobre un libro, ya mencionado, cuya tercera edición se publicó en Madrid el año 1894 y cuyo título es: «Interpretación del Quijote». Tanto de su autor, Benigno Pallol (Polinous), como de Baldomero Villegas, nos ocupamos en nuestro «Ensayo sobre la estructura espiritual del falso Quijote» y no con la estrechez de miras a que son acreedores, premiando de modo indirecto su entusiasta aunque desacertado culto a Cervantes con el concepto de *infatigables escudriñadores del alma cervantina;* pero, lo mismo al uno que al otro, se les puede incul-

(1) Bartolomé José Gallardo, Mariano de Cávia, Ulpiano Verges, Eduardo Barriovero Herrán, Villegas, etc.

par, hablando con fidelidad de expresión, cuanto de nefando y sacrílego hayan concebido los más grandes, los mayores enemigos de la Fe. A. Polinous, que se inspiró en la norma de conducta de Nicolás Díaz de Benjumea, el primero de los más temibles paladines del sentido esotérico del «Quijote», se le puede anteponer, como predecesor de Villegas y sustentador de furibundas acusaciones contra la Inquisición y el Clero de los siglos XVI y XVII (en España), el dictado de *Pontífice máximo de la Herejía*», con la agravante de haber propagado y difundido, entre «los amantes de las libertades públicas», perniciosas reflexiones y cínicos prejuicios.

Clama al cielo que sigan sus huellas gentes doctas o incultas, sin tomarse el trabajo de recapacitar breves instantes, ya que no traten de documentarse en las mismas páginas que con pluma de oro escribiera Cervantes. Y si muchos redentores del género humano no sustentaran profesión de *fe clerófoba*, desprovista de todo sentido común, apelarían únicamente a tales procedimientos, no teniendo precisión, al contrario de lo que arguye Polinous, de «penetrar tantos absurdos y deshacer tantos embrollos como encierra la teología católica» (1); no se rendirían a tal cúmulo de necedades, ni penetrarían en tal semillero de hipocresías. Nadie que se jacte de atacar con mayor ardimiento los inconmovibles principios del catolicismo, realizaría su triste cometido de la manera ignominiosa que el autor con sus dislates pretende; y es que no se despoja del carácter cristiano de los que comulgan con las eternas enseñanzas del Mártir del Gólgota, ni expresa disconformidad con los dogmas de la tradición, sacando a relucir textos o razones sofísticas, sino que habla por desbarrar a voz en cuello pregonando: «Al «Quijote» le hará eterno haber mostrado la hermosura de la verdad; quien a su vez cobra fama con la acción del sabio que la descubre» (2). Con empacho de clarividencia poco antes había dicho: «El sol es menos claro que el ideal de Cervantes. ¿Pero qué partícula de religiosidad habrá de tener dicho escritor declarándose deista fervoroso, si niega el misterio de la Trinidad y el dogma de la Inmaculada Concepción al hojear con delectación las páginas de «Historia Universal», de César Cantú: aquellas que describen con

(1) «Interpretación del Quijote», pág. 34, parr. último.
(2) La misma obra, pág. 41, lín. 2, 3 y 4.

negras tintas o como aguafuertes el funcionamiento de la Inquisición española?

¡En nombre de la Libertad, de la Fraternidad humana, de la Igualdad social, cuántos embaucadores apelan con las malas artes de lloradas aspiraciones y de sentidas reivindicaciones, que son en los ojos de su alma perversas lágrimas de cocodrilo, al incauto espíritu borreguil de los que conciben factibles disparatadas quimeras! La desnudez de principios morales, verdaderamente cristianos, tápanla y cúbrenla con la hoja de parra de su mentida sensibilidad, que al fin y a la postre a nada práctico conduce. Solamente creen en Cervantes para desfigurarle con sus pérfidas intenciones.

A pesar de todo esto convienen estos escritores tendenciosos en la moralidad cervantina, virtud transparente del novelista sin par. Benjumea, en la página 648 del tomo 2.° del «Quijote» (1) laureado por la Fama, dice que el libro inmortal contiene un tesoro de de filosofía moral»; y en la página 310 de «La Verdad sobre el Quijote», corrobora que podría servir de «texto para infinitos sermones», según expresión de un escritor francés que no conocemos. Pallol en la página 476 de su «Interpretación» declara ser el propósito de Saavedra «sublimar la religión católica». Villegas, en sus tres libros y en las conferencias dadas en el Ateneo este año, abunda en la misma opinión (2).

En la imposibilidad absoluta de acopiar todo cuanto se ha dicho en letras de molde respecto a la religiosidad de Cervantes, nos habremos de limitar a hacer una exposición sucinta de obras y autores. Por lo regular todos los catedráticos de «Retórica» en los Institutos y de «Literatura» en las Universidades han abordado

---

(1) Montaner y Simón, Barcelona, 1880-83; 2 t. en f. m.

(2) Sin perjuicio de manifestar en el prólogo puesto a la Psicología de las «novelas ejemplares del sin par Cervantes»: La primera noticia que yo tuve del sentido esotérico del «Quijote», fué en Zaragoza, el año 1889, cuando me refirió mi amigo el Sr. Navarro la interpretación que de este libro admirable estaba haciendo en estado sonambúlico un modesto carpintero que no lo había leído jamás.» Agregando que éste, «muy por encima de sus conocimientos y completamente original, explicó cuál había sido la intención noble, generosa y patriótica de Cervantes.» En parte; porque una excitación de los nervios, que le sobrevino, imposibilitó ultimar la maravillosa experiencia. ¡Vaya *un espíritu*, Dios mío!

este tema y nos han descripto, con gran profusión de pormenores, el aspecto moral del príncipe de nuestros ingenios en su obra imperecedera. Lo propio han hecho todos los humanistas transcribiendo pasajes y citas de la fábula cervantina; y los gramáticos y lexicólogos, entre los que merecen especial dedicatoria Rufino José Cuervo, Nebrija, Salvá, Bello, Monlau, Caro, Barat, P. Mir, Cejador, Barreiro, Rodríguez Marín, etc., etc., no se han quedado rezagados en tal particular. Aún no hemos leído ningún artículo o crónica de periódico y de revista donde apareciese el ático creador del Don Quijote y Sancho Panza como un ateo sin médula religiosa. Nuestro paisano Pedro Giralt, en su obra «Bellezas del Quijote», ha excogitado los pensamientos más hermosos y sublimes de la *Biblia del Buen Humor*, constituyendo una ofrenda de gran delicadeza para todo aquel que ame en más alto grado las glorias del espíritu. Ortega y Gasset en sus «Meditaciones del Quijote», que tienen mucho de metafísica y poco de consideraciones acerca de la obra genial, reconoce en su profundidad la supremacía que tiene sobre todos los clásicos españoles por ser el alma española quien florece en los «desiertos sin flores» de la incomprensión (1). Alberto Insúa con «Don Quijote en los Alpes», celebrando la popularidad del hidalgo manchego en Suiza, lo esculpe en el mármol vivo de la idea con la fuerza sugestiva» de los símbolos de justicia y de amor», admirándolo como «una estrella nueva, como un astro abandonado». Don José Mor de Fuentes, revelando lirismo y convicción, lleva a la práctica el título de una obra suya: «Elogio de Miguel Cervantes Saavedra» (Barcelona, 1835).

Don Francisco A. de Icaza, estudiando «Las Novelas Ejemplares de Cervantes», afirma que éste fué «el novelista psicólogo» por excelencia, «maestro de maestros en el cuento satírico y en el cuento amoroso, ennoblecidos y dignificados al pasar por sus manos. Don Julio Puyol y Alonso, (pára terminar, para no hacer más aburrida esta lectura) con magistrales pinceladas retrata el «Estado social que refleja el Quijote» y en la «consideración especial de las ideas religiosas» (2) hace un esbozo de gran colorido, imagen fiel de las creencias y costumbres de la época. «No hay una sola

(1) Obra citada, Madrid, 1914, pág. 88.
(2) Madrid, 1905, pág. 60.

página en el «Quijote»—dice—que no guarde algún dato, alguna noticia, juicio ó indicación relacionada con la idea religiosa y que no nos lleve sin gran dificultad á conocer el estado de aquellas conciencias.»

«Adviértese—prosigue—, ante todo, que la sociedad se hallaba organizada sobre la base religiosa, y dentro de este orden, más que ninguna otra nación de Europa, por los particulares precedentes de su historia, sobre una división fundamental: la división de razas, determinadas por la diversidad de creencias; no hay más que dos clases de personas, cristianos de un lado, y de otro los que no lo son, ya se llamen moros, judíos ó herejes; á veces conocer la religión vale tanto como conocer la nacionalidad, pues son dos conceptos que van íntimamente unidos; y saber la creencia que un hombre profesa, cuestión importante que decide de la amistad ó enemistad en las relaciones sucesivas. ¿Es cristiano? He aquí la primera pregunta, y sin que sea contestada no es posible pasar adelante.»

«Sancho no sabía de historias de caballerías más que de lengua caldea, y, sin embargo, cuando escucha de Don Quijote que Pentapolín no quiere que su hija se case con Alifanfarrón, porque ella es cristiana y pagano el pretendiente, no se mete en más averiguaciones, ni lo necesita, por saber ya lo que le basta, no solo para formar criterio, sino para cerrarlo á toda modificación: «Para mis barbas—dice—si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo que ayudar en cuanto pudiere»; á lo que su amo, conocedor concienzudo de las historias, pero creyente á marchamartillo, contesta al escudero: «en eso harás lo que debes» (1). El fiel de una creencia, sea la que fuere, profesa odio y mala voluntad á los fieles de las demás, y á veces se hace público alarde de estos sentimientos para predisponer en favor del que los abriga en su pecho. Sancho, cuando se lamenta de que el autor que escribió sus hazañas haya cometido ciertas inexactitudes que ceden en descrédito de su persona, exclama, invocando el supremo argumento, que aunque no tuviese sino creer en Dios y en su Iglesia «y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiado-

(1) «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», parte primera, capítulo XVIII.

res tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos» (1). Tenía que ir por delante la profesión de fe, sin la cual era dificultoso que se admitiese á nadie á parlamento: «¿es cristiano ó moro? —pregunta Dorotea á Zoraida—porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese» (2). Sabido que era lo primero, la prevención se torna en cariño, el desvío en regalo, Zoraida es de todos á porfía agasajada, y, gracias á la feliz noticia que dió el cautivo, aquellos hidalgos pechos pudieron dejar correr á rienda suelta sus nobles y generosos sentimientos, que, de otro modo, acaso hubieran tenido que reprimir, aun cuando á mostrarlos les brindasen la hermosura, juventud é inocencia de la argelina.»

Bien merece copiarse un nuevo párrafo, el siguiente, en donde acaba de sintetizarse la feliz pintura. «Moros y cristianos. El terreno y el sol están partidos: nadie puede llamarse a engaño. Crisóstomo desea que su cuerpo descanse junto a la peña a cuyo pie vió a Marcela por vez primera, y al contarlo el pastor no deja de poner el oportuno comentario»: mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, *como a moro* (3); en lo cual el cabrero erró de medio a medio, porque los moros no entierran los cadáveres de los suyos en el campo, y sospechamos que debió de tomar como costumbre de Morería lo que hacíamos nosotros con los moros que, estando en España, eran llamados al juicio de Alá. Pero ¿qué más? hasta los nombres de las lenguas se ponen y usan a través de la diferencia de las ideas religiosas. El mismo Cervantes, que tantas veces emplea la denominación de «castellano» y «habla castellana», cuando llega a contraponer la lengua de Castilla con el árabe, dice: «sin duda alguna, era mora y no sabía hablar *cristiano*» (4).

Todavía se profundiza más sobre ello. «La prueba más elocuente que de estos tradicionales rencores pueden presentarse, es la última y definitiva cruzada contra los enemigos de la fe, la expulsión de los moriscos, contemporánea del autor del «Quijote», que no deja de dedicar en la novela algunas páginas a aquel acon-

(1) «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», parte segunda, cap. VIII.
(2) «Don Quijote de la Mancha», parte primera, cap. XXXVII.
(3) Obra citada, parte primera, cap. XII.
(4) Idem, íd., cap. XXXVII.

tecimiento transcendental. Aludimos al episodio de Ricote, tratado en dos o tres capítulos de la parte segunda, en los que se pintan con muy vivos colores lo riguroso de las órdenes, lo apremiante del plazo, las fatigas y penalidades de los que tuvieron que ir al extranjero a buscar asilo para sus familias, el peligro de secuestro de sus bienes y la pérdida de sus viviendas; cuadro sombrío sobre toda ponderación, cuya principal figura traza el morisco con inspirada mano, describiéndonos al conde de Salazar, encargado de dar cumplimiento al decreto, como hombre duro e inflexible, cual convenía a tal empresa, pues con él «no valen ruegos..... porque, aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio, que abrasa, que del ungüento, que molifica (1); pasaje que pone de relieve el carácter de la orden y el rigor tremendo con que fué ejecutada.»

Sucesivamente el Sr. Puyol comprende en su narración sucesivos aspectos: «la idea pura y el modo y forma especiales que el pueblo tiene de adaptársela»; «el exacto y aun escrupuloso cumplimiento en las *prácticas religiosas*»; «el ocultar aviesa condición con los más altos principios», y «las supersticiones». Tan sólo ligeros reparos opone al retrato del eclesiástico de los Duques; al episodio de los frailes benitos; a la comperación de la orden de caballería con la de los cartujos; al despojo que hicieron Don Quijote y Sancho a los que llevaban el cuerpo muerto a Segovia; a la referencia del canónigo del Toledo que confiesa saber más de libros de caballerías que de las «Súmulas» de Villalpando; a la suposición sobre si el beneficiado autor de la simbólica y no muy cristiana danza del «Amor y el Interés» (en las bodas de Camacho el rico) debía de tener más de satírico que de vísperas»; a la prevención del maestresala a Sancho en la ínsula Barataria de que no comiera lo presentado por unas monjas pues, como suele decirse, «detrás de la cruz está el diablo»; a la aventura de los disciplinantes, que desborda humorismo cuando Don Quijote rechaza ser «descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada», indicando ser el lanzón y no las manos las que puso, no pensando «que ofendía a sacerdotes ni a cosa de la iglesia», y que

(1) Obra citada, parte segunda, cap. LXV.

si llegara a ser descomulgado tendría en la memoria cuando lo fué Rodrigo de Vivar por Su Santidad el Papa, «que lo pasó como muy honrado y valiente caballero» (1).

El canónigo Don Manuel Castro Alonso después de razonar de este modo (2): «Podrá haber sido dudosa, como sostienen algunos historiadores, la fama y conducta de Cervantes, pero es indudable que su fe cristiana no desmerece de lo pura y acendrada que era en aquella época y que da el buen ejemplo de ocultar en esta su obra maestra (El «Quijote») sus defectos, si realmente los tuvo, y derramar en los personajes que crea toda la grandeza de convicciones e instrucción religiosa de que se hallaba inundada su alma, a diferencia y para eterna reprensión de los autores modernos que ponen todo empeño en hacer gala de incredulidad en sus obras, yendo quizá mucho más allá de lo que en sus adentros piensan y sienten», agrega (3): «Al tratar de la moralidad del «Quijote» no puede negarse que hay en esta obra algunos lunares; narraciones de color tan subido como la de la venta entre Maritornes y el arriero, los amores de Don Fernando y Dorotea, la novela del curioso impertinente y otras á este tenor que nada tienen de morales.»

«También se encuentran, la defensa viva que hace del alcahuete, llamándole «oficio de discreto y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida» (4) y la causa que motivó la condenación del quinto galeote expresada con estas palabras. «Yo voy aquí, porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas, que no lo eran mías: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay sumista que la declare.»

«Ni son más recatadas las relaciones de los ilícitos amores de Antonomasia y Clavijo, de la misma hija de la dueña dolorida con el hijo del riquísimo labrador de la aldea inmediata al palacio de

---

(1) «Don Quijote de la Mancha», parte primera, capítulos VIII, XIX, XXXVII y XLVII; parte segunda, XX y XXXII.

(2) «La Moralidad del Quijote», Valladolid, 1906, págs. 31 y 32.

(3) Idem, íd., págs. 161 a 164.

(4) «Don Quijote de la Mancha», parte primera, cap. XXII.

los Duques, que cuenta Doña Rodríguez en los capítulos XXXVIII y XLVIII de la segunda parte. Narraciones y lenguaje que no abonan la moralidad de un libro, antes bien la contradicen y excluyen.»

«Así parece á primera vista y esta impresión causa en los que, ó no han leído con atención estos pasajes, ó no se han tomado la molestia de indagar las razones que el autor tuviera para dejar caer estas aparentes manchas sobre la indiscutible limpieza moral de este libro de oro.»

«Explicado queda cómo no contradicen á la moral de la obra, antes la favorecen, las narraciones ó historias de los amores ilícitos que en ella figuran y que tienden ora á poner de relieve los peligros de ciertos lugares y la bajeza de ciertas gentes como en el caso de Maritornes, ora á señalar los riesgos que corren las doncellas livianas y fáciles en dejarse llevar de amoríos en las historias propuestas, indicando el peligro que las amenaza de quedar deshonradas y burladas. Medio por lo menos tan adecuado y propio como el de la reprensión y encomio de la fealdad del vicio para precaver á los incautos y contenerles en el cumplimiento de sus deberes.»

«La defensa del alcahuete, que, según algunos críticos, es la del mismo autor que desempeñó este innoble oficio, razón por la que la hace con tantos bríos, no era cosa desusada en la época de Cervantes, puestos que muchos teólogos moralistas con San Agustín (1), Santo Tomás (2), los Salmanticenses (3) y otros, sostienen la licitud de la tolerancia de las casas de prostitución para evitar pecados más graves. Doctrina que si aun hoy es opinable y defendida por algunos, como puede verse en el P. Morán (4), en la época de Cervantes era corriente. De donde se deduce que el oficio de alcahuete no era tan innoble y vituperable como hoy nos parece, por lo que, sin faltar gravemente á la moral, acomodándose á las ideas de su época, pudo defenderle en la forma que lo hace sin que por esto su libro merezca la nota de inmoral.»

---

(1) De Ord. L. IV cap. IV, et De civit Dei L. XIII.
(2) Opusc. XX, De Rege et regno, L. IV, cap. XIV.
(3) De VI praecepto.
(4) Tomo primero, núm. 901.

El Sr. Castro Alonso continúa rebatiendo cargos y acrisolando la «Moralidad del Quijote» con observaciones que hacemos propias y que omitimos por ser sobradamente conocidas (1). Empero, en todo cuanto aduce no somos del mismo parecer, y esta última demostración del propósito perfectamente moral atribuido al príncipe de nuestras letras, de todo en todo está equivocado. Ni la Inquisición dejaba pasar sin correctivo a los infractores de las leyes concernientes al código de las buenas costumbres, para cuyo efecto imponían aquellos vergonzosos paseos, jinetes asnalmente, a los reos de tamaña delincuencia, sin perjuicio de azotarles como era uso corriente; ni Cervantes hubo de aludirse a sí propio por lo que achacáronle con motivo de la muerte de Don Diego de Ezpeleta (2) sino que, muy al contrario, con toda la fina sátira que lo era tan peculiar, mojó su pluma en la más acre censura que pudiera dirigírsele a Lope de Vega, quien en sus cartas al duque de Sessa con exceso probó, como citan Cortejón en su edición crítica del «Quijote», Rodríguez Marín en la suya y Don Marcelino Menéndez Pelayo en la edición cotejada del falso «Quijote», lo *complacientísimo* que fué con su decidido protector y Mecenas.

Nosotros pretendemos que los reparos que hayan de sustentarse sobre ciertas escenas o frases que se contienen en el «Quijote», más que nada tienen su explicación en esto que no estaría demás interpretarlo como reconditeces del alma cervantina, siempre magnánima, siempre ecuánime, siempre resbalando a flor de piel aunque los dardos de su vibrante y asaetadora reticencia hicieran blanco con frecuencia sobre ciertos hechos que en todas las edades coexistirán por haber sido los humanos modelados del frágil barro de Adán. Ahora bien; debemos declarar y declaramos que a toda la intención oculta, que haya de vislumbrarse al través de las páginas quijotiles, habrá de anteponérsele el arte supremo de la creación, eterna e inimitable, la que, a su vez, rendirá parias al exqui-

(1) No obstante, remitimos al lector a las páginas 165 a 171 del libro que tratamos.

(2) Este caballero, gravemente herido en desafío, vino a dar en tierra ante la casa del caritativo ingenio, quien, por no mostrarse sordo a los requerimientos del que imploraba auxilio en la calle y socorrerle en su propio domicilio, llegó a ser encartado en un proceso que se le siguiera por maligna imputación que afectaba a las mujeres de su familia, las cuales justificaron su perfecta honorabilidad.

sito y delicado sentimiento de religiosidad emanado de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» con la intensa fragancia de una flor que exhala penetrante aroma.

Así, pues, ¿acaso es inconcebible que el Br. D. P. Gatell en sus dos partes «La moral de Don Quijote» (1) y «La moral del más famoso escudero Sancho Panza» (2) contradiga, de modo anticuado por supuesto, pero con brillante acierto y sólida argumención, todas las razones que quisieran impugnarse a la obra inmortal?

Don José María Sbarbi en carta (3) dirigida al ilustre cervantista Don Mariano Pardo de Figueroa (Doctor Tebussem) dice en la página XI: «Se ven reflexiones (en el Quijote) y moralidades las más juiciosas e importantes al lado de las más chistosas agudezas y de las más cómicas escenas. «Admiróme—dice a este propósito el célebre Saint-Evremond—cómo en boca del hombre más loco de la tierra halló Cervantes medio de mostrarse el más cuerdo y entendido y el mejor conocedor del mundo que pueda imaginarse». Y, en efecto, la muchedumbre de sentencias sobre casi todos los asuntos de la vida civil que se hallan en esta obra, tan singular como original, justifican bien la admiración del respetable escritor francés, y la del buen Sancho, cuando al ver la sabiduría de su señor Don Quijote exclama (4): «Este mi amo, cuando yo hablo de cosas de meollo y sustancia, suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos e irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no sólo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres boca? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánima que sólo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada.» Y a la verdad no hay apenas asuntos, de

(1) Dos tomos en octavo. Madrid, imprenta de González, 1703:

Nuestro querido amigo el dueño de la librería de la «Viuda de Rico», Travesía del Arenal, 1, dispone de un ejemplar de los contados que hay en Madrid.

(2) Un tomo en octavo, Madrid, Imprenta Real, 1795.

(3) «Cervantes teólogo», Toledo, 1870.

(4) Edición crítica de Rodríguez Marín, tomo sexto, cap. XXII, página 73, líneas 6 a 18.

cuantos se versan en el trato social, sobre los que no se hallen en esta obra observaciones y advertencias, las más saludables y oportunas; por manera que acreditan, o a lo menos hacen disculpable en parte, la arrogancia con que en el capítulo XLIV de la segunda parte del «Quijote» habla de si mismo el autor, diciendo: «y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir» (1).

El «Quijote», el único libro bueno de nuestra literatura, en opinión de Montesquieu (2), debe considerársele muy por encima del vulgo, sin exceptuarle de que toda la opinión en masa lo reconozca, mediante concienzudos análisis encaminados a tal objeto, como la mayor de las glorias hispanas, y, sin apartarlo de la musa del pensar cristiano, del buen decir cristiano, como dijimos en el capítulo IV, página 251, reverenciarlo como un destello de la Excelsitud, como un arte divino, como una eterna recopilación de máximas religiosas, rehuyendo todo *fetichismo*. A raíz del proyecto

(1) Edición crítica de Rodríguez Marín, t. 7.°, pág. 124, líneas 21 a 28 y página 125, líneas primera y segunda.

En nuestro «Ensayo sobre la estructura espiritual del falso «Quijote» no nos detuvimos a formular ciertas apreciaciones acerca del paralelismo en intenciones ocultas entre las frases arriba copiadas y las que con fecha muy anterior hubo de proferir Avellaneda en el prólogo del pseudo «Quijote» refiriéndose a «la cáfila de papeles que para componerla (su obra) he leído, que son tantos como los que he dexado de leer» (Edición del «Quijote» advenedizo cotejada por Menéndez Pelayo, pág. 4 líneas 26 a 28). Invitamos a nuestros lectores, a los que se dediquen a esclarecer ciertos *subjetivismos* del Quijote auténtico y del apócrifo, a que busquen la *raigambre* de este *pildorazo*, con lo cual dispondrán de un elemento más de juicio particularísimo.

(2) ¿Recuerda usted, reverendo y doctísimo P Graciano Martínez, lo que acerca de esto sacó a relucir en «Por entre la Psicología Nacional», en «España y América», la página 6 del tomo II del año XIII? Recuerda usted que, en la primera llamada, citaba el libro epistolar («Lettres persanes»), de Montesquieu, y la carta 78 en que se deslizaba tan monstruoso aserto. No porque el «Quijote» literariamente sea la más codiciosa gala de nuestra biblioteca clásica han de sepultarse en el olvido o relegarse a microscópicas proporciones los escritores ascéticos Fray Luis de Granada, el maestro Juan de Avila, fray Juan de los Angeles, fray Luis de León y los teólogos insignes Melchor Cano, Báñez, Suárez, Juan de Santo Tomás, Alonso de Cabrera, el maestro Francisco de Vitoria, etc., etc. No ponemos en olvido lo que el malogrado Mariano Miguel de Val escribió sobre «Un gran predicador olvidado». («De lo bueno y lo malo.»)

de conmemoración del tercer Centenario de la primera parte de la obra sin par, preconizado por Mariano de Cávia, la señora condesa de Pardo Bazán en la «Ilustración Artística» de Barcelona, y en «La Lectura» (1), de Madrid, rechazaba, con excelente criterio, «el fanatismo de nuestras apoteosis, los genios convertidos en santos y profetas, la proscripción de la crítica y la admiración sin matices, ciega como el amor y sorda como la muerte». Todos los extremos son viciosos, y, colocados en uno como en otro polo, la frase poética de Grilo sobre «cuanto más se le busca» a Cervantes no redundaría ciertamente ni en pro del ingenio inmarcesible, ni en contra de la suspicacia ajena.

Deducimos, por tanto, haciendo punto final, que estamos en el deber de hacer nuestras las frases de Don Juan Moneva y Puyol, catedrático de la Universidad de Zaragoza (2): «Honrad a Cervantes; celebrad el «Quijote»; pero no hagáis, ¡oh cuán detestable profanación sería ésta! de Cervantes una divinidad, ni del «Quijote« un evangelio, ni de Don Quijote un mesías; grande y mezquino fué aquél: el mejor hombre no es mejor; grande y defectuosa (3) fué su obra: la más perfecta que hombres hacen, no pasa de ahí; no toméis por dogma sus pensamientos, más de lo que puedan merecerlo los de una obra maestra de pasatiempo y diversión (4); no penséis en la regeneración de la patria por el predominio de Don Quijote sobre Sancho, como esos sud americanos de hoy, ni por el predominio de Sancho sobre Don Quijote, como esos españoles de pocos años ha» (5). Nada de exclusivismos, corroboramos nosotros después de proclamar la universalidad sagrada de la Biblia y la universalidad religiosa de la «Biblia profana», la «Biblia del castellano» como la llamó el ilustre cervantista don Alejandro Pidal.

---

(1) Febrero, 1904, pág. 190.

(2) «Lecciones Universitarias del Quijote—II—*El Clero en el Quijote*». Interesante estudio publicado en Zaragoza en el año 1905, dedicado a la señora doña María del Carmen de Aragón Azlor e Idiaquez, Pariente Mayor del Regio Casal de Aragón, duquesa de Villahermosa, presidenta de honor en las fiestas cervantinas.

(3) De aquí los reparillos y las reticencias mortificantes para sus émulos.

(4) «El Clero en el Quijote», pág. 69.

(5) «El Clero en el Quijote», pág. 70.

AURELIO BÁIG BAÑOS

SUPLEMENTOS

AL "ENSAYO SOBRE LA CONTEXTURA ESPIRITUAL DEL "QUIJOTE" DE AVELLANEDA Y SOBRE QUIÉN PUDO SER EL ÉMULO DE CERVANTES"

MADRID, 1915

Suplemento primero [a]

(Tomo 2.°, págs. 255 a 273 de la "Bibliografía Crítica de las obras de Cervantes")

IV

Imitaciones del Quijote.

431.—Segvndo || *Tomo del* || Ingenioso Hidalgo || Don Qvixote de la Mancha, || que contiene fu tercera falida: y es la || quinta parte de fus auenturas. || *Compueſto por el Licenciado Alonſo Fernandez de* || *Auelianeda, natural de la Villa de* || *Tordefillas.* || Al Alcalde, Regidores, y hidalgos, de la noble villa del Argamefilla, patria feliz del hidalgo Cauallero Don Quixote || de la Mancha. || (Grabadito: Caballero embistiendo lanza en ristre (1). || Con licencia. En Tarragona, en caſa de Felipe || Roberto, Año 1614.

Hoja 1.ª—Portada *verso* en blanco.

Hoja 2.ª, *recto.*—Aprobación del *Doctor Raphael Orthoneda,* en Tarragona á 18 de Abril de 1614.—Licencia para imprimir el libro y *venderlo en este Arçobiſpado.* Tarragona á 4 de Julio de 1614.—El Doctor y Canónigo Francisco de Torme, Vicar. Gl.

Hoja 2.ª, *verso.*—Dedicatoria «Al Alcalde, Regidores, y hidalgos de la noble villa del Argamefilla, etc.»

(a) Este «Suplemento primero» es del que hablamos en la pág. 210.

(1) Es el mismo grabado que hay en la edición del «Quijote» de Cervantes, de Valencia, de 1605.

Hoja 3.ª—Prólogo de Avellaneda.

Hoja 4.ª, *recto.*—Concluye el prólogo.

Hoja 4.ª, *verso.*—Soneto de *Pero Fernández*, (imitando el lenguaje antiguo). Viene luego el Texto de 282 fol. y la *Tabla* que ocupa 5 hojas sin numerar. Sign. A-Z-Aa-Nn.

Está dividida la obra en *Quinta, Sexta, Séptima* partes, pero la enumeración de los capítulos, sigue corrida, siendo el último el núm. XXXVI; y además la cabecera de todas las páginas pone *Segunda parte:* y así mismo, el final del libro dice: «Aquí da fin la segunda parte de la Historia del Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha.»

Impresión y papel regulares.—Pergamino.

SEGUNDA EDICIÓN

Vida y hechos || del Ingenioso Hidalgo || Don Quixote || de la Mancha, || que contiene su quarta salida, || y es la quinta parte de sus aventuras. || Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández || de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas. ||

Parte II. Tomo III. || Nuevamente añadido y corregido en esta || Impresión, por el licenciado don Isidro Perales y Torres. || Dedicada al Alcalde, etc. || Año (Grabado en madera representando la aventura del cab. de la Blanca Luna que figura en la ed. del Q. Madrid, 1730.) || Con privilegio, || En Madrid. A costa de Juan Oliveras, Mercader de Libros, Heredero de Francisco Lasso... ||

En 4.° de 16 prel. y 275 págs., más 5 para la Tabla.

Lleva los prels. de la 1.ª edición, y además: Aprobación de don Agustín de Montiano y Luyando á 26 de Septiembre de 1731; Licencia del Ordinario á 27 de Septiembre; Aprobado del Licenciado Don Francisco Domingo, *Presbítero Beneficiado de la Iglesia Parroquial de Aliaga, etc.* en Madrid á 20 de Diciembre de 1730, Priv. Real por diez años á Perales, fechado en Sevilla á 19 de Noviembre de 1730; Fe de erratas, 17 de Diciembre de 1731; Tassa á 8 de Enero de 1733 (debe de ser 1732); *Juicio de la Obra.*

TERCERA EDICIÓN

«Vida y hechos del Ingenioso Hidalgo etc., por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas. Nueva